



Maestría en Psicoanálisis

Cohorte 2009/2010

Facultad de Psicología

UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO

Alumna: Ps. Verónica Morelli

Directora de tesis: Dra. Dora Gómez

Año: 2014

Fecha de entrega: 28/11/2014

Mascarada y máscara



Las máscaras bajo las cuales yace un enigma son tan antiguas como la civilización, creadas en el período neolítico, antes de la invención de la escritura, formaron parte de un momento decisivo en la historia que implicó un cambio de estilo de vida que surge con la civilización. Pasaje de la caza a la agricultura, que necesitó del uso de las máscaras para reforzar los vínculos sociales en los ritos y ceremoniales.

El enigma que los paleontólogos hallaron en la máscara fue la pregunta del psicoanálisis y lo nombró deseo. Deseo inseparable de la máscara por la cual los seres hablantes hacen su entrada al mundo del lenguaje. Efectos de mascaradas que marcan tiempos lógicos en la estructuración subjetiva, con los cuales los sujetos salen a escena haciendo de hombres y mujeres. Máscaras del deseo que habitan divanes.

Índice

Introducción.....	1
Hipótesis.....	8
Fundamentación.....	9
Estrategia metodológica.....	10
Marco teórico.....	12
Estado de la cuestión.....	31
Desarrollo de los capítulos.....	33
Primera parte: Los fundamentos de la mascarada y máscara en la enseñanza de Jacques Lacan hasta el año 1964	
Capítulo 1 La máscara, el velo y el significante.....	45
1.1 La dimensión de máscara en el objeto.....	46
1.2 El falo enmascarado es causa de la máscara.....	54
1.2.1 Las Bragas como pantalla.....	58
Capítulo 2	
Mascarada.....	67
2.1 La mascarada de lo femenino.....	68
2.2 La mascarada de lo masculino.....	76
2.3 Entre el parecer ser y el parecer tener.....	85
Capítulo 3 La mascarada en esa mujer: un caso clínico de Joan Rivière.....	94
3.1 Revisión conceptual de Lacan sobre la mascarada en esa mujer.....	96
3.1.1 La defensa en los efectos de mascarada.....	103

3.1.2 Mascarada, máscara y angustia.....	107
3.1.3 Mascarada y castración.....	112
Capítulo 4 Sin máscara no es posible la suplencia ante la carencia de ser.....	119
4.1 La máscara.....	120
4.2 En la máscara-pantalla resuena la incorporación del padre muerto.....	129
4.3 De la pantalla del padre totémico al trazo como gozne para la extracción del objeto a.....	138
4.3.1 El Recorrido de Lacan por Freud y René Descartes para la extracción del trazo unario.....	138
4.3.2 La Identificación al trazo unario. Ingreso a la alienación y el carrete.....	142
4.4 Aislar la máscara.....	148
4.4.1 De la identificación histérica en Freud al deseo del hombre es el deseo del Otro en Lacan.....	148
4.4.2 De identificarse a la falta en el Otro a separar el objeto a.....	151
4.4.3 En la mascarada y el amor, la iridiscencia de la mirada.....	158
Segunda Parte: Las máscaras en la otra escena.....	160
Capítulo 5 Las máscaras por la pasarela del sueño.....	163
5.1 La máscara en el sueño: sus artesanos.....	164
5.1.1 La blusa es máscara.....	171
5.1.2 La máscara y su rival.....	179
Capítulo 6 Máscara: preludio del deseo.....	186
6.1 La máscara del síntoma preserva el deseo.....	187
6. 2 En los impasses de la demanda se anuncia el elemento máscara.....	196
6.2.1 La idea de máscara en Freud y la noción de máscara en Lacan.....	196

6. 2. 2 Elemento máscara y simbolismo mnémico.....	202
A modo de conclusión.....	209
Bibliografía.....	223

Introducción

En la presente tesis de maestría me propongo desarrollar la noción de *mascarada* y de *máscara* en la enseñanza de Jacques Lacan hasta el año 1964. Año en que dicta *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*.

A nuestro entender Lacan introduce la noción de *mascarada* y de *máscara* en *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, luego de la lectura de un caso clínico de Joan Rivière publicado en “La femineidad como máscara”.¹

En la investigación de la *mascarada* encontramos la introducción de la noción de *máscara*, por eso nos interrogó si *mascarada* y *máscara* serían utilizadas sin distinción. Por ese motivo delimitamos en la enseñanza de Lacan hasta el año 1964, los momentos en que uso la noción de *mascarada* y de *máscara*. Las mismas se presentaron relacionadas a otras nociones y conceptos que a continuación serán expuestos.

Comenzaremos el desarrollo de la presente investigación exponiendo la aparición de los términos *mascarada* y *máscara* siguiendo una cronología que sufrirá alteraciones, pero respetaremos el año, Escritos y Seminarios donde Lacan nombró a las mismas. Situiremos, por eso, las nociones siguiendo el desarrollo de lo que será la exposición de nuestra investigación dividida en dos partes.

En la primera parte abordaremos Los fundamentos de la noción de *mascarada* y *máscara* en la enseñanza de Jacques Lacan hasta el año 1964 y reservaremos para la segunda parte, Las *máscaras* en la otra escena, el uso de la noción de *máscara* en las formaciones del inconsciente.

Encontramos la dimensión de *máscara* y la *máscara* relacionada, por un lado, con la dialéctica de la demanda y el deseo, por otro lado, vinculada al significante del Nombre del Padre.

Comenzamos por el año 1958, precisamente en *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, Lacan extrae de la noción de *máscara* la “dimensión de máscara”² en el objeto de la demanda. Objeto símbolo y paréntesis simbólico que se constituye como índice en el niño de la primera simbolización del Otro. La simbolización surge bajo la dialéctica del *Fort-da*.

En el mismo año, hallamos que la “máscara”³ se constituye en la insatisfacción y por intermedio de la demanda rehusada. A nuestro entender, entonces, solo el significante del

¹ Joan Rivière: “La femineidad como máscara”, en *LA FEMINEIDAD COMO MASCARA* AA. VV, 1º ed., Bs. As., ed. Tusquets, 1979.

² Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, pp. 338-9.

³ Op. cit., p. 341.

Nombre del Padre podrá operar sobre el deseo de la madre para rehusar la demanda, ya que la “máscara”⁴ quedará ligada al deseo cuando el falo se convierta en significante.

En esa época de su enseñanza, Lacan ubica la “máscara”⁵ en el grafo del deseo al lado de la fórmula del fantasma $\$ \diamond a$ y la relaciona con el ideal del yo.

Hay máscara si hay metáfora paterna, por eso abordaremos las consecuencias sintomáticas cuando hay déficit simbólico para la constitución de la metáfora paterna. En este sentido, es importante introducir a Freud porque trabajaremos uno de sus historiales donde nombra la máscara.

Freud en 1909, en el Historial clínico: “Análisis de la fobia de un niño de cinco años, (el pequeño Hans)”, interpretó que Juanito se sacó la “máscara”⁶ cuando sintió asco porque vio los calzones sueltos de la madre y relacionó los calzones con el complejo anal. La máscara desenmascara a Hans y, al mismo tiempo, indica la operación de la represión de lo que con anterioridad le producía placer al mirar.

Lacan, en *El Seminario. Libro 4. La Relación de Objeto*, interpreta el caso clínico mencionado, y retoma la escena en que Hans sintió asco al ver los calzones de la madre para situar en las *Bragas* la función de “velo y pantalla”⁷. A nuestro entender el velo y la pantalla anteceden la introducción de la noción de máscara.

De acuerdo a lo que interpretó Lacan del caso citado, Freud hizo intervenir al padre simbólico y posibilitó que esas *Bragas* tomen la función de *velo o pantalla* en el tratamiento analítico para la simbolización del complejo de Edipo.

Dado que la fobia viene a suplir un déficit simbólico de la metáfora paterna, es pertinente remitirnos a 1959 cuando la máscara se presenta como metáfora.

En la clase del 24 de junio de 1959 de *El Seminario. Libro 6. El Deseo y Su Interpretación*, Lacan menciona que la “máscara es la metáfora de la metonimia”⁸.

Ahora nos situaremos en el año 1958 para encontrarnos con el término mascarada relacionada con el falo y la operación de la castración, y el término máscara vinculada al objeto del deseo.

En 1958, reiteramos, Lacan introduce la noción de mascarada en el mismo momento que la noción de máscara.

En *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, Lacan introduce el término “mascarada”⁹ como respuesta frente al dilema irresoluble que significa el encuentro con

⁴ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 342.

⁵ Op. cit., pp. 341-2.

⁶ Sigmund Freud: “Análisis de la fobia de un niño de cinco años (el pequeño Hans), en *Obras Completas*, 2° ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1909, vol. X, p.42

⁷ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 4. La Relación de Objeto*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 299.

⁸ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 6. El Deseo y Su Interpretación*, s.l., 1959. Clase del 24 de junio de 1959.

la castración en la madre, tanto, para la niña como para el varón. Operación que introduce la privación y el ingreso del sujeto al tránsito edípico, cuyo franqueamiento posibilita la asunción de una posición sexual.

La posición sexual es presentada en términos de ideales femeninos y masculinos en *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales*. En ese momento, Lacan retoma la mascarada relacionada con la posición sexuada y extrae de Freud los pares de opuestos pulsionales actividad–pasividad. Con respecto a la oposición mencionada, Lacan formula que la oposición actividad–pasividad, con la que Freud intenta metaforizar la oposición masculino y femenino, nunca termina de alcanzarse y ante “la diferencia sexual que sigue siendo insondable” solo hay mascarada.

Por tanto, como en el campo del Otro falta la representación que designa a esa oposición activo–pasivo, ella es figurada en el psiquismo por algo distinto: “la mascarada”. La mascarada figura en el psiquismo el ideal femenino y masculino.

Del lado del hombre, Lacan en *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente* utiliza el término “máscara” para referirse al modo en que se presenta el deseo y el objeto en la disociación de la vida amorosa. En ese momento de su enseñanza expone que el hombre en el burdel busca en la prostituta el falo pero de los demás hombres y subraya que en la máscara de la prostituta “está presente el objeto”¹⁰.

Del lado de la mujer, en el seminario citado, Lacan revela en la mascarada que la mujer en la línea del deseo se va a identificar en forma secreta y latente con el falo para proponerse como objeto de deseo. Por esta identificación la mujer experimenta una profunda *Verwerfung*, un profundo rechazo con respecto a lo que es su deber parecer.

Contemporáneamente en “La significación del falo”, “la mascarada”¹¹ viene a mostrar el rechazo parcial de los atributos femeninos en la mujer para proponerse como significante del deseo del Otro.

Luego, Lacan en 1960, presenta la mascarada en la histeria. En “Ideas directivas para un congreso sobre la sexualidad femenina” investiga la frigidez. En ese fenómeno clínico sitúa por un lado, “la defensa en la dimensión de mascarada que la presencia del Otro libera en el papel sexual”¹², y por otro lado, menciona que esa inhibición sexual requiere de la castración simbólica en transferencia.

⁹Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, pp. 358-9.

¹⁰ Op. cit., p. 335.

¹¹ Jacques Lacan: “La significación del falo”, en *Escritos 2*, 2°ed., Bs. As., Siglo Veintiuno Editores, 1958, p. 661.

¹² Jacques Lacan: “Ideas directivas para un congreso sobre la sexualidad femenina”, en *Escritos 2*, 2°ed., Bs. As., Siglo Veintiuno Editores, 1958, p. 695.

En este sentido, los efectos de defensa en la mascarada serán trabajados en el caso clínico de la paciente analizada por J. Riviere. Por eso retomaremos la introducción del caso clínico de *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*.

En este seminario, Lacan nombra con el término “máscara” y a veces mascarada la fenomenología clínica que presenta la paciente de la analista inglesa. Precisamente en el momento que hace de su feminidad una “máscara” a través de las escenas de seducción dirigidas a hombres, sustitutos paternos, para cubrir el uso de su potencia fálica. Dicho de otra manera, su posición masculina.

En *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, Lacan retoma la mascarada en el caso clínico de J. Rivière y ahora utiliza el término “mascarada” para mencionar que en la mujer la angustia es ante el deseo del Otro.

Respecto de la angustia en la mascarada, nos remitimos a *El Seminario. Libro 9. La Identificación*. En el seminario mencionado, Lacan usa el término “máscara”¹³ para nombrar el momento introductivo de la angustia que se presenta bajo la forma de la demanda, cuando el sujeto no reconoce sus insignias en el espejo del Otro y por eso interroga al objeto de deseo del Otro. En ese momento la angustia es una sensación y preanuncio del deseo del Otro.

Luego en *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, la angustia se presenta cuando el sujeto no reconoce su propia “máscara” ante el espejo del Otro y formula la pregunta: *¿qué quiere, [el Otro] en lo concerniente a este lugar del yo?*¹⁴

Volvamos a 1962, porque Lacan con la mascarada, en el caso clínico mencionado, señala que esa mujer hace de sus “atributos femeninos los signos de omnipotencia fálica del hombre”¹⁵.

En este sentido, expresó que el fin de análisis que nombró como *Penisneid* en la roca base de la castración en la enseñanza de Freud no es un tope, no es el final. Justamente la mascarada, en la paciente de J. Rivière, señala que se trata de un modo de superar el *Penisneid* sin análisis y dejarla en ese camino es relanzarla a la reivindicación fálica.

Por eso “el falo será la castración misma y es imposible eludirla en la relación del sujeto con el Otro”¹⁶. Con ello Lacan, a nuestro entender, hace referencia a la interpretación de la castración como un acto del analista.

A continuación situaremos la máscara relacionada, por un lado, al trazo significativo que devendrá trazo unario soporte de la identificación, y por otro lado, vinculado con la imagen especular y el Otro.

¹³ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 9. La Identificación*, s.l., 1961-1962, p. 214.

¹⁴ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1962-1963, p. 14.

¹⁵ Op. cit., p. 287.

¹⁶ Ib.

En el año 1960, la noción de máscara es un aporte del psicoanálisis al término persona conceptualizado por Daniel Lagache. En “Observaciones sobre el informe de Daniel Lagache: Psicoanálisis y estructura de la personalidad”, Lacan sitúa la ambigüedad de la “máscara”¹⁷ y su relación con la función del trazo significante antes de formalizarlo como *ein ezienger Zug* en *El Seminario. Libro 8. La Transferencia* y trazo unario soporte de la identificación en *El Seminario. Libro 9. La Identificación*. Es pertinente aclarar que Lacan retoma la idea de trazo de la segunda forma de identificación al rasgo parcial a un objeto en la enseñanza de Freud.

Luego, en *El Seminario. Libro 9. La Identificación*, Lacan después de abordar las tres formas de identificación que retomó de los desarrollos de Freud, la primaria y primera, la segunda forma de identificación al rasgo unario y la tercera forma de identificación conocida con el nombre de histérica, sitúa entre i(a) y a, “la máscara que uno constituye para el Otro”¹⁸. Con ello hace referencia a su localización en el modelo teórico que deviene del esquema óptico.

Puesto que la función de la máscara y la mascarada dependerán de las identificaciones la articularemos como operatorias que permiten el asilamiento de la pantalla en el sujeto para no quedar capturado en la imagen especular.

En *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, Lacan introduce la mascarada y la máscara articuladas con la función de la mirada y la castración. En el seminario citado, nombra “la mascarada” también bajo el término disfraz y simulación.

En esa época Lacan¹⁹ investiga los fenómenos miméticos de *R. Callois*:²⁰ el camuflaje, la intimidación, diferenciándolos de la mascarada porque en ella encontramos, por un lado un fin sexual. Por otro lado, expresa que “en el domino de lo humano, la mascarada se da en el domino de lo simbólico y no de lo imaginario”²¹ como en el camuflaje o en la intimidación.

Como lo expuso Lacan, ello depende de la esquizia primitiva del ojo y la mirada. Si la mirada se separó del ojo como órgano puede simbolizar ($-\phi$) de la castración y funcionar a nivel del objeto *a* causa de deseo como señuelo.

En este sentido, la función de la pantalla y su aislamiento es fundamental para que el sujeto no quede capturado en lo especular.

Lacan, en el seminario mencionado, usa el término máscara con el mismo sentido que “imagen pantalla”²² para ilustrar la función de mediación de la pantalla con respecto a la mirada

¹⁷ Jacques Lacan: “Observacion sobre el informe de Daniel Lagache: Psicoanálisis y estructura de la personalidad”, en *Escritos 2*, 2ªed., Bs. As., Siglo Veintiuno Editores, 1960, p. 638.

¹⁸ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 9. La Identificación*, s.l., 1961-1962, p. 214.

¹⁹ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1964, p. 106.

²⁰ Op. cit., pp. 105-7.

²¹ Op. cit., p. 201.

²² Op. cit., pp.113-4.

que opera como causa de deseo en el campo del Otro. Ello señala que funciona la esquizia primitiva del ojo y la mirada.

La función de la pantalla, entonces, impide la captura en la fascinación de la imagen especular y por eso, lo que el sujeto, en su advenimiento, da y recibe del otro a nivel de la mirada que funciona como objeto *a*, es “máscara”²³.

Ahora, volvamos al año 1958. Año donde la máscara se presenta vinculada al deseo en las formaciones del inconsciente y ello nos acerca a “Las Máscaras del Síntoma”, nombre con que Lacan titula una de las clases de *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*. Precisamente, en esa clase, encontramos que “el deseo es inseparable de la máscara”²⁴ y “la máscara es el modo en que se articula el deseo”²⁵.

Lacan, en el seminario citado, retomó de “La interpretación de los sueños” dos sueños que analizó Freud en una paciente a la que llamó “agua mansa”. Luego, interpretó los sueños analizados por Freud y usó el término “máscara”²⁶ indistintamente de la mascarada cuando nombró que el deseo en esos sueños que construyó la paciente de Freud quedó indicado por el significante falo.

La máscara, en esos sueños, muestra la posición de la histérica con respecto al hombre que pone en acto en la transferencia. Sintéticamente expresemos que se hace máscara para ser el falo y se dirige al analista para constituir el deseo más allá de la apariencia, pero para no permitirle su acceso al deseo.

Mientras que en el trabajo sobre un sueño de una neurosis obsesiva femenina en una paciente de Maurice Bouvet²⁷, Lacan²⁸ utiliza el término *mascarada* y al mismo tiempo *máscara*.

Exactamente, tras la interpretación del relato del sueño de la paciente que analizó Bouvet, Lacan nombra con el término “mascarada”²⁹ los vestidos o zapatos fálicos en la mujer para parecer el falo que la paciente sabe que no tiene. Mientras que con el término “máscara”³⁰ nombra el momento que articula el deseo cuando se propone como objeto de deseo hacia los hombres para decepcionarlos. Por tanto, la máscara articula ese carácter paradójico con el que se presenta el deseo.

²³ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1964, p. 114.

²⁴ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, pp. 335.

²⁵ Op. cit., p. 334.

²⁶ Op. cit., p. 388.

²⁷ Maurice Bouvet: “Incidencias terapéuticas de la toma de conciencia de la envidia del pene en la neurosis obsesiva femenina”, en *Colección DIVA*, N°11, Bs. As., s.l., 1999, pp. 1-11.

²⁸ Op. cit., p. 462.

²⁹ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 462.

³⁰ Ib.

En el mismo seminario, Lacan, en la máscara que articula el deseo en las formaciones del inconsciente, distingue el síntoma del sueño. Por qué la máscara que reviste el deseo en el síntoma muestra que en él la satisfacción del deseo es al revés del sueño.

Luego, nos remite a los comienzos de la experiencia clínica de Freud y retoma el “Historial clínico. 5. Señorita. Elisabeth von R”. En ese historial, Freud nombra el término “máscara”³¹ para formular que la paciente sabía de su padecer, la astasia abasia, y detrás de la máscara había un secreto. Luego, por la operación de la defensa, con el término “máscara”³², Freud se refiere al interés de Elisabeth sobre la afección de su padre para defenderse de la representación erótica hacia su cuñado.

Lacan, entonces, se detiene en el síntoma de Elisabeth y subraya el hecho de que la paciente implicó a sus familiares en el dolor y en el descifró que bajo la “máscara”³³ subyace el interés que se toma el sujeto en una situación de deseo de deseo. Por eso formuló que eso es lo que suscitó la noción de “máscara”³⁴ y en ella destaca *elemento máscara* del síntoma.

El deseo es una pregunta y esa pregunta la histérica la formula por medio de la identificación con la máscara del otro bajo la cual se agitan formas posibles de falta.

En definitiva, Lacan en la máscara situó al deseo y ese deseo que articula la máscara es un enigma.

³¹ Sigmund Freud: “Historiales clínicos. 5. Señorita Elisabeth von R”, en *Obras Completas*, 1° ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1893-1895. vol. II, p. 154.

³² Op. cit., p. 179.

³³ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 334.

³⁴ Ib.

Hipótesis

La mascarada se constituye en la figura de lo que en la diferencia sexual resulta insondable y la máscara aparece como inherente al orden del deseo, en tanto es el objeto *a* quien lo causa. Asimismo, en tanto el falo en su función significante es representante del deseo, la dimensión de la mascarada y la de la máscara se entrecruzan.

Por tal razón, nos parece importante interrogar si es posible mantener el término mascarada con relación al falo respecto de la posición sexuada y reservar el de máscara en relación al deseo, tal como se articula en las formaciones del inconsciente.

Fundamentación

En el presente trabajo de Tesis de Maestría nos proponemos realizar un abordaje sobre los fundamentos de la noción de *mascarada* y la noción *máscara* en la enseñanza de Jacques Lacan hasta el año 1964.

En este sentido, es importante mencionar que Lacan introduce, a nuestro entender, el término *mascarada* en *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, cuando retoma la lectura de un caso clínico analizado por Joan Rivière, publicado en “Las femineidad como máscara”, y le otorga estatuto de noción. Asimismo, define y formaliza la noción de *máscara*. Noción que trabajaremos en los momentos que Freud nombra en su enseñanza el término *máscara*.

Dada la complejidad y extensión de la problemática a lo largo de la obra de Lacan, en esta ocasión hemos decidido abarcar la investigación hasta *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*. En este sentido, nos resulta importante interrogar la *mascarada* y *máscara*, para investigar y conocer los fundamentos que Lacan extrae de la clínica y con los que teoriza la clínica y escribe la teoría.

Situaremos, entonces, las operaciones estructurales que yacen en las nociones para distinguir los efectos de *mascarada* y *máscara* en la singularidad con la que se presentan y demostrar con ello que la formulación de una noción no queda reducida a la generalidad. Por eso, articularemos la *mascarada* y *máscara* a sueños, viñetas e Historiales Clínicos de Freud, J. Rivière. M. Bouvet, retomados por Lacan.

Creemos que lo relevante en la *mascarada* y *máscara* radica en su ambigüedad y lo que ella nos presenta como enigma, si suponemos un lazo inseparable con el falo en la posición sexualizada y el deseo.

Estrategia metodológica

La metodología de investigación consistirá en la exposición teórica de las nociones de *mascarada* y de *máscara* en la enseñanza de Lacan hasta el año 1964. El recorrido está centrado en el desarrollo de Lacan de la noción de *mascarada* y de la noción de *máscara*. Además, tomaremos dos referencias: por un lado, en la obra de Sigmund Freud aquellos momentos en que nombró *la máscara*, y por otro lado, el caso clínico de Joan Rivière publicado en “La femineidad como máscara” y retomado por Lacan en su enseñanza.

Es preciso subrayar que la máscara en la enseñanza de Freud no tiene estatuto de noción. A nuestro entender recurrió al término máscara en dos de sus Historiales, primero en “Historiales clínicos. 5. Señorita Elisabeth von R.” y, luego en “Análisis de la fobia de un niño de cinco años (el pequeño Hans)”. Por eso, ubicaremos el momento en que introdujo la noción y fue re trabajado por Lacan.

Asimismo, al ser un término que Lacan introduce luego de retomar el caso clínico de J. Rivière y formaliza la noción, consideramos necesario argumentar la función de la *mascarada* trabajando el caso clínico citado con los fundamentos lacanianos y freudianos.

La noción de *mascarada* y de *máscara* es el eje que orienta el tema de la tesis, pero implican a otras nociones y conceptos, por eso tenemos que articularla a objeto *a*, Sujeto, Deseo, Falo, Castración, Complejo de Edipo, Metáfora Paterna, Identificación, Fantasma, Pulsión y a las formaciones del inconsciente.

El desarrollo teórico incluirá bibliografía, pertinente a la temática, de Lacan y Freud, acompañado por aportes de Joan Rivière, Jacques Allain Miller, Paul- Laurent Assoun, Maurice Bouvet, Silvia Amigo, Dora Gómez, Carlos Kuri, Daniel Paola, Diana Rabinovich y Juan Ritvo.

Para sistematizar la exposición recurriremos a un procedimiento metodológico argumentativo de interrogantes y problemas que surgen de variaciones en la función de ciertas nociones y la interrelación conceptual. De esta manera, la formalización quedará plasmada bajo un estilo de escritura que tomará la forma del ensayo.

El ensayo es un instrumento que permite escribir no solo lo que se sabe, sino escribir “para saber”³⁵. Saber no clausurado, ni cerrado sobre la temática.

Por esto, ese recurso de investigación y escritura transmitirá en la trama del abordaje teórico investigativo aquello intransferible que hace a la singularidad en la apropiación textual.

Mediante este procedimiento los interrogantes y conjeturas que se desprendan del recorrido por los fundamentos de las nociones se articularán al análisis de historiales clínicos en esta investigación, sin por ello agotar el interrogante. Dado que “no puede darse mejor

³⁵ Alberto Giordano: “Lo ensayístico en la crítica académica”, en *La escritura y los críticos*. UNMdP, 2001.

definición de un concepto que usándolo”³⁶ intentaremos analizar la *mascarada* y *máscara* en los Historiales clínicos que Lacan retomó de Freud, J. Riviére y M. Bouvet.

Por lo que se refiere a la enseñanza de Freud, abordaremos con mayor detenimiento el Historial clínico “Señorita Elisabeth von R” y “Análisis de la fobia de un niño de cinco años. (El pequeño Hans). Aunque también retomaremos análisis de sueños.

Asimismo, trabajaremos el caso clínico de J. Riviére interpretado por Lacan desde los fundamentos de su praxis y desarrollaremos las reformulaciones conceptuales que dieron lugar a otros efectos que la praxis analítica podrá producir en el sujeto.

Así, los efectos singulares de la noción de *mascarada* y *de máscara* podrán formalizarse bajo un procedimiento metódicamente a metódico.

Recurrir a este instrumento de producción de saber y conocimiento, es a los fines de poner de relieve el movimiento y dinamismo inherente a la complejidad de la noción y los conceptos, sin que por eso, pierdan su consistencia y seriedad.

Por este procedimiento la consistencia teórica se produce al escribir la noción y el concepto, rescatando en su interior la singularidad, sin reducirlos a principios de la generalidad.

Para esto será necesario recurrir a un método analógico poniendo a prueba la función de la *mascarada* y su relación con el falo en la posición sexualizada y la *máscara* relacionada con el deseo en tanto es el objeto *a* quien lo causa. Relación presente en los efectos de *mascaradas defensivas*, *mascarada de lo femenino y de lo masculino*, *efectos de imposturas*, *máscaras del dolor*, *ominosas*, *blusas*, *zapatos y su función en la fobia infantil*.

Así, la escritura de las nociones de *mascarada* y *máscara*, se pondrán a prueba a través de la hipótesis plasmada que llevará a distinguir en el detalle que configura la singularidad su pertinencia a la generalidad. Esta experiencia que produce el acontecimiento de lectura y escritura pondrá a prueba en el objeto de investigación la conjetura de distinguir el uso del término *mascarada con relación al falo respecto de la posición sexualizada* y *el uso del término máscara con relación al deseo en tanto es el objeto a quien lo causa*.

³⁶ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 4. La Relación de Objeto*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1956-1957, p. 270.

El desarrollo de la presente Tesis de Maestría consta de dos partes, y lo concluiremos en *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*. En la primera parte, nos proponemos comenzar por los fundamentos de la noción de mascarada y máscara en la enseñanza de Jacques Lacan. Luego, en la segunda parte desarrollaremos específicamente la máscara en las formaciones del inconsciente.

Para comenzar el desarrollo de la primera parte de la tesis, nuestro punto de partida es la dimensión de máscara en el objeto, título del primer apartado del capítulo: La máscara, el velo y el significante.

Lacan, en *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, sitúa la dimensión de máscara en el objeto luego de introducir la noción de máscara.

En la relación del sujeto a advenir con el Otro, la dimensión de máscara en el objeto es el primer modo de simbolización del niño de la presencia del Otro que introdujo la demanda bajo la dialéctica del *Fort –da*. La demanda que retorna en el llamado del niño simboliza que la madre puede estar o no estar. Así el carácter inicial de la simbolización del objeto se presenta bajo la “dimensión de máscara en el objeto”³⁷.

Además Lacan, en el seminario mencionado, retoma la dimensión de máscara en el juego y la risa.

A propósito de la risa, descubrimos que es efecto del placer que la presencia del objeto símbolo produce en el niño cuando encontró en la presencia del Otro el asentimiento de su deseo. Pero la risa está dirigida al más allá de la demanda y por eso, al sujeto que yace detrás de la dimensión de máscara en el objeto.

En cuanto al juego, Lacan en 1958, ilustra la alternancia presencia–ausencia mediante el juego de máscaras y en *El Seminario. Libro 10. La angustia*, relaciona la función del juego con el pezón que funciona como objeto *a* a nivel de la demanda oral. También, introduce el objeto *a* como causa de deseo, y resignifica la castración vinculada a la función de “*separticion*”³⁸ que opera en los distintos momentos de la estructuración del sujeto.

Así la castración por estar vinculada a la función de corte con los objetos que adquieren la característica de “amboceptor”³⁹ se figura en el seno que, en este seminario, es suplente del sujeto. Por la función de la *separtición* el seno funciona como un retoño en la relación del niño con la madre, y por ello representa al objeto *a* causa de deseo.

³⁷ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 339.

³⁸ Op. cit., p. 256.

³⁹ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1962-1963, p. 181.

A nivel de la demanda oral el seno representa al objeto *a* causa de deseo en el Otro y retorna como deseo de separación en el sujeto. Así el niño juega a destetarse. El juego con el seno, entonces, señala el primer tiempo de separación en el sujeto del objeto.

Con respecto a la constitución de la máscara, Lacan en 1958, expone que: “la máscara se constituye en la insatisfacción y por medio de la demanda rehusada”⁴⁰. Este enunciado inicia el recorrido del apartado: El falo enmascarado es causa de la máscara.

Por tanto si la máscara se constituye en la insatisfacción por la declinación de la demanda, conjeturamos que será el Significante del Nombre del Padre en el Otro, el operador que provoca el rechazo de la demanda. Inferencia, que sostenemos siguiendo los interrogantes que Lacan, en *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, formula respecto de lo que separa al sujeto entre el deseo y la máscara, y lo que le permite reconocerse uno en las máscaras.

Luego, Lacan nos induce un recorrido cuando plantea que es el significante falo lo que permite al sujeto reconocerse como uno a través de la diversidad de las máscaras y por otra parte, lo divide entre lo que es deseo y lo que es máscara.

Tal como lo encontramos desarrollado en el seminario mencionado y “La significación del falo”, será el encuentro del sujeto con la castración en el Otro, y a nuestro entender la constitución de la metáfora paterna lo que eleva el falo a su estatuto significante y divide al sujeto entre lo que es deseo y lo que es máscara.

Por la introducción de la dimensión metafórica el falo deviene un símbolo y se convierte en ideal por las insignias paterna. Porque opera la interdicción del incesto, el significante se reprime en el Otro, se constituye el súper yo que posibilita la constitución de la máscara por la identificación con el personaje paterno y la constitución del ideal del yo en el sujeto

Por cierto, por la enseñanza de Lacan en 1958, sabemos que el encuentro con el deseo del Otro es decisivo en el sujeto infantil. Por qué se trata de un momento de la experiencia, en el que pueden “presentarse consecuencias sintomáticas (fobia) y estructurales (*Penisneid*),” y ellas dependen de la castración. En este momento que el deseo reciba la marca del significante falo depende de la ley del padre.

En la enseñanza de Freud, el Historial clínico: “Análisis de la fobia de un niño de cinco años (el pequeño Hans)” es un ejemplo concreto de las consecuencias sintomáticas, porque sabemos que el niño con el significante caballo construye la fobia que viene a suplir el déficit simbólico en la constitución de la metáfora paterna.

Investigaremos, entonces, el análisis de Lacan sobre el historial clínico mencionado, que desarrolla en *El Seminario. Libro 4. La Relación de Objeto*, porque la fobia como respuesta al

⁴⁰ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 341.

déficit simbólico de la metáfora paterna en el sujeto infantil nos enseña sobre la importancia de la construcción de la pantalla en el trabajo analítico.

Partiremos de los fundamentos teóricos, para investigar en la experiencia clínica que inaugura Freud y retoma Lacan, la función de la pantalla en el caso mencionado. Praxis que revela la teorización sobre la clínica y los efectos de la clínica que permiten escribir la teoría.

La intervención de Freud que introdujo la función del padre simbólico posibilitó que el significante *Braga* funcione como pantalla.

En el desciframiento de la fobia, Freud en 1909, usa el término máscara luego de la escena donde la madre muestra al padre del niño los calzones comprados en la tienda y Juanito escupe, se tira al piso y siente asco. En la escena mencionada, Freud nombra el término máscara para demostrar los efectos de la represión y luego, relaciona los calzones negros y amarillos de la madre con el complejo anal.

Lacan en 1957, reconoce la función de la represión, sin embargo, en las Bragas pone el acento en su función de pantalla, dado que escucha en la lectura del historial *Lumpf* como *Strumpf*—calcetín—que alude a los vestidos de la madre. Por tanto, indica poner especial atención en las *Bragas* y darle consistencia simbólica a la pantalla.

Lo traumático, entonces, es el encuentro con el deseo del Otro. Por eso, el dilema irresoluble, para la niña como el varón, es la castración en la madre. Dilema que el sujeto aborda con la “mascarada”⁴¹. Si bien, hay simetría en el punto de partida, también, encontramos una asimetría en la asunción de las funciones de lo masculino y femenino.

Por lo que se refiere a la mascarada de lo femenino, en 1958, encontramos que la mujer en la dimensión del deseo se identifica en forma secreta y latente con el falo para proponerse como signo del deseo del hombre. Pero proponerse como falo deseado implica un rechazo de su cuerpo.

Lacan, en *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, formula lo rechazado en términos de *Verwerfung*⁴². Por tanto, nos preguntamos qué es lo rechazado bajo la lógica de la *Verwerfung* y lo presentamos y sostendremos como interrogante en la investigación.

Sin embargo, en “La significación del falo, discernimos una variación con respecto a la mascarada, ya que la mujer para ser el significante del deseo del Otro”, va a rechazar una parte de la femineidad, concretamente todos sus atributos en la mascarada”⁴³.

En este sentido, Lacan, en los dos trabajos mencionados, concluye que la mujer buscará “el significante del deseo y el amor en el mismo objeto”⁴⁴. Por eso, continuaremos el desarrollo

⁴¹ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, pp. 357-9.

⁴² Op. cit., p. 358.

⁴³ Jacques Lacan: “La significación del falo”, en *Escritos 2*, 2°ed., Bs. As., Siglo Veintiuno Editores, 1958, p. 661.

⁴⁴ Ib.

con una conjetura: sería posible situar que en la mascarada de lo femenino la confluencia del deseo y el amor en un mismo objeto converge, en la enseñanza de Freud⁴⁵, en que el advenimiento de lo femenino se desprende de las aspiraciones de metas pulsionales pasivas que suponen un alto grado de actividad.

Ahora bien, Lacan⁴⁶ en *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, sitúa la actividad con respecto a lo pulsional para los dos sexos y la pasividad con respecto al exterior. Por eso, el advenimiento a una posición sexuada queda supeditado al pasaje del sujeto por el campo del Otro y situar allí la falta.

Por el lado de la “mascarada” de lo masculino, también será la respuesta del niño con la castración en el Otro. Sin embargo, el niño recibirá los títulos por vía paterna para hacerse hombre.

Lacan retomó de Freud, 1923, la identificación paterna que refuerza la masculinidad, efecto del complejo de castración. No obstante, subrayó que “más o menos”⁴⁷ la masculinidad la resuelve por la identificación con los títulos heredados del padre.

En este sentido, en *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente* y “La significación del falo”, Lacan señaló en el hombre que con respecto al deseo al falo lo buscará en el exterior y ello, podría conducirlo a la disociación de la vida amorosa. En esa tendencia, “el deseo de falo hará surgir su significante en su divergencia hacia otra mujer, que puede significar ese falo a títulos diversos, como prostituta, como virgen”⁴⁸, etc.

Con respecto a los rasgos mencionados que porta el objeto de deseo, Freud los desarrolló entre 1910 y 1912, y ubicó la causa de la elección en la fijación infantil a la madre. Por eso, la elección de un objeto que porta el rasgo de la virgen o prostituta es una defensa frente a la impotencia psíquica, por la fijación materna, de hombres “que aman y no anhelan y si anhelan no aman”⁴⁹.

Lacan en 1958, retoma la problemática mencionada desarrollada por Freud y la presenta bajo una máscara. Aquí es importante destacar la novedad que refleja la máscara de la prostituta, dado que bajo la máscara está presente el objeto, y en ella el hombre busca el falo de los demás hombres en el burdel.

⁴⁵ Sigmund Freud: “33ª conferencia. La feminidad”, en *Obras Completas*, 1º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1932-1936, vol. XXII, p. 197.

⁴⁶ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1964, pp. 212-3.

⁴⁷ Jacques Lacan: *EL Seminario. Libro 5. Las Formaciones del inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 201.

⁴⁸ Jacques Lacan: “La significación del falo”, en *Escritos 2*, 2º ed., Bs. As., Siglo Veintiuno Editores, 1958, p. 661.

⁴⁹ Sigmund Freud: “Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre. (Contribuciones a la psicología del amor, I)”, en *Obras Completas*, 1º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1910, vol. XI, p. 176.

Además, la tendencia centrípeta de la pulsión que orienta al hombre a estar alerta de su tumescencia, abrirá a otra problemática que está presente en *El Seminario. Libro 10. La Angustia*: la impostura.

Esta posición revela una de las dimensiones de la castración figurada en la caída del órgano masculino, por tratarse de un amboceptor y metáfora del falo, que muestra la función del (-φ) con relación al objeto a causa de deseo.

Mediante la “impostura”⁵⁰ el hombre enfrenta la angustia ante el no poder, y en grados variables, ella está presente en lo masculino. Sin embargo, permanecer pendiente de su tumescencia podrá acercarlo a la impostura radical y por ello conjeturamos allí la necesidad de resituar la castración primordial.

A continuación, en el apartado: Entre el parecer ser y el parecer tener, encontramos la relación del sujeto con el significante falo.

Lacan, en “La significación del falo”, expone que el falo será lo que da realidad al sujeto en ese significante y al mismo tiempo irrealiza las relaciones que han de significarse entre los sexos. Por eso, el ser del sujeto tendrá relación con el falo pero al mismo tiempo no lo será.

A causa de lo que el significante no significa, el sujeto suplirá esa falta estructural con el parecer, y será “para protegerlo por una lado y para enmascarar la falta en el otro”. Ello, revela que si bien el falo irrealiza las relaciones que han de significarse, también, el falo organiza y divide los sexos.

Con respecto a la división de roles la encontramos articulada a la función de la negación. Lacan, en 1959, introduce la función de la negación y por ende de la castración para situar el lugar donde se produce esa inflexión: no ser sin. La “inflexión”⁵¹ de la castración manifiesta la función significativa en la repartición de roles, donde él no es, sin tenerlo y ella lo será, no siéndolo.

La Inflexión de la castración implica cierta renuncia al falo, y a esa ausencia la ilustra la función del velo o la cortina que proyecta la imagen de cada partener en la dimensión del amor. Por eso, en el plano del amor la búsqueda de cumplir el ideal de lo que han significado como hombre o mujer los acercara a la dimensión de la comedia y la risa en la copulación.

La risa y lo cómico revelan que el deseo no queda capturado por la demanda y en esa búsqueda de acercarse al ideal hay decepción. El desengaño es el efecto del límite que el deseo le impone a la demanda y representa la función de la castración.

En el plano del amor encontramos otra dimensión en la que opera la castración. Lacan, en *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, sitúa la operación de la castración en la función de corte del objeto “a” que manifiesta la consecución del orgasmo. La detumescencia viene a

⁵⁰ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, 1º ed., Bs. As. Ediciones Paidós, 1962-1963, p. 208.

⁵¹ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 6. El Deseo y Su Interpretación*, s.l., 1959, p. 297.

presentificar que el falo funciona como $(-\phi)$ a nivel del objeto a y por ello, a nivel de la privación que es el fundamento del sujeto deseante.

Porque funciona el $(-\phi)$ a nivel de la privación, el sujeto puede tramitar la irrupción de la pulsión de muerte en la copulación mediante la risa y lo cómico. En la copulación la muerte irrumpe como demanda de muerte entre el deseo y la demanda, pero por la existencia del amor ese real pulsional se intrinca a la vida y por eso, encontramos sus efectos en la risa y lo cómico al final de la copulación. En este sentido, el amor y lo cómico son velos de la angustia de castración.

A continuación en el capítulo: La mascarada en esa mujer: un caso clínico de J. Riviére, la mascarada nos revela que no siempre coincide con lo femenino.

Lacan en 1958, introduce el caso clínico analizado por J Riviére, publicado en “La femineidad como máscara” y coincide con la analista inglesa en que, en el caso analizado por ella, la mascarada no remite a lo femenino. En la paciente se trata de una de las vías posibles de acceso a la feminidad. En ella esa dificultad retorna, por un lado, en la irrupción de angustias que eran procesadas como temor al castigo y la venganza por parte de hombres. Por otro lado, se vuelve frígida.

En esos fenómenos clínicos, Lacan pone de relieve la relación del sujeto con el falo en su carácter de potencia y el goce por el uso de su potencia fálica.

Además la inhibición temporaria de su sexualidad nos remitió a “Ideas directivas para un congreso sobre la sexualidad femenina”. En ese texto, la frigidez devela la función de la defensa que se exterioriza en la mascarada frente a la intervención del Otro en el plano de la sexualidad. En este sentido, Lacan subraya la necesariedad de la castración simbólica en transferencia para abordar la inhibición sexual.

Freud descifra en la inhibición sexual la defensa frente a la hostilidad de la niña con la madre, transferida al padre y luego al marido.

Con la enseñanza de Freud y de Lacan conjeturamos en la paciente que la inhibición sexual es una defensa frente al deseo del Otro que retornan en la posición fálica de esa mujer con el consecuente retroceso hacia el deseo. Por eso requiere de la castración simbólica en transferencia.

Lacan⁵², en *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, retoma el caso clínico, mencionado, y sitúa que en la mascarada la angustia es ante el deseo del Otro, de lo que ella no sabe muy bien que cubre

En ese caso clínico, hallamos la dependencia de esa mujer al deseo del Otro para gozar con el objeto, y ello nos permitirá situar que la angustia irrumpe cuando ella no reconoce su

⁵² Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, 1° ed., Bs. As. Ediciones Paidós, 1962-1963, p. 208.

propia máscara ante el espejo del Otro. La angustia ante el deseo del Otro es una interrogación del sujeto por su deseo y por la posibilidad de una pérdida que remite a la castración en el Otro.

Sin embargo, en la paciente encontraremos un retroceso ante la castración en el Otro y por Lacan sabemos que el neurótico no retrocede a su castración, sino que hace de su castración la garantía del Otro. En este sentido, con sus atributos fálicos se hace cargo del fracaso del Otro.

Ahora bien, dado que para la mujer la castración está dada de entrada y constituye “su objeto de deseo en el pasaje por el deseo del Otro”, será también en ese lugar donde tendrá que situar la falta y constituir el objeto *a* causa de deseo.

Por eso Lacan con en ese caso clínico formula que el *Penisneid* no es el tope del fin de análisis porque ello conduce a la mujer a la insatisfacción y revela la positivización del (-φ). En el caso de referencia sería el retroceso ante la castración y el goce de su potencia fálica que retornan en la inhibición de su sexualidad o “aberración de su propio goce”, tal como lo llamo Lacan.

A continuación desarrollaremos la máscara en el capítulo que llamaremos: Sin máscara no es posible la suplencia ante la carencia de ser. En el mismo, retomaremos la función de la identificación en la máscara y mascarada.

En primer lugar, Lacan en 1960 expone que la “noción de máscara”⁵³ sustituye el término persona y es un aporte del psicoanálisis a las conceptualizaciones de la estructura personalista. Con ello nos referimos a los desarrollos de Daniel Lagache.

En este sentido, expondremos nuestra interpretación respecto de la estructura personalista de Daniel Lagache⁵⁴ y mencionaremos la diferencia con Lacan. Este recorrido, luego, será retomado brevemente en el desarrollo del apartado: La máscara.

El término persona remite a las conceptualizaciones de Daniel Lagache, quien perteneció, al igual que Lacan, a la segunda generación psicoanalítica francesa. Su diferencia con Lacan—que despeja el psicoanálisis de la psicología académica por un retorno riguroso y crítico a los textos freudianos—fue sintetizar la psicología y el psicoanálisis. De ese modo, planteo que el psicoanálisis era una parte de la psicología.

Asimismo retoma de la antropología estructuralista, la promoción de la categoría de conjunto y parte de la idea de que no tratamos con elementos aislados, ni consuma de elementos, sino con conjuntos cuyas partes están ellas mismas estructuradas. En este sentido, sostiene que el campo psicológico es el conjunto de las relaciones entre el organismo y su entorno. Por esto no es posible pensar uno sin el otro, porque no hay organismo que no esté en una situación, ni situación más que para un organismo.

⁵³ Jacques Lacan: “Observación sobre el informe de Daniel Lagache: Psicoanálisis y estructura de la personalidad”, en *Escritos* 2, 2ªed., Bs. As., Siglo Veintiuno Editores, 1960, p. 638.

⁵⁴ Daniel Lagache: “El Psicoanálisis y La estructura de la personalidad. Traducción: Juan Bauzá y Mª José Muñoz. La Psychanalyse. <http://es.scribd.com/.../El-Psicoanalisis-y-La-Estructura-de-La-Personalidad>, pp. 1-35. Consultado 05-03-2014.

Esta perspectiva geométrica con la que Lagache teoriza la estructura de la personalidad, se diferencia de la noción de estructura en Lacan, quien nos enseña que se trata de una estructura significativa.

Lagache, entonces, señala que la formulación de la segunda tópica en Freud-Ello, Yo, Súper-yo-quedará ligada a una estructura personalista con la introducción del Ideal del yo y considera necesario atender a las relaciones intersubjetivas y las identificaciones en la estructura de la personalidad. Porque entiende que lo que se sabe o se aprenderá de las relaciones intersubjetivas podrá aplicarse a las relaciones intersubjetivas del sujeto, es decir, a las relaciones con su propia persona.

En este sentido, Lagache acentúa la precedencia de las relaciones intersubjetivas. Es decir, que en una coyuntura social, cultural y familiar determinada, el modelo de relación intersubjetiva de los niños por venir existe antes de su nacimiento. Por eso, retoma la dimensión filogenética del súper yo en la enseñanza de Freud y sostiene que antes de existir en sí mismo, por sí mismo y para sí mismo, el niño existe para y por el prójimo, es ya un polo de expectativas, de proyectos, de atributos.

Así, fundamenta las mediaciones que juntan e integran estas dos modalidades de la existencia, el ser para el prójimo y el ser en sí, con la noción de diferenciación primaria y las relaciones sincréticas del niño con la madre. El hecho más importante que señala es que en el establecimiento de su propia identidad, el niño se apoya sobre el punto de vista del prójimo, lo que se manifiesta claramente en el lenguaje cuando, entre los dos y tres años, el niño habla de él mismo como habla el prójimo de él, o se habla a sí mismo como el prójimo le habla. “Se capta bien ahí, la conjunción que se opera entre el ser- para-otro y el ser-para-sí”⁵⁵.

Este período de las relaciones de objeto es del reino de la identificación, bajo las dos formas de introyección y de la proyección.

En esta formulación encontramos una diferencia radical con la enseñanza de Lacan⁵⁶, quien acentúa en el ser para el prójimo la preexistencia del discurso del Otro, no reconocida por Lagache, y en los atributos los significantes ligados al discurso que reflejan el deseo de los padres. En los atributos que reflejan el deseo parental ex-siste el sujeto antes de su nacimiento y allí pondrá a prueba la carencia de ser en su advenimiento. Sujeto del deseo que no es otro que la “Cosa (*das Ding*)”⁵⁷.

Ahora, retomemos a Lagache, porque en el siguiente estadio—llamado de objetivación—las estructuras del mundo personal se estabilizan y por identificación se diferencian el sujeto y

⁵⁵ Daniel Lagache: “El Psicoanálisis y La estructura de la personalidad. Traducción: Juan Bauzá y M^a José Muñoz. La Psychanalyse. <http://es.scribd.com/.../El-Psicoanalisis-y-La-Estructura-de-La-Personalidad>, p. 9. Consultado 05-03-2014.

⁵⁶ Jacques Lacan: “Observación sobre el informe de Daniel Lagache: Psicoanálisis y estructura de la personalidad”, en *Escritos 2*, 2ª ed., Bs. As., Siglo Veintiuno Editores, 1960, p. 623.

⁵⁷ Op. cit., p. 625.

el objeto. Por la interiorización de la relación intersubjetiva, el sujeto aprende a tratarse como un objeto. Así objetiva su propia persona y adopta en su punto de vista la posición y actitud del otro desdoblando el yo sujeto y el yo objeto. Una vez interiorizado este desdoblamiento, el yo funciona de manera autónomo y se olvida el origen intersubjetivo, al que puede regresar fácilmente.

Esto explica ciertas particularidades de las relaciones del sujeto con su propia persona, específicamente en lo que concierne al sentimiento y a la noción de la identidad personal.

Con respecto al ello, lo concibe como un conjunto de relaciones de objeto no estructuradas pero funcionales, sometidas a la condensación y al sincretismo. Ahí el sujeto – que no se distingue de la pulsión, del fin y del objeto- está desperdigado entre esas diferentes relaciones de objeto o sus agrupamientos parciales. En definitiva, esta ausencia del sujeto coherente caracteriza a la organización del Ello y su funcionamiento bajo un modo impersonal.

Por eso, Lagache sostiene que no se puede hablar de una ausencia radical de organización en el Ello porque esta solo es relativa.

Respecto a la estructura del yo, adquiere una autonomía relativa, limitada por la heteronomía del Yo. Este es un carácter común de todas las subestructuras de la personalidad y por ello la noción de conflicto intersistémico debe completar la de cooperación intersistémica. Esto explica por qué la autonomía relativa del Yo revistió una importancia particular, no siendo solamente autonomía interna, en relación con los otros sistemas, sino autonomía externa en relación con la realidad. Por ese hecho, la autonomía relativa del yo es la garantía de una autonomía relativa de la persona en su conjunto. El yo, entonces, es un sistema que adquiere la función de unidad.

Por lo que se refiere al análisis estructural del Súper yo, Lagache, señala que el Ideal del yo, Súper yo, Yo ideal, no entrañan conceptos diferentes. Luego, retoma de Freud la formulación que concierne al Ideal del yo como una función del Súper yo y agrega a esta distinción funcional una precisión estructural: “el Ideal del Yo representa la manera en que la persona debe comportarse para que el Yo-Sujeto, identificado con la autoridad parental, pueda conceder su aprobación al Yo-Objeto”⁵⁸.

En este modelo intersubjetivo proporcionado por la relación padre-niño, el sujeto debe rechazar ciertas conductas y adoptar otras con el fin de no disgustar y complacer a la autoridad que dice sí o no, está bien o está mal, puedes o no puedes. Así el Superyó corresponde a la autoridad – en cuanto instancia que prohíbe – y el Ideal del Yo a la forma en que el sujeto debe comportarse para responder a lo esperado por la autoridad– es decir, en cuanto instancia que prescribe–Por tanto, el Yo-Sujeto se identifica al Superyó, es decir, a la autoridad, y el Yo–

⁵⁸ Daniel Lagache: “El Psicoanálisis y La estructura de la personalidad. Traducción: Juan Bauzá y M^a José Muñoz. La Psychanalyse. <http://es.scribd.com/.../El-Psicoanalisis-y-La-Estructura-de-La-Personalidad>, p. 25. Consultado 05-03-2014.

Objeto aparece ante él– el Superyó–como autoridad introyectada, y el yo–objeto–se comporta ante la autoridad externa conforme o no al Ideal del Yo.

Daniel Lagache, interrogado por saber si se debe reconocer al Yo ideal como una formación relativamente autónoma con respecto al sistema Superyó-Ideal del Yo, no otorga una respuesta unívoca. Sin embargo, mediante la experiencia analítica de la melancolía y la posición megalománica reconoce la antinomia del Yo Ideal y del Superyó-Ideal del Yo, como una dimensión esencial de la identificación narcisista a la omnipotencia y la sumisión a la omnipotencia.

Lacan en 1960, distingue las funciones del yo ideal e ideal del yo para realizar un aporte del psicoanálisis al problema de la persona y recuerda que la persona es una *máscara*. Noción que encontramos en el apartado: La máscara.

Entonces, donde Lagache sitúa la interiorización de la persona, Lacan, en 1960, nombra la carencia de ser del sujeto, el que pre-existe en los significantes del discurso del Otro. Por eso la persona es una máscara y la máscara demuestra que la persona es el vacío detrás de un rostro.

Asimismo muestra que la noción de máscara presenta una ambigüedad, porque por un lado, evoca la falta en ser y por otro lado, la apariencia de una unidad. Esa ambigüedad es efecto del trazo signifiante

El trazo signifiante, en *El Seminario. Libro 8. La Transferencia*, es retomado por Lacan de la segunda forma de identificación al rasgo en la enseñanza de Freud y nombrado como *ein einziger Zug*. Luego en *El Seminario. Libro 9. La Identificación*, el rasgo unario es soporte de la identificación. En 1962, es retomado por Lacan y trabajado, de nuevo, en el modelo teórico que deviene del esquema óptico. Por eso, lo situamos en el esquema mencionado en el año 1960 y 1962, para subrayar la precedencia de lo simbólico que revela el trazo unario en el campo del Otro.

El esquema, mencionado, ilustra que el trazo signifiante opera en el campo del Otro y designa en la imagen virtual el momento en que el niño asume la imagen especular. Ese acto representado en el signo de asentimiento es una mirada de amor interiorizada del Otro, un *ein einziger Zug* que impide la captura en la fascinación de la imagen especular.

El trazo, entonces, divide al sujeto, funda la carencia de ser y constituye la instancia del Ideal del yo constituido por las insignias de la demanda de amor. Por eso, del ser solo habrá atributos.

El modelo retomado por Lacan en *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, revela que inscripción del trazo unario, en el advenimiento del sujeto, implicó la existencia de un resto cortado de la imagen especular, el $(-\phi)$, que no entró en lo imaginario. Pero, ese resto podrá imaginarizarse por la construcción del fantasma en el sujeto, una vez que el objeto *a* se extrajo del campo del Otro.

El objeto *a* es el ser que falta o falta en ser que fundó el significante y regula las relaciones del sujeto con el Otro. En esa relación podemos abordar el objeto *a* por la vía del fantasma y el yo (*moi*), la imagen que envuelve el objeto de la castración. Pero como la imagen especular, *i* (*a*) no es la imagen de *a*, el objeto de la castración, porque solo refleja la posición deseante en el sujeto, entre la imagen especular y el Otro está la máscara.

Lacan en 1962, localiza la máscara en el modelo teórico, entre *i(a)* - *a* y la relaciona con el deseo del Otro. En el seminario citado leemos: “(...) *i* de *a* y *a*, su diferencias, su complementariedad, y la máscara que uno constituye para el Otro (...)”⁵⁹.

Puesto que la función de la máscara y la mascarada dependerán del dominio de la identificación, la articularemos con las tres formas de identificación en la enseñanza de Freud y retomadas por Lacan.

En primer lugar, de la enseñanza de Freud mencionamos la identificación definida en el capítulo VII “La identificación”⁶⁰ como la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con un objeto. Luego, Freud la articula a la comida canibalica del padre muerto en “Tótem y Tabú”. Y en el “El yo y el ello” la encontramos nombrada como primera, primaria e identificación con el padre de la prehistoria personal.

La segunda forma de identificación que Freud encontró en la formación neurótica de síntoma, y podemos nombrar como regresiva. En el capítulo VII “La identificación”, leemos: “La identificación reemplaza a la elección de objeto; la elección de objeto ha regresado hasta la identificación. Esta identificación, es parcial, limitada en grado sumo, pues toma prestado un único rasgo del objeto”⁶¹.

Freud descifra la tercera forma de identificación en el sueño del “Salmon ahumado” en “La Interpretación de los sueños” y en el capítulo VII “La identificación” la sitúa articulada en un tercer caso de formación de síntoma histérico y también presente entre los individuos de la masa. Es la identificación por el síntoma: “Que pasa a ser indicio de un punto de coincidencia entre dos yo que debe mantenerse reprimido”⁶².

En el apartado siguiente: En la máscara- pantalla resuena la incorporación del padre muerto, encontramos que la incorporación del padre prehistórico funda el obstáculo a (*das Ding*) o la Cosa.

En este sentido, Lacan retoma una de las dimensiones de la primera identificación en la enseñanza de Freud. En 1913, Freud teoriza la identificación mediante el mito, la nombra como incorporación del padre muerto y la representa en el acto de la comida canibalica en el banquete totémico.

⁵⁹ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 9. La Identificación*, s.l., 1961-1962, pp. 383-8.

⁶⁰ Sigmund Freud: “Psicología de las masas y análisis del yo”, en *Obras Completas*, 2º ed., Bs. As, Amorrortu editores, 1920-1922, vol. XVIII, p. 99.

⁶¹ Op. cit., pp. 100-1.

⁶² Ib.

Sabemos por Lacan que la primera forma de identificación a nivel de la incorporación produce efectos sobre el cuerpo, porque impide la captura en la imagen especular y lo que se incorpora es la voz del padre muerto.

Lacan en 1962, nombró la incorporación del padre muerto a nivel de la pulsión invocante y por eso es más cercana al inconsciente. La voz del padre, entonces, señala el vacío en el Otro y es el punto de partida de la estructuración del deseo. Por eso podemos formular que la incorporación del padre muerto en un mismo movimiento señala el deseo de la madre e impide la captura en la imagen especular en el advenimiento del sujeto. Ello se refleja por que la incorporación del padre introduce lo real que se presenta como mancha y señala el resto irreductible que no entró en la imagen especular.

Lacan en *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, identificó la mancha con la mirada en el momento de anonadamiento del sujeto. Momento que muestra la encarnación ilustrada del $(-\phi)$ a nivel de la mirada que opera como objeto *a* causa de deseo del Otro. Ahora bien, operar como causa de deseo implica la esquizia primitiva del ojo y la mirada y por eso, el sujeto a advenir recibe a la mirada a través de la “imagen pantalla”⁶³. Así lo que el sujeto da y recibe del otro es “máscara”⁶⁴.

Dado que el sujeto recibe del otro a la mirada como máscara no queda capturado en la imagen especular y ello señala la incorporación de la voz del padre. No obstante, solo retroactivamente podemos inferir que esa operación se realizó por el movimiento de la segunda forma de identificación que se realiza con el rasgo unario.

Continuamos con la segunda forma de identificación en el apartado siguiente: De la máscara del padre totémico al trazo como gozne para la extracción del objeto *a*

Ahora el rasgo unario es el instrumento de la identificación.

Lacan en 1961, como lo hemos mencionado, retoma de la segunda forma de identificación en la enseñanza de Freud el rasgo del objeto al que el sujeto se identifica y lo llamó rasgo unario o *monás*.

El sujeto, en su advenimiento, extrae de la imagen especular un trazo del objeto de deseo que subyace en la demanda del Otro, representado por el falo con el que se produce la identificación. El trazo, entonces, es un índice de la negación que divide al sujeto y se escribe como *yo no soy el Otro- no uno, yo soy yo- uno*. Mediante esta operación el sujeto queda marcado por el atributo fálico y lo introduce en el primer movimiento del par Alienación– Separación.

⁶³ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1964, p. 113.

⁶⁴ Op. cit., p. 114.

Por tanto el sujeto cae en la alienación significativa donde el S1 viene a ser representado por el S2 que produce efectos de sentido y comienza la represión. El sujeto, entonces, queda acorralado en la alienación del par significativo que produce el movimiento de repetición.

Para ilustrar esta operación, Lacan, en 1964, retomó el juego con el carretel del pequeño Ernest, nieto de Freud. En el juego mencionado, subrayó, por un lado los fonemas *For-da* que acompañaron al juego para designar en el carrete al objeto *a* y al sujeto y por otro lado, el primer reconocimiento de lo real pulsional como no –yo. Ahora bien, será necesaria la segunda operación que conocemos bajo el nombre de separación.

La separación se produce por la función del deseo que el sujeto percibe en las fallas del discurso del Otro y ante ello responde con su desaparición.

Por tanto, si ahora hay un reconocimiento de lo real pulsional como no–yo que en la incorporación ingreso como mancha, podemos inferir que esta operación dará lugar a la extracción del objeto *a* del campo del Otro con la tercer forma de identificación.

Continuaremos, entonces, en el apartado siguiente, Aislar la máscara, con la tercera forma de identificación y sus efectos de señuelo en la mascarada y el amor.

Lacan en 1958, retoma de Freud la tercera forma de Identificación en el sueño del “Salmon ahumado” al que nombró como sueño de “La bella carnicera”. A través de esta formación del inconsciente señaló que la histérica se mantiene pendiente de esa escisión estructural en el hombre entre el deseo y la demanda. Luego, Lacan situó que el deseo encuentra su lugar en el deseo del Otro como distinto de la demanda e introduce que “el deseo es el deseo del Otro”⁶⁵.

Más tarde, en 1961, Lacan retoma la tercer forma de identificación que Freud desarrolló en el capítulo VII “La identificación”. Por ello sabemos que la identificación se produce con un punto de coincidencia entre los dos yo que debe mantenerse reprimido. En ese punto de coincidencia, Lacan introdujo “que el deseo del hombre se sitúa en el lugar del Otro y se constituye como ese modo de identificación”⁶⁶ que Freud extrajo de la constitución del deseo de la histeria.

Sin embargo, en ese momento, la problemática identificatoria no queda resuelta y Lacan en 1962 la retoma en la tragedia de *Hamlet*.

Retomaremos de *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, solo el modo en que opera la identificación, donde hay, en primer lugar, pérdida del objeto y como consecuencia reconocimiento retroactivo del objeto que estaba ahí como objeto de deseo. En este seminario el *a* es causa de deseo y sostén de la libido. Para separar el objeto *a* del campo del Otro, Lacan en 1964, designa como soporte la identificación.

⁶⁵ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 373.

⁶⁶ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 9. La Identificación*, s.l., 1961-1962, p. 361.

Sabemos por Lacan, 1964, que la extracción del objeto *a* del campo del Otro se realiza con la tercer forma de identificación que culmina de realizarse con el proceso de separación y el sujeto deja de estar ligado a la vacilación del ser.

De ello resulta, entonces, que el objeto *a*, por un lado, surge del corte del objeto por el que el sujeto constituyo el fantasma al quedar fijado a un significante y por otro lado, es un representate de la libido, de esa parte que el sujeto pierde al nacer para asumir una posición sexual.

La asunción de la sexuación es efecto de la intervención del significante que hizo surgir la muerte que se distingue de la vida, y por esa distinción las pulsiones parciales se enlazan mediante significaciones al inconsciente y con las que los seres hablantes significan su sexo.

Por la tercera forma de identificación, entonces, deviene el sujeto del deseo. En tanto, haya reconocido la falta en el Otro y extraído el objeto *a* habrá distancia entre el campo narcisista donde el sujeto encuentra el amor, el ideal del yo, y el deseo.

Lacan en 1964, situó el objeto *a* causa de deseo en el campo de la transferencia analítica como el operador que mantiene la distancia entre el ideal y el lugar donde el sujeto se reconoce como falta.

Si bien, el objeto *a* vino a velar la falta no ha podido franquearla y de ello es testimonio la mirada. A la distancia entre el narcisismo y la función del objeto *a* que la mirada no puede franquear la encontramos en los efectos de mascarada y el amor.

Lacan en 1964, sitúa la mirada como representate del objeto *a* causa de deseo en el campo escópico que representa la esquizia del sujeto a nivel del ojo y la mirada.

Si la mirada se separa del ojo como órgano, puede funcionar como objeto *a* causa de deseo y simbolizar el $(-\phi)$ de la castración y por tanto, el falo funciona como falta en el plano de la sexualidad. La separación, entonces, es efecto de la función y aislamiento de la pantalla que impide al sujeto quedar capturado en lo imaginario y él se reconoce como falta.

Dado que, entre el sujeto y la mirada está la máscara que él pudo aislar porque la mirada está detrás de la pantalla y funciona como falta, hay efectos de señuelos entre la mirada y lo que el sujeto quiere ver. Por eso el sujeto⁶⁷ se presenta como distinto de lo que es y lo que le dan a ver no es lo que quiere ver.

A nuestro entender se producen efectos de señuelo por la separación del objeto *a* por identificación. A esos efectos lo encontramos en la mascarada y el amor.

En la segunda parte del desarrollo de la tesis, Las máscaras en la otra escena, nos encontramos con las máscaras en las formaciones del inconsciente.

⁶⁷ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1964, p. 109.

Lacan⁶⁸, en *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, expresa que la máscara es inseparable del deseo y al mismo tiempo la máscara reviste de un modo problemático al deseo. Ello, de acuerdo a la interpretación de Lacan, es lo que puso de relieve Freud cuando comenzó a descifrar los síntomas y los sueños.

Por eso continuamos el desarrollo de la tesis con el capítulo: Las máscaras por la pasarela del sueño. En el apartado: La máscara en el sueño: sus artesanos, encontramos la diferencia entre el motor del sueño y el discurso del inconsciente.

Sabemos por Freud, 1900 y 1901, que el sueño es un cumplimiento de deseo, pero hay diferencia entre el deseo reprimido infantil y el deseo que satisface el sueño.

El deseo reprimido infantil presta la energía psíquica al resto diurno y por la operación de los mecanismos del proceso primario, que conocemos como condensación y desplazamiento, crean en el otro escenario psíquico el texto del sueño que satisface el deseo.

Freud entre 1900 y 1916, distingue el deseo reprimido infantil que es constante y los deseos del día o resto diurno que remodelan el deseo para el cumplimiento del deseo en el sueño. El resto diurno pertenece a otro inconsciente que se sitúa en esa otra localidad psíquica, entre percepción y conciencia que Freud reconoció como legado de Fechner.

Lacan en 1958, retoma la tesis de Freud “el sueño expresa un deseo”⁶⁹ y la diferencia entre el deseo reprimido infantil, motor del sueño, y el discurso del inconsciente. Mediante esta diferencia formula que no hay nada en el texto del sueño que corresponda al deseo reprimido inconsciente, sino solo una traducción gramatical que al mismo tiempo lo enmascara.

Por eso, Lacan retoma de la enseñanza de Freud los mecanismos de condensación y desplazamiento bajo el nombre de metáfora y metonimia con las que fundamenta la intervención de la estructura del sujeto en la creación del sueño. Solo la ley del significante da expresión al deseo en el sueño.

Sin embargo, la metáfora y la metonimia se distinguen de la condensación y el desplazamiento, porque lo que se desliza en la cadena metonímica sobre la cual se apoya la metáfora es la carencia de ser del deseo.

Lacan, en “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud” desarrolla la función de la letra como soporte material del significante en la estructura del lenguaje y destaca la constancia de fonemas que se repiten en la cadena significativa.

La función de la letra, entonces, en la sincronía y diacronía del significante revela que la *palabra es un disfraz del pensamiento* y puede significar otra cosa de lo que ella dice.

⁶⁸ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 344.

⁶⁹ Op. cit., p. 278.

La letra demuestra la función de “rebús del sueño”⁷⁰ que va deslizándose en la metonimia de la cadena significante la carencia de ser del deseo que presentifica en la enseñanza de Freud el objeto perdido.

La cadena metonímica “es esa conexión palabra a palabra”⁷¹ que se relanza de manera continua en la remisión indefinida de significación, ya que se dirige a la satisfacción del deseo y al mismo tiempo apunta a la carencia de ser que la sostiene. Sobre la cadena metonímica se apoya la metáfora que es la sustitución de una palabra por otra. Por eso la metáfora se posa sobre la cadena metonímica para sustituir al significante que ella misma elide. De ese modo produce sentido y al mismo tiempo sin sentido.

Lo que la metáfora elide es un límite de la palabra y que la misma palabra crea. Ese límite remite a la muerte y a la sexualidad, y por eso se producen las formaciones del inconsciente.

Sabemos, entonces, que en el sueño el deseo reprimido solo se expresa por las leyes del significante, es decir, la metáfora y la metonimia que mediante imágenes y significantes dan expresión al deseo en el sueño. Por eso solo bajo una máscara se expresa el deseo.

Lo que se expresa enmascarado en el sueño es lo que ocurrió en la infancia y ello remite al encuentro del sujeto con el deseo del Otro y lo que queda inscrito de ese momento es lo que articula la máscara y lo que interesa de un sueño.

Por eso, Lacan en 1958 propone que las formaciones del inconsciente pasen por ese momento del encuentro del sujeto con el deseo del Otro, por esa experiencia de haber sido y dejar de ser el falo.

A continuación, en el apartado La blusa es máscara, encontramos en la histeria el deseo en el sueño señalado por el significante.

Lacan⁷² en 1958 interpreta dos sueños de una paciente de Freud que llamó “agua mansa”. En la paciente los sueños revelan el deseo señalado por la función significante que articula las dos dimensiones en la relación del sujeto con el falo: el dilema de tenerlo o serlo.

Sabemos por Lacan que el dilema de ser o tener el falo procede del encuentro del sujeto con el deseo del Otro y eso es lo que articula la máscara en el sueño. Ello queda revelado en los sueños de la paciente “agua mansa”, en la ambigüedad de su comportamiento con respecto al falo y por ende su posición histérica con respecto a los hombres.

El sueño que la paciente relata en transferencia revela que se hace máscara y se dirige al analista para que designe en ella el significante del deseo, pero para no permitirle el acceso al deseo.

⁷⁰ Jacques Lacan: “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud”, en *Escritos* I, 14ª ed., Bs. As., Siglo Veintiuno Editores, 1957, p. 490.

⁷¹ Op. cit. p. 486.

⁷² Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, pp. 384-8.

Luego, en el apartado La máscara y su rival, encontramos el sueño de una neurosis obsesiva en una mujer analizada por M. Bouvet, y retomado por Lacan⁷³ en *EL Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*.

El sueño revela, por un lado, que en la neurosis obsesiva el falo se presenta en su dimensión imaginaria. Por otro lado, en el sueño la mascarada demuestra que la mujer quiere el falo que sabe que no tiene para proponerse como objeto de deseo y hace de su feminidad una máscara porque quiere proponerse como objeto de deseo de los hombres para decepcionarlo.

En este sentido, la problemática del deseo que articula la máscara en la neurosis obsesiva se manifiesta en la tendencia hostil hacia el hombre que se le presenta como un rival, porque supone que él es el objeto del deseo de la madre, la imagen de lo que ella misma quiere ser.

La problemática que en este sueño traduce la máscara es que el obsesivo se propone como objeto de deseo pero para anularlo. Porque solo puede sostener un deseo diferente a la demanda anulándolo.

A continuación en el capítulo Máscara: preludio del deseo, comenzaremos por el apartado La máscara del síntoma preserva el deseo.

Lacan en 1958, subrayó una particularidad en la máscara del síntoma que reveló su diferencia con respecto al sueño. La satisfacción del deseo en el síntoma es al revés del sueño y ello fue lo que demostró que el deseo se reviste con una máscara y de un modo problemático.

Sabemos por Freud, 1900-1901, que el síntoma por su sobredeterminación satisface un deseo inconsciente y un deseo preconscious. Esa transacción resulta del conflicto entre instancias al igual que el sueño. Sin embargo, el preconscious concilia, mediante la creación del sueño, el deseo inconsciente y el deseo preconscious porque el propósito de la satisfacción del deseo en el sueño está dirigido a la preservación del dormir.

En el síntoma, en cambio, el preconscious no logra impedir que el deseo inconsciente se manifieste. El deseo se manifiesta de una manera ingeniosa, y con dos significados contradictorios se continúa en el retoño. Como lo demuestra la histérica, el síntoma revela satisfacción en el sufrimiento.

En esa satisfacción presente en el sufrimiento, Freud situó lo que está más allá del principio de placer y Lacan, en 1958 lo llamó goce. El goce del sujeto se manifiesta en la compulsión a la repetición ligada a la resistencia que exterioriza la pulsión de muerte.

Sabemos por Freud que el deseo, que toma la fuerza de la pulsión, es siempre diferencia entre el placer buscado y el placer obtenido. Esa diferencia se manifiesta en las intrincaciones o desintrincaciones de la pulsión de vida y de muerte. Es decir, los medios por los cuales el sujeto alcanza los fines vitales y los fines de la muerte.

⁷³ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, pp. 456-62.

Esa diferencia que es el deseo y se exterioriza como satisfacción en el sufrimiento es lo que manifiesta la máscara en el síntoma y la máscara reveló el carácter problemático del deseo. Por eso, el deseo⁷⁴ está vinculado con su apariencia, con su máscara y siempre se presenta como un enigma.

En este sentido, Lacan subrayó que el deseo es lo que puso de relieve el comienzo de la práctica analítica de Freud y tomó como material de análisis el Historial: “Señorita. Elisabeth von R”.

En el apartado En los *impasses* de la demanda se anuncia el elemento máscara encontramos la máscara en el Historial: “Señorita. Elisabeth von R”. Por eso, introduciremos lo que revela la idea de máscara en Freud y lo que descifra en la máscara de Elisabeth Lacan en el apartado: La idea de máscara en Freud y la noción de máscara en Lacan

Elisabeth fue derivada a Freud por un colega que suponía que los dolores en las piernas, que impedían el caminar, revelaban una afección histérica. Freud finalmente diagnostica en la astasia abasia de Elisabeth una histeria. Pero, ¿que pone de relieve el síntoma de Elisabeth con respecto a la máscara?

Freud en 1893 escuchó el dolor de Elisabeth, y por las imprecisiones en el dolor y el placer que descifró en ello conjeturó que Elisabeth sabía sobre su padecimiento. Con la idea de aplicar el método catártico pensó que testimoniándole interés podía mover a la enferma a revelarlo. En ese momento, Freud recuerda a Goethe “la máscara presagia un sentido oculto”⁷⁵.

El secreto se va revelando con el motivo de la primera conversión, en el momento en que la paciente asocia sus dolores en la pierna derecha con el cuidado de su padre enfermo.

La máscara, entonces, se presenta asociada a un saber que Elisabeth mantiene en secreto y ese secreto que encontramos en la máscara implicó una primera modificación en la noción de trauma. Freud en 1893 conceptualiza el trauma, primero, como un “cuerpo extraño”⁷⁶ que se presentaba en la conciencia, mientras que, ahora ya no se trata de un cuerpo extraño en la conciencia, sino un saber que la enferma mantiene en secreto. Por eso, la primera conjetura de Freud fue que ella empleo en su “vida mnémica la sensación corporal como símbolo de la anímica”⁷⁷.

Así la máscara comenzará abrirse y a demostrar que el dolor provenía de los infortunios en el amor. Elisabeth relata el recuerdo de un joven a quien habría esperado para casarse y se distanció por la enfermedad de su padre.

⁷⁴ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 328.

⁷⁵ Sigmund Freud: “Historiales clínicos. 5. Señorita Elisabeth von R”, en *Obras Completas*, 1° ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1893-1895, vol. II, p. 154.

⁷⁶ Sigmund Freud: “Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos: comunicación preliminar (Breuer y Freud)”, en *Obras Completas*, 1° ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1893-1895, vol. II, p. 32.

⁷⁷ Op. cit., p. 159.

En ese recuerdo Freud sitúa el conflicto y la defensa mediante la conversión de una representación erótica.

Lacan en 1958, en el síntoma discierne la posición del sujeto con respecto a la demanda, ya que entregarse al servicio de cuidar a un enfermo muestra los vínculos de afecto del sujeto a quien lo cuida y eso es lo que revela la conversión. Por tanto Elisabeth se encuentra en la posición de satisfacer la demanda del Otro.

Pero también sabemos que el deseo para expresarse lo hace por mediación de la palabra y por lo tanto, alienado a la demanda. Allí radica el carácter paradójico del deseo que articula la máscara y por eso el deseo es un enigma.

En este sentido, donde Freud situó el simbolismo mnémico, Lacan, en 1958, discierne el elemento máscara del síntoma, nombre con el que titulamos el siguiente apartado.

Sabemos por Freud que el dolor fue la brújula del tratamiento de Elisabeth y ello dio lugar a la emergencia de un recuerdo que finalmente reveló el secreto en la máscara.

En una de las sesiones, Elisabeth escucha una voz y supone que era la de su cuñado. En ese momento emergen los dolores y un recuerdo. El recuerdo frente al lecho de su hermana muerta: el quedo solo y yo podría convertirme en su esposa pensó Elisabeth.

Freud, entonces discierne en la máscara de Elisabeth la operación de la defensa. Elisabeth se defiende de la representación de amor por uno de sus cuñados que se esconde tras la máscara de la afección de su padre enfermo. Se trata de una representación erótica “inconsciente”⁷⁸ enmascarada tras la afección de un pariente.

Aquí yacía el verdadero conflicto, la representación traumática que con efecto retardado convierte en traumática las impresiones dolorosas del primer periodo, el cuidado del padre enfermo y los infortunios con el amado.

Lacan, en 1958, subrayó el hecho de que en los dolores de Elisabeth estuvieran implicados los familiares de la enferma. El dolor en el muslo derecho remitía a su padre y al joven de quien se había enamorado. El dolor de su muslo derecho remitía a sus cuñados y a sus hermanas.

Lacan descifró, entonces, que en esa posición de satisfacer la demanda de la Otro subyace el deseo que se presenta como enigma y como una pregunta. En el trasfondo de esa demanda se trata del interés que se toma el sujeto en una situación de deseo de deseo. “Esto es lo que representa un síntoma y suscita la noción de máscara”⁷⁹. A ese hallazgo en la definición de máscara, lo formula como “elemento máscara”⁸⁰ del síntoma.

⁷⁸ Sigmund Freud: “Historiales clínicos. 5. Señorita Elisabeth von R”, en *Obras Completas*, 1º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1893-1895. vol. II, p. 179.

⁷⁹ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 334.

⁸⁰ Ib.

Estado de la cuestión

Sobre el tema de la presente tesis, Mascarada y máscara, hemos seleccionado autores, a nuestro entender de relevancia fundamental, que aportaron al presente trabajo por su abordaje sobre el caso clínico “La femineidad como máscara”. Asimismo, aportes realizados, por un lado a la noción de mascarada y por otro lado, a la noción de máscara.

Hemos encontrado psicoanalistas que trabajaron la mascarada en el caso presentado por Joan Rivière. Y Otros, que hacen referencia a la mascarada y máscara o pantalla.

El caso clínico, es retomado por Paul-Laurent Assoun en *Lecciones psicoanalíticas sobre la angustia* y desarrolla que en la mujer complejo y angustia se desunen. De ese modo, destaca la mascarada de la “feminidad” en su aspecto de angustia, verificado en ciertas extravagancias de la histeria. En la singularidad de ese caso, la angustia corresponde al exceso de goce fálico y a la pérdida de amor del padre.

Con respecto al mismo caso, destaca que el disfraz de mujer y la exhibición ultrajante de la feminidad son utilizados como medio para evitar la angustia de haberse guardado el falo paterno.

Asimismo subraya que la fobia es expresión y máscara de la angustia.

En *Lecciones psicoanalítica sobre Masculino y Femenino*, señala del lado del hombre, que lo masculino como fanfarrona reside en la posición de un falo enmascarado y por eso, se trata de una máscara de lo masculino.

Con respecto al caso clínico, analizado por J. Rivière, en *EL laberinto de la feminidad y el acto analítico*, Juan Ritvo subraya, en esa mujer, las actitudes extremadamente fálicas y esas actitudes, que exterioriza en la competencia con los hombres, cuando la traslada a la cama la vuelven anestésica.

Además sostiene que en el plano de la sexualidad, en la relación entre los sexos, solo hay máscaras. Es decir, imposturas y menciona que hay imposturas estructurales.

Jacques-Alain Miller en *La angustia lacaniana* expone que el falo significativo relegado al rango de señuelo, como un emblema de la potencia, conduce al sujeto masculino a la impostura y puede conducir a la mujer, si se identifica con él, a la mascarada.

Dora Gómez señala el uso de las máscaras en el mito como introducción a la identificación y alienación. También trabaja la función de objeto *a* mirada en las máscaras y mascaradas.

En su trabajo *De máscaras y mascaradas*, desarrolla el parentesco estructural de las máscaras con la castración. En esa relación, destaca que en lo relativo a la vida como a la muerte, es decir tanto en la unión sexual como en la lucha muerte, se producen todo tipo de efectos, esencialmente de disfraz, de mascarada. Función de señuelo que es esencial.

En *Paradojas clínicas de la vida y de la muerte. Ensayos sobre el concepto de "originario" en psicoanálisis*, Silvia Amigo desarrolla el pasaje del objeto *a* tras diferentes pantallas por la operación de la tercera identificación. Identificación que posibilita al sujeto construir otras pantallas que las que recibe del Otro. Esas pantallas podrán ser exogámicas o no.

Además destaca el trabajo de investidura de lo real pulsional a través de la dimensión lúdica que surge en la mancha a nivel de la imagen especular. Investidura de lo real pulsional que ejemplifica a través del juego del *Fort-da*

Diana Rabinovich, en *Lectura De "La Significación Del Falo"*, realiza una minuciosa lectura sobre el texto de Lacan: "La significación del falo".

En su libro expone que el parecer que introduce la máscara es la solución a la imposibilidad de los seres hablantes de ser hombres y mujeres en sentido instintivo. En este sentido, menciona que la búsqueda del ideal de ser plenamente hombres y mujeres culmina en el fracaso de la significación fálica y ello cobra su semejanza con la comedia.

Por lo que se refiere a la mascarada, la presenta como la única salida de la mujer para actuar como razón del deseo, como solución en el nivel fálico de la castración. Por eso, diferencia la mascarada en la histeria subrayando que la histérica en la mascarada hace de hombre.

Además menciona la posibilidad de pensar el caso clínico de J. Rivière como una posible degradación de la vida amorosa en la histeria.

Es importante mencionar el cruce que Daniel Paola realiza entre la significación de la máscara en griego y latín con el síntoma inconsciente. Asimismo la formulación del falo signifiante como causa y máscara al mismo tiempo.

Desarrollo de capítulos

Primera parte: Los fundamentos de la mascarada y máscara en la enseñanza de Jacques Lacan hasta el año 1964.

Capítulo 1. La máscara, el velo y el significante

1.1 La dimensión de máscara en el objeto

1.2 El falo enmascarado es causa de la máscara

1.2.1 Las *Bragas* como pantalla

Para empezar, en el presente capítulo, investigaremos la dimensión de máscara en el objeto.

En 1958, Lacan sitúa que la dimensión de máscara en el objeto es efecto de la dialéctica de la demanda instituida bajo la lógica del *Fort da*. Dimensión que trabajaremos a través del circuito pulsional en la demanda oral y la operación de la castración.

En este sentido, articularemos la dimensión de máscara en el objeto con la risa y el juego.

Lacan en *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, retoma la dimensión del juego que ilustra el deseo de separación en el sujeto. En el seminario citado, presenta dos modificaciones: por un lado, sitúa el objeto *a* causa de deseo y por otro lado, resitúa la función de la castración vinculada con el corte de objetos que adquieren la cualidad de amboceptor. Corte que representa la función de la *separtición*.

Por tanto, desarrollaremos la función de la *separtición a* nivel de la demanda oral para situar al seno como representante del objeto *a* y suplente del sujeto. Así, el pezón funciona como objeto *a* causa de deseo en el Otro y retorna como deseo de separación en el sujeto.

Por ello, el juego ilustra el primer tiempo de cesión del objeto.

En el siguiente apartado, El falo enmascarado es causa de la máscara, nos preguntamos por la constitución de la máscara.

A propósito de la máscara, Lacan en *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, presenta el siguiente enunciado: “La máscara se constituye en la insatisfacción y por intermedio de la demanda rehusada”. Conjeturamos que solo la operación del significante del Nombre del Padre puede operar para que la demanda sea rehusada y por eso, trabajaremos la constitución de la metáfora paterna para fundamentar la elevación del falo a su estatuto significante que divide al sujeto entre lo que es deseo y máscara.

Nuestra inferencia con respecto a la constitución de la metáfora paterna y por ello de la máscara, será investigada en la experiencia analítica de Freud y Lacan, en el apartado: Las *Bragas* como pantalla.

En este sentido, tomaremos como referencia el texto “La significación del falo” donde Lacan indica que el encuentro con la castración en el Otro es clave, porque es el momento de la experiencia donde podrán producirse consecuencia sintomáticas (fobia) o estructurales (*Penisneid*) con respecto al complejo de castración. Siendo la ley del padre de la que depende el porvenir del sujeto.

Con respecto a las consecuencias sintomáticas que devienen del encuentro con la castración en el Otro, investigaremos el Historial clínico: “Análisis de una fobia de un niño de cinco años (el pequeño Hans)”, que Lacan analiza en *El Seminario. Libro 4. La Relación de Objeto*.

Así, situaremos la diferencia de Lacan con respecto a la noción de castración con la que Freud, en 1909, analiza el historial. Además, subrayaremos la escena en que la madre del niño muestra los calzones comprados en la tienda al padre, y Hans escupe porque siente asco. En esa escena, Freud usa el término máscara para subrayar los indicios de la represión.

Freud, 1909, asocia los calzones al complejo anal. Lacan, en 1957, retoma la función significante de las *Bragas* por su conexión a *Lumpf-Strumpf* y señala en ellas la función del velo o pantalla.

Investigaremos, entonces, en la enseñanza de Lacan la función del significante *Braga* como una pantalla en la tramitación del Edipo en el pequeño Hans.

Capítulo 2 Mascarada

2.1 La mascarada de lo femenino

2.2 La mascarada de lo masculino

2.3 Entre el parecer ser y el parecer tener

En el presente capítulo, nuestro punto de partida será introducir, desde *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, la mascarada. Lacan, en el seminario mencionado, presenta la mascarada, tanto en la niña como el varón, como la respuesta frente a un dilema irresoluble: el encuentro con el deseo del Otro. Es decir, la Castración.

Por lo que se refiere a la mascarada de lo femenino, desarrollaremos, en primer lugar, el tránsito edípico de la niña que introduce la experiencia de la privación para comenzar a situar la mascarada de lo femenino.

En este sentido, Lacan menciona que la mujer por la experiencia de la privación, en la línea del deseo se identifica en forma secreta y latente con el falo para proponerse como significante del deseo del Otro. En consecuencia, ello implica un rechazo, *Verwerfung*, de su cuerpo con respecto a su deber parecer.

Ahora bien, Lacan en “La significación del falo”, presenta una modificación con respecto a la *Verwerfung*, ya que se trata del rechazo de una parte de la feminidad.

Asimismo retomaremos de la enseñanza de Lacan la confluencia en un mismo objeto del amor y el deseo en la mascarada femenina, para interrogar la posible coincidencia con el advenimiento de la feminidad en la enseñanza de Freud, analizando la posición receptora en la mujer.

En ese sentido, retomaremos de Lacan la confluencia del significante fálico con la formulación de Freud respecto a que la libido es masculina y luego, la conjetura de una libido neutra en la 33ª conferencia. “La feminidad”, para situar que actividad-pasividad se dirigen a las metas de la pulsión.

A continuación, desde el texto “Sobre la sexualidad femenina”, desarrollaremos el camino de la niña hacia la feminidad y subrayaremos que la tendencia hacia las metas pulsionales pasivas suponen un alto grado de actividad. Recorrido que analizaremos con la posición receptora en la mujer que Lacan expone en *El Seminario. Libro 4. La Relación de Objeto*.

Luego, retomaremos *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, donde Lacan introduce la actividad de lo pulsional y la pasividad en el exterior. Esa modificación nos permitirá investigar posibles convergencias entre Lacan, 1964, y Freud, 1932-1936, pero a si mismo posibles divergencias.

Respecto a la mascarada de lo masculino, Lacan en 1958, subraya en Freud, 1923, la identificación paterna para situar en el varón la asunción de su virilidad por los significantes recibidos del padre. Sin embargo, en el mismo desarrollo, menciona que esos significantes serán más o menos su propia metáfora.

Por tanto, analizaremos la metáfora viril y su incidencia en el deseo, dado que en la consecución de la satisfacción busca al falo. En este sentido, retomaremos de *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente* y “La significación del falo”, la tendencia en el hombre a disociar la vida amorosa y trabajaremos desde Freud, 1910, el rasgo de la elección de objeto en la prostituta.

Lacan, sitúa a la prostituta como una máscara para el hombre, y articula en la máscara la problemática del deseo. Por tanto, analizaremos en la máscara de la prostituta la relación del hombre al falo.

Asimismo, Lacan señaló en el varón la tendencia centrífuga de la pulsión. Razón por la cual soportará menos la impotencia psíquica. Por eso, retomaremos los desarrollos de *El Seminario. Libro 10. La Angustia* y trabajaremos la impostura, siempre presente en gados variable en el hombre, como una defensa ante la angustia a no poder.

De este modo, señalaremos distintos modos en que puede presentarse la impostura y será trabajada como una de las traducciones de la relación del objeto *a* causa de deseo y la castración (-φ).

Luego, en el apartado: Entre el parecer ser y parecer tener, nuestro punto de partida es *El Seminario. Libro 6. El Deseo y Su Interpretación*, para situar la relación del ser del sujeto al falo y lo articularemos al texto: “La significación del falo”.

Desarrollaremos la función del falo significante, en la realización del sujeto, y al mismo tiempo la irrealización del sexo. Ante esa irrealidad que funda el significante trabajaremos la significación de una posición sexual en el sujeto mediante el parecer. Aquí, entonces, introduciremos otra función del significante porque organiza y divide los sexos.

En 1959, Lacan introduce la función de la negación para investigar donde se produce la traslación concerniente al verbo ser. Por eso, lo articularemos a la función significante para situar la división sexual: donde el será, sin tenerlo y ella lo será, no siéndolo.

Dado que la asunción sexual, efecto de la castración, implica la renuncia parcial al falo, investigaremos sus efectos en el amor, la comedia y lo cómico en la copulación.

Por tanto, en primer lugar investigaremos en *El Seminario. Libro 4. La Relación de Objeto*, la ausencia del falo funcionando detrás del velo que ilustra la situación de amor.

En segundo lugar, analizaremos la dimensión de comedia en la relación entre los sexos, desde *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente* y “La significación del falo”.

En tercer lugar, retomaremos de *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, la función del $(-\phi)$ cuando funciona a nivel del objeto *a* causa de deseo en la detumescencia porque que presentifica una de las dimensiones de la castración, para analizar la función de lo cómico y la risa en la copulación.

Capítulo 3 La mascarada en esa mujer: un caso clínico de J. Riviére

3.1 Revisión conceptual de Lacan sobre la mascarada en esa mujer

3.1.1 La defensa en los efectos de mascarada

3.1.2 Mascarada, máscara y angustia

3.1.3 Mascarada y castración

En este capítulo nos proponemos investigar la función de la mascarada en un caso clínico de J. Riviére, publicado en la “La femineidad como máscara”. Caso que Lacan introduce en *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*.

En el seminario mencionado, Lacan coincide con la analista J. Riviére que, en el caso analizado por ella, la mascarada no remite a lo femenino sino a una de las vías posibles de acceso a la misma. Sin embargo, Lacan presenta divergencias respecto de la analista inglesa.

Por eso, nos proponemos por un lado, conocer las diferencias conceptuales que Lacan, en 1958, presenta con respecto a la corriente inglesa al situar el falo como significante del deseo. Por otro lado, desarrollaremos la perspectiva estructural del complejo de castración que Lacan señala en los desarrollos de Freud.

Cabe mencionar que Lacan, en este momento, recurre al término máscara cuando retoma la exposición de J. Riviére con respecto al análisis. Luego, usa el término mascarada.

Si nos remitimos a “Ideas directivas para un congreso sobre la sexualidad femenina”, encontramos en la frigidez la posición clave del falo en el desarrollo sexual y la operación de la castración simbólica en transferencia. Ese fenómeno clínico muestra la operación de la defensa en la dimensión de mascarada frente a la presencia que el Otro libera en el papel sexual.

Por tanto, con los fundamentos de la praxis analítica analizaremos, en el caso de referencia, la inhibición sexual, y con la conceptualización de Lacan en *El Seminario. Libro 10. La Angustia.*, nos interrogaremos si es probable ubicar un pasaje al acto ligado a un suceso de su historia.

Asimismo, Freud en el “Tabú de la virginidad” expone que la frigidez es efectos de mociones hostiles que provienen de la envidia del pene subordinada al complejo de castración. Sin embargo, esas mociones persisten junto al amor y por eso la frigidez es una defensa contra la hostilidad que se repite con el marido aunque exista el amor.

Por ello nos preguntaremos: ¿si es posible hallar en la mascarada una degradación de la vida amorosa? ¿Si la inhibición sexual es una estado por el que atraviesa el sujeto, correlativo o no de una posición subjetiva con respecto a la elección de objeto? ¿Si se trata del deseo articulado de un modo problemático que momentáneamente se traslada a la escena conyugal?

Estos interrogantes sin ser agotados serán retomados a lo largo del desarrollo del capítulo.

En este sentido, continuaremos con la enseñanza de Lacan en *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, donde retoma la castración simbólica que instaura la función de la falta en el campo del Otro y el surgimiento del objeto *a*.

El objeto *a*, cuya única traducción subjetiva es la angustia, al mismo tiempo, funciona como un médium entre goce y deseo. Nos proponemos investigar, entonces, en la mujer la función del objeto *a* en su relación con el goce y el deseo para situar el lugar del Otro en la vida amorosa y analizarlo en el caso mencionado.

En la misma época de los desarrollos mencionados, Lacan retoma el caso referido y sitúa que la angustia en la mascarada es ante el deseo del Otro. Por tanto, nos interrogamos por el momento en que surge la angustia, y lo articularemos con los desarrollos de *EL Seminario. Libro 9. La Identificación*, a través de la metáfora de la mantis religiosa que representa al Otro. Allí la angustia es la sensación ante el deseo del Otro y surge en el momento en que el sujeto no reconoce su propia máscara en el espejo del Otro.

Por tanto, analizaremos la relación entre mascarada, máscara y angustia en el caso clínico citado. Para ello situaremos, por un lado, la angustia en los desarrollos de Lacan y por otro lado, en los desarrollos de Freud mencionaremos la angustia ante la pérdida de amor del súper yo desde “Inhibición, síntoma y angustia”.

Luego en *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, la angustia ante el deseo del Otro es situada a nivel del campo escópico. En esa dimensión es donde el deseo está más enmascarado y en ese campo, Lacan descifra el tope del fin de análisis como un *impasse* que puede ser superado, ya que la castración es interpretable.

Por ello, retomaremos ese *impasse* investigando la operación de la castración en la disyunción del goce y el deseo, para interrogar porque Lacan formuló que la mujer esta doblemente gobernada por el goce. Interrogante que analizaremos en el caso clínico mencionado, argumentando con la operación de la castración en transferencia que la reivindicación fálica es superable.

Capítulo 4 Sin máscara no es posible la suplencia ante la carencia de ser

4.1 La máscara

4.2 En la máscara—pantalla resuena la incorporación del padre muerto

4.3 De la pantalla del padre totémico al trazo como gozne para la extracción del objeto *a*

4.3.1 El Recorrido de Lacan por Freud y René Descartes para la extracción del trazo unario

4.3.2 La Identificación al trazo unario. Ingreso a la alienación y el carrete

4.4 Aislar la máscara

4.4.1 De la identificación histérica en Freud al deseo del hombre es el deseo del Otro en Lacan

4.4.2 De identificarse a la falta en el Otro a separar el objeto *a*

4.4.3 En la mascarada y el amor, la iridiscencia de la mirada

En el presente capítulo, en el apartado: La máscara nos proponemos, en primer lugar, exponer que la máscara es un aporte del psicoanálisis al término persona. El término persona corresponde a la teoría de la estructura personalista de Daniel Lagache.

Lacan, en 1960, expone la noción de máscara y sitúa una ambigüedad. Esa ambigüedad se constituye por la operación del trazo significativo, que luego, Lacan llama *eizingen zur* en *El Seminario. Libro 8. La Transferencia* y rasgo unario en *El Seminario. Libro 9. La Identificación*.

Trabajaremos, entonces, la noción de la máscara constituida por el trazo unario en el modelo teórico que deviene del esquema óptico en el año 1960, y lo retomaremos en el mismo esquema en la enseñanza de Lacan en 1962. En ese momento, Lacan introduce $(-\phi)$ como resto cortado de la imagen especular que no entró en lo imaginario, pero podrá imaginarse por la constitución del fantasma cuando el objeto *a* se haya extraído de la imagen especular.

Retomaremos el objeto *a* que representa la falta en ser, en el año 1961, y regula las relaciones del sujeto con el Otro, situando que puede ser abordado por el fantasma y la imagen del yo (*moi*), porque Lacan, en 1961, sitúa la máscara entre el Otro y la imagen especular.

Luego, tomando como referencia la función del $-\phi$ en *El Seminario. Libro 10. La Angustia* y el objeto *a* causa de deseo resituaremos el lugar de la máscara en el esquema.

En el apartado: En la máscara – pantalla resuena la incorporación del padre muerto, trabajaremos la primera forma de identificación que Lacan, en 1961, retoma de la enseñanza de Freud a nivel de la incorporación. Luego, traslada la incorporación del padre muerto a nivel del objeto *a* voz en *El Seminario. Libro 10. La Angustia*.

Nuestro punto de partida es una conjetura: la máscara está presente en la enseñanza de Freud en el mito de “Tótem y Tabú” bajo el término disfraz entre los miembros del linaje en el banquete totémico. El disfraz evoca en la devoración del animal totémico sustituto paterno, el crimen, la ley y el deseo.

Lacan, en 1961, señala que la incorporación hace obstáculo al acceso a la *Cosa o das Ding* y produce efectos sobre el cuerpo. Por eso, investigaremos la relación entre la incorporación de la voz a nivel del objeto *a* causa de deseo y lo real como mancha en la imagen especular. Luego, articularemos la mancha con la esquizia del ojo y la mirada en *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*.

En el seminario mencionado, Lacan introduce la mancha y la identifica con la mirada en el campo escópico, aunque preserva su autonomía. El momento de coincidencia entre la mancha y mirada indican la fascinación que produce la imagen en el espejo y el anodamiento del sujeto que encarna el $-\phi$ de la castración imaginaria. Pero como funciona la esquizia primitiva del ojo y la mirada el sujeto no está ahí, en ese anonadamiento, por que recibe a la mirada a través de la imagen pantalla.

Lacan en este seminario llama máscara a la imagen pantalla.

Continuaremos en el apartado: De la pantalla del padre totémico al trazo como gozne para la extracción del objeto *a*. Ahora el trazo unario es instrumento de la segunda forma de identificación

En primer lugar, investigaremos el recorrido que Lacan, en 1961, realizó por René Descartes y Freud para conceptualizar el rasgo unario como soporte de la identificación al significante.

Luego, situaremos el rasgo unario o *monás* en la identificación significante que introduce al sujeto en la alienación articulando la extracción de rasgo del campo de Otro con la negación.

Lacan, en 1961, retoma la lógica aristotélica y el cuadrante de Sander Charles Pierce para formular que el trazo unario marca en el sujeto una parte fálica y otra que no lo es. Por eso articularemos la función del atributo con la negación para desarrollar la introducción del sujeto

en la alienación significativa y la ilustraremos a través de la dimensión lúdica. Retomaremos, entonces, de “Más allá del principio de placer” el juego del *For-da* que ilustra el nieto de Freud con el carretel.

Lacan, en 1964, designa en el carrete al objeto *a* y al sujeto. Con el juego ilustra el primer reconocimiento de lo real pulsional como no-yo en el sujeto.

Nuestra conjetura, entonces, es que lo real que se presentó primero como mancha, ahora es reconocido mediante el juego y ello iría produciendo el aislamiento de la pantalla en el sujeto. Para el aislamiento de la pantalla es necesario la extracción del trazo unario de la segunda forma de identificación. Este proceso requiere del segundo movimiento: la separación.

Por eso, retomaremos de la enseñanza de Lacan el movimiento de separación que termina de realizarse con la tercera forma de identificación.

. Para finalizar, en el apartado: Aislar la máscara trabajaremos el aislamiento de la pantalla a nivel de la esquizia del ojo y la mirada. Para ello desarrollaremos la tercera forma de la identificación.

Investigaremos en la enseñanza de Lacan el desarrollo de la tercera forma de identificación y nos detendremos en el año 1958. En ese momento, Lacan, retoma de Freud el sueño del “Salmon ahumado” y lo que con él introduce, en primer lugar, es la escisión entre el deseo y la demanda para mostrar la constitución del deseo en el sujeto. Luego, introduce que el deseo es el deseo del Otro. Retomaremos, entonces, este desarrollo con respecto a la identificación en *EL Seminario. Libro 9. La Identificación* y seguiremos sus investigaciones sobre la identificación en el fantasma y la topología.

A través de este recorrido situaremos el momento donde Lacan retoma la tercera forma de identificación que Freud, en 1921, definió como la identificación que se produce en ese punto de coincidencia entre dos yo que debe mantenerse reprimido. En ese punto, Lacan expresó que el sujeto se constituye como deseo por la identificación.

Luego, extraeremos de la tragedia de *Hamlet* solo la operatoria de la identificación que Lacan sitúa en 1962, donde hay, en primer lugar, pérdida del objeto y como consecuencia el reconocimiento retroactivo del objeto que estaba ahí como objeto de deseo. Finalmente, culminaremos la investigación del desarrollo sobre la identificación en el año 1964, donde Lacan expone que la identificación es el soporte de la extracción del objeto *a*.

La extracción del objeto *a* causa de deseo cuyo soporte es la identificación es trabajado por Lacan, en 1964, en el campo de la transferencia como el operador que mantiene la distancia entre el ideal del yo y el deseo. Ese objeto que vino a tapar la hiancia no pudo franquearla y de ello es testimonio la mirada.

Desarrollaremos, entonces, la función de la mirada a nivel del objeto *a* causa de deseo que representa la esquizia del sujeto a nivel del ojo y la mirada. En esa esquizia encontramos la función de la pantalla y por eso la mirada funciona a nivel del $(-\phi)$ de la castración.

Introduciremos entre el sujeto y la mirada a la máscara y los efectos de señuelo que retornan en la mascarada y el amor. En los efectos de señuelo inferimos la separación del objeto *a* por identificación y por lo tanto el aislamiento de la pantalla.

Segunda Parte: Las máscaras en la otra escena

Capítulo 5 Las máscaras por la pasarela del sueño

5.1 La máscara en el sueño: sus artesanos

5.1.1 La blusa es máscara

5.1.2 La máscara y su rival

En este capítulo, abordaremos, la función de la máscara en la formación del sueño. En La máscara en el sueño: sus artesanos, desarrollaremos la tesis de Freud, en 1900 y 1901, “el sueño es un cumplimiento de deseo”. Esta tesis es retomada por Lacan, en 1958, para recordar la diferencia entre deseo reprimido inconsciente y los deseos del día o resto diurno.

Desarrollaremos, entonces, la diferencia entre deseo reprimido inconsciente y el resto diurno a través del trabajo del sueño. Freud en 1900 y 1901 introduce la “otra localidad psíquica” donde los procesos primarios llamados condensación y desplazamiento crean el sueño. Lacan, en 1958, retoma los procesos primarios de la enseñanza de Freud con el nombre de metáfora y metonimia, para fundamentar la intervención de la estructura del sujeto en la formación del sueño.

Desarrollaremos la función de la metáfora y la metonimia retomando la función de la letra en la cadena significativa para situar al sueño como un ideograma o *rebús*.

Lacan, en 1957, introduce la letra en el significante y subraya, por un lado, su función de disfraz del pensamiento y por otro lado, la función de indicar en la cadena significativa la búsqueda en el sujeto de lo verdadero.

La verdad que se desliza en la cadena metonímica tomará su lugar por la operación de la metáfora. La metáfora en la sustitución de un significante por otro designa la elisión de lo que se elide y produce sentido y sin sentido. El sin sentido que es un límite de la palabra y que la palabra misma funda nos permitirá situar la carencia de ser del deseo que es siempre deseo del Otro. De ello surge que ese pasaje del sujeto por el deseo del Otro es lo que articula la máscara en el sueño.

Luego, en el apartado La blusa es máscara, articularemos la función de la metáfora y la metonimia con dos sueños de una paciente analizada por Freud en 1900.

Lacan retoma, en 1958, los sueños de la paciente de Freud llamada “aguan mansa” para señalar a través de esas formaciones oníricas que el deseo en la paciente quedó indicado por el significante. Luego, señala las dos dimensiones que ese significante articula en la relación del sujeto con el falo: el dilema de tenerlo o serlo.

A través de la exposición de esos sueños señalaremos la articulación del deseo en la máscara de la histérica en transferencia. La histérica se dirige al Otro para que designe en ella el lugar del deseo y para eso se hace máscara. Ahora bien, se dirige al Otro para que designe el deseo pero para no permitirle el acceso al deseo.

En el apartado: La máscara y su rival, desarrollaremos la función de la máscara y mascarada en la neurosis obsesiva de una mujer analizada por M. Bouvet.

Lacan, en 1958, retoma el caso clínico, mencionado, y destaca, por un lado, la prevalencia de la dimensión imaginaria del falo en la neurosis obsesiva y por otro lado, indica que el problema de la castración no está en tener o no tener el falo, sino en ser o no ser el falo.

Por eso, mediante la interpretación que Lacan realiza sobre un sueño de la paciente de M. Bouvet, indicaremos que en ellos la mascarada designa el momento en que la paciente quiere tener el falo que sabe que no tiene para proponerse como objeto del deseo. Ahora bien, en ese instante hace de su feminidad una máscara porque quiere excitar a los hombres pero para decepcionarlo.

Aquí entonces subrayaremos que la problemática que articula la máscara es que el obsesivo sostiene su deseo anulándolo.

Capítulo 6 Máscara: preludeo del deseo.

6.1 La máscara del síntoma preserva el deseo

6. 2 En los *impasses* de la demanda se anuncia el elemento máscara

6. 2. 1 La idea de máscara en Freud y la noción de máscara en Lacan

6. 2. 2 Elemento máscara y simbolismo mnémico

En este apartado nos proponemos investigar el carácter problemático del deseo en la máscara del síntoma histérico que recuerda a los *Wunsches* o deseos del día, ¿su máscara? Para ello, desarrollaremos la diferencia entre el síntoma y sueño.

Lacan, en 1958, en la máscara del síntoma subraya el carácter paradójico del deseo porque en esa formación del inconsciente la satisfacción del deseo es al revés del sueño. Por eso, retomaremos algunos momentos de la enseñanza de Freud, entre 1900 y 1916, donde teoriza el síntoma para señalar su diferencia con el sueño.

En este sentido, el deseo en el síntoma encuentra una salida a la realidad y en tanto retoño demuestra la satisfacción presente en el sufrimiento. Allí Lacan, en 1958, situó el goce en el sujeto. Goce que en la enseñanza de Freud encontramos como compulsión a la repetición que exterioriza la pulsión de muerte en “Más allá del principio de placer”.

Retomaremos, entonces, la definición de deseo en la enseñanza de Freud, de la obra mencionada, para situar el carácter paradójico del deseo en la máscara.

Por eso nos preguntamos si la máscara es una mediación que en sus efectos viene a demostrar las aporías del deseo. A ello, lo articularemos con la conceptualización de síntoma en la enseñanza de Lacan en 1958, para formular el síntoma como un acto de significación que pone de relieve la coalescencia del deseo con la máscara. Desde allí, situaremos que la máscara que articula el deseo se presenta de una forma cerrada y el deseo que en ella subyace es un enigma.

En este sentido, Lacan formula que lo que Freud descifra en los comienzos de su práctica analítica es el deseo inconsciente y lo desarrolla a través del caso clínico: “Señorita Elisabeth von R”.

Por eso en el apartado En los impasses de la demanda se anuncia el elemento máscara analizaremos el caso mencionado, ya que Freud en el mismo nombra la máscara.

Comenzaremos entonces por La idea de máscara en Freud y la noción de máscara en Lacan y situaremos que Freud en el síntoma de Elisabeth, la astasia abasia, en primer lugar escucha el placer en el sufrimiento de la paciente y supone que ella sabe sobre su padecimiento. Allí Freud recuerda a Goethe, nombra la máscara y detrás de ella infiere un saber oculto que Elisabeth mantiene en secreto.

Señalaremos, entonces, en primer lugar, que el secreto modifica la noción de trauma como cuerpo extraño en la conciencia.

En segundo lugar, la asociación del dolor al cuidado de su padre enfermo por parte de Elisabeth, revela que el dolor en el cuerpo es una expresión simbólica de la vida anímica.

En tercer lugar, la emergencia del recuerdo asociado al abandono de su padre enfermo por asistir a una reunión social y la distancia que tomó de un joven de quien se había enamorado, fueron los sucesos que en principio se presentaron como la causa del conflicto.

La máscara, entonces, abre a un conflicto que proviene de los infortunios en el amor.

Lacan en 1958, sitúa el carácter problemático del deseo que articula la máscara y señala la posición del sujeto con respecto a la demanda. Elisabeth, entonces, está en la posición de satisfacer la demanda del Otro.

Continuaremos en el apartado siguiente al que llamamos Elemento máscara y simbolismo mnémico con una conjetura: donde Freud situó el simbolismo mnémico, Lacan nombró el elemento máscara del síntoma. Por eso, desarrollaremos el momento en que Freud vuelve a nombrar la máscara en el caso Elisabeth y la interpretación que de ello realiza Lacan.

La máscara en el tratamiento se presenta en el momento en que Elisabeth asocia el dolor a un suceso que se presentó en la sesión con Freud. En ese momento, escucha una voz y supone que es la de su cuñado y recuerda lo que pensó frente al lecho de su hermana muerta: ahora él está nuevamente solo y yo puedo convertirme en su esposa.

En este acontecimiento, Freud situó la causa del conflicto y el motivo de la defensa que frente a esa representación inconciliable se produjo por conversión a lo corporal. Esa

representación traumática admitida una vez en la conciencia y luego excluida convirtió en traumática las impresiones dolidas de la primera conversión.

Por tanto, en Freud la máscara de la afección hacia su padre enfermo revela la operación de la defensa frente a una representación erótica.

Lacan en 1958, subraya en el síntoma de Elisabeth que la enferma implicó en sus dolores a los miembros de su familia, y allí sitúa que en el trasfondo de satisfacer la demanda de lo que se trata es del interés que se toma el sujeto en una situación de deseo de deseo. Esto es lo que expresa un síntoma y suscita la noción de máscara. En la noción de máscara, Lacan en 1958, destaca el elemento máscara del síntoma.

Primera parte

Los fundamentos de la mascarada y máscara en la enseñanza de Jacques

Lacan hasta el año 1964

La máscara, el velo y el significante

1 La máscara, el velo y el significante

1.1 La dimensión de máscara en el objeto ⁸¹

En este texto nuestro punto de partida será el año 1958. Época en que Lacan investigó la dimensión de máscara en el objeto y la vinculó con la dialéctica de la demanda creada por la lógica del *Fort-da*. Se trata de la alternancia presencia–ausencia que opera ya en el circuito de la demanda oral y se manifiesta en el llamado del *infans*, en la risa y en el juego.

Luego, abordaremos la dimensión lúdica en el circuito de la demanda oral relacionada con la función de la *separación* que Lacan introduce en *EL Seminario. Libro 10. La Angustia*. Por eso, es importante que mencionemos dos novedades que Lacan introduce en el seminario mencionado. En primer lugar, retoma de la enseñanza de Freud los objetos seno, caca, que figuran el objeto perdido y agrega la mirada y la voz. Los objetos, mencionados, se convierten en representante del objeto *a* que, ahora, funciona como causa de deseo.

En segundo lugar, la resignificación de la castración que opera en el corte de objetos que adquieren la cualidad de amboceptor.

El movimiento inaugural de la dialéctica presencia - ausencia es efecto de la existencia de elementos estructurales que operan desde una anterioridad lógica en la relación del niño con la madre.

Lacan, en 1958, representó a esos elementos a través de un esquema, y Moustapha Safouan ⁸² interpretó que proviene de la lectura de “Pegan a un niño”.

La lectura sobre “Pegan a un niño”, preludio de una teoría del fantasma, recuerda que los objetos primordiales, buenos y malos, son objetos simbolizados, atrapados en las relaciones de sustitución y equivalencia. Esa teoría, plasmada en la articulación de los elementos del triángulo simbólico con los elementos de triángulo imaginario, expresa que la madre es el primer objeto simbolizado.

Por cierto, Lacan ⁸³ en *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente* ilustró la posición del sujeto en el esquema, que incluye la articulación de la relación imaginaria —yo (*moi*), imagen, falo— con la tríada simbólica —significante madre, significante padre, niño deseado igual a ideal del yo—. Mediante el esquema subrayó la importancia del vínculo entre significante padre y el falo imaginario, simbolizado con la letra *fi* minúscula (ϕ). En otras

⁸¹Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 339.

⁸² Moustapha Safouan: *Lacaniana: los seminarios de Jacques Lacan 1953-1963*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 2003, pp. 89-90.

⁸³ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 265.

palabras, expuso que es imprescindible que en el plano imaginario, el falo cuente con la propiedad significante.

A través de la articulación de los elementos imaginarios y simbólicos que operan desde una anterioridad lógica, desarrollemos la institución de la dialéctica de la demanda oral.

En el lazo con el otro, el *infans* encuentra esa imagen de prestancia y domino cautivante con la que se produce la identificación narcisista constitutiva del yo (*moi*). Esa operación, que luego fue nombrada como “anticipación imaginaria”⁸⁴, se efectúa por que el falo opera como significante del deseo del Otro.

Por tratarse del “falo como una función significante”⁸⁵, que designa efectos de significado en el sujeto, sólo puede aparecer del lado del *infans* señalizando el deseo del Otro. Otro que se le presenta bajo la dimensión de máscara en el objeto de la necesidad transformada en pulsión por la demanda.

Por la operación del significante la necesidad quedó alienada en la demanda inicial, porque no es del sujeto, sino del Otro que al emitir el mensaje introduce el deseo.

En “La significación del falo”, podemos leer:

Examinemos pues los efectos de esa presencia. Son en primer lugar los de una desviación de las necesidades del hombre por el hecho de que habla, en el sentido de que en la medida en que sus necesidades están sujetas a la demanda, retornan a él alienadas. Esto no es el efecto de su dependencia real, (no debe creerse que se encuentra aquí esa concepción parásita que es la noción de la dependencia en la teoría de la neurosis), sino de la conformación significante como tal y del hecho de que su mensaje es emitido desde el lugar del Otro⁸⁶.

Lo que se encuentra así alienado en las necesidades constituye una *Urverdrängung* por no poder, por hipótesis, articularse en la demanda, pero aparece en un retoño, que es lo que se presenta en el hombre como deseo (*das Begehren*)”⁸⁷.

En el caso de la demanda oral, cuando la madre responde al llanto del niño lo constituye como demanda y a través de su respuesta da al grito la dimensión del deseo. Con el deseo, entonces, inviste al niño porque interpreta el llanto desde su fantasma. Es decir, en la demanda oral la satisfacción de la necesidad tiene un sentido sexual disfrazado.

⁸⁴ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 9. La Identificación*, s.l. 1961-1962, p. 253.

⁸⁵ Jacques Lacan: “La significación del falo”, en *Escritos 2*, 2ªed., Bs. As., Siglo Veintiuno Editores, 1958, p. 657.

⁸⁶ Ib.

⁸⁷ Ib.

En *El Seminario. Libro 9. La Identificación*, leemos: “Es por el sesgo del inconsciente del Otro que el sujeto hace su entrada en el mundo del deseo, tendrá ante todo que constituir su propio deseo en tanto respuesta, en tanto aceptación o rechazo (*refus*) de tomar el lugar que el inconsciente del Otro le designa”⁸⁸.

En esa dependencia primordial, el sujeto se alimenta del cuerpo del Otro y a esa absorción libidinal que recorta la boca como zona erógena la significa como fuente de placer. De ello resulta que la libido sexual es un excedente que instala un vacío respecto de la satisfacción.

Del lado materno el deseo mantiene su lugar en el margen de la demanda y del lado del niño se constituye en torno al *nipple*⁸⁹, la punta del seno. Así, el objeto adquiere en el erotismo humano el valor de *agalma*, y se convierte en soporte del placer que surge del amor que, por retroacción, proyecta la demanda.

Como consecuencia, advertimos cómo el deseo se articuló a la demanda por estar sometido a la ley del deseo del Otro, porque la madre es un ser hablante y originó una primer subjetivación, que dejó “al sujeto como súbdito de su capricho”⁹⁰. Es decir, sujeto a la omnipotencia del Otro.

A causa de esa transformación, por la intervención significativa, encontramos el retorno erótico en “las premisas de la demanda”⁹¹ en el niño *que* se manifiestan en el llamado y por ello el llamado es indicio de la primera simbolización del objeto. Ahora ya no se trata del simple objeto, sino de un objeto símbolo y por esto simboliza el deseo de presencia del Otro.

La demanda comenzó bajo la dialéctica del *Fort-da* por efecto de lenguaje y el objeto del llamado simbolizó la presencia del Otro, porque en esa relación primordial, la madre devino alguien que puede estar o no.

En *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, leemos:

El carácter inicial de la simbolización del objeto en cuanto objeto de la llamada, objeto de la presencia, está marcado de entrada por el hecho- ya lo hemos leído, también nosotros, pero como siempre no sabemos extraer hasta el final las consecuencias de lo que leemos-de que en el objeto aparece la dimensión de la máscara⁹².

⁸⁸ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 9. La Identificación*, s.l., 1961-1962, p. 253.

⁸⁹ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 8. La Transferencia*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1960-1961, p. 241.

⁹⁰ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 195.

⁹¹ Op. cit., p. 338.

⁹² Op. cit., p. 339.

La dimensión de máscara en el objeto es efecto del significante padre que posibilita y prohíbe, y esa operación indica una de las dimensiones hacia la que converge la función de nudo del complejo de castración inconsciente. En “La significación del falo” leemos que este complejo regula el desarrollo, que da su *ratio* a una mujer para que pueda acoger con justeza las necesidades “del niño procreado por ella”⁹³.

En suma, la castración en la madre da lugar a la simbolización del objeto por el desgarramiento entre la demanda y el deseo.

Ahora, escuchemos atentamente el aporte de R. Spitz⁹⁴ y advirtamos aquí que lo importante, en el reconocimiento de la presencia, es que un niño ha sido y está siendo hablado.

Lo primero que reconoce el niño de pecho es el frontón griego, la armadura, la máscara, con el carácter de más allá característico de esta presencia en cuanto simbolizada. Su búsqueda apunta, en efecto, más allá de dicha presencia en tanto que esta enmascarada, sintomatizada y simbolizada. Este más allá, el niño nos señala sin ambigüedad en su comportamiento que el posee sus dimensiones⁹⁵.

Por tal razón, la demanda lo es de presencia y por eso no está dirigida a la satisfacción de la necesidad. Sino que aquí, reiteramos, lo importante es lo que el objeto evoca: la respuesta materna. Dicho de otro modo, la presencia y por lo tanto el amor del Otro.

En “La significación del falo”, Lacan afirma:

La demanda en sí se refiere a otra cosa que a las satisfacciones que reclama. Es demanda de una presencia o de una ausencia. Cosa que manifiesta la relación primordial con la madre, por estar preñada de ese Otro que ha de situarse *más acá* de las necesidades que puede colmar. Ella lo constituye ya como provisto del “privilegio” de satisfacer las necesidades, es decir, del poder de privarlas de lo único con que se satisfacen. Ese privilegio del Otro dibuja así la forma radical del don de lo que no tiene, o sea, lo que se llama su amor”⁹⁶.

Por eso, si la demanda es de amor e incondicional, lo que produce placer será que detrás de la máscara recibe el amor del Otro, y ese es el mensaje de la presencia.

⁹³ Jacques Lacan: “La significación del falo”, en *Escritos 2*, 2ªed., Bs. As., Siglo Veintiuno Editores, 1958, p. 653.

⁹⁴ N de a: R Spitz: Médico y psicoanalista norteamericano. Célebre en todo el mundo por sus trabajos sobre el hospitalismo y su psicología llamada “genética”. Copyright © 2006-2014 PsicoPsi. All Rights Reserved. Google. Internet.

⁹⁵ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 339.

⁹⁶ Jacques Lacan: “La significación del falo”, en *Escritos 2*, 2ªed., Bs. As., Siglo Veintiuno Editores, 1958, p. 658.

En este sentido, en 1958 la dimensión lúdica también representa la dialéctica de la demanda que alterna en la presencia - ausencia. Dimensión que ilustra la satisfacción de la presencia que simboliza el objeto en la reacción del niño, mediante el juego con la máscara.

“Te pones una máscara, te la quitas, el niño se regocija —pero si debajo de la máscara aparece otra máscara, entonces ya no se ríe, e incluso se pone particularmente ansioso—.”⁹⁷

Así pues, la dimensión de máscara en el objeto simbolizado le permite al sujeto, en su advenimiento, leer y anticipar en los movimientos del otro la satisfacción de su deseo. Por tanto, esa alternancia presencia - ausencia materna se convierten para el niño en signos del deseo materno al que se aferra su propio deseo. Por eso lo que busca el *infans* en la presencia del símbolo del objeto es el falo que representa el deseo materno y se ríe si puede satisfacerlo.

La risa es efecto del placer que en el niño revela la satisfacción por el asentimiento de su deseo y es, fundamentalmente, comunicación porque va dirigida al sujeto que está ahí detrás de quien lo cuida.

Como recientemente lo hemos mencionado, Lacan en 1958 infiere al sujeto detrás del objeto símbolo de la demanda, es decir en el falo imaginario y luego, en 1960⁹⁸, lo sitúa tras la existencia de atributos en el Otro que pondrán a prueba la carencia de ser del sujeto.

Por tanto, podemos expresar que los signos del deseo del Otro reflejan ese polo de atributos y proyectos donde ex-siste un sujeto antes de su advenimiento. La precedencia de esa dimensión simbólica, que opera en el ideal de los progenitores, reenviará al *infans* a un tiempo anterior situado en el súper yo, donde resuena el deseo de los padres. En este sentido, los atributos son significantes que operan en el discurso del Otro, que existen de forma impersonal y allí radica la ex-sistencia del sujeto antes de su advenimiento.

Por la operación de estos atributos que existen en el discurso del Otro, se produjo una primera diferenciación, donde la demanda añadida a la necesidad irá posibilitando la entrada del sujeto en lo real.

En “Observación sobre el informe de Daniel Lagache: Psicoanálisis y estructura de la personalidad”, leemos:

Es preciso que a la necesidad que sostiene esta diferenciación primaria se añada la demanda, para que el sujeto (antes de toda “estructura cognoscitiva”) haga su entrada en lo real, a la vez que la necesidad se hace pulsión, por cuanto su realidad se oblitera al hacerse símbolo de una satisfacción de amor⁹⁹.

⁹⁷ Jacques Lacan: “La significación del falo”, en *Escritos 2*, 2ªed., Bs. As., Siglo Veintiuno Editores, 1958, p. 658.

⁹⁸ Jacques Lacan: “Observaciones sobre el informe de Daniel Lagache: Psicoanálisis y estructura de la personalidad”, en *Escritos 2*, 2ªed., Bs. As., Siglo Veintiuno Editores, 1960, p. 622.

⁹⁹ Op. cit., p. 623.

En definitiva, la dimensión de máscara se instituye porque preexisten los atributos que reflejan el deseo parental y señalizan la transmisión de amor que el sujeto recibe del Otro.

Por otra parte, en *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, los atributos reflejan al objeto *a* que opera como causa de deseo en el Otro.

En esta época, Lacan ilustra la alternancia presencia y ausencia, por un lado en el mensaje interrumpido que el sujeto recibe del Otro y por eso, allí infiere la función del velo. Y por otro lado, del lado del niño, la retoma en la dimensión del juego a nivel de la demanda oral.

Además, como lo hemos presentado en la introducción, Lacan¹⁰⁰, en ese momento, resitúa la castración y la conceptualiza como función de corte operando en la separación de los objetos que, por su condición anatómica, tienen la característica de estar adheridos al cuerpo.

A propósito de la demanda oral, el seno, por ser un objeto separable, adquiere la cualidad de “amboceptor”¹⁰¹ y es uno de los representantes del objeto *a*, que pasa a funcionar como resto de la división del sujeto y causa de deseo.

Si opera la castración en la relación del sujeto con el Otro, en el circuito de la demanda oral, el corte se produce en dos lugares distintos y deja desechos diferentes.

Por el lado del niño, lo encontramos a nivel del cordón umbilical, que lo separa de las envolturas de su ectodermo y endodermo. Mientras que, del lado de la madre, el corte se realiza a nivel de la placenta y ahí está la caducidad del objeto *a*. Puesto que el seno funciona como un retoño entre el niño y la madre, adquiere, como lo hemos dicho, la cualidad de amboceptor.

Por eso el corte recibe el nombre de *separtición*, ya que es anterior a la relación del niño con el seno y fundamental en la estructuración del deseo.

En *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, leemos: “La *separtición* fundamental —no separación, sino partición en el interior— he aquí lo que está inscrito desde el origen, y desde el nivel de la pulsión oral, en aquello que será la estructuración del deseo”¹⁰².

Por tanto, la función de la *separtición* es fundamental en los distintos niveles de estructuración del sujeto, porque indica que el objeto *a* funciona como obstáculo del acceso a la cosa o *das Ding*, en la relación del sujeto, mítico, con el Otro. Obstáculo que se presentifica, en el momento en que el sujeto recibe el mensaje, sin atributos, en forma invertida. Y más aún, porque el mensaje sólo le llega al sujeto de forma interrumpida.

En efecto, en el seminario citado, leemos:

Esto es algo que digo desde hace tiempo. Hoy añadido, si lo escuchan, que él lo recibe, ante todo, bajo una forma interrumpida. Escucha en primer lugar, un *Tú eres* sin atributo. Sin embargo, por interrumpido que esté este mensaje-y por lo

¹⁰⁰ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1962-1963, p. 181.

¹⁰¹ Ib.

¹⁰² Op. cit., p. 256.

tanto por insuficiente que sea-nunca es informe, puesto que el lenguaje existe en lo real, está en curso, en circulación y muchas cosas a propósito de él, el S, en su interrogación supuestamente primitiva, están ya regladas en este lenguaje¹⁰³.

En esa interrupción está la hiancia que introduce lo simbólico, efecto de la función de *separtición*, y el seno funciona como retoño a nivel de la pulsión oral. Así, el niño y la mamá están adheridos al cuerpo de la madre, y ello le permite al seno funcionar a nivel del objeto *a*. De ese modo, el seno a nivel del objeto *a* es el suplente del sujeto y por ello, suponemos la existencia en el Otro del velo.

En *El Seminario. Libro 10. La Angustia.*, leemos:

La causa, para subsistir en su función mental, necesita siempre la existencia de una hiancia entre ella y su efecto. Esta hiancia es tan necesaria que para poder seguir pensando causa allí donde correría el riesgo de ser colmada, necesitamos hacer que subsista un velo sobre el determinismo estrecho, de las conexiones, a través de las cuales actúa la causa. Es lo que ilustre la última vez mediante el ejemplo del grifo¹⁰⁴.

Por consiguiente, en esta relación primordial, la alternancia del seno actúa como velo, que refleja la división en el Otro, pero no en el sujeto. Por eso, es en la dependencia del ser materno que se produce la disyunción entre el sujeto y el *a*, el seno, que forma parte del sujeto, ya no del cuerpo materno. Así, reiteramos, el seno es suplente del sujeto.

De modo que a nivel de la pulsión oral el objeto *a* es el pezón y por eso, el niño no sabe hasta qué punto él mismo es el seno adosado al pecho materno. Por lo tanto, no puede saber que el seno y la placenta, en su función de objeto *a*, funcionan como límite con respecto al Otro. Cree que *a* es el Otro y cuando se enfrenta al objeto *a*, se enfrenta al Otro.

Brevemente, decimos que cree que el seno es el Otro que representa la madre.

Así el seno, que representa al objeto *a* en este nivel de la estructuración del sujeto, opera como causa de deseo porque funciona la hiancia en el Otro y produce efectos de deseo en el sujeto. Deseo de separación que simboliza un primer tiempo de cesión del objeto *a* a través del juego.

En *El Seminario. Libro 10. La Angustia.*, leemos:

¹⁰³Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1962-1963, pp. 294-5.

¹⁰⁴ Op. cit., pp. 318-9.

Esencialmente, no es cierto que el niño sea destetado. Él se desteta. Se desprende del seno, juega. Tras la primera experiencia de cesión, cuyo carácter ya subjetivado se manifiesta sensiblemente mediante la aparición en su rostro de los primeros signos que esbozan, nada más y nada menos, la mímica de la sorpresa, el niño juega a desprenderse del seno y volver a tomarlo¹⁰⁵.

Juego que instala el movimiento circular de la pulsión y enlaza la repetición a un real, para que en cada una de sus vueltas vuelva a un mismo lugar. Esa hiancia es la que relanza a otro tiempo de la demanda. Así se presenta la demanda anal y da lugar a un primer reconocimiento del sujeto en el objeto: caca. Por tanto, encontramos aquí un giro en el objeto *a*.

Al fin y al cabo, en 1963 el juego a nivel del circuito de la demanda oral indica el deseo de separación en el sujeto, en su advenimiento, y más aún, ilustra el primer tiempo de cesión del objeto. Cesión posible por la función la *separtición*.

Para finalizar diremos que la dimensión de máscara en el objeto de la demanda pulsional señala el primer modo de reconocimiento del Otro materno. Demanda que por haber transformado la necesidad en pulsión, hace del objeto un símbolo cuya satisfacción para el *infans* es el mensaje de la presencia y por lo tanto satisfacción de amor.

Así la satisfacción que encuentra el niño en el mensaje de la presencia se presenta en la risa dirigida al sujeto que yace tras la dimensión de máscara en el objeto y también a través del juego.

Por consiguiente, la dimensión lúdica, en el circuito de la demanda oral, simboliza el deseo de separación en el sujeto, efecto de la hiancia en el Otro, porque el seno puede funcionar a nivel del objeto “a como causa de deseo. Dicho de otro modo, la dimensión lúdica indica un primer tiempo de cesión del objeto.

¹⁰⁵Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1962-1963, p. 354.

1.2 El falo enmascarado es causa de la máscara¹⁰⁶

“Oh hazme una máscara y un muro que me oculte de tus espías de esos ojos agudos esmaltados y de las garras ostentosa”

Dylan Thomas¹⁰⁷. “Oh hazme una máscara.” Traducción E. Azcona Cranwell. Ediciones corregidor. Bilbao. España

Nos proponemos desarrollar la constitución de la máscara y por eso, trabajaremos la declinación de la demanda vinculada al significante del Nombre del Padre y la introducción de la metáfora paterna¹⁰⁸. Esta operación que posibilitará en el sujeto contar con la posibilidad de asumir una posición sexual.

Luego, analizaremos viñetas del Historial clínico: “Análisis de la fobia de un niño de cinco años (*el pequeño Hans*)” que Lacan, en 1957, retoma de la enseñanza de Freud, para trabajar la función de la pantalla en el momento en que hay déficit simbólico de la metáfora paterna.

Lacan en 1958, retomó la risa en el niño que produce la satisfacción de la demanda, cuando en ella encuentra el mensaje de la presencia. Ahora bien, cuando esa demanda es rehusada hay un proceso que tendrá que continuar, y es porque ella se presenta bajo una forma transformada. En seguida, Lacan expuso que “la máscara se constituye en la insatisfacción y por intermedio de la demanda rehusada”¹⁰⁹.

A nuestro entender, es el significante del Nombre del Padre que opera sobre el deseo de la madre lo que posibilita repeler la demanda.

En *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, leemos:

El deseo se modela, como suele decirse, conforme a quien detenta el poder de satisfacerlo y le opone la resistencia de la realidad, y ésta tal vez no es exactamente lo que dicen sino que con toda seguridad se presenta aquí de una

¹⁰⁶ N de a: Es pertinente mencionar que parte del título del apartado fue extraído de un texto de Daniel Paola, quien además cita el poema completo: Oh hazme una máscara. Daniel Paola: “La máscara ética”, en *Imago Agenda* N° 126, Bs. As., Editorial Letra Viva, 2008.

¹⁰⁷ Dylan Thomas: Oh hazme una máscara, en *Poemas completos*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Corregidor, Bs. As., 1974, p. 122.

¹⁰⁸ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, pp. 173-83

¹⁰⁹ Op. cit., p. 341.

forma determinada y, por decirlo todo, ya dentro de la dialéctica de la demanda¹¹⁰.

Aun así, si bien el declinar de la demanda posibilita la constitución de la máscara, tal como lo leemos en 1958, ello requiere del lado del sujeto dos condiciones: por un lado, la manifestación de un deseo autoerótico en la fase genital y por otro, el reconocimiento del deseo sexual en el Otro.

Por tanto, hasta aquí, la constitución de la máscara requiere del lado de la madre de la operación del significante del Nombre del Padre y del lado del sujeto el pasaje de la fase pregenital a la fase genital donde el deseo se abre paso y se distingue de la demanda.

Lacan, en *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, se interroga por lo que divide al deseo de la máscara y lo que permite al sujeto reconocerse como uno en la diversidad de máscaras. Luego, expreso:

La próxima vez veremos esa condición esencial que vincula al sujeto con un significante, prevalente privilegiado, que llamaremos-no por casualidad sino, porque es este significante concretamente –el falo. Veremos que es en esta etapa cuando se realiza, paradójicamente, lo que le permite al sujeto reconocerse como uno a través de la diversidad de las máscaras, pero también lo que, por otra parte, hace que este profundamente dividido, marcado por un *Spaltung* esencial entre lo que es deseo y lo que es máscara¹¹¹.

Así, el falo transformado en significante es lo que divide al sujeto entre el deseo y la máscara, del mismo modo que vincula al deseo con la máscara, tras el rechazo de la demanda por la operación de la castración.

En cuanto a la demanda, es rechazada cuando el padre se presenta provisto de un derecho que prohíbe a la madre del niño su objeto fálico, y al mismo tiempo lo frustra a él de esa posesión. Así, el deseo materno deviene sometido a la ley y la operación paterna se materializa en la anulación del falo y la elevación a la condición de potencia que lo convierte en significante. En “La significación del falo”, leemos: “el falo es el significante de esa *Aufhebung* misma que inaugura (inicia) por su desaparición (...)”¹¹².

¹¹⁰ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 340.

¹¹¹ Op. cit., p. 342.

¹¹² Jacques Lacan: “La significación del falo”, en *Escritos 2*, 2°ed., Bs. As., Siglo Veintiuno Editores, 1958, p. 659.

En este sentido, subrayamos que el falo sólo “existe y por su sola posibilidad¹¹³” y por eso se constituye como representante del deseo. Por eso, del falo, dado su uso en la antigüedad, solo habrá “simulacros, insignias”¹¹⁴.

Así, la ley del padre pone debajo de la barra el deseo de la madre y por eso el falo imaginario adviene a la condición de significante que da la “razón al deseo”¹¹⁵. De modo que, vectoriza la división en el Otro y solo puede presentarse velado. Podremos inferir, entonces, que el falo ya se presenta enmascarado en la dialéctica del deseo y la demanda por efecto de la castración.

El deseo, ahora, se presentara no adulterado por la demanda. Por eso, tal como lo mencionamos al comienzo, el proceso tiene que continuar por parte del sujeto hacia el reconocimiento del deseo del Otro como distinto de la demanda.

Hacia ese lugar hacia a donde el sujeto se dirigía y solo respondía a la demanda, ahora presenta su división. Antes, durante las fases pregenitales, el deseo se había presentado alienado a la palabra del Otro que es su lugar fundacional y por eso, ahí radica su ambigüedad. Mientras que ahora, en la fase fálica, se reintroduce como un deseo no adulterado por la demanda. Reiteramos, es el deseo simbolizado en el Otro lo que al sujeto se le impone reconocer. Es decir, que más allá de lo que el Otro demanda, está lo que desea.

A ello lo leemos en “La significación del falo”:

La demanda de amor no puede sino padecer de un deseo cuyo significante le es extraño. Si el deseo de la madre *es* el falo, el niño quiere ser el falo, para satisfacerlo. Así la división inmanente al deseo se hace sentir ya por ser experimentada en el deseo del Otro, en la medida en que se opone ya a que el sujeto satisfaga presentando al Otro lo que puede *tener* de real que responda a ese falo, pues lo que tiene no vale más que lo que no tiene, para su demanda de amor que quisiera que lo fuese¹¹⁶.

En esa división el sujeto encuentra al “Otro en el Otro”¹¹⁷, es decir, la ley del padre sobre la madre que es dependiente no solo del objeto de su deseo, sino de un objeto que el Otro tiene o no.

¹¹³ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 355.

¹¹⁴ *Ib.*

¹¹⁵ Jacques Lacan: “La significación del falo”, en *Escritos 2*, 2ª ed., Bs. As., Siglo Veintiuno Editores, 1958, p. 660.

¹¹⁶ *Ib.*

¹¹⁷ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 150.

En el niño, esa prueba del deseo del Otro es decisiva porque allí se introduce la castración. Puesto que, tendrá que aceptar en primer lugar la falta de falo en la madre y el franqueamiento de la castración se convierten de ese modo en la clave del tránsito edípico.

Sabemos por Lacan que el inconsciente carece de sexos y solo el reconocimiento de la castración en el Otro es lo que abre a la posibilidad de asunción del sexo.

Podemos leer en “La significación del falo” que el complejo de castración inconsciente tiene una función de nudo: “en una regulación del desarrollo que da su *ratio* a este primer papel: a saber, la instalación en el sujeto de una posición inconsciente sin la cual no podría identificarse con el tipo ideal de su sexo (...)”¹¹⁸.

Así, el falo como símbolo de la falta en la madre instituye la privación y surge porque el padre se presenta como obstáculo entre el niño y la madre. Por la operación del padre que barra el deseo de la madre, el *infans* comienza a percibir los enigmas en ella. De modo que, no solo percibe que lo quiere a él, sino que desea otra cosa que es el falo.

Siempre y cuando el padre sea el que posee el objeto del deseo de la madre, que se presenta bajo la forma de falo, podemos inferir que se introduce la dimensión metafórica. De modo que, el significante padre sustituye a la significante madre y el objeto de deseo entra por la vía de la metáfora.

Como consecuencia, del lado del *infans* encontramos que la metáfora paterna se produce, si el padre se hace preferir por la madre y da cuerpo a la castración como portador del pene en representación del falo. El falo, ahora, se constituye en un símbolo para el niño y se convierte en ideal por las insignias.

Por la operación de la interdicción del incesto y el súper yo el significante se reprime en el Otro. Por eso, la dimensión del súper yo está ligada al significante falo que representa el deseo de la madre, y es al mismo tiempo, lo que posibilita la constitución de la máscara en el sujeto. La máscara se constituye en el sujeto por la identificación¹¹⁹ con el personaje paterno. El padre es el que se ofrece como referente ideal con el que se produce la identificación que constituye al ideal del yo.

Por eso Lacan en 1958, relacionó el ideal del yo con el deseo vinculado por la “máscara”¹²⁰, porque en esa instancia las insignias son testimonios de la operación de identificación.

A propósito del padre como referente identificatorio, mencionaremos brevemente las diferencias entre la niña y el varón.

¹¹⁸ Jacques Lacan: “La significación del falo”, en *Escritos 2*, 2ª ed., Bs. As., Siglo Veintiuno Editores, 1958, p. 653.

¹¹⁹ N de a: Desarrollaremos la operación de la identificación en el capítulo 4.

¹²⁰ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 341.

En la medida en que el padre se convierte en ideal, la niña reconoce no tener falo, sabe a dónde ir a buscarlo y se dirige a él, lo cual supone cierta “especie de extravió”¹²¹. Pues para ella se tratará de reconocer al hombre como quien lo posee. En cambio, el niño reconoce no tener lo que tiene y si se identifica con la imagen metafórica del padre, “tendrá los títulos en el bolsillo para ser un hombre”¹²².

Para finalizar, formulamos que el rechazo de la demanda es efecto del encuentro del sujeto con el deseo del Otro, que ya no se presenta adulterado por la demanda y ello es efecto de la operación del Nombre del Padre. Esa operación que diferencia la demanda del deseo en el sujeto convierte al falo en significante. Así el significante falo divide al sujeto entre lo que es deseo y lo que es máscara y posibilita al sujeto reconocerse uno en la diversidad de la máscara.

La máscara, en el sujeto, se constituye ante el reconocimiento del deseo del Otro y se vincula con las insignias o emblemas que devienen de la identificación paterna.

1.2.1 Las *Bragas* como pantalla

A continuación nos proponemos exponer la función de la pantalla en el momento en que el encuentro con la castración en el Otro produjo un déficit simbólico de la metáfora paterna.

Por eso, trabajaremos la interpretación de Lacan, en 1957, con respecto al Historial clínico: “Análisis de la fobia de un niño de cinco años (el pequeño Hans)” y nos centraremos en el momento que Hans pudo instituir un significante como pantalla para simbolizar la falta en la madre. En este sentido, subrayaremos el momento que Freud usa el término máscara aunque no le dio estatuto de noción.

Para comenzar, recordemos, tal como lo hemos trabajado, que en el momento del encuentro del sujeto con la castración en el Otro el operador del Nombre del Padre “es una necesidad de la cadena significante”¹²³ que tiene que instituir la madre. Si esa función opera, luego será asumida por un personaje real al que el niño le atribuirá el papel de procreador y portador del símbolo fálico.

A ello podemos leerlo en “La significación del falo”:

Esa prueba del deseo del Otro, la clínica nos muestra que no es decisiva en cuanto que el sujeto se entera en ella si él mismo tiene o no tiene un falo real, sino en cuanto que se entera de que la madre no lo tiene. Tal es el momento de la

¹²¹ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 201.

¹²² Ib.

¹²³ Op. cit., p. 187.

experiencia sin el cual ninguna consecuencia sintomática (fobia) o estructural (*Penisneid*) que se refiera al complejo de castración tiene efecto. Aquí se sella la conjunción del deseo en la medida en que el significante fálico es su marca, con la amenaza o nostalgia de la carencia de tener.

Por supuesto, es de la ley introducida por el padre en esta secuencia de la que depende su porvenir¹²⁴

En concreto, en el caso del pequeño Hans la fobia fue una consecuencia sintomática del encuentro con la castración en la madre.

Por tanto, comenzaremos por mencionar la diferencia de Lacan en 1957, con respecto a la noción de castración con la cual Freud en 1909, analizó el caso Juanito, para explicar la vacilación del significante del Nombre del Padre y la función del padre real con respecto a la versión del padre imaginario en el niño.

Freud, en el caso del pequeño Hans, formula que la castración se introduce con la prohibición de la masturbación. Lacan, reiteramos, sitúa el punto de partida de la castración en el momento del encuentro con el deseo de la madre. Por eso en las primeras manifestaciones sexuales del niño no hay necesidad de padre en tanto tal, solo basta con que opere como obstáculo entre el niño y la madre el Nombre.

A ello podemos analizarlo en Juanito cuando comienza con su hace pipi a mostrar las primeras manifestaciones sexuales a la madre y le hace ofrecimientos. En esas revelaciones alcanzaría solo con ella para demostrarle que el instrumento que tiene no vale más que el que no tiene y por lo tanto resulta insuficiente.

Sin ir más lejos, la madre le prohibió la masturbación al niño, le dijo que “no se toque la porquería”¹²⁵. Sin embargo, eso poco valió porque no dejó de alojarlo y preferirlo en su cama. Por eso el niño lejos de haber sido alojado como metáfora del amor de la madre hacia el padre, funcionó como metonimia del deseo de falo que la madre no tiene y no tendrá nunca.

Recordemos que la interdicción del Nombre del Padre sobre la posición de falo imaginario retorna para un niño bajo la forma de ley que sanciona y luego remite a la palabra del padre. Es decir al “Otro del Otro”¹²⁶.

Sin embargo, la presencia del padre de Juanito tuvo poco valor para el niño porque para la madre ese hombre era inoperante y por eso hacía caso omiso de su palabra. En esas

¹²⁴ Jacques Lacan: “La significación del falo”, en *Escritos 2*, 2ª ed., Bs. As., Siglo Veintiuno Editores, 1958, pp. 660-1.

¹²⁵ Sigmund Freud: “Análisis de la fobia de un niño de cinco años (el pequeño Hans), en *Obras Completas*, 2ª ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1909, vol. X, p. 18.

¹²⁶ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1ª ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 198.

condiciones, la madre dejó al niño en posición de súbdito de su capricho y aquí Lacan¹²⁷ situó la fuente de su angustia y su fobia.

La construcción de la fobia en Juanito reveló que el encuentro con la castración en la madre se convirtió para él en una privación intolerable. Por tanto, de ese momento dependía la amenaza de castración que requería de la intervención del padre real.

Como consecuencia, esa situación edípica perturbó la tramitación del problema que se le presentó a Hans: el pasaje del falo imaginario al plano simbólico y la integración de su pene real porque se encontró con la ausencia de un pene mayor, es decir el padre.

Esa constelación edípica hizo que no pueda producirse el tercer tiempo de complejo de Edipo, y por ello Hans encontró en la fobia al caballo una salida para tramitarlo y simbolizarlo. Entonces, el caballo viene a suplir el déficit simbólico de la metáfora paterna y por eso el objeto caballo es el significante que lo ordena: “en lo que él es”¹²⁸, en tanto sujeto, y “lo que le está prohibido”¹²⁹. Dicho de otra manera, el objeto fóbico vino a desempeñar el papel que no desempeña el personaje del padre.

Así pues, fue Freud quién hizo intervenir el lugar de padre simbólico. Es decir, hizo que opere el significante del Nombre del Padre en el momento que asume la orientación del plan de tratamiento. Tratamiento llevado a cabo por el padre de Hans, ya que, Freud solo vio al niño en una entrevista y las intervenciones las realizó sobre el sujeto que le suponemos al padre del niño.

Con la fobia y por la intervención de Freud, Hans tramitó ese pasaje del falo imaginario a la dimensión simbólica. Pasaje que el niño realizó mediante la construcción de mitos que le permitieron integrar lo real de su genitalidad.

Lacan en 1957, analizó la tramitación de la fobia en Hans como una construcción mítica que cobró distintas significaciones por las transformaciones que hizo el niño mediante la permutación significativa. Esas significaciones tienen efectos de verdad ficcional.

Por lo que se refiere al pasaje del falo imaginario a la dimensión simbólica, investigaremos el análisis de Lacan, en *El Seminario. Libro 4. La Relación de Objeto*, y centralizaremos el desarrollo en el momento que Hans construye una pantalla con el significante *Braga*. Significante con el que el niño pudo situar a través de la pantalla la pregunta sobre lo que detrás de ella falta. En este sentido, es pertinente mencionar que la pregunta sobre lo que hay detrás del velo el niño la formuló acompañado de la construcción de otros fantasmas.

¹²⁷ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 4. La Relación de Objeto*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1956-1957, pp. 244-6.

¹²⁸ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 318.

¹²⁹ Ib.

Encontramos una primera simbolización del pasaje del falo imaginario a la dimensión simbólica con la construcción de las fantasías de las jirafas. Fantasía que traduce el falo imaginario a un símbolo mediante la figuración de la imagen en un papel.

Así el predominio de la función simbólica, que le permitirá a Hans llevar a cabo la sustitución, adquiere especial atención luego de la entrevista con Freud.

De ahí que Hans relata sus miedos asociados a los carros que se ponen en movimiento para partir de viaje, a los caballos de tiro grande, a los coches de plaza, carruajes que pasan rápido, carruajes con cargas pesadas. Estos significantes dan lugar al surgimiento de un elemento que se torna esencial: las *Bragas* de la madre, una amarilla y otra negra.

En este momento del tratamiento de Hans, Freud en 1909, alrededor de las *Bragas* usa el término máscara para demostrar los efectos de la represión. Lacan en 1957, reconoce la operatoria de la represión, pero en las *Bragas* subrayó su conexión con otros significantes y la función de pantalla.

A continuación escuchemos la escena en la que aparecen las *Bragas*. El padre del niño le relató a Freud un suceso entre él, Hans y su mujer. La madre mostró al padre del niño, entre las compras que realizó, unos calzones amarillos y Hans escupió y se tiró al piso.

Luego, relata el momento en que interrogó al niño por ese acto de escupir y tirarse al piso para trasmitírselo a Freud y es Hans quien le habría dictado lo que le escribirían al profesor. En particular, atendamos a ese momento donde Hans le relata al padre lo que le tienen que escribir a Freud: “cuando he visto el calzón amarillo he dicho “¡Puf!”, y entonces escupí, y me tire al suelo, he cerrado los ojos y no he mirado”.¹³⁰

Freud interpreta en el asco los indicios de la represión que descifra en la incomodidad de Juanito para hablar de lo que con anterioridad le causaba placer. Uso el término máscara y le dio estatuto de simulación y apariencia. Por eso puso el acento en los efectos de la represión del placer de ver y lo asocio al complejo del *Lumpf*.

Es más, la representación reprimida implica también la caída de la máscara ligada a la palabra. En Freud, la palabra desenmascara.

A ello podemos leerlo en el Historial clínico: “Análisis de la fobia de un niño de cinco años, (el pequeño Hans)”:

Para elucidar esta historia de los calzones, puntualizo: Es evidente que Hans finge cuando se manifiesta tan contento en poder hablar de este asunto. Al final arroja la máscara y se pone grosero con su padre. Se trata de cosas que antes le han deparado *mucho placer*, y de las que ahora, luego de sobrevenida la represión, se avergüenza mucho, so pretexto de asquearse. Miente, lisa y llanamente, para

¹³⁰ Sigmund Freud: “Análisis de la fobia de un niño de cinco años (el pequeño Hans)”, en *Obras Completas*, 2º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1909, vol. X, p. 48.

situar el cambio de calzones de la mama en un diverso escenario; en realidad, el ponerse y sacarse los calzones pertenece al contexto del *Lumpf*. El padre sabe bien lo que está en juego aquí y lo que Hans quiere ocultar¹³¹.

A las *Bragas* Hans también las llamó *Strumpf* que significa calcetín y lo siguió usando.

Lacan escuchó en *Lumpf a Strumpf*, calcetín, que quiere decir *Bragas* negras y luego Hans lo usó como blusa negra.

Por esto el asco a las *Bragas* se relacionan con el *Lumpf*, los excrementos, porque interviene en su función de articulación significativa y funciona como velo porque, a su vez, entró en conexión con los vestidos de la madre. Por eso el significante del complejo anal adquiere otra significación porque formó una cadena con *Strumpf-calceñin*. De modo que los calzones negros se presentaron relacionados con el *Lumpf* y los amarillos con la orina.

En *El Seminario. Libro 4. La Relación de Objeto*, leemos:

De hecho, es un error identificar el *Lumpf* con la defecación omitiendo situar en sí mismo este elemento esencial para Juan. El propio testimonio del padre nos proporciona la idea de que *Lumpf* es una transformación de la palabra *Strumpf*, que en primer lugar quiere decir *Bragas* negras y, en otro momento de la observación, Juanito lo asocia con una blusa negra. Forma parte de esa función esencial del vestido, su función de ocultación. Es también la pantalla sobre la que se proyecta el objeto principal de la interrogación preedípica de Juan, o sea el falo que falta. Que el excremento como tal sea designado por un término emparentado con la simbolización de la falta de objeto, es suficiente como muestra de que la relación instintual, la analidad interesada en el mecanismo de la defecación, es poca cosa frente a la función simbólica. Ésta, una vez más, domina¹³².

En la permutación significativa lo que estuvo en juego es la función de velo del fantasma de la madre fálica. Fantasma que podemos leer en los momentos que esa mujer se ponía y quitaba los vestidos delante de Hans.

Resulta notable la desfiguración posterior de la fantasía con la que Hans le responde al esclarecimiento del padre, orientado por Freud, acerca de que las mujeres no tienen hace pipi. Antes de la aparición del asco a los calzones, Hans vio a la madre toda desnuda y en camión, ella le mostró a él su hace pipi y luego él le mostró a Grete lo que la mamá hacía con él. Ahora,

¹³¹ Sigmund Freud: "Análisis de la fobia de un niño de cinco años (el pequeño Hans)", en *Obras Completas*, 2º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1909, vol. X, p. 49.

¹³² Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 4. La Relación de Objeto*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1956-1957, p. 299.

luego del asco que le causaron las *Bragas* y ante el interrogatorio del padre, duda si vio o no el hace pipi.

En este momento, si bien el falo se articula a la dimensión simbólica, el problema es que la madre está desnuda y al mismo tiempo en camión. Por tanto aquí “se tratará de ver como velado, lo que está velado”¹³³.

A nuestro entender Lacan propone seguir el trabajo de permutación significativa mediante la construcción de los mitos que Hans va construyendo con su fobia a partir de la intervención de Freud. Significantes mediante los cuales el niño pudo crear una pantalla que le permitirá, como lo veremos más adelante, reestructurar el mundo simbólico tras el encuentro con la privación en la madre.

En este sentido, Lacan en 1957, propone seguir la función de las *Bragas* y darle consistencia simbólica a la pantalla. Aquí radica el uso y la función de la pantalla. Con esta lógica analítica, hallamos en la enseñanza de Lacan la formulación teórica directamente implicada en la práctica clínica y la práctica analítica reescribiendo la teoría.

En *El Seminario. Libro 4. La Relación de Objeto*, leemos:

Como ven, estamos obligados a proceder por pinceladas concéntricas. Hemos de tensar la tela, con el cuadro, entre los distintos polos a los que va clavada, para asegurar su fijación normal, formando así una pantalla que permita seguir este fenómeno particular, o sea lo que ocurre en el desarrollo de una fobia, que es correlativo del propio tratamiento¹³⁴.

Así pues, las *Bragas* de la madre se transforman en el significante sobre el que reposa una imagen, y Juanito, podrá situar la pregunta sobre lo que falta detrás de los calzones. La pregunta por lo que se pierde, lo que se puede ir por el agujero, entra en conexión con la primera etapa de la fantasía de la bañera y con la introducción de lo amovible o pantalla. Por ello, comienza a esbozar la simbolización de la sustitución posible.

La pregunta por lo que hay más allá de la pantalla fue un paso que el pequeño pudo realizar porque la bañera entro en conexión con los coches de carga pesada que están en la plataforma frente a su casa, y funcionaron en conexión con el soporte materno.

Así la bañera responde a lo que Hans tratará de superar: el franqueamiento, la asunción y reconocimiento del agujero del Otro.

¹³³ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 4. La Relación de Objeto*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1956-1957, p. 280.

¹³⁴ Op. cit., p. 299.

En el historial clínico que estamos trabajando, podemos leer la conversación de Hans con su padre: “Escucha lo que me pensado: yo estoy en la bañera, entonces viene el mecánico y la desatornilla, para repararla. Entonces toma un taladro y me lo mete en la panza”¹³⁵.

Por esta permutación significativa, *Lumpf – Strumpf* – calcetín– bañera – cesta– seno materno- *wegfahren*–acompañar en el viaje– *wagen*– parir–*wägen*–carruaje, bajo las que se desliza la pregunta por lo que falta, Hans acaba asumiendo el agujero de la madre. Ese punto decisivo de la posición materna que es la fase invertida del complejo de Edipo positivo. Porque el taladro simbolizó la castración que asumió el pequeño, aunque no miro detrás, lo negro que flota en la boca del caballo que muerde.

Además las *Bragas* tiene dos etapas y en ellas, lo esencial es que el pequeño pudo reconocer y establecer diferencias entre momentos. Cuando las *Bragas* no están puestas y se le ofrecen como objeto le dieron asco. Es decir ahí están ligadas a la reacción de asco.

Por el contrario, cuando la madre las lleva puesta porque anda en bicicleta, no sintió nada repugnante porque ahí se le ofrecen en su función de velo y podrá seguir sosteniendo el engaño del falo.

En *El Seminario. Libro 4. La Relación de Objeto*, leemos:

Pero precisa que cuando su madre las lleva puesta, es distinto. Entonces no tiene nada de repugnante. Esta es la diferencia. Cuando las *Bragas* se le ofrecen como objeto, cuando están ahí en sí misma, las rechaza. Sólo conservan su virtud, por así decirlo, cuando están en funciones, cuando él puede seguir sosteniendo el engaño del falo. Aquí está el nervio que nos permite aprender de la experiencia¹³⁶.

A causa de esta diferencia radical, Hans no hizo de las *Bragas* el falo y por eso no convirtió en fetichista

En suma, hasta aquí hemos mostrado como las *Bragas* como pantalla esbozan el comienzo de la simbolización del falo y junto con la primera etapa de la fantasía de la bañera trasladan detrás del velo la pregunta por el objeto que falta en el Otro, el agujero.

La razón fundamental por la que Hans es un neurótico y no fetichista, es que pudo diferenciar cuando las *Bragas* estaban puestas del momento en que se le ofrecían como objeto. Por tanto, sintió asco cuando los calzones no estaban puestos.

A continuación desarrollemos, de manera breve, el modo en que Hans continuó la tramitación de la fobia.

¹³⁵ Sigmund Freud: “Análisis de la fobia de un niño de cinco años (el pequeño Hans), en *Obras Completas*, 2º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1909, vol. X, p. 55.

¹³⁶ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 4. La Relación de Objeto*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1956-1957, p. 351.

Sabemos por Lacan, que en el momento del encuentro del niño con la castración materna, es condición esencial que el padre portador del pene en representación del falo pueda funcionar para que opere el complejo de castración en el niño. Es decir, es necesario que el pene real pueda articularse a ese mundo simbólico, primero por medio de la anulación, es decir la castración, para que Hans pueda acceder a la función paterna y por ende viril.

En *El Seminario. Libro 4. La Relación de Objeto*, leemos:

Hay el padre simbólico. Hay el padre real. Como la experiencia nos enseña, en la asunción de la función sexual viril, juega un papel esencial la presencia del padre real. Para que el sujeto viva verdaderamente el complejo de castración, es preciso que el padre juegue el verdadero rol¹³⁷.

Hans cuenta con el padre simbólico, el buen Dios, el profesor Freud, que le permite restaurar el equilibrio de la situación. Sin embargo, no suple esa carencia del padre imaginario en el niño, dado que el padre real no puede operar a nivel imaginario para Hans porque no puede operar como el castrador, el padre terrible con quien pueda rivalizar.

De ello resulta, el llamado al padre por parte del niño mediante el recuerdo del tropiezo de Fritz con la piedra. Escena que demuestra la dificultad en el padre de Hans.

La escena de la piedra de Fritz¹³⁸ está dirigida al padre y muestra que Juanito reclama una herida.

A ello podemos leerlo en *El Seminario. Libro 4. La Relación de Objeto*:

Se tratará de saber si el padre pasará la prueba, si enfrentara como un hombre a la temible madre y si también él, el padre, ha pasado o no por la iniciación esencial, por la herida, por el golpe contra la piedra. Es tanto como decirles hasta qué punto este tema, bajo su forma más fundamental, la más mítica, es algo a lo que Juanito aspira con todo su ser¹³⁹.

¹³⁷ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 4. La Relación de Objeto*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, pp. 367-8.

¹³⁸ N de a: La escena mencionada remite al momento en que el niño relató al padre el juego al caballito y la caída de Fritz, asociando que fue allí donde cogió la tontería a raíz de que sus amigos pronunciaban a causa del caballo. En el relato mismo, expresa el deseo de que sea el padre quien se cayera y lastime como Fritz. De ese modo estaría solo con su mami y por ese deseo el padre sentiría celos. Hans insiste en la veracidad de los celos paternos. Sigmund Freud: "Análisis de la fobia de un niño de cinco años (el pequeño Hans)", en *Obras Completas*, 2° ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1909, vol. X, p. 69.

¹³⁹ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 4. La Relación de Objeto*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 368.

Dado que su padre no puede operar como el castrador, el pene real del niño no está amenazado y ello es el fundamento de la angustia ante la carencia paterna. Por eso, Hans convocó al instalador de la bañera. El Instalador está en el lugar del castrador y con esa fantasía Hans puede concluir esa situación.

Leamos esa fantasía en el Historial:

Escucha, me he pensado hoy una cosa: ha venido el instalador y con unas tenazas me ha quitado primero el trasero y después me ha dado otro y después el *hace pipi*. Él ha dicho, enseña el trasero, y yo he tenido que darme vuelta, y él lo ha quitado y luego ha dicho: “Enseña él hace *pipi*”¹⁴⁰.

Así pues, en ese “date vuelta y enseña *él hace pipi*”, Hans no logra seducir a la madre. Sin embargo, lejos de completar el recorrido de la castración encontró una suplencia como modo de solución.

En resumen, la lectura que hizo Freud¹⁴¹ de los efectos de la orientación del tratamiento, fue la resolución de la crisis y salida edípica. Lacan¹⁴² parte de considerar que la heterosexualidad de Hans de ningún modo garantiza la relación con el objeto femenino.

Así, Juanito podrá asumir una posición heterosexual por la resolución de la fobia, pero dada la carencia paterna el desenlace marca una atipia terminal.

Para finalizar, subrayamos la lectura de Lacan con respecto a la fecundidad del significante *Bragas* en la letra de Freud. Significante que se elevó a la condición pantalla y posibilitó que Hans, junto a otras fantasías, pueda diferenciar la función de las bragas. Así, el asco que quedó ligado al uso de las *Bragas*, cuando no están puestas, fue determinante en la elección de la estructura porque le permitió a Hans trasladar detrás de la pantalla la pregunta sobre el objeto que falta.

¹⁴⁰Sigmund Freud: “Análisis de la fobia de un niño de cinco años (el pequeño Hans)”, en *Obras Completas*, 2º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1909, vol. X, p. 81.

¹⁴¹Op. cit., p. 106.

¹⁴²Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 4. La Relación de Objeto*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1956-1957, pp. 386-7.

Mascarada

2 Mascarada

2.1 La mascarada de lo femenino¹⁴³

En este apartado nos proponemos trabajar la mascarada de lo femenino y nuestro punto de partida será problematizar la asunción de una posición sexual bajo la amenaza de castración en el hombre y el *Penisneid* en la mujer. Lacan, en 1958, situó una antinomia, en la que descifró la relación del sujeto con el falo, y al mismo tiempo, consideró que seguía siendo espinosa en la mujer. Por tal razón, vincularemos esa dificultad a la experiencia de la privación.

Así, por la vía de la privación situaremos el encuentro del sujeto con el deseo del Otro como un dilema irresoluble. Dilema que será abordado con la mascarada.

Trabajaremos, entonces, la mascarada de lo femenino desde *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente* y la variación presente en la significación del término en “La significación del falo”.

En este recorrido interrogaremos que convergencia posible podría haber entre el advenimiento de la feminidad en Freud y la mascarada de lo femenino en Lacan.

Para empezar es preciso mencionar que Lacan en 1958¹⁴⁴, señaló una antinomia interna en la asunción por el hombre de su sexo. La misma reside en asumir los atributos, bajo una amenaza en el niño, y una privación en la niña. Asimismo, a esa discordancia la situó Freud en la irreductibilidad a todo análisis finito que se exteriorizó en el complejo de castración inconsciente en el varón y el *Penisneid* en la mujer.

Luego, Lacan, se remitirá a los hechos clínicos, que pondrán de relieve que esa aporía demuestra la relación del sujeto con el falo en la fase fálica. Por esto, si bien ese vínculo es independiente de la diferencia anatómica de los sexos, sigue siendo espinoso en la mujer.

Por lo que se refiere a esta antinomia con respecto a la privación, en “La significación del falo”, leemos:

(...) de porque la niña se considera a sí misma castrada, aunque fuese por un momento, como castrada, en cuanto que ese término quiere decir: privada de falo, y por la operación de alguien, el cual es en primer lugar la madre, punto

¹⁴³ N de a: con respecto al título del presente apartado, quiero mencionar que comparto con Lacan y Paul-Laurent Assoun el modo de nombrar la asunción de la posición sexual en términos de lo masculino y lo femenino.

¹⁴⁴ Jacques Lacan: “La significación del falo”, en *Escritos 2*, 2ªed., Bs. As., Siglo Veintiuno Editores, 1958, p. 654.

importante, y después su padre, pero de una manera tal que es preciso reconocer allí una transferencia en el sentido analítico del término.¹⁴⁵

Por esa inviabilidad racional, Lacan traslada la transferencia edípica, es decir el pasaje en la niña de la madre hacia el padre, a la transferencia analítica.

Por lo que se refiere al viraje en la niña, Lacan¹⁴⁶, en *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, reconoció en las formulaciones freudianas la tendencia hostil por la cual la niña se separa de la madre y se dirige hacia el padre. No obstante, acentuó el viraje a partir del encuentro con la castración materna, y por eso introdujo la experiencia de la privación.

Ese encuentro con el deseo del Otro se presentó como un dilema irresoluble, y es por esto que será abordado con la mascarada.

Por tanto, ¿qué significación adquiere la mascarada en la sexualidad, más aun en la feminidad?

Con respecto al interrogante, arriba mencionado, investigaremos la relación de la mascarada con el significante fálico en la crisis de Edipo.

El ingreso al Edipo en la niña revela que, tras el encuentro con el deseo de la madre, la niña junta lo percibido con aquello de lo que se vio frustrada, es decir, el falo, y lo percibido como castración en la madre retorna en su propia castración. Así, comienza a declarar reproches contra ella y junto al rencor, por las frustraciones, se dirige hacia el padre.

El padre, ahora, viene a sustituir aquello de lo que ella se vio frustrada y por eso pasa al plano de la experiencia de la privación. El pene real del padre esperado por la niña, como sustituto, es ya simbólico y por eso el significante fálico engendra la crisis de Edipo.

La simbolización del falo en la salida edípica de la niña, originó una separación entre la satisfacción de la maternidad y el acceso al deseo en la mujer. El pene en tanto símbolo fálico impone en la mujer, por un lado, la satisfacción pulsional por el deseo de hijo y el acceso a la maternidad. Y por otro lado, en la línea de su deseo se encuentra con la necesidad, en “grados variables”¹⁴⁷, de ser el falo porque es signo de lo deseado.

En la feminidad, aunque haya represión de la función fálica, las manifestaciones del deseo indican que la mujer va a ser el signo del deseo. Es decir, signo del falo. Por eso, cuando ella se muestre y proponga como objeto de deseo se identifica de forma secreta y latente con el falo.

En *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, leemos:

¹⁴⁵ Jacques Lacan: “La significación del falo”, en *Escritos 2*, 2º ed., Bs. As., Siglo Veintiuno Editores, 1958, p. 654.

¹⁴⁶ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, pp. 357-8

¹⁴⁷ Ib.

Este ser la sitúa más allá de lo que podemos llamar la mascarada femenina, porque a fin de cuentas, todo lo que muestra de su feminidad está relacionado precisamente con esa identificación profunda con el significante fálico, el más vinculado con su femineidad¹⁴⁸.

Así, la mujer ubica su ser de sujeto como falo deseado para proponerse hacia el hombre como significante del deseo del Otro y por eso, en el plano del deseo, enajena su cuerpo en su deber parecer. En esa experiencia la mujer no es ella misma porque se presenta siendo el falo.

La mascarada como vía de acceso al deseo implica una forclusión con respecto a su cuerpo.

Así se pone de manifiesto la raíz de lo que se puede llamar, en la consumación del sujeto en la vía del deseo del Otro, su profunda *Verwerfung*, su profundo rechazo, en cuanto ser, de aquello en lo que ella misma se manifiesta en el modo femenino. Su satisfacción pasa por la vía sustitutiva, mientras que en el plano donde su deseo se manifiesta termina por fuerza en una profunda *Verwerfung*, una profunda ajenidad de su cuerpo, con respecto a su deber parecer.¹⁴⁹

En este sentido, nos interroga¹⁵⁰ qué hay de lo rechazado en términos de *Verwerfung*, en el acceso a la femineidad.

Hasta aquí entonces, la mascarada de lo femenino en el plano del deseo implicó el pasaje por el deseo del Otro, la experiencia de una forclusión y ser el falo sobre un trasfondo que no lo es, al proponerse como significante del deseo del Otro.

Ahora bien, Lacan, lo que antes formuló como profundo rechazo en la mascarada femenina, poco después, en el mismo año, lo modificó y preservó la existencia de lo rechazado. En la mascarada se rechaza una parte de la femineidad y la mujer deviene no toda fálica.

En “La significación del falo”, leemos:

Por muy paradójica que pueda parecer esta formulación, decimos que es para ser el falo, es decir, el significante del deseo del Otro, para lo que la mujer va a rechazar una parte esencial de la femineidad, concretamente, todos sus atributos en la mascarada. Es por lo que no es por lo que pretende ser deseada al mismo

¹⁴⁸ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 358.

¹⁴⁹ Ib.

¹⁵⁰ N de a: Recordemos, tal como lo mencionamos en el Marco teórico, que sostendremos este interrogante en la presente tesis.

tiempo que amada. Pero el significante de su deseo propio lo encuentra en el cuerpo de aquel a quien se dirige su demanda de amor¹⁵¹.

Luego del pasaje por la privación, la singularidad de lo femenino reside en que la mujer encuentra el significante del deseo en el hombre y busca en el mismo objeto el amor y el deseo.

En “La significación del falo”, leemos: “Pero el resultado para la mujer sigue siendo que convergen sobre el mismo objeto una experiencia de amor que como tal la priva idealmente de lo que da, y de un deseo que encuentra en él su significante”.¹⁵²

En otro orden de cosas, Lacan, en el escrito citado, retoma la disociación en la vida amorosa de la mujer y hace confluir el significante falo con la formulación de Freud: toda libido es masculina. Puesto que, asemeja la ostentación viril al parecer femenino.

En “La significación del falo”, leemos: “El hecho de que la femineidad encuentre su refugio en esa máscara por la *Verdrängung* inherente a la marca fálica del deseo acarrea la curiosa consecuencia de hacer que en el ser humano la ostentación viril parezca femenina.”¹⁵³

En este sentido, Lacan reafirma la función del significante falo sin reducir lo fálico a lo masculino.

En suma, por lo que hemos presentado hasta aquí, inferimos que esta formulación *lacaniana*, con respecto a la función del significante falo confluye hacia la problemática abierta por Freud, con respecto al desarrollo libidinal en la mujer. Desarrollo, donde la predilección por metas pulsionales pasivas requieren un alto grado de actividad.

Por tanto, proponemos continuar la exposición articulando la predilección de la mujer por las metas pasivas que supone un alto grado de actividad con la posición receptiva que, Lacan, en 1957, atribuye a la mujer. Posición receptora que conjeturamos como característica de la posición femenina.

Con referencia a los desarrollos en Freud, hallamos una modificación con respecto a la equivalencia entre libido y masculino cuando formula la idea de una única libido neutra que entra al servicio de aspiraciones sexuales de metas pasivas y activas.

En efecto, en la 33ª conferencia. “La feminidad”, leemos:

Existe solo una libido, que entra al servicio de la función sexual tanto masculina como femenina. No podemos atribuirle sexo alguno; si de acuerdo con la equiparación convencional entre actividad y masculinidad queremos llamarla

¹⁵¹ Jacques Lacan: “La significación del falo”, en *Escritos 2*, 2ª ed., Bs. As., Siglo Veintiuno Editores, 1958, p. 661.

¹⁵² Ib.

¹⁵³ Op. cit., p. 662.

masculina, no debemos olvidar que subroga también aspiraciones de metas pasivas.¹⁵⁴

Por eso cuestiona la coincidencia de actividad con masculinidad y pasividad con feminidad y los pares de opuestos activo y pasivo los traslada a las metas de la pulsión. Además, la equivalencia de la feminidad con lo pasivo se traslada a la predilección de la mujer por metas pasivas que incluyen un alto grado de actividad.

En la 33ª conferencia. “La feminidad”, Freud expone:

Podría intentarse caracterizar psicológicamente la feminidad diciendo que consiste en la predilección por metas pasivas. Desde luego, esto no es idéntico a pasividad; puede ser necesaria una gran dosis de actividad para alcanzar una meta pasiva. Quizás ocurra que desde el modo de participación de la mujer en la función sexual se difunda a otras esferas de su vida la preferencia por una conducta pasiva y unas aspiraciones de meta pasiva, en extensión variable según el imperio limitado o vasto de ese paradigma que sería su vida sexual.¹⁵⁵

Baste como muestra, entender la actividad de la aspiración pasiva el dejarse mamar en el amamantamiento, porque en ese acto la madre da de mamar activamente, y al mismo tiempo, es objeto de esa acción.

Con esas inferencias, Freud reconoció el enigma de la feminidad y sin pretender responder a la pregunta “¿qué demanda una mujer?”¹⁵⁶ desarrolló como se deviene mujer a partir de la disposición bisexual.

Con respecto al devenir mujer, en “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos”, Freud presentó la inexistencia de un paralelismo psíquico y reafirmó que para los dos sexos la madre es el primer objeto de amor.

Luego, en “Sobre la sexualidad femenina”¹⁵⁷, destacó la intensa ligazón preedípica de la niña con la madre y trabajó detalladamente las fases libidinales.

Así, el pasaje de la niña de la madre hacia el padre se va transitando a través de las metas pulsionales que son tanto activas como pasivas. La migración del recorrido libidinal por las fases orales y sádicas anales desemboca en la fase fálica que se divide en dos momentos. En

¹⁵⁴ Sigmund Freud: “33ª conferencia. La feminidad”, en *Obras Completas*, 1º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1932-1936, vol. XXII, p.122.

¹⁵⁵ Op. cit., p.107.

¹⁵⁶ Sigmund Freud: “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos”, en *Obras Completas*, 1º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1923-1925, vol. XIX, p. 262.

¹⁵⁷ Sigmund Freud: “Sobre la sexualidad femenina”, en *Obras Completas*, 1º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1927-1931, vol. XXI, p. 226.

la primera, adopta decididamente una posición activa y la segunda es la femenina con el transporte del clítoris a la vagina. En este sentido, se trata de la renuncia a la actividad fálica y el cambio de vía de objeto de amor que con la transmutación del deseo de pene al hijo esperado del padre prefigura el camino a la feminidad.

El advenimiento a la feminidad quedó ligado, tras un largo rodeo, al extrañamiento de la mociones pulsionales dirigidas al padre. Dicho de otro modo, la renuncia a recibir la ecuación simbólica del padre y su traslado al deseo de recibir un hijo del amor de un hombre. Y al mismo tiempo esa aspiración pulsional de meta pasiva supondría un alto grado de actividad para conseguirla.

Desde luego, la posición de la mujer en el acto de amor es *receptora*¹⁵⁸ en el plano imaginario y al recibir da el falo simbólico como acto de don.

A ello podemos leerlo en *El Seminario. Libro 4. La Relación de Objeto*:

Esto uno puede expresarlo de mil maneras en cuanto lo ve. Este tema fundamental, que la mujer se da, ¿qué expresa si se examina detenidamente, sino la afirmación del don? Nos acercamos aquí a la experiencia psicológica concreta tal como la encontramos, que es, en este caso, paradójica. En el acto del amor, quien recibe es la mujer, recibe mucho más de lo que da. Todo nos indica, y la experiencia analítica lo subraya, que no hay posición más receptora, más devoradora en el plano imaginario. Si esto se invierte en la afirmación contraria, que la mujer se da, es porque así debe ser simbólicamente, o sea que debe dar algo a cambio de lo que recibe, es decir el falo simbólico¹⁵⁹.

En resumen, las metas sexuales pasivas en si misma comportan un grado de actividad. Por tanto, podemos leer en la hipótesis de Freud la confluencia del objeto de amor y deseo en la mascarada femenina que implica lo fálico, cuando ejemplifica la posición de la mujer en el amamantamiento y en el acto sexual. Posición receptora, porque al recibir se da.

Sin embargo, Lacan¹⁶⁰ en 1965, excluye la pulsión genital de la representación de los objetos pulsionales y con respecto a lo pulsional afirmó que se trata siempre de actividad y ubicó la pasividad en el exterior. Porque la pulsión va hacerse presente en el campo del sujeto

¹⁵⁸ N de a: es importante mencionar que destacar la posición receptora de la mujer en el acto de amor es una lectura que me fue sugerida por el trabajo de Juan Ritvo cuando menciona que lo femenino tiene que ver con la receptividad. Juan Ritvo: *El laberinto de la feminidad y el acto analítico*. 1 ed., Rosario, Homo Sapiens Ediciones, 2009, p. 47.

¹⁵⁹ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 4. La Relación de Objeto*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1956-1957, p. 156.

¹⁶⁰ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1964, p. 196.

como pulsión parcial, ya que no hay ninguna que pueda presentificar la totalidad de la sexualidad en el psiquismo.

En *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, leemos:

Nadie puede negar esta función en el plano biológico. Pero yo afirmo, siguiendo a Freud, que da fe de todos los modos posibles, que esta función, como tal, no está representada en el psiquismo. En el psiquismo no hay nada que permita al sujeto situarse como ser macho, ser hembra.

El sujeto solo sitúa, en su psiquismo, sus equivalentes- actividad y pasividad. Y éstos nunca la representan exhaustivamente. Freud llega hasta la ironía de subrayar que esta representación no es ni tan coercitiva, ni tan exhaustiva como podría pensarse-*durchgreifend und ausschließend*-, la polaridad del ser de lo macho y de lo hembra la representa únicamente la polaridad de la actividad, que se manifiesta a través de los *triebe*, y la pasividad, que es solo pasividad, que sólo es pasividad respecto de lo exterior, *gegen die äusseren Reize*.¹⁶¹

Por tanto, para ambos sexos se trata de la actividad de lo pulsional con respecto de la sexualidad y por eso, el advenimiento a una posición sexuada será efecto de lo que cada ser hablante haya descifrado en el pasaje por el discurso del Otro y haya podido inscribir allí la falta.

En *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis* leemos: “Lo primero que puso al descubierto, la experiencia analítica – que las vías de lo que hay que hacer como hombre o como mujer pertenecen al drama, a la trama que se sitúa en el campo del Otro- el Edipo es propiamente eso”¹⁶².

En fin, la mascarada de lo femenino es el modo que encuentra el sujeto de abordar el dilema irresoluble en su encuentro con el deseo del Otro y el tránsito edípico: la privación. Con Lacan sabemos que en el psiquismo no hay representación del ser hombre y ser mujer, y por eso, en el campo de la sexualidad la mujer se presenta siendo el significante fálico sobre un trasfondo en que no lo es. Por eso es que se trata siempre de la actividad de lo pulsional, porque la pasividad se situara siempre en el exterior.

Aunque encontremos en Freud la actividad que supone la predilección por las metas pulsionales pasivas en la mujer, hemos despejado que el punto de encuentro con la mascarada

¹⁶¹ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1964, p. 212.

¹⁶² *Ib.*

de lo femenino en Lacan es la confluencia en un mismo objeto del amor y el deseo. En ese sentido la mujer es receptora en el plano imaginario ya que recibe y da amor en el acto de amor. Ahora bien, ese acto implica darse en el plano del deseo que concierne a la sexualidad. Dar el falo simbólico y en ese darse, yace solo la actividad de lo pulsional.

2.2 La mascarada de lo masculino

En este apartado comenzaremos por 1958, año en que la mascarada del hombre deviene del encuentro con la castración en la madre. En el varón encontramos por un lado, que la identificación metafórica con el padre le dona emblemas para hacerse hombre y por otro lado, la tendencia del deseo puede conducir al varón hacia la disociación de la vida amorosa.

En este sentido, Freud entre 1910 y 1912, investigó en la degradación de la vida amorosa el rasgo del objeto deseado, y tomó como ejemplo la elección en el hombre de la prostituta. En esa elección Freud encontró que se trata de la defensa frente la impotencia psíquica.

Lacan, retoma la tendencia a la disociación en la vida amorosa en “La significación del falo” y *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, y expone en la máscara de la prostituta la problemática del deseo que remite a la relación del sujeto con el falo. A la vez, los desarrollos de 1962, implicaron modificaciones en la teoría. Por ello, de *El Seminario. Libro 10. La Angustia*., tomaremos como referencia que el objeto *a* es la única traducción subjetiva de la angustia señal de lo real y causa de deseo.

Las modificaciones, mencionadas, son contemporáneas a la función de corte de la castración “ligada a los rasgos del objeto caduco”¹⁶³ que adquieren cualidad de amboceptor. Por ello, una de las dimensiones de la castración, como separación, se presentifica en la detumescencia, es decir, el corte se focaliza en la caída del falo y señala que el $(-\phi)$ funciona a nivel del objeto *a*.

En este sentido, la tendencia en el hombre a estar pendiente de su tumescencia se manifiesta en la impostura. Impostura radical que, solo a modo de referencia, señalaremos en la posición del Don Juan.

Para empezar el desarrollo del presente apartado, anunciamos que Lacan, en *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, introduce y desarrolla la mascarada en el niño.

Para el niño, de la misma manera que la niña, el dilema irresoluble, lo traumático, resulta del encuentro con la castración en la madre. Si bien, puede tener el falo a modo de título, resuelve con la mascarada el encuentro con el deseo del Otro.

¹⁶³Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1962-1963, p. 183.

Con respecto a los títulos fálicos heredados del padre, Lacan¹⁶⁴ en 1958, retomó de los desarrollos de Freud en 1923, la identificación paterna. Identificación que resulta del sepultamiento del complejo de Edipo en el niño por angustia de castración.

En el niño la castración se reactiva con efecto retardado en el momento que percibe la falta de pene en la niña, pero será recién cuando lo advierte en la madre que retorna para él como peligro de castración. A causa de esa amenaza, el varón resigna las investiduras libidinosas de objeto sustituidas por identificación. La identificación con el padre es la vía que refuerza y reafirma la masculinidad.

Podemos leer en “El yo y el ello”:

Con la demolición del complejo de Edipo tiene que ser resignada la investiduras de objeto madre. Puede tener dos diversos reemplazos: o bien una identificación con la madre, o un refuerzo de la identificación - padre. Solemos considerar este último desenlace como el más normal; permite retener en cierta medida el vínculo tierno con la madre. De tal modo, la masculinidad experimentaría una reafirmación en el carácter del varón por obra del sepultamiento del complejo de Edipo.¹⁶⁵

Freud, entonces, reconoció la importancia de la identificación paterna y al mismo tiempo destacó, la reafirmación de la masculinidad por efecto de la castración. En este sentido, Lacan en 1958, en la identificación paterna subrayó la imagen metafórica del padre, de quien el varón recibe los significantes para significar la asunción de su virilidad.

En *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, podemos leer: “Esto significa, ténganlo en cuenta, que, en cuanto viril, un hombre es siempre más o menos su propia metáfora. Incluso es esto lo que proyecta sobre el término de virilidad aquella sombra de ridículo que igualmente se ha de constatar”¹⁶⁶.

La metáfora viril retorna como referente y soporte en la asunción de la masculinidad. Ahora bien, es más o menos su propia metáfora porque el hombre quiere el falo y en la dimensión del deseo al falo lo busca en el exterior.

En *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, podemos leer:

¹⁶⁴ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 201.

¹⁶⁵ Sigmund Freud: “El yo y el ello”, en *Obras Completas*, 1° ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1923-1925, vol. XIX, p. 34.

¹⁶⁶ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 201.

En su caso, la mascarada se establece en la línea de la satisfacción, porque resuelve la cuestión del peligro que se cierne sobre lo que efectivamente tiene mediante algo que conocemos muy bien, o sea, la identificación pura y simple con quien posee sus insignias, con quien tiene toda la apariencia de haber eludido el peligro, es decir, el padre. Al fin de cuentas, el hombre nunca es viril si no es mediante una serie indefinida de procuraciones que le vienen de sus ancestros masculinos, pasando por el ancestro directo.

Pero a la inversa, en la línea del deseo, es decir en la medida en que ha de obtener su satisfacción de la mujer, también va a buscar el falo. Ahora bien-tenemos, a este respecto, todos los testimonios, clínicos y de otras clases, ya lo desarrollaré-precisamente, como no lo encuentra allí donde lo busca, lo busca en cualquier otra parte.¹⁶⁷

La mascarada concierne al hombre en la línea del deseo porque en la satisfacción que encuentra con la mujer busca el falo. Por ello, su singularidad reside en que el falo para él está en el exterior.

Asimismo la cita expresa que el hombre de no encontrar el falo en la mujer lo buscara en cualquier otra parte. En este sentido, la búsqueda de la satisfacción del deseo dirigida al falo lo acerca a las degradaciones de la vida amorosa, presentes también en la mujer.

La mascarada, entonces, en el hombre revela que no es suficiente la identificación paterna para asumir una posición viril donde converjan amor y deseo.

Lacan, en “La significación del falo”, expone:

Si el hombre encuentra en efecto cómo satisfacer su demanda de amor en relación con la mujer en la medida en que el significante del falo la constituye ciertamente como dando en el amor lo que no tiene, inversamente su propio deseo del falo hará surgir su significante en su divergencia remanente hacia “otra mujer” que puede significar ese falo a títulos diversos, ya sea como virgen, ya sea como prostituta¹⁶⁸.

En suma, el hombre podrá construir un lazo de amor con la metáfora viril, pero de la relación con la castración materna dependen las vicisitudes de la vida erótica.

¹⁶⁷ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 359.

¹⁶⁸ Jacques Lacan: “La significación del falo”, en *Escritos 2*, 2º ed., Bs. As., Siglo Veintiuno Editores, 1958, p. 662.

En el hombre la búsqueda del falo en diversos títulos, tal como lo ejemplifican la virgen o la prostituta, abre a otra problemática en el desarrollo de la exposición y por ello, ahora, investigamos la disociación de la vida amorosa.

Por lo que se refiere a los rasgos, arriba mencionados, que porta el objeto de deseo, Freud en 1910, los desarrolla cuando investiga la vida amorosa. Lacan, como lo hemos mencionado, lo expone en “La significación del falo” y en *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, y precisa la problemática del sujeto con el falo que descifra en la máscara de la prostituta.

Empecemos por el recorrido freudiano.

En cuanto al rasgo que porta el objeto de deseo procede de una fuente única que nunca se abandona completamente, tanto para aquellos que aman y desean al mismo objeto, como para los que necesitan disociar la vida amorosa. En efecto, Freud expone: “(...) lo insustituible eficaz dentro de lo inconsciente a menudo se anuncia mediante el relevo sucesivo en una serie interminable, y tal, justamente, porque en cada subrogado se echa de menos la satisfacción ansiada”¹⁶⁹.

Por tanto el rasgo del objeto procede de la constelación materna que marca las condiciones de amor en los seres hablantes, y el modo en que concilian la fantasía con la realidad.

Ahora bien, en las perturbaciones de la vida amorosa la causa radica en la fijación tierna infantil a la madre y se exterioriza en distintos desenlaces.

Retomemos ese rasgo desarrollado por Freud: la condición de “liviandad”¹⁷⁰ o el “título de la prostituta”¹⁷¹

En el varón el conocimiento de la prostituta corrobora su percepción sobre el discernimiento del comercio sexual entre los padres, y la duda entre la madre y la mujer fácil. Puesto que no hay entre ellas diferencias, las dos hacen lo mismo, y por eso, el joven no le perdona a la madre el comercio sexual con el padre. Ese esclarecimiento reactiva mociones anímicas de anhelo hacia la madre y odio hacia el padre y son ellas las que participan de la construcción de fantasías de infidelidad en la pubertad.

La fijación del joven a las fantasías de la pubertad que conjugan “el anhelo y la venganza”¹⁷² encuentran una salida a la realidad en la condición de mujer fácil. Esa elección que

¹⁶⁹ Sigmund Freud: “Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre. (Contribuciones a la psicología del amor, I)”, en *Obras Completas*, 1° ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1910, vol. XI, p. 163.

¹⁷⁰ Ib.

¹⁷¹ Jacques Lacan: “La significación del falo”, en *Escritos 2*, 2° ed., Bs. As., Siglo Veintiuno Editores, 1958, p. 662.

¹⁷² Sigmund Freud: “Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre (Contribuciones a la psicología del amor, I)”, en *Obras Completas*, 1° ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1910, vol. XI, p. 165.

se presenta a nivel de la conciencia muestra a través de ella que la oposición entre la madre y la mujer fácil persiste en lo inconsciente sin contradicción.

Freud¹⁷³, en 1912, muestra que la necesidad de degradar el objeto amoroso es una defensa contra la impotencia psíquica.

La impotencia psíquica que afecta a hombres de naturaleza libidinosa intensa, se exterioriza en la denegación del órgano para conseguir el acto sexual con objetos que portan determinados rasgos. Porque esos hombres no han podido ligar la corriente tierna y sexual a causa de una inhibición en el desarrollo libidinal.

En la impotencia psíquica la corriente sensual no desaparece, sino que permanece desinhibida detrás de la corriente tierna y solo accede a la copulación con la condición de que el objeto no recuerde al incestuoso.

De ello resulta, que los hombres buscan objetos a los que no necesitan amar con el fin de mantener alejada la sexualidad del objeto erótico. Dado que, si el objeto elegido recuerda algún rasgo del objeto incestuoso sobreviene la impotencia psíquica y por eso, degradar al objeto es una defensa contra esa perturbación.

Por eso, en “Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa”, leemos que esos hombres “Cuando aman no anhelan y cuando anhelan no pueden amar”¹⁷⁴

Aunque, el hallazgo de Freud, con respecto a la conservación de metas sexuales perversas en la degradación amorosa, demuestra que sólo consiguen la satisfacción con el objeto sexual degradado porque de ese modo rebajan a la madre a la condición de mujer fácil. La fantasía, entonces, es una mediación entre la corriente tierna y sexual que le permite al hombre, por la vía de la degradación, ganar a la madre como objeto sensual.

Lacan en 1958, como lo hemos dicho, retoma la disociación de la vida amorosa en la enseñanza de Freud. En ese fenómeno clínico sitúa la problemática del deseo y en los fantasmas inconscientes descifra que bajo la máscara de la prostituta está presente el objeto.

Así, la fantasía revela que la ganancia de la madre en la prostituta se dirige a la mujer que sucede a la madre.

Sin embargo, Lacan presenta una novedad, porque halló que el hombre lo que busca en el burdel es el falo, pero de los demás hombres.

En *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, podemos leer:

Estos sujetos no pueden plantearse abordar a la mujer cuando goza para ellos de su plena condición de ser amable, de ser humano, de ser en el sentido pleno, de ser que, como dicen, puede dar y darse. El objeto está presente, nos dicen, lo cual

¹⁷³ Sigmund Freud: “Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa (Contribuciones a la psicología del amor, II)”, en *Obras Completas*, 1º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1912, vol. XI, pp. 176-7.

¹⁷⁴ Ib.

significa que está presente bajo una máscara, pues no es a la madre a quien se dirige el sujeto sino a la mujer que la sucede, que ocupa su lugar. Aquí no hay, pues, deseo. Por otra parte, nos dice Freud, estos sujetos hallaran placer con prostitutas¹⁷⁵.

Lo que subyace bajo la máscara es la presencia del objeto.

Así, la máscara de quienes desean pero no aman y si aman no desean señala la problemática del deseo.

Sin embargo, no es suficiente con situar que la prostituta sea lo más opuesto a la madre, porque, como dijimos, por los fantasmas inconscientes, Lacan encontró que el hombre en el burdel busca en la prostituta el falo de los demás hombres. Esa manifestación en el hombre surge de la relación del deseo con el significante falo durante el desarrollo de la fase fálica.

En *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, leemos:

Lo que el sujeto va a buscar en la prostituta es el falo de todos los demás hombres, es el falo propiamente dicho, el falo anónimo. Hay ahí algo problemático bajo una forma enigmática, bajo una máscara, que vincula el deseo con un objeto privilegiado cuya importancia hemos conocido de sobra al seguir la fase fálica y los desfiladeros por los que ha de pasar la experiencia subjetiva para que el sujeto pueda alcanzar su deseo natural.¹⁷⁶

La máscara bajo la cual se articula el deseo en esta particularidad de la vida amorosa revela un obstáculo en la asunción de la posición sexual en el hombre. Esta dificultad concierne a la relación del sujeto con el falo ante la amenaza de castración. Por eso, conjeturamos que si el hombre en la máscara de la prostituta busca el falo de los demás hombres, el problema remite a ese momento del tránsito edípico donde el franqueamiento del encuentro con el deseo del Otro y “su provenir”,¹⁷⁷ depende de la ley transmitida por el personaje paterno. Ley que conduce al sujeto a rivalizar con el padre.

De ello resulta, que el objeto del deseo aparece quebrado en dos mitades inconciliables. Por un lado, el objeto sustitutivo en la mujer que sucede a la madre despojada de elemento del

¹⁷⁵ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, pp. 335-6

¹⁷⁶ Ib.

¹⁷⁷ Jacques Lacan: “La significación del falo”, en *Escritos 2*, 2º ed., Bs. As., Siglo Veintiuno Editores, 1958, p. 661.

deseo. Y por otro lado, el falo, elemento del deseo, que se presenta de un modo problemática con “su carácter de máscara”¹⁷⁸ y por tanto de significante.

Al tratarse del deseo inconsciente, en ese tipo de elección de objeto encontramos una repetición de ese momento de pasaje por el deseo del Otro que divide al sujeto. En la reedición de esa división sostiene, él, su deseo.

Además, en el varón la marca de lo fálico signa una particularidad, la que se manifiesta en la tendencia centrífuga de la pulsión a nivel genital en la vida amorosa. Por lo que, el hombre soporta menos la impotencia y por eso es más importante la represión del deseo.

En este sentido, la tendencia centrífuga de la pulsión en el hombre abre a otra problemática: la impostura

A propósito de la impostura, Lacan¹⁷⁹ en *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, la sitúa como una de las manifestaciones de las relaciones del hombre a la castración imaginaria o $(-\phi)$ y por eso una de las traducciones posibles del objeto *a*.

En el hombre la asunción de una posición viril requiere que el goce pase por la negativización del falo. Es decir, la falta que marca la función fálica en el campo del Otro, para poder hacer uso de él, el falo, en la copulación y por ello, el objeto *a*- causa- estará en el centro de su deseo.

En este sentido, la mujer será para él un objeto que deviene del objeto perdido, y de ese de ese modo interviene el Otro en la relación con el objeto *a* causa de deseo. Es decir, a través de la elección de objeto que lo refleja con respecto a su relación con la falta en el Otro.

En *El Seminario. Libro 10. La Angustia.*, leemos: “En el hombre, el objeto es la condición del deseo. El goce depende de esta cuestión. Ahora bien, el deseo, por su parte, no hace más que cubrir la angustia. Ven ustedes, pues, el margen que le queda por recorrer para estar al alcance de su goce”¹⁸⁰.

Dado que, en el hombre, el $(-\phi)$ está siempre vinculado al objeto causa de deseo, esa singularidad establece que su tendencia a la angustia sea ante no poder y se defiende mediante la impostura.

En este sentido, Lacan expresa: “Para ir más lejos con mis formulas, diré que en el reino del hombre siempre está presente algo de impostura”¹⁸¹.

Si con el deseo el hombre cubre la angustia, la impostura es el medio con el que vela la falta en el Otro y por ende el objeto *a* causa de deseo cubre de ese modo el retorno de su falta. Es decir, el encuentro de su propia castración, que al mismo tiempo funciona.

¹⁷⁸ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 336.

¹⁷⁹ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1962-1963, pp. 208-10.

¹⁸⁰ Op. cit., p. 208.

¹⁸¹ Ib.

Hemos dicho, al comienzo del escrito, que una de las dimensiones de la castración se traduce en la detumescencia, en la caída del órgano masculino y de ese modo señala que funciona la relación del $(-\phi)$ con el objeto a causa de deseo, y por ello hay reconocimiento en el sujeto de la falta en el Otro. Ello muestra que el falo es más significativo por su caída que por su presencia y distingue la dimensión del goce y el deseo, porque funciona como $(-\phi)$ a nivel del objeto a .

Ahora bien, si la angustia ante no poder hace que el hombre permanezca pendiente de su tumescencia, la impostura puede convertirse en una “impostura radical”¹⁸² que vela la angustia ante el no poder. Impostura radical que ejemplifica la posición del Don Juan, dado que se presenta para el fantasma de una mujer como aquel que lo tiene siempre, a quien “no le faltaría nada”¹⁸³.

En ese sentido, la impostura radical borra la relación con el objeto, dado que él se presenta como “el objeto absoluto”¹⁸⁴, pero al mismo tiempo de ese modo, borra la falta de objeto en el Otro.

A nuestro entender, la impostura demuestra, como lo hemos mencionado, que el hombre es más o menos su propia metáfora, dado que los títulos viriles traslucen que del falo solo habrá metáfora.

Ello manifiesta la necesidad de resituar la castración primordial.

Ahora bien, la relación del hombre con el resto $(-\phi)$ —que queda de la división del sujeto, puede articularse con la constitución del objeto causa de deseo de distintas maneras en el campo del Otro.

En *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, leemos: “El primer nudo del deseo macho con la castración solo puede producirse a partir del narcisismo secundario, o sea, en el momento en que a se separa, cae de $i(a)$, la imagen narcisista”¹⁸⁵.

La separación de la que deviene la constitución del objeto causa deseo, es efecto del corte que aísla ese vacío de la castración primordial y por eso, el $(-\phi)$ anima la función del deseo, dado que el falo nunca funciona mejor que cuando está ausente.

Lacan, en *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, ilustra este aislamiento con la metáfora de las dos vasijas. En efecto, leemos:

El, $-\phi$ es el vacío de la vasija, la misma que define al *Homo faber*. Mientras que la mujer es primordialmente una tejedora, el hombre es, sin duda, el alfarero. Incluso ya solo por este lado, en la especie humana, tiene fundamento a aquel

¹⁸² Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1962-1963, p. 209.

¹⁸³ Ib.

¹⁸⁴ Ib.

¹⁸⁵ Op. cit., p. 222.

estribillo-como nos dicen, el hilo es para la aguja como la chica para el muchacho. Referencia que pretende ser natural. No es tan natural. La mujer se presenta, sin duda, con la apariencia de la vasija, y evidentemente esto es lo que engaña al *partenaire*, al *Homo faber* en cuestión, el alfarero. Él se imagina que esta vasija puede contener el objeto de su deseo¹⁸⁶.

Así pues, el objeto *a* causa de deseo tiene valor si ha podido situarse en $(-\phi)$, en la vasija de la castración primordial. Por qué no hay deseo si no hay castración. Hay función de la castración y deseo cuando el órgano sexual funciona como metáfora del corte del objeto *a* y expresa lo que en el deseo va más allá de la apariencia.

Finalmente, la máscara bajo la cual yace el objeto refleja en la disociación de la vida amorosa en el hombre el problema de la castración en la asunción de la virilidad, porque remite a la búsqueda del falo de los demás hombres.

Mientras que la impostura presente en el hombre es una defensa a la angustia de no poder. Sin embargo, en el plano del deseo la impostura radical señala la necesidad de resituar la castración primordial.

Por tanto, solo situando la castración primordial en el Otro, en la mascarada de lo masculino el objeto *a* podrá funcionar más allá de la apariencia.

¹⁸⁶ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1962-1963, p. 221.

2.3 Entre el parecer ser y parecer tener



No hay otro enigma en los amantes que el de sus rostros desconocidos aludiendo quizá a la imposibilidad de saber quién es el otro.¹⁸⁷

*R. Magritte*¹⁸⁸

En este apartado nos proponemos iniciar el desarrollo por la relación del ser del sujeto con el falo. Por eso comenzaremos por la enseñanza de Lacan entre los años 1958 y 1959 para exponer la función del significante falo en la realización del sujeto y la irrealización de las relaciones que han de significarse entre los sexos.

Luego Lacan enseña que los sujetos sustituyen esa falta estructural, que funda el significante falo para significar el sexo, mediante el parecer. Esa sustitución se realiza porque hay dos posibilidades: ser o tener el falo. Por eso, desde la enseñanza de Lacan en *El Seminario. Libro 6. El Deseo y Su Interpretación*, desarrollaremos la asunción roles sexuales mediante el uso de la negación para situar el lugar donde se produce el deslizamiento concerniente al verbo ser.

Finalmente, expondremos los efectos del significante falo en el amor, la comedia y la copulación.

¹⁸⁷ N de a: © Biografías y Vidas, 2004-14. www.biografiasyvidas.com

¹⁸⁸ N de a: René Magritte Lessines, Bélgica, 1898 - Bruselas, 1967- Pintor belga. Durante un primer período la obra de Magritte estuvo fuertemente influida por la figura de De Chirico y por la atmósfera misteriosa de sus pinturas. Más tarde entró en contacto con la vanguardia parisina del momento, presidida por André Breton, y comenzó a desarrollar un surrealismo que iría evolucionando con los años hacia un estilo muy personal, cuyos símbolos giran con frecuencia alrededor de la relación entre el lenguaje y sus objetos. © Biografías y Vidas, 2004-14. www.biografiasyvidas.com

Antes que nada, es pertinente desarrollar la relación del ser del sujeto con el falo para introducir su función significante en la división de los sexos.

Lacan, en 1959, formula que el falo tiene relación con el ser del sujeto por su función significante, y ello designa dos posibilidades: ser o tener. En este sentido, la dialéctica del ser y del tener vale, tanto, para devenir hombre o mujer.

Así la función significante introduce una ambigüedad que es efecto de la ley y del lenguaje que constituye al sujeto. Porque el falo tiene relación con el ser del sujeto, pero al mismo tiempo, el sujeto no será el falo. En este sentido, los seres hablantes son designados como falo por el lenguaje, y a la vez, el discurso lo oculta por que opera la interdicción estructural del incesto.

En la clase del 10 de febrero de 1959 de *El Seminario. Libro 6. El Deseo y Su Interpretación*, leemos: “El ser no es el falo. Él es, porque es el significante bajo el cual el lenguaje lo designa. Y él no es, en tanto que el lenguaje—y justamente, la ley del lenguaje sobre otro plano—lo oculta. De hecho las cosas suceden ahí sobre el mismo plano”¹⁸⁹.

El falo, reiteramos, tiene relación con el ser del sujeto porque se trata del significante y al mismo tiempo el sujeto no es el falo, por eso encontramos esa ambigüedad que el lenguaje introduce al constituir al sujeto.

Por tanto el significante falo introduce un equívoco estructural que sucede “en el intervalo entre la “identificación significante, y esa repartición de roles”¹⁹⁰. Allí, se sitúa un malentendido en el que hallamos: por un lado, que el sujeto en su advenimiento se colocó en la posición de ser el significante “del deseo del Otro en el plano imaginario”¹⁹¹. Por otro lado, al funcionar la prohibición del incesto no significó la relación entre los sexos.

A ello, Lacan, también, lo precisa en “La significación del falo”:

Pero se puede, ateniéndose a la función del falo, señalar las estructuras a las que están sometidas las relaciones entre los sexos. Digamos que esas relaciones giraran alrededor de un ser y un tener que, por referirse a un significante, el falo, tiene el efecto contrariado de dar por una parte realidad al sujeto en ese significante, y por otra parte irrealizar las relaciones que han de significarse¹⁹².

¹⁸⁹ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 6. El Deseo y Su Interpretación*, s.l., 1959, p. 296.

¹⁹⁰ Ib.

¹⁹¹ Diana Rabinovich: *Lectura De “La Significación Del Falo”*, Ediciones Manantial SRL, 2009, p. 80.

¹⁹² Jacques Lacan: “La significación del falo”, en *Escritos 2*, 2ªed., Bs. As., Siglo Veintiuno Editores, 1958, p. 661.

Además, Lacan agrega que el significante falo organiza las relaciones entre el ser y el tener, pero “no será lo que se tiene o se es”¹⁹³. Por eso los seres hablantes suplen lo que el significante no realiza con el parecer.

En este sentido, en “La significación del falo”, leemos:

Es por la intervención de un parecer que se sustituye al tener, para protegerlo por un lado, para enmascarar la falta en el otro, y que tiene el efecto de proyectar en la comedia las manifestaciones ideales o típicas del comportamiento de cada uno de los sexos, hasta el límite del acto de la copulación¹⁹⁴.

Hay que destacar que los seres hablantes devienen hombres y mujeres porque no hay instinto que los designe desde el nacimiento. Por eso la salida posible será el parecer, en sustitución del tener, de “ningún ser”¹⁹⁵: el falo.

Respecto a la cita mencionada, que extraemos de Lacan, abre a nuevas articulaciones con respecto a la dimensión de parecer que desarrollaremos en la exposición: la función de la negación y por ende la castración, donde él no es, sin tenerlo y ella lo será, no siéndolo; el amor; la comedia y lo cómico en el acto de la copulación.

Por lo que se refiere la función de la negación, efecto de la castración, la situamos entre la identificación y la repartición de roles, al comienzo mencionado.

Lacan¹⁹⁶, en 1959, incorporó el uso de la negación para aprender la formula donde se introduce el deslizamiento concerniente al verbo ser. El momento decisivo “aquel alrededor del cual gira la castración, es ese: uno puede decir que él es y que él no es el falo, pero él no es sin tenerlo”¹⁹⁷.

En *El Seminario. Libro 6. El Deseo y Su Interpretación*, podemos leer:

Es en esta inflexión, “no ser sin”, es alrededor de esta asunción subjetiva que se inflexiona entre el ser y el tener, que juega la realidad de la castración. Es decir que es tanto que el falo, que el pene del sujeto, en una cierta experiencia, es algo que ha sido balanceado, que ha tomado cierta función de equivalente, o de patrón de medida en relación al objeto, que toma su valor central, y que, hasta cierto punto, se puede decir que es en proporción a cierto renunciamiento del sujeto en

¹⁹³ Diana Rabinovich: *Lectura De “La Significación del Falo”*, Ediciones Manantial SRL, 2009, p. 81.

¹⁹⁴ Jacques Lacan: “La significación del falo”, en *Escritos 2*, 2ªed., Bs. As., Siglo Veintiuno Editores, 1958, p. 661.

¹⁹⁵ Diana Rabinovich: *Lectura De “La Significación Del Falo”*, Ediciones Manantial SRL, 2009, p. 81.

¹⁹⁶ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 6. El Deseo y Su Interpretación*, s.l., 1959, pp. 296-7

¹⁹⁷ Ib.

relación al falo, que el sujeto entra en posesión de esta suerte de infinitud, de pluralidad, de totalización del mundo de los objetos que caracteriza al mundo del hombre.

La relación del sujeto femenino al falo, es de ser sin tenerlo. Y es a eso a lo que debe la trascendencia de su posición”¹⁹⁸.

La castración es esa inflexión que representa la negación: no ser sin.

Por tanto, el falo significativo designa roles en términos de parecer porque será por un lado, para proteger y por otro lado, para enmascarar. Así, la repartición sexual resulta del efecto de la castración por el uso de la negación en un movimiento de inflexión que afirma cuando niega.

A nuestro entender, entonces, la mascarada, nombrada aquí bajo el término parecer, es efecto de esa inflexión de la negación que señala la función de la castración. Es decir, asumirán una posición masculina, no sin tenerlo, o femenina, en la que lo es, sin tenerlo. Por tanto, lo será, no siéndolo.

En este sentido, la operación de la castración posibilita la asunción de roles sexuales, y ello es posible, siempre y cuando, haya cierta renuncia al falo. Porque hay renuncia al falo el sujeto cuenta con la posibilidad de entrar en el intercambio.

Lacan precisa la renuncia parcial al falo por la operación de la castración en *El Seminario. Libro 8. La Transferencia*:

Es entorno a esta asunción subjetiva entre ser y el tener donde interviene la realidad de la castración. Y el falo, escribía yo entonces, tiene una función de equivalente en la relación con el objeto. Si el sujeto entra en posesión de la pluralidad de objetos que caracterizan al mundo humano, lo hace en la proporción de cierta renuncia al falo¹⁹⁹.

En lo atinente a la renuncia parcial al falo, la ilustra, en primer lugar el velo o la cortina en el amor. En *El Seminario. Libro 4. La Relación de Objeto*, leemos:

El velo, la cortina delante de algo, permite igualmente la mejor ilustración de la situación fundamental del amor. Puede decirse incluso que al estar presente la cortina, lo que se encuentra más allá como falta tiende a realizarse como imagen. Sobre el velo se dibuja la imagen. Ésta y ninguna otra es la función de una

¹⁹⁸ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 6. El Deseo y Su Interpretación*, s.l., 1959, p. 297.

¹⁹⁹ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 8. La Transferencia*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1960-1961, p. 266.

cortina, cualquiera sea. La cortina cobra su valor, su ser y su consistencia, precisamente porque sobre ella se proyecta y se imagina la ausencia²⁰⁰.

Esa parte que el sujeto resigna, efecto de la castración, indica que el falo funciona más allá de la relación entre los sexos, y se refleja en la imagen del otro que funciona como velo.

Con el propósito de precisar en el amor el carácter de comedia, es pertinente, en este momento del desarrollo, hacer un paréntesis e introducir una distinción entre el significante falo y los ideales del sujeto.

En este sentido, el significante falo posee un carácter “universal”²⁰¹, es el “marcador significativo”²⁰² porque organiza y divide las relaciones entre los partener.

En cambio, los ideales²⁰³ están sujetos a lo que cada ser hablante haya podido significar como hombre o mujer, tanto en la demanda de amor, como en el acto de la copulación. Son ellos, los que se proyectan en el otro, y de ese modo, la relación entre los sexos se desarrolla asemejándose a la comedia.

A propósito de la comedia, señalemos como se presenta en el plano del amor.

La búsqueda de la imagen ideal proyectado sobre la cortina revela la dimensión de la comedia en el amor porque cada uno de los sujetos se dirigen hacia el otro buscando el falo. Ahora bien, esa búsqueda está sujeta a la decepción porque opera la castración.

Con respecto a la comedia, Lacan en 1958²⁰⁴ mencionó que en la historia antigua, la comedia vino a representar las relaciones del hombre con la mujer y completa la trilogía clásica de la tragedia. En el plano de la comunidad, la tragedia representa la relación del hombre con el significante pero lo deja atrapado en el destino de su fatalidad. Es decir, sujeto a la dimensión imaginaria del falo.

En cambio, la comedia, por más que en el seno de la familia lleve las huellas de la tragedia, se convierte en la posibilidad para el hombre de tomar una relación distinta con la palabra, respecto a la que había tomado en la dimensión trágica. En la comedia, el hombre, puede gozar de la relación con su propio significado que resulta de la ley del significante. Por eso es la castración la que le permite la condición de sujeto en el hombre que representa, porque eleva el falo al estado significativo como algo que puede dar o retirar y no se confunde con la

²⁰⁰ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 4. La Relación de Objeto*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1956-1957, p. 157.

²⁰¹ Diana Rabinovich: *Lectura De “La Significación Del Falo”*, Ediciones Manantial SRL, 2009, p. 50.

²⁰² Paul Laurent Assoun: *Lecciones psicoanalíticas sobre masculino y femenino*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Nueva Visión, 2005, p. 119.

²⁰³ N de a: a propósito de la distinción entre el significante falo y los ideales, la encontramos mencionada por Diana Rabinovich., en Diana Rabinovich: *Lectura De “La Significación Del Falo”*, Ediciones Manantial SRL, 2009.

²⁰⁴ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, pp. 269-72.

imagen. De ello resulta que la comedia hace aparecer en la escena las distintas funciones del ideal del yo vinculada con un simbolismo erótico.

Respecto de la comedia en *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, leemos: “La comedia asume, recoge, goza de la relación con un efecto fundamentalmente relacionado con el orden significante, a saber, la aparición de aquel significado llamado el falo.”²⁰⁵

La castración, entonces, transforma el falo en significante, y ello funda la imposibilidad del ser en la estructura. De ahí que el sujeto en la búsqueda del ideal tropieza con cierta dimensión de lo ridículo y la risa en el acto de copulación, efecto del deseo y la castración.

Podemos leer la diferencia entre el significante y el ideal en “La significación del falo”. En efecto, Lacan expone: “Estos ideales reciben su vigor de la demanda que tienen el poder de satisfacer, y que es siempre demanda de amor, con su complemento de reducción del deseo a la demanda”.²⁰⁶

Es decir, si la demanda de amor es lo que otorga fuerza al ideal, ya sea para proteger el tener por un lado y para enmascarar la falta en el Otro, parecer tenerlo y serlo lleva al sujeto a la decepción en la búsqueda del ideal. Ese desengaño en la búsqueda del punto ideal de ser hombre o mujer mediante el parecer, es la condición de posibilidad en la relación entre los sexos, porque funciona el deseo, en tanto falta, como límite al ideal del yo, y por ello el deseo no queda capturado, ni reducido a la demanda.

La función del deseo en la copulación y lo cómico representa una de las dimensiones de la castración que Lacan introduce en *El Seminario. Libro 10. La Angustia*. En ese momento de su enseñanza encontramos que el deseo en la copulación figura en la detumescencia que el falo funciona como $(-\phi)$, y por eso representa una de las dimensiones de la castración que funciona con la privación.

En *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, leemos:

Esta caída existe también en el orgasmo que se realiza normalmente. La detumescencia en la copulación merece nuestra atención porque pone de relieve una de las dimensiones de la castración. El hecho de que el falo sea más significativo en la vivencia humana por su posibilidad de ser un objeto caído que por su presencia- he aquí lo que designa la posibilidad del lugar de la castración en la historia del deseo. Es esencial ponerlo de relieve, porque de no distinguir estructuralmente el deseo de la dimensión del goce, y si no se plantea la cuestión

²⁰⁵ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 270.

²⁰⁶ Jacques Lacan: “La significación del falo”, en *Escritos 2*, 2°ed., Bs. As., Siglo Veintiuno Editores, 1958, p. 661.

de saber si hay para cada pareja una relación –y-cual entre el deseo, en particular el deseo del Otro, y el goce, todo el asunto está condenado a la oscuridad²⁰⁷.

La operación de la castración se presentifica en la tumescencia y la detumescencia, porque el falo funciona como $(-\phi)$ a nivel del objeto a causa de deseo. En este sentido, el objeto a separa el goce del deseo, y por eso, funciona como un real que resiste a la asimilación significativa y representa el objeto perdido. Dicho de otro modo, aquello que se pierde en toda significantización.

En este sentido, el $(-\phi)$ en la copulación tiene relación con la imagen de la pulsión oral, porque demuestra que el vínculo con el objeto en la relación fálica conlleva la privación. Así, el orgasmo es lo que en la detumescencia, ligada a la caída del objeto, representa la función de la castración porque viene a funcionar a nivel del a .

En este sentido, Lacan en *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, señala: (...) “Si el falo se presenta en la función de a con el signo menos, es porque funciona en la copulación humana, no solo como instrumento del deseo, sino también como su negativo”²⁰⁸.

Por tanto, aquí encontramos esa dimensión ilusoria del deseo que se dirige siempre a otra parte, a ese resto que ha quedado del sujeto constituido en el campo del Otro y que ningún falo podrá sustituir. Por la función del $(-\phi)$, la satisfacción en la copulación es siempre un falso final y una equivocación que sostiene la función del sujeto deseante en la relación erótica entre los sexos.

A ese falso final lo encontraremos articulado a la pulsión de muerte que irrumpe entre el deseo y la demanda, dado que la satisfacción señala un real que es como una pequeña muerte. Sin embargo, como la satisfacción es un falso final, ese real intrincado a la renovación de la vida por la existencia del amor podrá generar la dimensión de lo cómico al final del acto de la copulación.

Por lo que se refiere a lo cómico en el acto de amor, podemos situarlo en su efecto: la risa que señala el límite que el deseo y la castración le imponen a la demanda.

Lacan en *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, expone:

Lo que demandamos, ¿Qué es?, Es satisfacer una demanda que tiene relación con la muerte... (...) y la pulsión está íntimamente relacionada con la demanda de hacer el amor. Lo que demandamos es morir, incluso morir de risa-no sin razón indico siempre que el amor participa de lo que llamo un sentimiento cómico²⁰⁹.

²⁰⁷ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1962-1963, pp. 182-3.

²⁰⁸ Op. cit., p. 191.

²⁰⁹ Op. cit., p. 284.

En este sentido, Freud en 1905 se aproxima al estudio de lo cómico en “El chiste y su relación con lo inconsciente”. En esa extensa y rica investigación, encontramos que a diferencia del chiste, lo cómico “se descubre”²¹⁰ en las operaciones psíquicas y se produce como “un hallazgo no buscado”²¹¹ en el vínculo social.

En tanto “sustituto de lo perdido”²¹², lo cómico está ligado al placer y se lo discierne en el efecto de la risa. Es un mecanismo que al resultar de la diferencia de gasto de investidura ahorrado, entre el contraste de representaciones, vuelve susceptible de descarga a esa “diferencia de gasto que se juzga superfluo”²¹³ cuando no encuentra otro empleo.

A ello podemos leerlo en el “El chiste y su relación con lo inconsciente”:

Condición de la génesis de lo cómico es que nos veamos movidos a aplicar a la misma operación del representar, *simultáneamente o en rápida sucesión*, dos diversas maneras de representación entre las que sobrevive la “comparación” y surge como resultado la diferencia cómica. Tales diferencias de gasto surgen entre lo ajeno y lo propio, lo habitual y lo alterado, lo esperado y lo que sobrevive²¹⁴.

Por eso lo cómico cercano al humor, cuya localización reside en el preconscious, es un “recurso”²¹⁵ con el que cuenta el aparato anímico. Recurso para recuperar el placer que “solo se ha perdido por el propio desarrollo de esa actividad”²¹⁶.

En este sentido, podemos inferir en el final del orgasmo ese placer que solo se ha perdido por el propio desarrollo de su actividad y su efecto en la risa.

Así, en lo cómico reside el reposo posterior del orgasmo que recubre la angustia de castración. Lo cómico, entonces, señala que el falo como (-φ) es un medio universal en el campo de la conjunción sexual que mantiene la reunión del hombre y la mujer porque su punto de intersección es la exclusión de hallarlo entre los sexos.

Para finalizar es importante destacar que los seres hablantes significan su posición con respecto al sexo en términos de parecer hombre o mujer. En este sentido, la función de la negación instala una ambigüedad con respecto al ser, por que la asunción sexual implica cierta

²¹⁰ Sigmund Freud: “EL chiste y su relación con lo inconsciente”, en *Obras Completas* 2º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1905, p. 173.

²¹¹ Op. cit., p. 180.

²¹² Op. cit., p. 212.

²¹³ Op. cit., p. 206.

²¹⁴ Op. cit., p. 221.

²¹⁵ Op. cit., p. 216.

²¹⁶ Op. cit., p. 221.

renuncia al falo por efecto de la castración, y está representada en esa división que el significante falo designa: él no será sin tenerlo y ella lo será, no siéndolo.

Por la renuncia parcial al falo es posible la entrada del sujeto en el intercambio y ello se refleja en el otro que funciona como velo en el amor. Además, la tendencia de cada partener a la búsqueda del falo para responder a la demanda de amor lo acercara a lo ridículo casi una comedia al intentar cumplir el ideal de ser hombre o mujer. Ahora bien, en la comedia opera la castración y por ello, el deseo se impone como limite a la demanda.

El deseo causado por el objeto a , y el falo que funciona como $-\phi$ representan una de las dimensiones de la castración en la detumescencia al final de la copulación. De ese modo presentifica lo real pulsional velado en lo cómico y su efecto de risa en el amor.

Así la risa es un recurso con el que cuenta el sujeto para tramitar el límite que el deseo le impone a la demanda. Por tanto, en la dimensión cómica reconocemos ese real pulsional porque en su tendencia a la búsqueda de plena satisfacción opera la castración.

Inferimos, entonces, en el $(-\phi)$ que posibilita la relación entre los sexos porque funciona excluido, esa diferencia de gasto de investidura que resulta del contraste entre representaciones en la enseñanza de Freud, cuyo destino es lo cómico.

La mascarada en esa mujer: un caso clínico de Joan Rivière

3 La mascarada en esa mujer: un caso clínico de Joan Rivière

En suma, no tiene conciencia de ser personaje: en cuanto nunca, ni siquiera por un momento, se ha separado de su “papel”. No sabe que tiene un “papel”.

Luigi Pirandello. *Seis personajes en busca de un autor*. Losada.

En este capítulo, con el propósito de mostrar que la mascarada no siempre coincide con lo femenino, nos proponemos exponer en primer lugar, la introducción de Lacan del caso clínico publicado por J. Rivière²¹⁷, en *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*.

En este sentido, retomaremos la enseñanza de Lacan en 1958 para desarrollar: por un lado, su diferencia con respecto a la escuela inglesa, al introducir el falo significativo y por otro lado, el momento en que señala en los desarrollos de Freud la perspectiva estructural del complejo de castración.

En segundo lugar, nos vamos a remitir al texto “Ideas directivas para un congreso sobre la sexualidad femenina” y “El tabú de la virginidad”, para analizar los efectos de la operación de la defensa en la mascarada en el caso de referencia. Defensa que se exteriorizan en la inhibición sexual. Por tanto remitiremos ese fenómeno clínico a un suceso de su historia y nos preguntaremos, desde las conceptualizaciones de Lacan en 1962, si es atinente inferirlo como un pasaje al acto.

En tercer lugar, por lo desarrollado en *El Seminario. Libro 10. La Angustia* sobre la mascarada en este caso clínico, vamos a introducir el lugar del Otro en la vida amorosa y analizar en la mujer la relación respecto del goce y deseo. Así, en la mascarada desarrollaremos que en la mujer la tendencia a la angustia es ante el deseo del Otro, para desarrollar la relación entre la máscara y la angustia. Para ello, retomaremos los desarrollos de Lacan en *El Seminario. Libro 9. La Identificación*.

Luego, analizaremos la explicación de Lacan sobre la problemática del *Penisneid* hallada por Freud como tope de un análisis, con el propósito de investigar la función de la castración en la relación entre goce y deseo e interrogar la doble vertiente del goce en la mujer.

De este modo, mediante los conceptos de Lacan y su lectura sobre el caso clínico citado, analizaremos la castración en la relación del sujeto con el Otro. Por ello situaremos la importancia de la interpretación de la castración en la praxis analítica.

²¹⁷ Joan Rivière: “La femineidad como máscara”, en *LA FEMINEIDAD COMO MASCARA AA*. VV, 1º ed., Bs. As., ed. Tusquets, 1979.

3.1 Revisión conceptual de Lacan sobre la mascarada en esa mujer

Con respecto al caso clínico²¹⁸, publicado por Joan Riviére, reiteramos que la mascarada no siempre coincide con lo femenino. En este sentido, convergen las lecturas teóricas de Lacan, en 1958 y 1963, y el análisis de J. Riviére sobre la feminidad como máscara.

Por tanto, primero queremos anunciar que para ambos analistas se trata de una vía posible de acceso a la femineidad. Luego de presentar la fenomenología clínica de la paciente, vamos a exponer la interpretación que realiza por un lado Lacan y por otro J. Riviére.

Lacan introduce el caso clínico de referencia en *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, y expresa: “Se trata del análisis de un caso específico—no de la función de la feminidad en general—que J. Riviére sitúa con respecto a diversas ramas que son otras tantas vías posibles en el acceso a la feminidad”²¹⁹.

J. Riviére nombra con el término máscara, en la paciente, la dificultad en el advenimiento de la feminidad. Incluso la especificidad de la problemática, hizo que publique el caso.

En consecuencia, el caso fue expuesto por la analista inglesa a raíz de encontrar un tipo de sujeto que, a pesar del desarrollo heterosexual, presentaba rasgos marcados del sexo opuesto, resultado del conflicto edípico. Por ello, publicó el caso en “La femineidad como máscara”, y quiso demostrar que: (...) “las mujeres que aspiran a una cierta masculinidad pueden adoptar la máscara de la feminidad para alejar la angustia y evitar la venganza que temen de parte del hombres”²²⁰.

A propósito de la fenomenología clínica mencionada, responde el caso de una mujer de cincuenta años, de nacionalidad norteamericana, dedicada profesionalmente a una carrera de propagandista militante que la obligaba a escribir y hablar en público.

Se trata de una exitosa profesional que, en apariencias, mostraba perfección en las distintas escenas de su vida. Se sentía orgullosa de su accionar como ama de casa, y sus relaciones con el marido eran excelentes, tanto en el plano afectivo, como así también en las satisfacción obtenida en sus relaciones sexuales. Además poseía capacidad para adaptarse a la realidad y mantener buenas relaciones con su entorno.

Sin embargo, Lacan²²¹ interpreta que el análisis ha puesto de relieve que bajo la aparente satisfacción de la posición femenina yacía un trastorno en la sexualidad, contrario a lo

²¹⁸ N de a: en este capítulo quiero destacar los aportes de lectura del caso que me donó la Dra. Dora Gómez, directora de la presente tesis.

²¹⁹ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 262.

²²⁰ Joan Riviére: “La femineidad como máscara”, en *LA FEMINEIDAD COMO MASCARA A* A.VV, 1º ed., Bs. As., ed. Tusquets, 1979, p. 12.

²²¹ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 262.

que la experiencia había demostrado como reivindicación del pene. Antes bien, lo que estaba en la base del problema era lo que su analista llamó “supremacía sobre los personajes parentales”²²².

Lacan, en *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, señala: (...) “la fuente de la satisfacción que sostiene lo que aparentemente florece en esta libido feliz es la satisfacción oculta de una supremacía sobre los personajes parentales”²²³.

Ahora bien, la fuente de la aparente felicidad, es la misma que yace en la causa de su problema. Ese “nervio oculto”²²⁴ –la idea de superioridad parental– comienza a mostrarse primero a través de las relaciones con sus semejantes y luego perturba la relación con el marido, hasta acarrear, por un tiempo, la desaparición del desenlace del acto sexual.

A continuación, vamos a mostrar la manera en que se exterioriza el sufrimiento de la paciente en el lazo social.

Con respecto al plano profesional, irrumpían angustias, a veces intensas, con posterioridad a su exposición en público. A pesar de sus brillantes cualidades intelectuales, tras haber dado una conferencia, la asaltaba en el curso de la noche siguiente una intensa excitación y además temor por haber cometido algún error o torpeza.

Luego sentía la necesidad de que la reafirmaran, y ese estado la conducía a la búsqueda de algunos de los asistentes para que ratifiquen, mediante la afirmación, su reconocimiento y condición de igualdad con respecto a los hombres.

En este sentido, el análisis que llevó a cabo J. Riviére puso de manifiesto que poco caso hacía de esos juicios de valor, porque se trataba de un intento velado de seducción a hombres elegidos, que eran representantes de las figuras parentales.

La interpretación de su analista reveló que mediante las escenas de seducción intentaba despertar el interés sexual de los hombres, representantes de la figura paterna, para apaciguar el temor al castigo y la venganza por la sustracción del pene paterno.

Para J. Riviére “(...) el fin de su acto compulsivo no apuntaba simplemente a hacerse afirmar despertando en el hombre sentimientos afectuosos, sino que trataba sobre todo, adoptando la máscara de la inocencia, de asegurar su ingenuidad”²²⁵.

Asimismo, la paciente ha asociado esa imagen a fantasías en las que yace la idea de asumir funciones domésticas, mediante las que podría presentarse como una mujer atractiva y ofrecerse como objeto de amor. Ahora bien, ese disfraz estaba destinado a engañar al otro para que no descubriera elpreciado objeto quitado.

²²² Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 263.

²²³ Ib.

²²⁴ Ib.

²²⁵ Joan Riviére: “La femineidad como máscara”, en *LA FEMINEIDAD COMO MASCARA* AA.VV., 1º ed., Bs. As., ed. Tusquets, 1979, p. 15.

Además, la imagen de superioridad frente a las figuras parentales determinó una relación de rivalidad hacia mujeres bellas y con aspiraciones intelectuales. Sin embargo, pudo armar una relación excelente con sus súbditas, como así también disfrutar de su actitud servicial para ayudar a débiles y abandonadas. Eso sí, siempre a cambio buscaba el reconocimiento por parte de sus desamparadas.

En efecto, J. Riviére afirma: “La feminidad podía de este modo ser asumida y llevada como una máscara, a la vez para disimular la existencia de la masculinidad y evitar las represalias que temía si se llegaba a descubrir lo que estaba en su posesión (...)”²²⁶.

A propósito de la interpretación de la analista, Lacan propone una diferencia radical.

J. Riviére interpretó que la paciente llevaba la feminidad con la máscara para velar la sustracción del pene paterno. Lacan situó esas manifestaciones como consecuencias de la exhibición de la “sustracción del símbolo de su potencia”²²⁷.

Por tanto, en esos rasgos extravagantes que dominan las relaciones con las personas de uno y otro sexo, no se trata del pene, sino de la relación del sujeto con el falo en su carácter de potencia.

Por cierto, mediante esa especie de evasión y actitud modesta con respecto a la calidad de lo que había hecho, engañaba a quienes pudieran sentirse ofendidos frente a su agresión y goce por la posición de supremacía. Es decir, su potencia fálica. Superioridad que se estructuró a partir de la rivalidad con la madre y luego con el padre.

En este sentido, Lacan interpreta el caso mencionado en *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, del siguiente modo:

En efecto, cada vez que había demostrado su potencia fálica, se precipitaba en una serie de acciones, sea de seducción, sea incluso de procedimiento sacrificial, *hacerlo todo por los demás*, adoptando así en apariencia las formas más elevadas de la entrega femenina, como si dijera –*Pero vean ustedes, no lo tengo, el falo, soy mujer y pura mujer*. Se ponía una máscara especialmente en sus acciones profesionales con hombres—(...)”²²⁸.

En resumen, Lacan investigó el caso clínico publicado en “La femineidad como máscara” y coincidió con J. Riviére en que se trata de una de las vías posibles de acceso a la feminidad. Sin embargo, donde la analista inglesa subrayó la fantasía de sustracción del pene paterno, Lacan reveló que se trata del goce por la mostración de su potencia fálica.

²²⁶ Joan Riviére: “La femineidad como máscara”, en *LA FEMINEIDAD COMO MASCARA AA*. VV, 1º ed., Bs. As., ed. Tusquets, , 1º ed., Bs. As., ed. Tusquets, 1979, p. 15.

²²⁷ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 263.

²²⁸ *Ib.*

Hasta aquí hemos mostrado las convergencias y hemos situado el inicio de las divergencias de Lacan, en 1958²²⁹, con respecto a la interpretación del caso por parte J. Riviére.

Lacan en el mismo momento formuló, por un lado, su diferencia con respecto a la escuela inglesa, al concebir el falo como significante en la fase fálica. Por otro lado, analizó la imprecisión del uso del término *Penisneid* y señaló, en el retorno de la actividad fálica de la niña con respecto a la madre en las fantasías, la perspectiva estructural de la noción de complejo de castración presente en los fundamentos teóricos de Freud.

Ahora presentaremos brevemente la teoría con que J. Riviére fundamenta la interpretación de las vicisitudes con respecto a la asunción heterosexual, en el caso mencionado. Es pertinente aclarar que sus fundamentos se han basado en las lecturas del desarrollo libidinal propuesto por Melanie Klein.

En este sentido, la analista inglesa²³⁰ demuestra que la problemática de la asunción heterosexual en la paciente es una manifestación del complejo de castración y deviene de la fijación a la fase sádica oral del desarrollo libidinal. Por esto las reacciones con hombres y mujeres eran una reanimación de las relaciones de odio con los padres provenientes de la etapa sádica oral.

Con respecto a las conceptualizaciones de Melanie Klein, “(...) las frustración, durante la lactancia o el destete, asociadas a las experiencias vividas durante la niñez, interpretada en términos orales, originan un sadismo particularmente intenso con respecto a los dos padres”²³¹.

A causa de esa decepción, en las fantasías surge primero el deseo de morder el pezón. Luego, al trasladarse de registro, se manifiesta como deseo de destruir a la madre y vaciar los contenidos de su cuerpo que comprenden a los hijos, materias fecales y el pene paterno. Así, el deseo de morder el pezón es transferido al pene del padre y al deseo de castrarlo de un mordiscón.

Lacan²³² consideró que la dialéctica kleiniana desconoce el falo como significante de la falta y reduce la relación con el personaje materno a un lazo especular, ya que el cuerpo materno se comporta como un habitáculo de la proyección pulsional del niño.

En este sentido, se ha sustituido una lectura basada en las frustraciones de la relación con la madre por la dependencia primordial al deseo del Otro. No habría una proyección del niño hacia la madre, puesto que el exterior está dado de entrada por el significante que representa el deseo del Otro.

En *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, leemos:

²²⁹ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, pp. 282-6.

²³⁰ Joan Riviére: “La femineidad como máscara”, en *LA FEMINIDAD COMO MASCARA AA VV*, 1° ed., Bs. As., ed. Tusquets, 1979, p. 19.

²³¹ *Ib.*

²³² Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 279.

Aquí trato de enseñarles a sustituir la mecánica, la economía de las gratificaciones, de los cuidados, de las fijaciones, de las agresiones—que sigue siendo más o menos confusa en la teoría por ser siempre parcial—por la noción fundamental de la dependencia primordial del sujeto respecto al deseo del Otro. Lo que se ha estructurado en el sujeto pasa siempre por la mediación de aquel mecanismo por el cual su deseo ya está en sí mismo modelado por las condiciones de la demanda. He aquí qué se inscribe, a medida que se desarrolla la historia del sujeto, en su estructura—son las peripecias, los avatares, de la constitución de dicho deseo, en tanto está sometido a la ley del deseo del Otro. Esto hace del deseo más profundo del sujeto, el que permanece suspendido en el inconsciente, la suma, la integral, diríamos, de esa D mayúscula, el deseo del Otro²³³.

Pues bien, aquí se trata de atender a la alienación del deseo en la demanda y ello queda demostrado por tratarse de fantasmas.

De hecho, el deseo instalado en la cadena significante se constituye modelado por las condiciones de la demanda, en la relación primordial del niño con la madre. En esa dialéctica imaginaria ya está presente lo simbólico a través del significante padre, el que posibilita que un niño pueda o no ser demandado.

Por eso el temor a la represalia fantaseada hallado en el caso citado y localizado en la fase sádica oral, lejos de reducirse a la dimensión imaginaria, está sujeto a las condiciones que impone la ley del significante.

Entonces lo importante no son las frustraciones, sino el encuentro del sujeto con el deseo del Otro y lo significativo es que él reconozca, con respecto al deseo de la madre, qué hizo que se haya visto llevado a “convertirse o no en ser deseado”²³⁴.

Ser deseado es efecto del pasaje del sujeto por ese signo del deseo del Otro que es el falo. Ahora bien, dado que el deseo se instituye por la demanda y se inscribe en las leyes del significante, el deseo del sujeto queda separado por el símbolo fálico. Símbolo “que designa el significado en tanto que siempre es significado, alterado, incluso significado erradamente”²³⁵.

Por la función constituyente de “La significación del falo” puede introducirse el sujeto en la existencia y asumir una posición sexual. Por ello el deseo del sujeto se reconoce como deseo significado por lo que le falta, es decir, el falo. Dicho de otro modo, esa significación es efecto de la castración y podrá encontrarse en la imagen de sí mismo que refleja el yo (*moi*).

²³³ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 279.

²³⁴ Op. cit., p. 280.

²³⁵ Op. cit., p. 281.

Por lo que se refiere a la relación del deseo con el significante fálico y la castración en el sujeto, Lacan en *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, expone:

El hecho es que el deseo, sea cual sea, tiene en el sujeto esta referencia fálica. Es el deseo del sujeto, sin duda, pero en tanto que el propio sujeto ha recibido su significación de un signo con el que ha de sostener su poder de sujeto, y este signo sólo lo obtiene si se mutila de algo a cuenta de cuya falta irá todo el resto²³⁶.

Hasta aquí hemos presentado las diferencias teóricas de Lacan con respecto a los fundamentos conceptuales de J. Riviére, los que se basan en M. Klein.

Desarrollaremos a continuación la perspectiva estructural del complejo de Castración que Lacan señala en los desarrollos teóricos elaborados por Freud.

Lacan en 1958 extrae de la teoría de Freud la mención sobre la actividad sexual fálica en la niña con respecto a la madre, y en ella, deduce que en “la mujer y no sólo en el hombre el falo está en el centro”²³⁷. Por ello, interpreta en los desarrollos freudianos una situación paradójica que concierne a esa dimensión negativa del complejo de Edipo en la fase preedípica, por lo que habría identidad con el varón.

La paradoja mencionada por Lacan se puede situar en el texto de Freud “Sobre la sexualidad femenina”:

Tengo que declararme de acuerdo en los puntos esenciales con el importante trabajo de Jeanne Lampl-de Groot (1927), donde se discierne la plena identidad de la fase preedípica del varoncito y la niña, se sostiene la actividad sexual (fálica) de la niña hacia la madre, y se la prueba mediante observaciones. El extrañamiento respecto de la madre es reconducido al influjo del conocimiento de la castración, que obliga al niño a resignar el objeto sexual y, con él, a menudo, el onanismo; para el desarrollo en su conjunto se acuña la fórmula de que la niña atraviesa una fase del complejo de Edipo “negativo” antes que pueda ingresar en el positivo. Encuentro una insuficiencia de ese trabajo en el hecho de que presenta el extrañamiento de la madre como un mero cambio de vía del objeto, y no considera que se consuma bajo los más claros indicios de hostilidad²³⁸.

²³⁶ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, pp. 281-2.

²³⁷ Ib.

²³⁸ Sigmund Freud: “Sobre la sexualidad femenina”, en *Obras Completas*, 1º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1931, vol. XXI, p. 242.

Pues bien, la afirmación de Freud contiene una paradoja ya que la única forma en que la niña puede desear a la madre es creerse fálica y suponer fálica a la madre. De hecho, mediante el desarrollo libidinal que implica a las transformaciones pulsionales, se podría llegar a discernir que la niña llega a la fase fálica con la fantasía del falo, por la cual, se presenta en posición masculina con respecto a la madre.

Ahora bien, el camino hacia la feminidad la niña lo realiza pasando por la envidia del pene, y ello implica un trabajo más complejo. Complejidad que concierne a la decepción de recibir un hijo del padre-sustituto del pene- y culmina en la renuncia a la actividad fálica. De todos modos no hay nada que argumente esa articulación. Por ello Lacan en 1958 reconoce que en ese pasaje “hay algo fallido desde el comienzo”²³⁹ con respecto al reconocimiento de lo femenino.

Así y todo, Lacan²⁴⁰ señaló la ambigüedad de la envidia del pene en los distintos tiempos del Edipo en la niña y articuló la paradoja freudiana a las tres categorías en que se inscribe el objeto en su estatuto de falta: castración, frustración y privación. Por tanto lo paradójico reside en la decepción del fantasma fálico y el rodeo hacia la feminidad. En ello radica la correspondencia estructural del complejo de castración, entre la niña y el varón, vinculado a la privación.

Ahora trabajemos la ambigüedad del *Penisneid* en las tres categorías en que el objeto se inscribe en su estatuto de falta: privación, castración, frustración. En esta articulación podremos especificar la correspondencia estructural en el desarrollo de Freud

En primer lugar, hay *Penisneid* en el sentido del fantasma, en el anhelo conservado, a veces en el transcurso de la vida, de que el clítoris sea un pene. Si esta construcción pasó a primer plano muestra su carácter irreductible. Esa fase corresponde a la castración, en la medida que esta esperanza indica la amputación simbólica de un objeto en lo imaginario.

En segundo lugar, el *Penisneid* interviene, también, en el momento en que lo deseado es el pene del padre. Momento donde la niña se aferra a la realidad del pene paterno, ahí donde se encuentra y puede ir a buscarlo, pero está frustrada por la prohibición edípica, como así también fisiológica. Por eso se trata de un objeto real y la frustración es imaginaria.

En tercer lugar, el término *Penisneid* adquiere sentido simbólico, cuando en el registro imaginario se presenta el fantasma de tener un hijo del padre como sustituto del pene. En este registro el niño vale como símbolo del pene, por eso el objeto en juego es simbólico de aquello que la niña está frustrada, es decir, de una privación en lo real.

En este sentido, Lacan concluye:

²³⁹Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 283.

²⁴⁰ Op. cit., p. 284.

Sea cual sea su concepción, Freud está bien orientado cuando nos detalla la posición de la niña con respecto a su clítoris— en un momento dado, ha de renunciar a lo que conservaba al menos como una esperanza, a saber, que tarde o temprano se convertiría en algo tan importante como un pene. En este nivel es ciertamente donde se encuentra la correspondencia estructural de la castración, si recuerdan ustedes lo que consideré que debía articular cuando les hablé de la castración en el punto electivo donde se manifiesta, es decir, en el niño²⁴¹.

En definitiva, situar el valor significativo del falo en la actividad fálica de la niña con respecto a la madre, en el plano fantasmático, permitió reafirmar que es en lugar del Otro donde se instala la castración.

Así, el falo, que lejos está de ser el pene como lo interpreta J. Riviére, es el significativo de la falta que separa el deseo de la demanda, y por el que la mujer tiene que pasar para asumir el ideal femenino y proponerse como significativo en el ciclo de intercambios.

Por tanto, la enseñanza de Lacan se dirige al reconocimiento de la falta de falo y por ende de la castración.

3.1.1 La defensa en los efectos de mascarada

A propósito de la mascarada, queremos precisar su singularidad en la histeria y más aún en las perturbaciones de la vida sexual. Perturbación que Lacan, en “Ideas directivas para un congreso sobre la sexualidad femenina”, analizó en la frigidez. De manera que seguiremos su enseñanza para precisar ese fenómeno clínico en una viñeta del caso presentado en el apartado anterior.

La mascarada, en la histeria, se presenta como defensa frente al deseo del Otro. En ella, los efectos del significativo falo pueden exteriorizarse en las perturbaciones de la vida sexual y remiten a obstáculos que dificultaron el advenimiento de la feminidad. La dificultad reside en la relación de la mujer con el falo, dado que es una función significativa que simboliza y ordena la relación sexual en el campo del deseo.

A continuación repasemos la función del falo significativo, representante del deseo.

El campo del deseo, ocupado por la relación sexual, es significado por el retorno de la demanda que transformó la necesidad del sujeto, efecto de la ambigüedad del Otro que puso “en tela de juicio la prueba de amor demandada”²⁴². De ahí que en esa relación del sujeto con el Otro surge la hiancia que indica que no basta con que el sujeto, “lo mismo que el Otro para cada

²⁴¹ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, pp. 285-6.

²⁴² Jacques Lacan: “La significación del falo”, en *Escritos 2*, 2°ed., Bs. As., Siglo Veintiuno Editores, 1958, p. 659.

uno de los participantes de la relación²⁴³, sea objeto de amor, sino que es necesario que ocupe el lugar de causa de deseo.

Por tanto, del deseo deriva la verdad en la vida sexual y por ello refuta las explicaciones de las perturbaciones sexuales por medio de la madurez o virtud genital.

Por esto, Lacan²⁴⁴ en 1960 sitúa la posición clave del falo en el desarrollo libidinal que incide en la estructura del sujeto.

En este sentido, la frigidez en la mujer supone la estructura del inconsciente presente en la neurosis, que solo podrá movilizarse mediante un lazo trasferencial que ponga en juego la castración simbólica. Si la frigidez es un fenómeno clínico que requiere de la castración simbólica, quiere decir que la mascarada muestra que la defensa se establece frente al deseo del Otro. Lugar donde el sujeto se constituye en la alienación significativa que desnaturaliza la alteridad del sexo y al mismo tiempo instituye la prohibición del incesto.

Como consecuencia de la defensa frente al deseo del Otro, retorna la existencia del falo en la dimensión imaginaria, es decir, el falo deseado por la madre, que requiere de la operación que compete a la prohibición del padre real.

Por esto, en los efectos de la mascarada en la histeria inferimos que el hombre no es causa de deseo, sino solo un “relevo”²⁴⁵, es decir que vale para ella, en tanto puede sustituirse en él, y mediante él la mujer se convierte “en ese Otro para sí misma, como lo es para él”²⁴⁶. De manera que bajo esa permutación se defiende del encuentro con la castración en el Otro y por ello de su propia castración.

Lacan, en “Ideas directivas para un congreso sobre la sexualidad femenina”, expone: “Queremos decir que la defensa aquí se concibe en la dimensión de mascarada que la presencia del Otro libera en el papel sexual”²⁴⁷.

Los efectos de la defensa retornan en esa posición de la mujer que conocemos bajo la nominación de “*muchachas-falo*”²⁴⁸ para representar a ese “Otro absoluto”²⁴⁹ en la relación entre los sexos. Pues lo que yace detrás de ese velo, en la mujer, es un hombre castrado o muerto en tanto objeto de deseo, ya que no hay virilidad si no hay castración.

Así pues, conjeturamos esa posición de hombre castrado, en tanto objeto de deseo, que yace bajo la máscara en la paciente que analizó J. Riviére, dado que la potencia fálica reside en ella. Por esa razón inferimos que no renuncia al falo imaginario deseado en el Otro, y lo

²⁴³ Jacques Lacan: “La significación del falo”, en *Escritos 2*, 2ºed., Bs. As., Siglo Veintiuno Editores, 1958, p. 659.

²⁴⁴ Jacques Lacan: “Ideas directivas para un congreso sobre la sexualidad femenina”, en *Escritos 2*, 2ºed., Bs. As., Siglo Veintiuno Editores, 1958, p. 690.

²⁴⁵ Op. cit., p.695.

²⁴⁶ Ib.

²⁴⁷ Ib.

²⁴⁸ Ib.

²⁴⁹ Ib.

desciframos en el momento en que relata los temores fantasmáticos presentes en la vida sexual que reflejan su posición fálica y por ende masculina.

La mujer²⁵⁰, casada a los 29 años, estuvo preocupada por temas referidos a la desfloración. Se le han presentado temores a ser impotente al igual que los hombres, pero estaba decidida a obtener el goce y el orgasmo que sabía que muchas mujeres obtenían. Esas ideas provocaron angustia y por ello solicitó una intervención ginecológica para que “le hicieran una incisión en el himen antes de su boda”²⁵¹.

La analista interpretó que esas ideas representaron “en parte su decisión de superar ciertas figuras maternas frías, pero a un nivel más profundo, estaba decidida a no ser vencida por el hombre”²⁵².

Ahora bien, en ese caso clínico, dado que es necesario que opere la castración simbólica, podríamos interrogar si ese suceso de su historia nos estaría mostrando allí la castración en lo real y por ello la existencia de un pasaje al acto.

Si retomamos la conceptualización de Lacan²⁵³ sobre pasaje al acto en *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, inferimos que esos temores e ideas, que acontecen en la paciente, la conducen, en tanto sujeto, “en dirección a evadirse de la escena”²⁵⁴ y a precipitarse en un acto en el que queda borrada como sujeto. Esa anulación presentifica, en lo real del corte, al sujeto en el objeto *a*. El objeto *a* es lo que queda de la división del sujeto en su paso por el campo del Otro.

En otro orden de cosas, ese acto de desfloración ginecológica en la paciente, por un lado rememora la sexualidad de los primitivos frente a la doncellez de la muchacha. Sabemos por el “Tabú de la virginidad”²⁵⁵ que en las Filipinas había hombres cuya profesión era desflorar a la novia, en el caso de que su himen no hubiera sido destruido por una anciana en la infancia. O en las tribus esquimales que encargaban la desfloración de la novia a un anciano o sacerdote.

Por otro lado, demuestra la fijación al padre dado que, recordemos, en la operación en el himen subyacía la idea de no dejarse vencer por el varón y superar figuras maternas frías.

Por cierto la elección del marido devela la sustitución o no del padre deseado en la infancia y la capacidad de amor al padre trasladada al varón que lo secunda, que nunca será idéntica, depende de la fijación a esa moción psíquica.

En este sentido, las mociones pulsionales que participan en la frigidez muestran la fijación al padre y persisten como deseos infantiles, los que provienen de la fase masculina por

²⁵⁰ Joan Rivière: “La femineidad como máscara”, en *LA FEMINEIDAD COMO MASCARA AA. VV*, 1° ed., Bs. As., ed. Tusquets, 1° ed., Bs. As., ed. Tusquets, 1979, p. 16

²⁵¹ Ib.

²⁵² Ib.

²⁵³ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1962-1963, p. 128.

²⁵⁴ Op. cit., p. 129.

²⁵⁵ Sigmund Freud: “El tabú de la virginidad (Contribuciones a la psicología del amor, III)”, en *Obras Completas*, 1° ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1917-1918, vol. XI, pp. 191-2

la que atraviesa la niña. En aquel tiempo la hostilidad que despertó la envidia del pene subordinada al complejo de castración, más tarde se reactiva tras el coito de la mujer y produce efectos contrarios a la función y el papel femenino.

Sin embargo²⁵⁶, esa hostilidad no es más que el odio de la niña hacia la madre transferida al padre, que luego repite en su vida conyugal, convertida en una perturbación de la función sexual. Por esto, la frigidez es una defensa de esa moción hostil que desemboca en una perturbación de lo femenino.

En el caso que estamos trabajando, esta competencia con la madre que luego se traslada a la escena social y al final con el marido cuando comienza a padecer frigidez, no nos pone ante un aspecto de la mascarada que habla de la degradación de la vida amorosa²⁵⁷ como una de las salidas posibles de la histeria.

Diana Rabinovich, en *Lectura De “La Significación Del Falo”*, menciona que en la histeria hay modos de asumir las degradaciones de la vida amorosa distintas a las que se presentan bajo la forma de la madre y la prostituta.

Asimismo es pertinente interrogar si la inhibición sexual remitiría a un estado por el que atraviesa el sujeto en cuestión, que puede ser correlativo o no de una posición subjetiva con respecto a la elección de objeto de amor. También podríamos conjeturar que el deseo se articula de manera problemática momentáneamente en la vida conyugal, efecto de la hostilidad que deviene de la relación de la niña con la madre.

Si retomamos la lectura de Freud de 1917 y 1918, de las distintas modalidades de huida ante el comercio sexual, hallamos que tras el primer y los sucesivos encuentros sexuales la mujer a pesar de alcanzar la satisfacción en el coito, exterioriza una reacción contraria hacia el marido. Esas tendencias hostiles hacia el cónyuge persisten junto al amor y esa reacción resulta de las mismas mociones que prevalecen en la frigidez.

No obstante, en ese padecimiento psíquico las mociones contrarias se reúnen en un fenómeno inhibitorio.

En el “Tabú de la virginidad”, leemos: “En el caso patológico se desagrega, por así decir, en sus dos componentes eso mismo que en la frigidez, mucho más frecuente, se aúnan en un efecto inhibitorio (...)”²⁵⁸.

Hasta aquí conjeturo que podría tratarse en la paciente de J. Riviére de una perturbación en la vida sexual, efecto de la hostilidad dirigida a la madre y luego hacia el padre. Hostilidad

²⁵⁶ Sigmund Freud: “33ª conferencia. La feminidad”, en *Obras Completas*, 1º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1932-1936, vol. XXII, pp. 111-17.

²⁵⁷ N de a: pregunta compartida con Diana Rabinovich: *Lectura De “La Significación Del Falo”*, Ediciones Manantial SRL, 2009.

²⁵⁸ Sigmund Freud: “El tabú de la virginidad (Contribuciones a la psicología del amor, III)”, en *Obras Completas*, 1º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1917-1918, vol. XI, p. 197.

que retorna en esa rivalidad que exterioriza en el goce de su potencia fálica y se presenta en el momento en que traslada al plano sexual la idea de superioridad.

3.1.2 Mascarada, máscara y angustia

Lacan en 1963 retomó la castración simbólica vinculada al fenómeno de la falta que instauró lo simbólico y la investigó a través de la angustia, cuya única traducción subjetiva es el objeto *a*. Asimismo, el objeto *a* separa goce y deseo. Esta tríada opera de un modo singular en la mujer.

A propósito de la castración simbólica, queremos subrayar que lo simbólico señala el lugar de la falta, a partir de un símbolo que introduce previamente lo real. Sin embargo, no hay falta en lo real. Hay privación porque lo simbólico instituye la falta de pene en la mujer.

La falta es una función radical en la constitución del sujeto porque indica en el Otro el lugar donde surge el significante y al mismo tiempo un punto irreductible que no puede ser significado. El símbolo que la castración simbólica introduce sobre un objeto imaginario no suple la falta y ese “vicio de estructura”²⁵⁹ en el Otro es el objeto *a*.

Por tanto, de la relación del sujeto con la falta situada en el Otro depende su vínculo con respecto al goce y al deseo. Por eso, situemos el lugar del Otro en la mencionada relación presente en la vida amorosa.

Por cierto, el goce es independiente de la articulación del deseo a su objeto y por eso las perturbaciones de la vida amorosa dependen de los modos de intervención del Otro en el sujeto.

En este sentido, Lacan, en *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, precisa el lugar del Otro en la vida amorosa de la siguiente manera:

El deseo, en efecto, se constituye más acá de la zona que separa goce y deseo, y que constituye la falla donde se produce la angustia. Esto no significa que el deseo no concierna al Otro implicado en el goce, que es el Otro real. Es normativo, diría, que el deseo, la ley que constituye el deseo como deseo, no llegue a concernir a este Otro en su centro. Sólo lo concierne excéntricamente y de un modo lateral— a minúscula, sustituto de A mayúscula. O sea, todos los *Erniedrigungen*, las degradaciones de la vida amorosa indicadas, puntuadas por Freud, son los efectos de esta estructura fundamental, que es irreductible. Ahí está la hiancia que no pretendemos enmascarar, si, por otra parte, pensamos que el

²⁵⁹ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1962-1963, p. 149.

complejo de castración y *Penisneid*, que en ellas florecen, no son en sí mismos los últimos términos para designarla²⁶⁰.

El deseo concierne al Otro implicado en el goce, pero lo normativo en la constitución del deseo es que el Otro no esté en el centro de la relación amorosa del sujeto, puesto que de ello depende la degradación de la vida amorosa.

Con el propósito de mostrar el lugar del Otro en las perturbaciones de la vida amorosa, recordemos el caso clínico que hemos comenzado a trabajar. Hemos expuesto, al comienzo del capítulo, que la mujer analizada por J.Riviére gozaba con el uso de su potencia fálica y ello había perturbado su vida sexual.

Por el contrario de lo que expresa la cita con respecto al lugar del Otro, donde tiene que situarse la ley, su padecimiento que se exterioriza en parte en la frigidez concierne directamente al Otro en su vida amorosa. Ya que, recordemos, mediante el orgasmo trataba de superar las figuras maternas frías y no dejarse vencer por el hombre.

A nuestro entender el caso muestra la dependencia de la mujer al deseo del Otro, sin poder reconocer en él la falta.

Ahora bien, también hallamos en Lacan²⁶¹ que esa dependencia es estructural en la mujer porque la castración imaginaria, el $(-\phi)$ que designa la función fálica, no es un nudo necesario para ella. De entrada se enfrenta al deseo del Otro y constituye su objeto de deseo porque es el del Otro.

Así, en la mujer el objeto fálico desempeña un papel en segundo grado, ya que le interesa porque es el deseo del Otro y la presencia del objeto esta por añadidura. Esa particularidad le permite a la mujer por un lado estar abierta a posibilidades indeterminadas con el deseo. Como por ejemplo lo muestra la histérica que se tienta tentando al Otro. Es decir, es el deseo del Otro lo que le interesa. Por otro lado, esa ligazón de la mujer con el deseo la sitúa en otra relación con respecto al goce, ya que el goce con un objeto está sujeto a la dependencia del Otro.

Por ello su deseo no está vinculado al objeto causa de deseo como en el hombre y para ella la detumescencia no es lo más importante, ya que soporta la impotencia del hombre.

En fin, la dependencia del deseo de la mujer al deseo del Otro para gozar con el objeto nos introduce a otra problemática: su relación con la angustia.

Hallamos, entonces, una relación entre mascarada y angustia en el momento en que Lacan retoma el caso mencionado.

Leemos en la siguiente cita de *El Seminario. Libro 10. La Angustia*:

²⁶⁰ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1962-1963, p. 199.

²⁶¹ Op. cit., pp. 206-8.

Para la mujer, el deseo del Otro es el medio para que su goce tenga un objeto, si puedo expresarme así, conveniente. Su angustia no es sino ante el deseo del Otro, del que ella no sabe bien, a fin de cuentas que cubre. Para ir más lejos con mis formulas, diré que en el reino del hombre siempre está presente algo de la impostura. En el de la mujer, si hay algo que corresponda a esto, es la mascarada, como ya dijimos en su momento en referencia a un artículo de J. Riviére, pero es completamente distinto²⁶².

Así, hay un parentesco entre la mascarada que asume la paciente de la analista inglesa y ese algo de impostura presente en el hombre. Desciframos que se trata del uso del símbolo fálico. Asimismo, hay diferencias, porque mientras que para el hombre, como lo hemos visto en otro capítulo²⁶³, el temor es no poder, para ella se trata, como lo desarrollaremos más adelante, de hacerse cargo con los atributos fálicos del fracaso del Otro.

En resumen, hallamos aquí la mascarada de la angustia.

A propósito de la mascarada, lo hemos mencionado, la angustia lo es ante el deseo del Otro. Por tanto: ¿de qué manera podríamos situar, entonces, la angustia ante el deseo del Otro en la mascarada?

Lacan nos aproxima con la metáfora de la mantis religiosa que introduce en *El Seminario. Libro 8. La Transferencia*, luego retoma el desarrollo en *El Seminario. Libro 9. La Identificación* y continúa en *El Seminario. Libro 10. La Angustia*. Solo retomamos, en este momento, los últimos dos seminarios mencionados.

Lacan en *El Seminario. Libro 9. La Identificación* con la máscara presenta el momento introductivo de la angustia.

Respecto de la angustia en la mascarada, reiteramos, surge ante el deseo del Otro en el momento en que el sujeto no reconoce su propia máscara en el espejo del Otro. En ese momento el sujeto se siente interrogado por el deseo y por ello la presencia del deseo del Otro es un momento introductivo de la angustia. Así la angustia “es la sensación del deseo del Otro”²⁶⁴.

Es más, en el momento en que el sujeto se imagina solo observando su imagen frente al ojo facetado de la mantis religiosa, dado que él mismo no reconoce la máscara que lleva puesta, supone en el animal algún error sobre la identidad de su persona.

Cabe aclarar que aquí se trata del Otro y por ello Lacan propone ir más allá de la representación de la imagen de la mantis religiosa. Ya que se trata de la posibilidad de la

²⁶² Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1962-1963, p. 208.

²⁶³ N de a: A propósito de la angustia del hombre ante no poder, lo hemos desarrollado en el capítulo: La mascarada de lo masculino.

²⁶⁴ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 9. La Identificación*, s.l., 1961-1962, p. 215.

aprehensión pura del deseo del Otro cuando el sujeto desconoce sus insignias. En ese momento, el deseo se presenta bajo la demanda y el sujeto formula la pregunta por el objeto del deseo del Otro”²⁶⁵. Luego, Lacan en *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, vincula la angustia ante el deseo del Otro con el campo escópico y el enigma por el deseo se presenta bajo la pregunta: “no sé qué objeto soy para el deseo del Otro”²⁶⁶.

En ese instante el sujeto siente sensaciones que constituyen la sustancia de la angustia, de esa opresión indecible por la que puede aparecer el deseo del Otro. Ese deseo está incluido primero en la demanda del Otro y lo que es angustiante es la incógnita que oculta la demanda. Lo que allí se oculta es un médium entre demanda y deseo: “el falo”²⁶⁷.

Por ese motivo la emergencia de la angustia es una señal que se enciende en el yo cuerpo e interroga al deseo del sujeto. Dicho de otro modo, al sujeto deseante. Puesto que es una advertencia del deseo del sujeto que concierne a la pérdida del propio ser, hay que destacar que concierne al ser en cuanto perdido, pero “para que el Otro se encuentre en ella. Esto es la angustia”²⁶⁸.

Por eso no se trata de que el Otro reconozca o desconozca la máscara bajo la cual se presenta el sujeto, porque el deseo del Otro, así lo leemos: “(...) cuestiona, me interroga en la raíz misma de mi propio deseo como *a*, como causa de dicho deseo, y no como objeto”²⁶⁹.

A propósito de la angustia mencionemos una distinción entre Freud y Lacan. Para Freud²⁷⁰ la angustia señal indica el peligro interno de castración o pérdida del objeto. En Lacan²⁷¹ es señal de la presencia del objeto y por ello del momento “anterior a la cesión del objeto *a*”²⁷². De ahí que al final de *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, Lacan vincula la angustia ante el deseo del Otro con el objeto mirada.

En este sentido, recordemos las escenas donde esa mujer se dirigía a los hombres, que sustituían figuras paternas, buscando la reafirmación de su exposición en público por temor de haber cometido una torpeza. Sin embargo, esa búsqueda velaba un intento de seducción porque la asaltaban fantasías de haber sustraído el falo. Pero esas escenas eran consecuencia de la irrupción de la angustia procesada como temor al castigo y la venganza.

²⁶⁵ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 9. La Identificación*, s.l., 1961-1962, p. 215.

²⁶⁶ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1962-1963, p. 352.

²⁶⁷ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 9. La Identificación*, s.l., 1961-1962, p. 215.

²⁶⁸ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1962-1963, p. 167.

²⁶⁹ Ib.

²⁷⁰ Sigmund Freud: “Inhibición, síntoma y angustia”, en *Obras Completas*, 1° ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1925-1926, vol. XX, p. 132.

²⁷¹ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1962-1963, p. 132.

²⁷² Op. cit., p. 351.

En términos freudianos, el procesamiento de la angustia en temor al castigo y la venganza no es más que angustia ante “la pérdida de amor”²⁷³ del súper yo. Amor paterno infantil que en el transcurso del desarrollo se vuelve impersonal y se traslada a la escena social. De manera que la angustia remite a la pérdida del objeto, que en definitiva es de separación y por tanto de castración. En la mujer la angustia remite al amor²⁷⁴.

Por cierto, Lacan, hacia el final de *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, expuso que por tratarse de la angustia ante el deseo del Otro concierne al objeto *a* que funciona a nivel de la dimensión escópica en el sujeto.

En el campo escópico lo que vincula al sujeto con el Otro humano es la cualidad del semejante, y de ello resulta un resto, *a*. Resto que remite a no saber qué objeto angustiante se es para el Otro. El objeto resulta desconocido porque es el lugar donde el deseo está más alienado y el objeto *a* enmascarado. Por eso cuando el objeto *a* esta subsumido en el Ideal, el sujeto está protegido de la angustia.

A nivel de la dimensión escópica, el resto que vincula al sujeto con el Otro es irreductible a la simbolización en ese lugar. Pero depende de ese Otro porque a ese resto se arraiga el deseo y por eso el sujeto tiene que reconocerlo en el Otro. Ya que “el sujeto es ese objeto cesible, que lo hace deseante y deseante de una falta. Falta que no es del sujeto, sino una falta hecha al goce que se sitúa en el Otro”²⁷⁵.

Por ello la angustia que retorna en el sujeto al mismo tiempo indica que se dirige al reconocimiento de la falta en el Otro.

Por el contrario, tal como lo hemos leído en la cita mencionada al comienzo, con la mascarada la paciente de J. Riviére no sabe bien qué cubre ante ese momento introductorio que es la angustia ante la sensación del deseo del Otro. Momento en que ella no reconoce su propia máscara ante las insignias del Otro y sale a la búsqueda de reafirmación mediante las escenas de seducción. Escenas que, al mismo tiempo, demuestran que bajo la imagen de mujer ingenua podría mostrarse atractiva en tanto objeto de amor.

Por consiguiente, el procesamiento de la angustia que se desprende de las fantasías demuestra la existencia del falo en el plano imaginario y el retroceso ante la advertencia de la castración.

A nuestro entender este momento en que vacila la dimensión imaginaria en el sujeto y se detiene ante la castración del Otro, Lacan lo ilustra en las primeras clases de *El Seminario. Libro 10 La Angustia*:

²⁷³Sigmund Freud: “Inhibición, síntoma y angustia”, en *Obras Completas*, 1° ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1925-1926, vol. XX, p. 132.

²⁷⁴N de a: a propósito de la angustia vinculada al amor en la mujer, se encuentra desarrollado por Paul-Laurent Assoun: *Lecciones psicoanalíticas sobre la angustia*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Nueva Visión, 2003, pp. 103-10.

²⁷⁵Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1962-1963, p. 358.

“En efecto, la forma de la castración en su estructura imaginaria, ya está dada aquí, en $(-\phi)$, en el nivel de la fractura imaginaria que se produce ante la imagen libidinal del semejante, en un momento de cierto dramatismo imaginario. De ahí la importancia de los accidentes de la *escena* que por esta razón se llama traumática”²⁷⁶.

Por tanto, la fractura imaginaria se produce en momentos en que la angustia señala el encuentro con la pregunta, antes mencionada, “qué soy para el Otro”. Pregunta que deviene cuando el objeto “no falta”²⁷⁷ y anuncia la inminencia de la demanda que colma el vacío donde tiene que funcionar el $(-\phi)$.

Frente a la advertencia de esa demanda el neurótico no se detiene ante su castración y traslada de esa manera el objeto *a* a la demanda del Otro. Por eso, en *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, leemos: “Hace de su castración algo positivo, a saber, la garantía de la función del Otro, ese Otro que se le escapa en la remisión indefinida de significaciones, ese Otro donde el sujeto no se ve sino como destino (...)”²⁷⁸.

Haciendo de su castración lo que al Otro le falta, el neurótico lo instituye como garante en la búsqueda de un goce por medio de un significante. Sin embargo ese significante falta. “En este lugar faltante, el sujeto está llamado a hacer su aportación mediante un signo, el de su propia castración”²⁷⁹.

En definitiva, Lacan, al comienzo del seminario citado, formula que se puede ir más allá de la angustia de castración y ello concierne, como lo hemos mencionado antes, al reconocimiento de la falta en el Otro. Porque el tope de la angustia de castración puede ser al mismo tiempo deseo de castración, ya que este tope señala que ahí está suspendido el deseo. Deseo cuya amenaza tendrá que ser reconocida en el Otro.

3.1.3 Mascarada y castración

Antes que nada recordemos que en el apartado anterior dijimos que se puede ir más allá del tope que Freud señala como lo interminable del análisis. Por tanto ¿qué quiere decir que ese *impasse* que Lacan señala en el fin de análisis puede superarse?

Recordemos que para la mujer el falo está en el centro y es un pasaje necesario en la asunción de una posición sexual. Porque es lo que ella “*no tiene* lo que constituye el principio

²⁷⁶ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1962-1963, p. 56.

²⁷⁷ Op. cit., p. 64.

²⁷⁸ Op. cit., p. 56.

²⁷⁹ Ib.

del objeto de su deseo”²⁸⁰ que depende de la demanda del Otro. En ese pasaje accede a la falta y constituye el objeto *a* causa de deseo.

Por ese motivo no se trata del *Penisneid* como roca base de la castración, dado que el pasaje por el deseo del Otro y la constitución del objeto *a* como falta en el Otro es una dimensión estructural. Es decir, es el precio de la castración en la estructura.

En este sentido, Lacan expresa:

Nos machacan bastante los oídos con la historia del *Penisneid*. Aquí es donde considero necesario acentuar la diferencia.

Por supuesto, para ella también hay constitución del objeto *a* del deseo. Resulta que las mujeres hablan. Habrá quien lo lamente, pero es un hecho. Ella, por lo tanto, también quiere el objeto, e incluso un objeto tal como el que ella no tiene. Esto es ciertamente lo que Freud nos explicó, su reivindicación del pene seguirá vinculada hasta el final a la relación con la madre, o sea, con la demanda. En la mujer, el objeto *a* se constituye en dependencia respecto a la demanda. Ella sabe muy bien que en el Edipo no se trata de ser más fuerte, más deseable, que la madre –porque enseguida se da cuenta de que el tiempo está de su lado–, sino de tener el objeto. La profunda insatisfacción que está en juego en la estructura del deseo es, si puedo expresarme así, precastrativa. Si resulta que ella se interesa propiamente en la castración ($-\phi$), es en la medida en que entra en los problemas del hombre. Es secundario. Es deuterio – fálica, como lo articuló Jones con mucha pertinencia²⁸¹.

En suma, el *Penisneid* no es la roca base de la castración porque ello conduciría a la mujer histérica a sostenerse en la insatisfacción.

Hemos situado, entonces, que el *Penisneid* conduce a la mujer a la insatisfacción y por ello, ahora haremos un recorrido por la función de la castración entre el goce y el deseo.

Respecto a la castración, opera en el corte de objetos caducos que representan el objeto *a* y en esa operación de cesión, el falo funciona en los distintos momentos de la estructuración del sujeto. En este sentido, los objetos caducos son presentados por Freud, en 1920, en el pezón, las heces, el pene, y figuran el objeto perdido, a los que Lacan agregó la mirada y la voz.

Por eso los objetos que representan el objeto perdido en los distintos niveles de la experiencia corporal, donde se produce el corte, se convierten en el soporte de la función de la

²⁸⁰ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, p. 219.

²⁸¹ Op. cit., pp. 218-9.

causa. De ello resulta que las partes del cuerpo adquieren una función metafórica. Fundamentalmente el órgano sexual masculino.

En este sentido, el falo imaginario funciona como mediación en los distintos niveles de la relación del sujeto con el objeto *a*, menos en la fase fálica. Por eso recibe la notación de $(-\phi)$, o falo negativizado y ahí radica el principio de la angustia de castración.

Resulta curioso que Lacan en 1963²⁸² se pregunte, en primer lugar, por el vínculo entre la angustia y la castración, ya que la castración funciona en el corte de objetos que tienen la cualidad de amboceptor. En segundo lugar, por la relación entre la angustia y el orgasmo en la mujer, dado que el deseo se relaciona con la ausencia de *a* bajo la forma del $(-\phi)$ en ella.

Por lo que se refiere al logro del orgasmo, es efecto de la operación del complejo de castración y por ello cubre la angustia con la presencia del amor. Sin embargo, el complejo de castración puede convertirse en un drama si el cuestionamiento del deseo pone toda su confianza en la consumación del ideal genital. Al fin y al cabo el complejo de castración es clave y al mismo tiempo puede ser un drama.

Si atendemos a la vertiente dramática del complejo de castración, es pertinente interrogar en la mujer la relación del goce con el deseo en las perturbaciones de la vida amorosa.

El deseo en la mujer se encuentra implicado con el goce de un modo diferente al del hombre. Diferencia que radica en que del goce ella está más cerca y “doblemente gobernada”²⁸³, porque el lugar de ese goce está vinculado al carácter enigmático del orgasmo. Por esa razón, que el deseo se sitúe en lo orgánico designa el deseo de la histérica.

También es cierto que considerar a estos sujetos como histéricos no resuelve el problema interrogado, porque “el deseo así situado está en lo verdadero, en lo verdadero orgánico”²⁸⁴.

Por consiguiente, aquí se abre otro interrogante que remite a preguntarnos por el doble gobierno del goce, ya que el lugar del goce en la mujer es el mismo en que puede ubicarse o no el deseo. Cabe recordar que Lacan mencionó que la vagina se erogeiniza como cualquier mecanismo histérico, siempre y cuando opere el vacío del deseo, y por ello es importante abandonar el ideal de culminación genital.

Antes bien, que el lugar del goce confluya con el deseo depende de la función del Otro en la relación de la mujer con el objeto *a*.

A nuestro entender, la función del objeto *a* hace del lugar del goce consecución del deseo, gozar del deseo, porque la castración se presentifica en la culminación del orgasmo.

²⁸² Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1962-1963., p. 280.

²⁸³ Op. cit., p. 286.

²⁸⁴ Ib.

Dado que el goce entre el hombre y la mujer no se conjugan orgánicamente, cuando el deseo del hombre fracasa, la mujer se ve llevada a la idea de tener el órgano amboceptor. Dicho de otro modo, el falo.

Aquí encontramos la otra dimensión del gobierno del goce, porque si el falo no se realiza en su evanescencia el encuentro de deseos se convierte en un lugar de angustia.

Entonces, el lugar de goce es a puro goce, porque el deseo no se encuentra en el lugar, en lo orgánico, ya que “la mujer toma el falo por lo que no es, su pequeño *fi* o el objeto *a*”²⁸⁵. Es decir, lo que le interesa es el falo, más que el placer de la satisfacción sexual. Dicho de otro modo, repositivizar el (-φ) que por la privación en el Otro, falta.

Retomando el caso que venimos trabajando, la paciente había trasladado la hostilidad dirigida a las figuras parentales hacia la escena social y luego se volvió frígida. Esa forma de impotencia psíquica demuestra que con el logro del orgasmo intentaba recuperar algo perdido.

En “La femineidad como máscara”, leemos:

En efecto, los placeres sexuales fueron intensos y frecuentes y terminaban con un orgasmo completo: pero terminó por descubrir que la gratificación obtenida tenía el carácter de una reafirmación y de restitución de algo perdido, y no simplemente un puro goce. El amor del hombre le devolvía la autoestima. En el curso del análisis cuando los impulsos hostiles y castradores respecto de su marido comenzaban a evidenciarse, el deseo de tener relaciones se debilita más y más y hasta se volvió en varias ocasiones relativamente frías durante cierto tiempo²⁸⁶.

Ahora bien, también sabemos que ante la falta estructural, el amor vela la angustia cuando funciona la castración. Por tanto, en el caso clínico citado, la hostilidad es efecto de la dependencia a la demanda del Otro, en tanto lugar de constitución del objeto causa de deseo. En ese camino, la mujer encontraba su goce y al trasladarlo hacia la vía de la realización genital retornó como inhibición de su sexualidad o, como lo nombró Lacan, aberración de su propio goce. Goce de la potencia fálica que la deja como garante de la demanda del Otro.

Con respecto al goce en la mascarada, Lacan, en *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, expone:

²⁸⁵ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1962-1963, p.290

²⁸⁶ Joan Rivière: “La femineidad como máscara” en *LA FEMINEIDAD COMO MASCARA AA. VV*, 1° ed., Bs. As., ed. Tusquets, 1979, p. 16.

Es lo que ya en otro tiempo creí que debía poner de relieve—les ruego que se remitan a mis Seminarios antiguos—al subrayar, siguiendo a J. Riviére, la función propia de lo que ella llama la mascarada femenina. Simplemente, allí la mujer debe tener en poco su goce. Si de algún modo la dejamos en este camino, decretamos el relanzamiento de esta reivindicación fálica, que se convierte, yo no diría en desagravio, sino en rehén de lo que se le demanda, en suma, que tome a su cargo el fracaso del Otro²⁸⁷.

Así pues, en la mascarada del caso clínico expuesto por J. Riviére encontramos ilustrada esa problemática del deseo en el momento anterior al análisis. El modo en que la mujer intentaba superar el *Penisneid*, sin análisis era mostrándose como teniendo el falo que sabe que no tiene, pero reivindicando tenerlo en la dimensión imaginaria. La reivindicación no es más que la trasferencia de la demanda del Otro a la escena social y a la intimidad.

En este sentido, Lacan halló esa demanda en el fin de análisis propuesto por Freud y en ella descifra que detenida en esa roca, la mujer le ofrece al hombre el objeto que ella reivindica para sostener su deseo.

En efecto, en *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, leemos:

Lo que la mujer le demanda al analista al final de un análisis conducido según Freud es, sin duda, un pene, *Penisneid*, pero para hacerlo mejor que el hombre. Hay algo, hay muchas cosas que confirman todo esto. Sin el análisis, ¿de qué modo puede la mujer superar su *Penisneid*, si lo suponemos siempre implícito? Lo conocemos muy bien, es la forma más ordinaria de la seducción entre los sexos — es ofrecer al deseo del hombre el objeto de reivindicación fálica, que se convierte, yo no diría en desagravio, es ofrecer al deseo del hombre el objeto de la reivindicación fálica, el objeto no detumesciente para sostener su deseo, o sea, hacer de sus atributos femeninos los signos de omnipotencia del hombre²⁸⁸.

En este caso clínico, la función de la mascarada se presenta como un modo de superación del *Penisneid* sin análisis, haciendo de los atributos femeninos los signos de omnipotencia del Otro. A causa de ello, relanzarla por ese camino es inducirla a ese callejón sin salida del deseo que encontramos en la finitud del análisis interminable: la relación del sujeto con el falo.

²⁸⁷ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1962-1963, p. 287

²⁸⁸ Ib.

En este sentido, el neurótico queda detenido en ese punto de falta de significante y de ese modo garantiza la existencia del goce por medio de un significante.

Ahora bien, como ese significante falta, la castración en el análisis tiene que dirigirse al reconocimiento de la falta en el Otro. De ahí que Lacan en su enseñanza propone que “la castración no es al fin de cuentas, nada más que el momento de la interpretación de la castración”²⁸⁹, porque el deseo que “es deseo de deseo”²⁹⁰ remite a la angustia que en el plano de la castración es la carencia que representa al Otro.

En fin, por eso la castración es interpretable y se puede superar el *impasse* del *Penisneid* y la angustia de castración.

En el caso clínico que hemos trabajado está presente la angustia. Angustia señal de lo real que podría dar lugar a la separación del goce y el deseo.

Finalmente, con los fundamentos de la praxis psicoanalítica, la interrogación de la exposición de un caso clínico ha permitido situar en Freud la envidia del pene como un pasaje necesario de la mujer. Sin embargo, Lacan no hará de ello el tope del fin de análisis, dado que por la operación de la castración simbólica el sujeto podrá situar la falta de goce en el Otro.

La falta hecha al goce del Otro, en transferencia, hace de la castración su interpretación. Ya que a falta de esa interpretación de lo real en el Otro podríamos relanzar a un sujeto a la reivindicación fálica.

Ahora bien, solo podremos leer en cada caso y retroactivamente los efectos de mascarada.

En el caso de referencia, la paciente de J. Rivière dice de un traspie en la operatoria de la castración simbólica que en el pasaje por el tener hizo de los atributos femeninos el objeto faltante en el Otro. Objeto que no ha perdido en la dimensión imaginaria con el consecuente retroceso del deseo.

Así en la relación del sujeto con el Otro, la mascarada en la histeria muestra en la mujer que la angustia lo es ante el deseo del Otro, y en el caso mencionado se defiende de la angustia trasladando la demanda al campo del Otro.

Si recordamos el caso, tras las exhibiciones del símbolo de su potencia, irrumpía la angustia procesada como temor a la represalia de parte de los hombres, sustitutos paternos, que la relanzaba a una posición de goce. Goce que se manifiesta en sus intentos de seducción y de esa manera ella intenta obturar el fracaso del Otro.

En este sentido, sería posible conjeturar en la mascarada una perturbación momentánea de la vida amorosa, cuando transfiere la hostilidad de las imágenes parentales hacia su

²⁸⁹ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1962-1963, p. 56.

²⁹⁰ Op. cit., p. 359.

intimidad. De ese modo busca su goce ofreciéndole al hombre el objeto de reivindicación fálica y ello perturba la satisfacción que encontraba en el amor que recibía del hombre.

Sabemos que el amor vela la angustia de castración cuando el falo funciona en su evanescencia. Ello demuestra, a mi entender, que esa inhibición en la sexualidad es efecto de ese modo problemático en que se articuló en ese momento el deseo en la intimidad.

Sin máscara no es posible la suplencia ante la carencia de ser

4.1 La máscara

En este texto nos proponemos exponer que en 1960 la noción de máscara es un aporte del psicoanálisis al término persona. En este sentido, retomaremos brevemente una de las diferencias entre Lacan y Daniel Lagache para indicar que la persona es una máscara.

Desde allí desarrollaremos la ambigüedad de la máscara por la inscripción del trazo significativo que funda la falta en ser en el advenimiento del sujeto. Para ello seguiremos el modelo teórico que deviene del esquema óptico en “Observación sobre el informe de Daniel Lagache: Psicoanálisis y estructura de la personalidad”.

Lacan retomó el trazo del término rasgo parcial al objeto de la segunda forma de identificación que formuló Freud y lo nombró bajo el término de rasgo único o *ein einziger Zug* en *El Seminario. Libro 8. La Transferencia*, y luego trazo unario en *El Seminario. Libro 9. La Identificación*, que no retomaremos en este apartado.

Luego lo situaremos como rasgo unario en *El Seminario. Libro 10. La Angustia*. En este seminario retomaremos el modelo citado, al albor de dos modificaciones: la introducción del $(-\phi)$, la negativización del falo que aparece como un blanco en la imagen especular y el objeto *a* causa de deseo.

Finalmente situaremos la máscara en el modelo teórico que deviene del esquema óptico.

Para empezar reiteramos que Lacan, 1960, con la noción de máscara realiza un aporte desde el psicoanálisis al término persona. Término que introduce Daniel Lagache²⁹¹, cuyo fundamento, tal como lo hemos desarrollado en el marco teórico, es la estructura personalista.

En este sentido, recordemos que D.Lagache, analiza la segunda tópica en la teoría de Freud y postula que ella queda ligada a una estructura personalista con la introducción del ideal del yo. Por ello formula la relación de intersubjetividad entre los sistema del aparato psíquico, ello-yo-súper yo-ideal del yo, en la estructuración de la personalidad.

En el ideal del yo queda situada la precedencia de la relación intersubjetiva en los atributos que anteceden a un niño por venir y por ello, antes de existir por sí mismo, sitúa su existencia en el ser para el prójimo y por el prójimo.

De acuerdo a la interpretación que hemos hecho del autor, el niño conjugara mediante la identificación y la introyección, el ser para sí y el ser para el otro. Una vez adoptada la posición del punto de vista del otro objetiva la propia persona que quedará interiorizada y olvidada con la diferenciación yo sujeto-yo objeto.

²⁹¹ Daniel Lagache: “El Psicoanálisis y la estructura de la personalidad. Traducción: Juan Bauzá y M^a José Muñoz, La Psychanalyse. <http://es.scribd.com/.../El-Psicoanalisis-y-La-Estructura-de-La-Personalidad>. Consultado: 05-03-2014.

Así el yo sujeto quedará identificado con el súper yo, mientras que el yo objeto se comportará ante el súper yo como la autoridad parental interiorizada, conforme o no al ideal del yo. Luego de la interiorización del desdoblamiento, mencionado, el yo adquiere una autonomía relativa con respecto a los otros sistemas y tendrá la función de hacer aparecer la unidad para garantizar la autonomía de la persona en su interacción con la realidad.

A nuestro entender, entonces, allí donde Lagache sitúa la interiorización de la persona que tendrá que garantizar el yo en las relaciones intersubjetivas y las relaciones con la realidad; Lacan, en 1960, subraya la carencia de ser del sujeto en sus advenimientos. Sujeto que ex – siste en los atributos, es decir, en los significantes situados en el discurso del Otro. Lugar donde Lagache situó el ser para el prójimo. Por tanto, el yo, cuya función es de desconocimiento, vendrá al lugar “que ha quedado vacío para el sujeto”²⁹².

Lacan comienza por la distinción entre las funciones del yo ideal y el ideal de yo, reconocidas también por Lagache, para demostrar que la persona es una máscara.

En este sentido, la noción de máscara viene a mostrar que la persona es el vacío detrás de un rostro.

Así, en “Observación sobre el informe de Daniel Lagache: Psicoanálisis y estructura de la personalidad”, Lacan subraya: “Recordar aquí que la persona es una máscara no es un simple juego de etimología; es evocar la ambigüedad del proceso por el que su noción ha llegado a tomar el valor de encarnar una unidad que se afirmaría en el ser”²⁹³.

Lacan presenta la ambigüedad de la máscara e introduce la complejidad presente en esa noción.

Por lo que se refiere al equívoco de la máscara hallamos por un lado, una dimensión que comparte con su raíz etimológica y por otro lado, se distingue de ella. Por tanto, situamos en esa intersección la ambigüedad que evoca la máscara en el sujeto del deseo que, en este momento, no es otro que la Cosa (*das Ding*)²⁹⁴.

Con respecto a su raíz etimológica, Daniel Paola en “La máscara etílica” expone que:

“tanto en griego como en latín, la huella de la máscara evoca la persona. La persona que yace detrás de la máscara, presenta un enigma real. Cuando alguien mira una máscara, no sabe quién se encuentra detrás. De esta forma, la persona es el vacío de su apariencia. La persona se desvanece”²⁹⁵.

²⁹² Jacques Lacan: “Observación sobre el informe de Daniel Lagache: Psicoanálisis y estructura de la personalidad”, en *Escritos 2*, 2ª ed., Bs. As., Siglo Veintiuno Editores, 1960, p. 636.

²⁹³ Op. cit., p. 638.

²⁹⁴ Op. cit., p. 625.

²⁹⁵ Daniel Paola: “La máscara etílica”, en *Imago Agenda N °126*, Bs. As., Editorial Letra Viva, 2008, p. 30.

Ahora bien, al mismo tiempo la noción soporta un equívoco, por tanto deja de estar reducida a su dimensión etimológica por una determinada operación estructural que funda la falta en ser.

Así como hemos admitido, con el griego y el latín, la dimensión de un vacío en la función de la máscara, al mismo tiempo, encontramos que esa ambigüedad ha sido creada por la operación del trazo signifiante que funda la falta en ser. Trazo que, como lo hemos mencionado, se llamará rasgo unario.

Atendamos a una interpelación de Lacan para introducirnos, luego, en la operación estructural del trazo que funda a la máscara.

En “Observación sobre el informe de Daniel Lagache: Psicoanálisis y estructura de la personalidad”, leemos:

Ahora bien, es el primer dato de nuestra experiencia el mostrarnos que la figura de la máscara, no por estar demediada es simétrica—para decirlo en forma de imagen, que reúne dos perfiles cuya unidad sólo se sostiene por el hecho de que la máscara permanece cerrada, aunque su discordancia indica sin embargo que se la abra. ¿Pero qué hay con el ser, si detrás no hay nada? Y si sólo hay un rostro, ¿qué hay con la *persona*?²⁹⁶

Entonces la máscara sostiene una discordancia y si se la abre detrás no hay nada. La nada que yace bajo el rostro ha sido fundada por el trazo signifiante, el que vendrá a demostrar que no existe la persona detrás de la máscara.

Con el propósito de continuar con la fundamentación de la ambigüedad en la máscara, pasamos a trabajar la inscripción del trazo signifiante a partir del modelo teórico, que deviene del esquema óptico, presentado por Lacan en 1960. Trazo que luego abordaremos bajo la nominación *ein einziger Zug* rasgo único y finalmente como rasgo unario en 1962.

En este sentido, en la experiencia especular destacamos, en el gesto de asentimiento del Otro sobre la imagen del *infans*, la antecendencia lógica de lo simbólico. En la precedencia del discurso subrayamos la función del trazo e inferimos, ahí, al “sujeto como el sujeto donde “ello” puede hablar, sin que él sepa nada de eso”²⁹⁷.

A propósito de la experiencia de la asunción de la imagen especular, sabemos por Lacan, que es suficiente con que el sujeto vea esa imagen en el espejo del A (Otro) para que su propia imagen venga, en el espacio real, a situarse en el cono que delimita la posibilidad de la ilusión detrás del espejo plano. Ahora bien, en i'(a), la imagen virtual, hay ya una forma del

²⁹⁶ Jacques Lacan: “Observación sobre el informe de Daniel Lagache: Psicoanálisis y estructura de la personalidad”, en *Escritos 2*, 2ª ed., Bs. As., Siglo Veintiuno Editores, 1960, p. 639.

²⁹⁷ Op. cit., p. 641.

Otro que introduce un principio de falso dominio y de alienación radical. Esa forma indica que es a ese lugar de la palabra, al que responde, en el modelo, el espacio real y al que se le superponen las imágenes virtuales.

Tal como lo hemos mencionado, ese gesto es efecto del trazo que antecede al sujeto en el Otro del discurso y lo ilustra ese momento ejemplar de la asunción de la imagen especular. Aún más, “en el gesto por el que el niño en el espejo, volviéndose hacia aquel que lo lleva, apela con la mirada al testigo que decanta, por verificarlo, el reconocimiento de la imagen del jubiloso asumir donde ciertamente *estaba ya*”²⁹⁸.

Mejor aún, el signo de asentimiento es un *ein einziger Zug*, una mirada interiorizada del Otro, es decir, de la imagen especular deseada por la cual el sujeto se siente amado aun no siendo esa perfección.

Por tanto, el *ein einziger Zug*, es una interiorización simbólica, que impide que el sujeto quede capturado en lo imaginario. Dicho de otro modo, en la fascinación del espejo y de esa manera desdobra el yo deseado y el yo advenir de la identificación imaginaria. Por eso, el *ein einziger Zug* queda planteado como “el carácter puntual de la referencia original al Otro en la relación narcisista”²⁹⁹, mediante la cual se sostiene el yo.

En consecuencia, el ser es un espejismo ligado al Otro en la dimensión imaginaria, del que solo habrá atributos. De ahí que, por la presencia latente del Otro del discurso, ese ya estaba, que hemos mencionado anteriormente, no subsiste, “sino en ese ser cuyo advenimiento no se capta sino por no ser ya más”³⁰⁰, que habría sido designado por el verbo imperfecto: “*Estaba allí*”³⁰¹.

En esa dialéctica del ser que ya estaba y el no ser ya más, el trazo significativo adviene donde *ello era* instituyendo al ideal como una “(...) formación que viene a ese lugar simbólico. “Y en esto es en lo que corresponde a las coordenadas inconscientes del Yo”³⁰².

A ello podemos leerlo en “Observación sobre el informe de Daniel Lagache. Psicoanálisis y estructura de la personalidad”:

Pero ese lugar original del sujeto, ¿cómo lo recobraría en esa elisión que lo constituye como ausencia? ¿Cómo reconocería ese vacío como la Cosa más próxima, aun cuando lo excavara de nuevo en el seno del Otro, por hacer resonar en él *su* grito? Más bien se complacerá en encontrar en él las marcas de respuesta

²⁹⁸ Jacques Lacan: “Observación sobre el informe de Daniel Lagache: Psicoanálisis y estructura de la personalidad”, en *Escritos 2*, 2ª ed., Bs. As., Siglo Veintiuno Editores, 1960, p. 645.

²⁹⁹ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 8. La Transferencia*, 2ª ed., Bs. As., Editorial Paidós, 1960, p. 395.

³⁰⁰ Jacques Lacan: “Observación sobre el informe de Daniel Lagache: Psicoanálisis y estructura de la personalidad”, en *Escritos 2*, 2ª ed., Bs. As., Siglo Veintiuno Editores, 1960, p. 645.

³⁰¹ Ib.

³⁰² Op. cit., p. 644.

que fueron poderosas a hacer de su grito llamada. Así quedan circunscritas en la realidad, con el trazo del significante, esas marcas donde se inscribe la omnipotencia de la respuesta. No es en vano si se llama insignias a esas realidades. Este término es aquí nominativo. Es la constelación de esas insignias la que constituye para el sujeto el Ideal del yo³⁰³.

El efecto del trazo significante, entonces, habrá demarcado una constelación de atributos, es decir, de insignias del ideal que devienen de esas marcas de la demanda de amor del Otro.

Sin embargo, en esos atributos no está el sujeto, sino que lo refleja, tomando como punto de referencia al ideal del yo para encontrar los espejismos siempre equívocos del yo ideal. Porque ese rasgo único una vez extraído de la imagen, tendrá la función de decretar, legislar, metaforizar un rasgo común para los objetos exteriores con los que se relaciona el sujeto.

En *El Seminario. Libro 8. La Transferencia*, leemos:

¿Qué nos interesa en esto? Lo siguiente, que lo que es cierto en el plano de lo colectivo lo es también en el plano individual. Es alrededor de la función del ideal como se acomoda la relación del sujeto con los objetos exteriores. En el mundo de un sujeto que habla, llamado mundo humano, dar a todos los objetos un rasgo común es una pura cuestión de ensayo metafórico, fijar un rasgo común para su diversidad es una pura cuestión de decreto. Tomándolo por el mundo animal, donde la tradición analítica ha mostrado el juego ejemplar de las identificaciones defensivas, el sujeto puede, con el fin de subsistir en un mundo donde su i(a) sea respetado, decretar que todos, ya sean perros, gatos, tejones o ciervas, hacen *guau, guau*. Ésta es la función del *einzigster Zug*³⁰⁴.

Además, Lacan en *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, reafirma la antecendencia lógica del rasgo a la llegada del sujeto bajo el enunciado: “*En el principio es el rasgo unario*”³⁰⁵. Por tanto, el signo de asentimiento funciona como anudamiento entre el yo ideal e ideal del yo, por la extracción significante del campo del Otro del que deviene el sujeto. En consecuencia el rasgo unario se convierte en instrumento del ideal.

³⁰³ Jacques Lacan: “Observación sobre el informe de Daniel Lagache: Psicoanálisis y estructura de la personalidad”, en *Escritos 2*, 2ª ed., Bs. As., Siglo Veintiuno Editores, 1960, p. 646.

³⁰⁴ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 8. La Transferencia*, 2ª ed., Bs. As., Editorial Paidós, 1960, p. 438.

³⁰⁵ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, 1ª ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1962-1963, p. 31.

En suma, el trazo es efecto de la preexistencia del lenguaje, del universo simbólico que antecede al sujeto y lo funda en el campo del Otro. Por eso va a funcionar en la distancia entre el yo ideal y el ideal del yo, y más aún, se distingue de las insignias del Ideal, aunque se instituye en su condición de posibilidad. Es decir, mantiene un lazo estructural, porque siempre y cuando se produzca la extracción del trazo unario, el sujeto podrá hacerse un lugar en los atributos del ideal, es decir las insignias.

Por tanto el trazo unario instituye una ambigüedad porque funda la disimetría entre el ser y el tener atributos en la división del sujeto en su advenimiento, y más aún porque, por un lado, crea un vacío y por otro lado, instituye insignias que constituyen el ideal del yo.

Sin embargo, en el seminario mencionado, encontramos una modificación, ya que en la dialéctica narcisista hallamos la existencia de un resto, $(-\phi)$, que no entra en lo imaginario. En la relación imaginaria el investimento de la imagen especular tiene un límite, ya que no toda la investidura libidinal pasa por la imagen y de ese modo queda allí un resto, efecto de la división del sujeto, que funciona bajo la forma de una falta a nivel imaginario.

Por tanto, ya en la imagen real del cuerpo, el falo, se presentó como un blanco en la imagen especular. Por eso aparece bajo el signo menos, es decir, negativizado, porque no está representado en lo imaginario y está cortado de la imagen especular.

De modo que, la imagen especular al estar autenticada por el Otro implica que en la imagen virtual no aparezca la imagen real, funcionando en ese lugar el $(-\phi)$, que no es visible porque no entró en lo imaginario.

En *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, leemos:

En este lugar, $i'(a)$, en el Otro, en el lugar del Otro, se perfila una imagen tan solo reflejada de nosotros mismos. Está autenticada por el Otro, pero es ya problemática, incluso falaz. Esta imagen se caracteriza por una falta—o sea, lo que en ella se evoca no puede aparecer ahí. Dicha imagen orienta y polariza el deseo, tiene para él una función de captación. En ella el deseo está, no solo velado, sino puesto esencialmente en relación con una ausencia³⁰⁶.

Por tanto, el advenimiento del sujeto, habrá instituido un corte que produjo “dos piezas diferentes”³⁰⁷, relacionadas entre sí. El $(-\phi)$, la negativización del goce fálico, que ha afectado al cuerpo porque algo no va reflejarse en la imagen. Es decir, no ha entrado en lo imaginario, y queda investido en el cuerpo como reserva operatoria y otra que puede imaginarizarse en el registro especular, el objeto a , ese resto que es fundamental en esta dialéctica.

³⁰⁶ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1962-1963, p. 55.

³⁰⁷ Op. cit., p. 50.

Ahora bien, ese objeto puede imaginarse por la construcción del fantasma fundamental una vez extraída la imagen especular.

Si tomamos como referencia que hay fantasma constituido, será importante analizar la relación del sujeto al objeto *a*.

Por lo que se refiere al objeto *a*, Lacan, en *El Seminario. Libro 9. La Identificación*, lo relacionó con *das Ding* y lo trasladó al ser que surge de la pérdida del significante en el campo del Otro.

Por tanto, *a* es lo que queda cuando el objeto constitutivo del fantasma se separó en la constitución del sujeto y por eso es “el ser que falta al texto del mundo”³⁰⁸, alrededor del cual se desliza el retorno del reprimido.

Así, el objeto *a* regula las relaciones del sujeto con el Otro y puede abordarse por la vía fantasmática y a través de la imagen virtual que refleja la relación del *a* imaginizado en el fantasma con la imagen que hace obstáculo en el espejo *i* (*a*).

El objeto *a*, entonces, se relaciona con (*das Ding*), la Cosa, cuando aparece del lado del Otro no como falta, sino “como a ser”³⁰⁹. Es decir, en el momento que se presenta la pregunta por lo que el Otro desea del sujeto en el fantasma y por eso el encuentro con el deseo del Otro produce angustia.

Ahora bien, el deseo está relacionado, no solo con el fantasma, sino también con el yo (*moi*) que representa la imagen especular que envuelve el acceso al objeto de la castración. Allí encontramos la imagen misma que hace obstáculo en el espejo, a la que puede engancharse la belleza, como así también el horror, que conocemos bajo el término *unheimlich* que refleja la relación con el objeto *a*.

En *El Seminario. Libro 9. La Identificación*, leemos:

Es por lo que llegamos a plantear aquí la cuestión de su relación con la cosa, no sagrada, sino lo que les he denominado *das Ding*. Ustedes saben que llevándolos a ese límite no hecho más que indicarles que aquí al invertir la perspectiva, ese *i* de *a* que envuelve ese acceso al objeto de la castración, es aquí la imagen misma que hace obstáculo en el espejo, o que más bien a la manera de lo que ocurre en esos espejos oscuros hay que pescar siempre en esa oscuridad cada vez que los antiguos autores vean intervenir la referencia del espejo, algo puede aparecer más allá de la imagen que da al espejo claro. La imagen del espejo claro, es a ella que se engancha esta barrera que en su tiempo he denominado la de la belleza. Es

³⁰⁸ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 9. La Identificación*, s.l., 1961-1962, p. 385.

³⁰⁹ Ib.

que la revelación de *a* más allá de esta imagen, incluso aparecida en su forma más horrible, guardará siempre su reflejo³¹⁰.

Basta como muestra, la rata que refleja la “imagen de sí mismo”³¹¹ de Ernst Lanzer, en el momento en que frente a la tumba de su padre habría visto un animal grande que tuvo como una rata y supuso que se habría dado un banquete con el cadáver de su padre. Esas ratas mordedoras son castigadas y aplastada por los hombres y en esa compasión que sentía por ese animal, reflejaba que el mismo era un tipejo así de asqueroso, que podía morder y ser azotado. Rata que habría descifrado Freud en los fonemas que se repiten en la cadena de representaciones: *Ratten, Raten, Spielratte, Heiraten*.

En este sentido, Lacan en *El Seminario. Libro 9. La Identificación*, precisa la relación de la imagen fantasmática reflejada en el yo (*moi*), y expone: “(...) la imagen de este objeto *a*, a propósito del cual he hablado del horror; es el término que emplea Freud cuando se trata del Hombre de las ratas. Aquí es de la rata de lo que se trata”³¹².

Ahora bien, *i(a)*, la imagen especular, no es la imagen de *a*, el objeto de la castración, ni tampoco el representante de la pulsión sobre el que recae la represión. Por qué el deseo apunta de modo análogo al fantasma y al yo (*moi*), lo cual quiere decir que lo que el sujeto quiere en el fantasma determina al objeto desde donde el deseante desea.

Por tanto, en *El Seminario. Libro 9. La Identificación*, Lacan expone: “(...) *i* de *a* y *a*, su diferencias, su complementariedad, y la máscara que uno constituye para el Otro, ahí el punto que los habré llevado este año”³¹³.

Debajo de la máscara, entonces, subyace una posición deseante que se refleja en la imagen de sí mismo.

En este sentido, tal como lo hemos anunciado en la introducción, en *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, el objeto *a* es causa de deseo.

En consecuencia tendremos que revisar la relación de la máscara ante la falta en el Otro. Porque si el sujeto es efecto del significante en el Otro, es también en ese mismo lugar donde va a encontrar un punto que no puede ser significado. Esa falta que el símbolo no suple es el objeto *a*, del que solo habrá sustitutos.

Por tanto al incorporarse el objeto *a*, causa de deseo, tendremos que modificar la ubicación de la máscara, poco antes mencionada entre *i(a)* –*a*, la imagen especular y el objeto de la castración.

³¹⁰ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 9. La Identificación*, s.l., 1961-1962, p. 385.

³¹¹ Sigmund Freud: “A propósito de un caso de neurosis obsesiva (el Hombre de las Ratas), en *Obras Completas*, 1º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1909, vol. X, p. 169.

³¹² Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 9. La Identificación*, s.l., 1961-1962, pp. 385-6.

³¹³ Op. cit., p. 388.

Porque, ahora el objeto a es causa de deseo, diremos: entre la $i(a)$ – $i'(a)$, la imagen virtual, encontraremos la máscara.

Ahora bien, si $i(a)$ no es la imagen de a , ya que solo este objeto puede imaginarse en el fantasma, y a ello agregamos que el $(-\phi)$ indica ya un blanco en la imagen, queremos destacar que la máscara, al mismo tiempo, es una suplencia ante la falta en ser.

En este sentido, en un extracto de la obra *Seis personajes en busca de autor*, L. Pirandello le hace decir al personaje Padre:

Un personaje señor siempre puede preguntarle a un hombre quien es. Porque un personaje tiene realmente una vida propia, señalada por caracteres propios, por los cuales siempre es alguien. Mientras que un hombre- no digo usted ahora- un hombre así en general, puede ser nadie³¹⁴.

Por tanto, en el dicho del personaje, podemos leer la máscara en función de la vida de un personaje representado en los atributos que el ideal refleja con respecto a la posición deseante del sujeto. Sin embargo, en tanto ser, el hombre es nadie, dado que el trazo unario instituyó la falta en ser en el advenimiento del sujeto. De ahí que, la posición deseante que refleja la imagen de sí mismo puede no ser la imagen, porque no es el objeto de la castración ya que el ser falta.

Para finalizar formulamos que la máscara es efecto de la relación del sujeto en su encuentro con la falta de significante en el Otro. Es decir, el deseo del Otro.

Razón por la cual, la ambigüedad de la máscara radica en la institución del trazo unario en el advenimiento del sujeto en el campo del Otro, y al mismo tiempo funda una falta, el $(-\phi)$ que solo puede ser imaginizada en el fantasma.

Por esa operación, de la que deviene una posición deseante, al mismo tiempo podremos decir que el rasgo unario sostiene una relación “que es de engaño”³¹⁵ al sujeto con la imagen especular, porque el objeto de la castración falta, por la carencia del Otro que no devuelve la integridad de la imagen.

Por tanto donde D. Lagache sitúa la objetivación de la persona, efecto de la identificación e introyección del ser para sí y el ser para el prójimo, Lacan sitúa la falta en ser que introdujo el trazo por la preexistencia de atributos en el discurso del Otro. Falta en ser que nos permite inferir que en esa objetivación de la persona, lo que hallamos es al objeto desde donde el deseante desea que refleja el yo (*moi*) y por tanto ante el deseo del Otro la máscara.

³¹⁴ Luigi Pirandello: *Seis Personajes en busca de autor*, 4º ed., Bs. As., Editorial Losada, 1997, p. 209.

³¹⁵ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 9. La Identificación*, s.l., 1961-1962, p. 284

4.2 En la máscara –pantalla resuena la incorporación del padre muerto

Espejos de metal, enmascarado
Espejo de caoba que en la bruma
De su rojo crepúsculo disfuma
Ese rostro que mira y es mirado,
J. L. Borges. Los Espejos³¹⁶

Nos proponemos comenzar con una conjetura: la máscara en los desarrollos de Freud se presenta bajo el término disfraz en el momento de su enseñanza en que abordó la pregunta por el padre en el origen. En 1913 investigó el mito y halló en el disfraz de los participantes del banquete totémico la repetición del asesinato del padre, la ley y el deseo con los que fundamentó una de las dimensiones de la primera forma de identificación³¹⁷. Por eso una de las formas de abordaje fue a través de la incorporación canibalica del padre muerto con la construcción del mito que llevó el nombre de su obra: “Tótem y Tabú”.

Lacan retomó a lo largo de sus desarrollos la formulación de un crimen original. En esta ocasión, solo a modo de referencia, mencionamos que en 1957 expuso con el mito una de las

³¹⁶ Jorge Luis Borges: “EL Hacedor. Poemas completos”, en *Obras completas*, 1º ed. España, Emecé Editores, 1997, pp192-3.

³¹⁷ Dado que comenzamos articulando el banquete totémico como fundamento de la identificación primera y en este capítulo pondremos el acento en la incorporación de la primera identificación, es pertinente mencionar que Carlos Kuri distingue la identificación primera de la identificación primaria. Ambas son presentadas como dos dimensiones de la identificación, que no se superponen, previas a la elección de objeto, que tienen al amor como elemento común y concerniente a la identificación planteada como la forma más originaria de ligazón afectiva con un objeto. Así, Kuri retoma de Introducción al Narcisismo la dimensión que se desprenden de la identificación trabajada por Lacan como identificación especular que surge del amor a la imagen de uno mismo y consituye al narcisismo. Por esta identificación a la imagen del otro hay cuerpo virtual que inscribe y negativiza lo orgánico. Pero en la primaria el amor tiene otro dominio y es el que está ligado a la pulsión de vida.

Encontramos en este desarrollo, una diferencia entre lo primario que atañe a la identificación filogenética y la noción de comienzo presente en Introducción al narcisismo, donde esta vinculado el trabajo de lo comenzante con el término *-Anfang-* inicio- para situar un comienzo en el sentido de la determinación historial. Inicio del yo vinculado a la identificación como un nuevo acto psíquico. Es decir como captura del cuerpo por la imagen, dado que no hay desde el comienzo una unidad comparable al yo; el yo tiene que constituirse.

De este modo, la Identificación primaria ligada a lo filogenético y a la incorporación del padre muerto, queda vinculada a lo originario. Lo originario esta articulado con lo *Urverdrängung* por el prefijo Ur como la marca de lo que no puede resolverse en términos de inicio relacionando a la función que impone el padre primordial y colocándolo en una encrucijada causal entre la represión originaria y la identificación primordial. Carlos Kuri: *La Identificación. Lo originario y lo primario: una diferencia clínica*. 1º ed., Rosario, Homo Sapiens Ediciones, 2010, pp. 13-35.

formas en que se “inscribe lo imposible e impensable”³¹⁸. Así, trabajó la eternización de un solo padre, que llamó simbólico, al que mataron para poder conservarlo.

Solo retroactivamente desciframos la identificación al padre prehistórico en los efectos de sujeto, ya que posibilita la salida del puro juego especular y se conserva bajo la forma tiránica del súper yo.

No es casual que en *El Seminario. Libro 9. La Identificación*, Lacan nombre la identificación al padre como primordial o desencadenante y luego bajo la noción de incorporación, para situarla en *El Seminario. Libro 10. La Angustia* a nivel del objeto *a* voz. Dado que la voz funciona a nivel del objeto *a* causa del deseo del Otro, podemos inferir la incorporación a través de la pantalla en la función pulsátil del objeto *a* mirada. Pantalla, también llamada máscara en *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*.

La pregunta por el padre condujo a Freud, en 1913, a investigar los desarrollos de la sociología. En esas experiencias halló en el comportamiento de las tribus primitivas semejanzas a la vida anímica de los neuróticos respecto del deseo por la madre y el deseo de muerte hacia el padre.

En las tribus primitivas el asesinato del padre se conmemoraba en la escena del banquete totémico. En esa fiesta los miembros del linaje usaban un disfraz semejante al tótem y creían que las propiedades del animal que incorporaban como alimento se conservarían como rasgos de carácter en quienes las comían, igual que las prohibiciones basadas en ello.

A ello podemos leerlo en “Tótem y Tabú”:

Representémonos la escena de aquel banquete totémico, dotándola además de algunos rasgos probables que no se pudieron apreciar hasta ahora. El clan, en ocasiones solemnes, mata cruelmente y devora crudo a su animal totémico, su sangre, su carne y sus huesos; los miembros del linaje se han disfrazado asemejándose al tótem, imitan sus gritos y movimientos como si quisieran destacar la identidad entre él y ellos. Ahí actúa la conciencia de que ejecutan una acción prohibida al individuo y sólo legítima con la participación de todos; por otra parte, ninguno tiene permitido excluirse de la matanza y del banquete³¹⁹.

³¹⁸ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 4. La Relación de Objeto*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1956-1957, p. 213.

³¹⁹ Sigmund Freud: “Tótem y tabú”, en *Obras Completas*, 2º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1913-1914, vol. XIII, p. 142.

El animal totémico es un sustituto del padre de la horda primordial, envidiado y temido por los hermanos que lo han asesinado. La repetición del crimen luego daba lugar a la fiesta y en ella se producía la identificación mediante la incorporación.

En el banquete los hermanos “en el acto de la devoración, consumaban la identificación con él, cada uno se apropiaba de una parte de sus fuerzas”³²⁰.

De ello resultó que Freud fundamentó a través del disfraz del mito esa antecendencia lógica que recuerda el crimen original y en la incorporación del padre muerto situó una de las formas de la primera identificación y la prohibición.

A la incorporación del padre muerto y la interdicción del deseo por la madre podemos situarla retroactivamente en la vida anímica.

En este sentido, la ubicamos en ese tiempo mítico que localizamos entre la *Urverdrängung*, donde el representante se fija a la pulsión, es decir la represión primordial y la primera vivencia de satisfacción que fundó el deseo a partir de la pérdida del objeto.

En “El yo y el ello” leemos:

Al comienzo de todo, en la fase primitiva oral del in-dividuo, es por completo imposible distinguir entre investidura de objeto e identificación. Más tarde, lo que se puede suponer es que las investiduras de objeto parten del ello, que sienten las aspiraciones eróticas como necesidades. El yo todavía endeble al principio, recibe noticia de las investiduras de objeto, les presta su aquiescencia o busca defenderse de ellas mediante el proceso de la represión³²¹.

De esa construcción mítica sabemos por sus efectos de verdad ficcional en la vida anímica tras el comienzo del Edipo. Por esa razón, conocemos que la incorporación del padre prehistórico se realizó y conservó velada tras el ideal del yo. En ese tiempo, bajo el disfraz, el ser hablante es el padre y lo desciframos en los retornos de agresividad y rivalidad en la vida anímica.

En la obra citada, Freud expone:

Esto nos reconduce a la génesis del ideal del yo, pues tras este se esconde la identificación primera, y de mayor valencia, del individuo: la identificación con el padre de la prehistoria personal. Se trata de una identificación directa e inmediata anterior a toda elección de objeto. A primera vista, no parece el resultado ni el desenlace de una investidura de objeto: es una identificación

³²⁰ Sigmund Freud: “Tótem y tabú”, en *Obras Completas*, 2º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1913-1914, vol. XIII, pp. 143-4.

³²¹ Sigmund Freud: “El yo y el ello”, en *Obras Completas*, 1º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1923-1925, vol. XIX, p. 31.

directa e inmediata (no mediada), y más temprana que cualquier investidura de objeto. Empero, las elecciones de objeto que corresponden a los primeros periodos sexuales y atañen a padre y madre parecen tener su desenlace, si el ciclo es normal, en una identificación de esa clase, reforzando de ese modo la identificación primaria³²².

Hasta aquí hemos expuesto en el desarrollo de Freud la primera forma de identificación a nivel de la incorporación y la hemos situado en el aparato psíquico. En ello, ubicamos tras el disfraz asesinato, ley y el deseo.

A continuación desarrollaremos la función de la incorporación en la pantalla o máscara en la enseñanza de Lacan.

En 1962 Lacan retomó la incorporación del padre prehistórico y totémico como una operación que hace obstáculo al acceso a la Cosa o (*das Ding*) y por eso infirió que tiene efectos sobre el cuerpo.

Lacan precisa la función de la Incorporación y sus efectos sobre el cuerpo en *El Seminario. Libro 9. La Identificación*:

La prueba está (...) en que la primer forma de identificación y aquélla a la cual uno se refiere con cierta ligereza, cierta musiquita repetida, es la identificación que, se nos dice, incorpora, o aun agregando una confusión a la imprecisión de la primera fórmula, introyecta. Conténtenos con “incorpora”, que es la mejor. ¿Cómo comenzar por esta primera forma de identificación si no les es dada la menor indicación, la menor referencia, sino vagamente metafórica, en una fórmula semejante, sobre lo que eso puede querer decir? O bien, si se habla de incorporación, es porque debe producirse algo a nivel del cuerpo. No sé si este año podré llevar las cosas lo suficientemente lejos, lo espero de todos modos, tenemos tiempo ante nosotros para llegar, volviendo de donde partimos, a dar su verdadero y pleno sentido a esa incorporación de la primera identificación³²³.

La incorporación es una dimensión de la primera identificación afectando al cuerpo antes del advenimiento del sujeto.

Adelantemosno y formulemos que la incorporación afecta al cuerpo porque produce el desgarramiento de la ilusión de la imagen especular con el signo de asentimiento, que hemos

³²²Sigmund Freud: “El yo y el ello”, en *Obras Completas*, 1º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1923-1925, vol. XIX p. 33.

³²³Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 9. La Identificación*, s.l., 1961-1962, p. 197.

trabajado en el apartado anterior³²⁴. Esta operación a nuestro entender, se realiza por la incorporación de la voz del padre que introduce lo real como mancha a nivel del ojo y la mirada.

En 1963, Lacan dedujo la incorporación del padre muerto en los efectos de la pulsión invocante y subrayó que la voz funciona a nivel del objeto *a* causa de deseo en el campo del Otro y es más cercana a la experiencia del inconsciente. Por eso con el fin de trabajar la incorporación del padre muerto y a título de introducir el objeto *a* de la pulsión invocante, utilizó como soporte el *shofar*.

El *shofar* es un cuerno de carnero que el pueblo judío utilizaba y utiliza en los rituales festivos, durante el año nuevo y la fiesta del perdón. En los ritos, el sonido del *shofar* tiene una función rememorativa: evocar el pacto de alianza. Si bien el instrumento recuerda el crimen original, lo importante es la idea del sonido que soporta un recuerdo porque presenta la voz de una forma separada. En otras palabras, el sonido al evocar el recuerdo, al mismo tiempo, indica la separación de la voz.

Por eso lo fundamental en la voz reside en la función de señalar el vacío del Otro.

En *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, Lacan subrayó que si la voz es importante “es porque resuena en un vacío que es el vacío del Otro”³²⁵.

A raíz de la doble indicación de la voz, la pulsión invocante es anterior a la pulsión escópica y constituye el punto de partida de la estructuración del deseo dado que indica la falta en la madre.

En la estructuración del deseo, la voz que señala el vacío del Otro se presenta de forma separada y con carácter de ajenidad en la dimensión del súper yo. Por eso está relacionada con la palabra imperativa que reclama obediencia y convicción.

A través de la función del Otro, entonces, se introduce el vacío porque la función significante señala en el eco de la voz a lo real.

En la relación del sujeto con el Otro a la identificación de la voz imperativa la encontramos bajo el nombre de incorporación.

Lacan en *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, expone:

Creo que aquí es donde podemos palpar aquella forma de identificación que no pude abordar el año pasado, cuyo primer modelo, al menos, nos lo proporciona la identificación de la voz. En determinados casos, en efecto, no hablamos de la misma identificación que en los otros, a saber, hablamos de *Einverleibung*, incorporación³²⁶.

³²⁴ N de a: nos referimos al apartado La máscara del capítulo: Sin máscara no es posible la suplencia ante la carencia de ser

³²⁵ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1962-1963, p. 298.

³²⁶ Ib.

Por cierto, la voz en un mismo movimiento produce la incorporación del padre muerto e impide en el *infans* la captura en la imagen especular que lo sostiene, ya que, como lo desarrollaremos a continuación, introduce lo real a través de la mancha a nivel de la pulsión escópica.

La mancha indica la función del resto irreductible que no ha entrado en la imagen especular, pero que pulsa al deseo hacia la contemplación. Por ello ese real en el campo visual reduce el objeto *a* a un punto cero, si al deseo se engancha la belleza cuya dimensión metafórica cabe destacar.

En *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, leemos:

Lunares y tejidos de belleza-permítame proseguir con el equívoco- muestran el lugar del *a*, reducido aquí al punto cero cuya función evocaba la última vez. Más que la forma que él mancilla, es el lunar el que me mira. Es por lo que me mira que me atrae tan paradójicamente, algunas veces con más razón que la mirada de mi *partenaire*, pues esta mirada me refleja y, en la medida en que me refleja, no es más que mi reflejo, vaho imaginario. No es preciso que el cristalino esté opacado por la catarata para cegar la visión— cegarla al menos en lo que a la castración se refiere, siempre elidida en el plano del deseo cuando éste se proyecta en la imagen³²⁷.

Por esto el objeto *a* a nivel del ojo en la experiencia especular manifiesta el carácter elusivo de la castración. Lo cual significa que por la forma del otro la imagen especular carece de resto y en ese instante el *a* queda reducido al punto cero que produce contemplación. De esa manera el objeto *a* exterioriza el modo en que el deseo visual enmascara, a veces, la angustia de lo que le falta al deseo.

Respecto de la mirada, Lacan, en *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, la desarrolla a través de la investigación de la anamorfosis, y formula que se integra al deseo porque es “algo simbólico de la función de la falta, de la aparición del espectro fálico”³²⁸.

Luego, en el seminario citado, aísla la función de la mancha en los fenómenos miméticos trabajados por R. Callois y la identifica con la mirada, aunque preservando su

³²⁷ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1962-1963, p. 274.

³²⁸ Op. cit., p. 95.

autonomía, con la finalidad de marcar la preexistencia de un “dato a ver”³²⁹ respecto de “lo visto”³³⁰. Así, la función de la mancha y la mirada rigen el campo escópico.

También, en el mismo seminario, sitúa a la mirada en el campo del deseo del Otro y por ello como representate del objeto *a* causa de deseo. Además a nivel de la pulsión escópica ubica la esquizia más profunda del sujeto: el ojo y la mirada. De esa manera, la mirada funciona a nivel del objeto *a* causa de deseo del Otro.

La contemplación, entonces, en la relación del sujeto con el Otro fue efecto de ese momento en que el sujeto encarna el símbolo fálico y produce su anonadamiento. Es decir, el (-φ) de la castración. De repente, lo que antes encontramos como fenómeno de contemplación de la satisfacción narcisista, ahora indica que en ese instante mancha y mirada están identificadas. En esa coincidencia entre mancha y mirada hay fascinación, dado que en ese segundo el sujeto es esa esa forma anonada que ilustra la encarnación del (-φ) de la castración. Castración imaginaria que organiza los deseos a través del marco de las pulsiones.

Aun así, lo importante en ese momento es que la mirada está más allá, no en el símbolo fálico, de anonadamiento del sujeto, sino en su función pulsátil. Es decir, como objeto *a* causa de deseo del Otro. Porque entre lo que cautiva y fascina al sujeto encontraremos la imagen pantalla también llamada máscara.

Puesto que funciona la imagen pantalla, la mirada como objeto *a* causa de deseo del Otro crea la función de señuelo. La dimensión de señuelo señala la esquizia primitiva del ojo y la mirada en el ser que instituye al sujeto en lo visible y lo determina porque hay pantalla. En la relación del sujeto al deseo del Otro, la dimensión de señuelo es efecto de la función del (-φ) de la castración. A nuestro entender de la voz del padre que señala el deseo de la madre

Así la relación del sujeto con la mirada es ambigua, dado el carácter inasible, evanescente y puntiforme de la mirada.

En *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, podemos leer que la mirada es esa reverberación, es lo que “me cautiva porque es pantalla, porque hace aparecer la luz como una iridiscencia que la rebosa”³³¹.

Por la ambigüedad de la pantalla lo que el sujeto recibe del Otro es máscara.

A ello podemos ilustrarlo mediante la diferencia entre los fenómenos miméticos, el camuflaje y la condición humana.

En el fenómeno del mimetismo el sujeto se hace mancha y mediante el camuflaje da a ver algo distinto “de un él mismo que está detrás”³³². Ahora bien, la condición humana requiere

³²⁹ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1964, p. 82

³³⁰ Ib.

³³¹ Op. cit., p. 104.

³³² Op. cit., p. 106.

de la esquizia primitiva del sujeto entre el ojo y la mirada, porque permite introducir la función de la pantalla.

A ello podemos leerlo en *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*: “Nosotros partimos del hecho de que, ya en la naturaleza, algo instaure una fractura, una bipartición, una esquizia del ser al que éste se adecua”³³³.

Basta que observemos esa pérdida del ser en el mimetismo, en esa ambigüedad que la fascinación y la contemplación demuestran, porque ahí el sujeto anonadado no es el sujeto. Pero esa ambigüedad es condición de su advenimiento.

En *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, leemos: “Allí el ser se descompone, entre su ser y su semblante, entre él mismo y ese tigre de papel que da a ver. (...) el ser da él mismo, o recibe del otro, algo que es máscara, doble, envoltorio, para cubrir el bastidor de un escudo”³³⁴.

Es mediante esa forma separada de sí, con la ayuda del otro que es su doble, como el ser entra en juego en los efectos de la vida y de la muerte. Pero aquí el señuelo desempeña una función esencial para que el sujeto del deseo, a diferencia del animal, pueda aislar la pantalla y no quedar capturado en lo imaginario.

El aislamiento de la pantalla dependerá de que la mancha pueda ir tomando la función de objeto *a*.

Con respecto a la mancha, Silvia Amigo, la ubicó como índice de la construcción del objeto *a* en el niño, cuando este objeto opera como causa de deseo en el Otro. En *Paradojas clínicas de la vida y de la muerte*, leemos:

La mancha en la imagen va a ser el primer indicio del largo trabajo psíquico de construcción del objeto *a*, que no está dado de movida desde el costado del niño. Aunque sí lo esté del costado del Otro. Llegar desde la mancha a la deducción o extracción de objeto *a* en el campo del Otro va a llevar una importante cantidad de tiempo³³⁵.

La mancha, en este tiempo de la relación del sujeto con el Otro, muestra esa cercenadura primitiva del yo que refleja el no-yo. Por eso se exterioriza como el *Un Lust*, lo inasimilable, irreductible al principio del placer, a partir del yo placer purificado. Es como un objeto extraño que se presentó el primer modo de distinguir lo real dentro del yo, pero aun, no reconocido por el sujeto.

³³³ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1964, p. 113.

³³⁴ Op. cit., p. 114.

³³⁵ Silvia Amigo: *Paradojas clínicas de la vida y de la muerte. Ensayo sobre el concepto de lo “originario” en psicoanálisis*, 1° ed., Rosario, Homo Sapiens Ediciones, 2003, p. 102.

En *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, leemos:

Notarán, sobre todo, que lo que estructura el campo del placer ofrece ya una incipiente articulación posible de la alienación. Es como si, en la zona exterior, el *Lust* se dijera—¡Ah!, *al fin y al cabo hay que ocuparse del Ich*. Y en cuanto se ocupa de él, la placida tranquilidad del *Ich* desaparece. *El Lust-Ich* se diferencia y, al mismo tiempo, cae en él *Unlust*, fundamento del no- yo. Esto no implica la desaparición del aparato, todo lo contrario: Simplemente ven como se produce en un estadio primitivo esa cercenadura que destaco en la dialéctica del sujeto respecto del Otro, pero aquí en dirección contrario³³⁶.

En fin, a través de la máscara que el sujeto recibe del Otro, la mancha muestra ese desgarramiento del deseo y al mismo tiempo su función de señuelo que es efecto de la función de la imagen pantalla. Ello nos permite inferir que a este nivel del deseo se articuló la dimensión de la voz, la que funciona a nivel del objeto *a* en la madre porque funciona el vacío que hace resonar la voz del padre.

A la incorporación de la voz podremos deducirla cuándo por la función del señuelo del deseo, la mancha toma esa forma de pantalla que opaca a la mirada, porque funciona de entrada la equizia del ojo y la mirada en el Otro. Es decir hay un deponer la mirada. Solo así podremos leer el aislamiento de la pantalla, pero por el efecto retroactivo de una segunda operación de la identificación, que nos permite colegir la antecendencia de esa primera.

Esa primera forma de identificación que Freud halló tras el comienzo del Edipo y dedujo velada tras el ideal del yo como la incorporación del padre muerto y también la encontró bajo el disfraz de los hermanos en el banquete totémico.

³³⁶ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1964, p. 249.

4.3 De la pantalla del padre totémico al trazo como gozne para la extracción del objeto *a*

En este apartado nos proponemos comenzar con el recorrido que Lacan realiza por un lado, por la segunda forma de identificación desarrollada por Freud en “Psicología de las masas y análisis del yo”. Y por otro lado, por su investigación en 1962 sobre la filosofía de René Descartes para conceptualizar la identificación significativa del sujeto.

Luego situaremos al trazo unario como instrumento de la identificación en el advenimiento del sujeto. Operación que introduce al sujeto a la alienación.

Así a partir de *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, desarrollaremos el proceso de alienación- separación. Al proceso de alienación lo ilustraremos mediante el juego del *For-da* que Lacan retomó del juego que ilustra el nieto de Freud. Mediante la actividad lúdica situaremos el reconocimiento de lo pulsional reemitiéndonos al trabajo de la mancha en el apartado anterior.

Por ello conjeturamos que si la mancha es un real pulsional que orada lo especular, el sujeto representado en el carrito habrá investido la mancha efecto del trazo por el que ingreso en la alienación significativa. Proceso que terminará de constituirse en la separación que comienza cuando el sujeto infantil encuentra las fallas del discurso del Otro.

4.3.1 El recorrido de Lacan por Freud y René Descartes para la extracción del rasgo unario

En 1962, Lacan introdujo la identificación al rasgo unario, y para extraer el concepto su punto de partida fue la lectura que Freud hizo de la identificación en la formación neurótica de síntoma en “Psicología de las masas y análisis del yo”. También Lacan conceptualizó a la identificación como una operación de significativo y por eso investigó la lingüística y la filosofía. En el presente desarrollo solo retomaremos el recorrido del Lacan por René Descartes por ser una de las reseñas para plantear la emergencia del sujeto en su referencia significativa.

Respecto de los desarrollos de Freud, Lacan³³⁷ leyó en una formación del inconsciente la identificación parcial a un rasgo con un objeto amado o no amado y extrajo de ese fragmento la idea de rasgo para conceptualizar la identificación al rasgo unario.

Lacan precisa el rasgo en la teoría de Freud en el capítulo VII “La identificación”. En el mismo leemos:

³³⁷ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 9. La Identificación*, s.l. 1961-1962, pp.52-4.

La identificación puede ser la misma que la del complejo de Edipo, que implica una voluntad hostil de sustituir a la madre, y el síntoma expresa el amor de objeto por el padre; realiza la sustitución de la madre bajo el influjo de la conciencia de culpa: “Has querido ser tu madre, ahora lo eres al menos en el sufrimiento”. He ahí el mecanismo completo de la formación histérica de síntoma. O bien el síntoma puede ser el mismo que la persona amada (“Dora”, por ejemplo, imitaba la tos de su padre); en tal caso no tendríamos más alternativas que describir así el estado de cosas: *La identificación reemplaza a la elección de objeto; la elección de objeto ha regresado hasta la identificación*. Dijimos que la identificación es la forma primera, y la más originaria, del lazo afectivo; bajo las constelaciones de la formación de síntoma, vale decir, de la represión y el predominio de los mecanismos del inconsciente, sucede a menudo que la elección de objeto vuelva a la identificación, o sea, que el yo tome sobre sí las propiedades del objeto. Es digno de notarse que en estas identificaciones el yo copia {*Kopieren*} en una caso a la persona no amada y en el otro a la persona amada.

Y tampoco puede dejar de llamarnos la atención que, en los dos, la identificación es parcial, limitada en grado sumo, pues toma prestado un único rasgo del objeto³³⁸.

También mencionamos, al comienzo, que la identificación es una operación que constituye al sujeto en su advenimiento. Por ello, tendremos que mostrar su relación al significante y para conceptualizarla mencionaremos la referencia y la distancia filosófica con el “pienso, luego existo” cartesiano. Dado que en las meditaciones cartesianas, Lacan sitúa en el error que subyace en la duda hiperbólica la cadena significante con la que se confronta el rasgo unario.

La distancia con respecto a la filosofía surge con la tesis que inaugura *El Seminario. Libro 9. La Identificación*, porque para Lacan “nada soporta la idea tradicional filosófica de un sujeto, sino la existencia del significante y sus efectos”³³⁹. Por tanto, el sujeto lo es por los efectos del significante y para leerlo, Lacan, necesitó despejar en la filosofía el problema del pensamiento. Porque la búsqueda de la experiencia del inconsciente se sitúa a ese nivel del pensamiento que conduce a la pregunta por el ser, el quién soy.

Para abordar esta pregunta existencial, Lacan³⁴⁰ interroga la existencia del sujeto en el pensar mismo. En este sentido, no se trata de una superación de la filosofía moderna, sino de

³³⁸ Sigmund Freud: “Psicología de las masas y análisis del yo”, en *Obras Completas*, 1º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1920-1922, vol. XVIII, pp. 100-1.

³³⁹ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 9. La Identificación*, s.l., 1961-1962, p.7.

³⁴⁰ Ib.

extraer los efectos en los *impasses* del “pienso, luego existo”³⁴¹ con el que Descartes buscaba la verdad de la existencia del sujeto. Es decir, el ser en el pensamiento.

El problema a despejar se encuentra en el “yo pienso”³⁴², porque el sentido del pensamiento radica en la dimensión voluntaria del juicio del “yo pienso” y por ello queda reducido a una dimensión imaginaria sobre la que ninguna evidencia puede estar fundada.

Lacan, entonces, interroga al sujeto en el yo pienso cartesiano y retoma, en *El Seminario. Libro 9. La Identificación*, el trabajo realizado, en *El Seminario. Libro 6. El Deseo y Su Interpretación* sobre el sueño de aparición del padre muerto que analizó Freud en “La interpretación de los sueños”. En esa formación onírica muestra la articulación de la función del deseo sobre la dimensión de no dicho donde se sitúa el sujeto constituido por la negación.

Leamos el sueño disparatado de ese hombre que había cuidado a su padre enfermo y sufrió mucho a causa de su muerte. Sueño que Freud expone en el apartado G. “Sueños absurdos. Las operaciones intelectuales en el sueño” en “La Interpretación de los sueños”:

“El padre estaba de nuevo con vida y hablaba con él como solía, pero (esto era lo asombroso) estaba no obstante muerto, solo que no lo sabía”³⁴³.

Ahora retomemos el análisis de Lacan, en *El Seminario. Libro 6. El Deseo y Su Interpretación*, respecto del sueño para situar el sujeto en esa dimensión de no dicho que introduce la negación.

En el sueño, el sujeto situado en el yo (*je*) de la enunciación elidido en el enunciado está presente en la frase su “padre está muerto y él no lo sabía”³⁴⁴ que era según su deseo que él estaba muerto. En ese “él no lo sabía”³⁴⁵ se constituye el sujeto, en tanto que tiene que constituirse como no sabiendo a nivel del enunciado pero soportado por la enunciación. Que “él estaba muerto”³⁴⁶, ya supone la existencia del sujeto en ese significante que lo refleja y “según”³⁴⁷ porta la marca de la articulación del deseo en la elisión significante.

El significante elidido designa el acuerdo o la discordancia entre el significante y la enunciación y así la negación emigra desde la enunciación al enunciado.

Luego, en *El Seminario. Libro 9. La Identificación*, Lacan³⁴⁸ retoma la frase “él no sabía que estaba muerto” y demuestra que el sujeto que articula la frase es el mismo que lee en la demarcación cartesiana.

Ese sujeto es el que en la duplicidad del funcionamiento del proceso del enunciado y el acto de enunciación, esta elidido en la enunciación por la negación, pero puede designarse en

³⁴¹ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 9. La Identificación*, s.l., 1961-1962, p. 7.

³⁴² Op. cit., p. 12.

³⁴³ Sigmund Freud: “La interpretación de los sueños (segunda parte)”, en *Obras Completas*, 2º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1900-1901, vol. V, p. 430

³⁴⁴ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 6. El Deseo y Su Interpretación*, s.l., 1959, p. 110.

³⁴⁵ Op. cit., p. 111.

³⁴⁶ Ib.

³⁴⁷ Op. cit., p. 117.

³⁴⁸ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 9. La Identificación*, s.l., 1961-1962, pp. 18-9.

tercera persona. Por eso el *no* como uno de los usos de la negación está ligado a la estructura más primitiva del significante donde el sujeto se constituye como inconsciente y se funda en la exclusión.

En la designación del sujeto en tercera persona se sitúa el *impasse* hallado por Lacan en el *pienso*, luego existo con el que Descartes buscaba la verdad de la existencia del sujeto. En el mismo lugar donde ese sujeto se constituye como no pudiendo saber, reside el valor del aporte de Descartes, porque ese lugar designa el *impasse* en lo imposible del “*pienso*, luego existo”.

Así, Lacan³⁴⁹ en 1961, objeta al *cogito ergo sum*, dado que cuestiona la verdad en la actividad misma del pensar, es decir en la necesidad de pensar, porque interpreta en las meditaciones de Descartes que ese “yo pienso” estaría referido a un pensamiento del pensador para asegurarse de su ser.

Por eso expresó: como el “yo pienso no es un pensamiento, sino un pensamiento del pensador”³⁵⁰, el pensamiento no exige que se piense en él. Fundar el sujeto en el yo pienso remite a aprehender a “ese en lo que pienso” que reenvía la pregunta a un “de que y de donde [*pienso*] a partir del yo pienso que se sustrae”³⁵¹. Ese yo pienso que se sustrae, demarca un lugar, él, el sujeto en su evanescencia y queda demostrado en las dos primeras meditaciones cartesianas.

En la fórmula de Descartes³⁵² es necesario que el ser pensante piense todo el tiempo para asegurarse de su ser. Por tanto, el “yo piense ser”³⁵³ connota rasgos de “señuelo”³⁵⁴ y de “apariencia”³⁵⁵. Así, Lacan³⁵⁶ concluye que el acto de ser pensar desemboca, para el que piensa, en un “tal vez yo”. En ese tal vez yo, advertimos el rasgo por el que se introduce de contrabando el yo (*je*) de la enunciación elidido en el enunciado en la conclusión “pienso, luego existo” que terminará de constatarse y despejarse con la duda hiperbólica.

El carácter evanescente del *je* hace ver que el sentido del primer paso sobre la obra cartesiana es situar un “yo pienso y yo no soy”. Dado que, “yo gasto - *je dépense*- al pensar -*de penser* - todo lo que puedo tener de ser”³⁵⁷ y “es al dejar de pensar que puedo entrever que yo sea simplemente”³⁵⁸.

³⁴⁹ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 9. La Identificación*, s.l., 1961-1962, p. 19.

³⁵⁰ Op. cit., p. 9.

³⁵¹ Ib.

³⁵² René Descartes: *Discurso sobre el Método. Meditaciones Metafísicas*, 1º ed., Bs. As., Gradifco SRL, 2007, pp., 85-102.

³⁵³ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 9. La Identificación*, s.l., 1961-1962, p. 20.

³⁵⁴ Ib.

³⁵⁵ Ib.

³⁵⁶ Ib.

³⁵⁷ Op. cit., p. 21.

³⁵⁸ Ib.

El *Je pensó et je ne suis*³⁵⁹, pienso y no soy, elidido al hablar gracias a la propiedades mudas de la vocalización, es el mismo sobre el que cae la negación, que es el *ne* en francés. El *ne* del *Je ne sais* -no se-³⁶⁰ cae sobre el *je* no sobre el *sais*³⁶¹ y “por eso la negación”³⁶² - *ne* en francés- cae antes del verbo.

La existencia del yo *je* de la enunciación elidido en el enunciado queda constatado en la vacilación discursiva que despeja y preserva la duda hiperbólica en la meditación cartesiana donde surge el Dios engañador. Dios que llega hasta el genio maligno, radical mentiroso, capaz de extraviarlo.

La duda hiperbólica, lleva a Descartes³⁶³ a buscar la garantía en Dios de la verdadera verdad. Sin embargo, en el enunciado mismo de la meditación, el filósofo halló la posibilidad de error, ya que si Dios quiere podría cambiar esa verdad.

Así, donde Descartes, con su interrogación, sitúa al Dios garante de la existencia de la verdad y tanto más garante porque esa verdad podría cambiar si Dios quisiera, encontramos el error. Error donde Lacan³⁶⁴ ubica la batería de significantes confrontada al rasgo   nico, *Einzigler Zug*, dado que podría soportar la cadena significante por sí solo, por ser siempre el mismo y sustituir a los elementos de la cadena.

En suma, Lacan³⁶⁵ extrae en la vacilación discursiva, en esa duda que preserva al yo *je*, en ese error, límite de la experiencia cartesiana del sujeto evanescente, la idea de sujeto en el soy donde no pienso, donde pienso no soy. Y además, la necesidad de ese garante para leerlo en el trazo único, despersonalizado e instrumento de la identificación. Identificación inaugural del sujeto a ese significante radical al que esta anudado el advenimiento de la verdad.

Así la identificación inaugural del sujeto opera con el significante que amarra el trazo que Lacan leyó en el rasgo parcial de un objeto amado o no en los desarrollos de Freud.

4.3.2 La identificación al trazo unario. Ingreso a la alienación y el carrete.

El trazo unario es un instrumento de la identificación que funda al sujeto como efecto del significante. Por eso en la realización del sujeto la noción de significante es fundamental porque hace de su función “el punto de amarra de algo donde el sujeto se constituye”³⁶⁶. Ese algo es el rasgo unario o *Mon  s*.

³⁵⁹ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 9. La Identificación*, s.l., 1961-1962, p. 21.

³⁶⁰ Ib.

³⁶¹ Ib.

³⁶² Ib.

³⁶³ René Descartes: *Discurso sobre el Método. Meditaciones Metafísicas*, 1   ed., Bs. As., Gradifco SRL, 2007, pp., 122-39

³⁶⁴ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 9. La Identificación*, s.l., 1961-1962, p. 23-4.

³⁶⁵ Ib.

³⁶⁶ Op. cit., p. 64.

Lacan define el rasgo o *Monás* en *El Seminario. Libro 9. La Identificación* y subraya: “El *monas* es el rasgo unario en tanto soporte como tal de la diferencia. Ese rasgo por lo que cada uno de los siendos (*étant*—ser) es dicho ser Uno”³⁶⁷.

A ese rasgo el sujeto en su advenimiento lo extrae de ese giro que produce el júbilo ante la asunción de la imagen especular y el asentimiento del Otro que confirma el valor de la imagen. En ese pasaje el sujeto distingue de la imagen un rasgo del objeto de deseo, cuyo representante es el falo, que subyace en la demanda del Otro, con el que se produce la identificación.

Así el desgajamiento del trazo “borra de la cosa siempre ese algo totalmente distinto que ese uno que ha sido para siempre irremplazable (...)”³⁶⁸ y divide al sujeto.

El sujeto queda dividido por la identificación al objeto de deseo del que se desprende el uno que borra la cosa y se escribe como yo no soy el Otro - no uno - yo soy yo - uno- y “ahí la negación supone la afirmación sobre la cual se apoya”³⁶⁹.

A propósito de la función del trazo como índice de la negación, en *El Seminario. Libro 9. La Identificación*, Lacan³⁷⁰ investigó la lógica formal y formuló que el trazo marca parcialmente como fálico al sujeto.

De la lógica aristotélica, retoma las siguientes proposiciones: la universal afirmativa con la particular y la universal negativa con la particular. Esas proposiciones no pueden ser verdaderas al mismo tiempo y, a su vez, se dividen bajo la lógica de la cualidad y la cantidad.

Luego, traslada las proposiciones, mencionadas, al cuadrante de cuatro segmentos de Charles Sanders Peirce y en esa figura ubica trazos verticales, trazos oblicuos y un cuadrante vacío para mostrar a través de él la función del trazo.

El trazo va a llenar el cuadrante uno de la función del sujeto que está vacío y el cuadrante dos va a ser el soporte de la función de trazo vertical con el atributo. Los otros dos segmentos del cuadrante poseen trazos oblicuos. Así, extrae como proposición universal afirmativa la frase “todo trazo es vertical”³⁷¹ y quedará afirmada por la universal negativa donde no hay trazos y por la cupla de cada una de las particulares negativas y afirmativas donde los trazos son oblicuos.

Como el sujeto se funda en la exclusión que produce la inscripción del trazo, los atributos que definen las clases de la lógica aristotélica demuestran que la inscripción del trazo unario va distinguir en el sujeto la parte fálica de aquella parte que no lo es. Por tanto, del falo el sujeto solo tendrá atributos.

³⁶⁷ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 9. La Identificación*, s.l., 1961-1962, p. 51.

³⁶⁸ Op. cit., p. 199.

³⁶⁹ Op. cit., p. 96.

³⁷⁰ Op. cit., pp. 104-9.

³⁷¹ Op. cit., p. 106.

Por la extracción del trazo que marca el atributo fálico connotado por la negación en la cadena significativa, se instaura un primer movimiento que introduce al sujeto como no uno, pero aún no está subjetivizado. Así la negación indica el no uno en la instauración de la cadena significativa donde el S1 viene a ser representado retroactivamente por el S2 que produce efectos de sentido y comienza la represión.

Esa operación define al significante como lo que “representa a un sujeto para otro significante”³⁷². Se trata de la representación que tiene efectos de sujeto para otro significante que lo representa en el campo del Otro.

Con este primer movimiento, entonces, el sujeto cae del lado del sentido y se introduce en el movimiento de alienación del significante binario. Sin embargo, será necesario un segundo momento donde él pueda caer del lado del sin sentido, dicho de otro modo de la pérdida del ser que introduce la separación.

El sujeto queda acorralado en la alienación del par significativo que produce el movimiento de la repetición. Así el ingreso a la alienación que implica la repetición es una operación ilustrada por el pequeño sujeto cuando pudo ejercitarse en el *Fort-da*.

Sin ir más lejos, lo demuestra el nieto de Freud que lleva a cabo el juego con la ayuda del carrito acompañado por el par de fonemas *Fort-da*.

Si nos remitimos a “Más allá del principio de placer”, el pequeño Ernst—nieto de Freud—arrojaba el carrito sostenido por un piolín de la cuna, pronunciando un significativo *o-o-o-o*, leído por su abuelo, como “*fort*”, {se fue}. Luego, haciéndolo aparecer, tirando del piolín y profiriendo un amistoso “*Da*”, interpretado como, acá está.

Freud³⁷³ interpretó que el niño repitió activamente la situación desagradable de la partida de la madre, que vivió pasivamente, con el fin de apoderarse de la situación. Lacan, lee en esa alternancia presencia - ausencia el movimiento de alienación con la consecuente repetición.

En *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, leemos:

No hay *fort* sin *da* y, valga la expresión, sin *Dasein*. Pero precisamente, a diferencia de lo que se trata de aprehender, como fundamento radical de la existencia, toda fenomenología de la *Daseinanalyse*, no hay *Dasein* con el *fort*. O sea, no tenemos elección. Si el pequeño sujeto puede ejercitarse en el juego del *fort-da*, es justamente porque no lo hace en absoluto, ya que ningún sujeto puede captar la articulación radical. Lleva a cabo el juego con la ayuda de un carrito, es

³⁷² Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1964, p. 226.

³⁷³ Sigmund Freud: “Más allá del principio de placer”, en *Obras Completas*, 1° ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1920-1922, vol. XVIII, pp. 14-7.

decir, el objeto *a*. El ejercicio con ese objeto se refiere a una alienación y no a un presunto dominio, sea cual fuere, que mal podría aumentar una repetición indefinida, cuando la repetición indefinida de que se trata pone de manifiesto la vacilación radical del sujeto³⁷⁴.

El juego del carrete es la respuesta del sujeto a lo que la ausencia de la madre funda alrededor de su cuna, es decir un agujero. Por ello mediante el juego, el carrete “(...) es como un trocito del sujeto que se desprende” de él “pero sin dejar de ser bien suyo, pues sigue reteniéndolo”³⁷⁵.

Porque el niño acompaña con las primeras oposiciones fonemáticas el objeto de juego, en el carrete designamos al sujeto. Este objeto será posteriormente “el *a* minúscula”³⁷⁶.

En consecuencia, la actividad lúdica con el carrete, sustituto del objeto *a*, produjo un primer reconocimiento de lo real pulsional que se refleja a nivel del yo como no- yo, efecto de la división del sujeto que lo introdujo en la alienación.

En este sentido, en *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, Lacan expone:

El reconocimiento de la pulsión es lo que permite construir con la mayor exactitud el funcionamiento que he denominado división del sujeto o alienación. Y a la propia pulsión ¿cómo se la reconoció? Se reconoció porque la dialéctica del inconsciente del sujeto no puede limitarse a la referencia del campo del *Lust*, a la imagen de los objetos benéficos, benévolos, favorables, pues hemos encontrado que ciertos números de objetos, a fin de cuenta, no sirven para nada. Son los objetos *a*, el pecho, las heces, la mirada, la voz. En este nuevo término está el punto que introduce la dialéctica del sujeto como sujeto del inconsciente³⁷⁷.

Por tal razón, podríamos “inferir”³⁷⁸ que si la mancha es un real pulsional que orada lo especular, el uso del carrete ha investido a la mancha efecto del trazo que marcó al sujeto con el atributo.

En *Paradojas clínicas de la vida y de la muerte*, Silvia Amigo subraya:

³⁷⁴ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1964, p. 247.

³⁷⁵ Op. cit., p. 70.

³⁷⁶ Ib.

³⁷⁷ Op. cit., p. 250.

³⁷⁸ N de a: Con respecto a la inferencia presentada queremos mencionar que surge a partir de lo trabajado en el apartado anterior: En la máscara- pantalla resuena la incorporación del padre muerto.

“El juguete es pues heredero y representante, en los casos felices, de la mancha. Aquello que objeta la totalización de la identificación, se utiliza para poder usar lúdicamente la pulsión”³⁷⁹.

Mediante la elaboración lúdica la mancha va dejando lugar a la institución del objeto *a* en el Otro. Por esto, podemos conjeturar que el juego iría instituyendo así el aislamiento de la máscara – pantalla que introdujo el no uno a través de la extracción del trazo como condición del advenimiento del sujeto en el proceso de separación.

Así pues, la alternancia del *Fort-da* que introduce el objeto *a* permite leer la aparición del sujeto en el campo del Otro por el proceso de alienación. Ahora bien, será el deseo lo que posibilita el proceso de separación.

El camino hacia la separación en el sujeto será efecto de las fallas del discurso del Otro, precisamente en el punto endeble de la articulación significativa. En esa abertura se desliza el deseo que relanza la pregunta del porqué infantil: “me dice eso, pero, ¿qué quiere?”³⁸⁰.

En *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, leemos: “El sujeto aprehende el deseo del Otro en lo que no encaja, en las fallas del discurso del Otro”³⁸¹.

Como consecuencia de esa falta percibida en el Otro, el sujeto responde con su propia desaparición, siendo él, el primer objeto propuesto al deseo parental. Puesto que, mediante su propia pérdida ingresa a esa dialéctica y responde con lo que puede proponer: la falta de antecedente.

Una falta cubre a la otra. Por tanto, la dialéctica de los objetos del deseo, en la medida en que efectúa la juntura del deseo del sujeto con el deseo del Otro– hace tiempo les dije que era él mismo–, pasa por lo siguiente: no hay respuesta directa. Una falta generada en el tiempo precedente sirve para responder a la falta suscitada en el tiempo siguiente³⁸².

El deseo es el operador para la salida de la alienación y el sujeto habrá quedado debajo de ese significativo primordial. De modo que el significativo uno sinsentido es efecto de la represión primordial o *Urverdrängung* y relanzará la sucesión de significantes cuando a ese par significativo se anuda otro significativo que retorna al primero del par.

³⁷⁹ Silvia Amigo: *Paradojas clínicas de la vida y de la muerte. Ensayos sobre el concepto de “originario” en psicoanálisis*, 1º ed., Rosario, Homo Sapiens Ediciones, 2003, p. 102.

³⁸⁰ Op. cit., p. 222.

³⁸¹ Ib.

³⁸² Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1964, pp. 222-3.

A ello podemos leerlo en *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*:

Si queremos captar dónde está la función del sujeto en esta articulación significante, tenemos que operar con dos, ya que sólo con dos significante se le puede acorralar la alienación. En cuanto hay tres, el movimiento se vuelve circular. Al pasar del segundo al tercero, regresa al primero— pero no desde el segundo. El efecto de *afánisis* que se produce con uno de los dos significantes está ligado a la definición de un conjunto de significantes, digamos, para emplear el lenguaje de la matemática moderna. Este conjunto de elementos es tal que si solo hay dos— como se dice en la teoría empleando una E invertida— el fenómeno de alienación se produce — a saber, el significante es lo que representa a un sujeto para otro significante. De ello resulta que a nivel de otro significante, el sujeto se desvanece³⁸³.

El deseo es lo que posibilita la salida de la alienación y permite al sujeto dejar de estar ligado a la vacilación del ser.

Finalmente hemos desarrollado que en el advenimiento del sujeto la extracción del trazo unario por la identificación marca en él una parte fálica y otra que no lo es, quedando connotado en la cadena significante por la negación. Operación que posibilita la salida de lo especular y el ingreso en el proceso de alienación—separación. Entre esos dos tiempos, el sujeto habrá podido investir mediante la actividad lúdica lo real pulsional que reconoce como no—yo. Ahora bien, el proceso de separación se introduce en el encuentro con el deseo del Otro y a ese encuentro el sujeto le ofrece su propia desaparición.

A partir de la extracción del rasgo unario se inaugura el movimiento mayor hacia la tercera forma de identificación.

³⁸³ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1964, p. 244.

4.4 Aislar la máscara

Conjeturamos que el aislamiento de la máscara termina de realizarse por la tercera forma de identificación y posibilita el advenimiento de un sujeto deseante por el corte del objeto *a* causa de deseo. Operación que conjeturamos en los efectos de mascarada y el amor en la función pulsátil de la mirada.

Para arribar a esa conclusión trabajaremos, en primer lugar, la identificación histórica que Lacan, en 1958, retoma del análisis que Freud hizo sobre el sueño del “Salmón ahumado” en “La Interpretación de los sueños”. Sueño que nombraremos, tal como lo hizo Lacan, como “La bella carnicera”.

Del trabajo sobre la identificación histórica articulada en las formaciones del inconsciente, mencionaremos la estructuración del deseo como deseo de deseo insatisfecho. Desde allí ubicaremos la escisión entre el deseo y la demanda como una dimensión estructural en el hombre para situar que Lacan introduce que “El deseo es el deseo del Otro”.

A continuación introduciremos el final de *El Seminario. Libro 9. La Identificación*, donde Lacan retoma la identificación bajo la definición que Freud dio en “Psicología de las masas y análisis del yo”. Por esa definición inferimos que en ese punto de coincidencias entre los yoes en la tercera forma de identificación definida por Freud, Lacan sitúa la identificación al deseo del Otro, mediante la cual el sujeto constituye el modo de realización del deseo.

En la misma época, la tercera forma de identificación fue investigada mediante el uso de la figura topológica del ocho invertido. De todos modos, el campo de la identificación no queda cerrado y por eso fue retomado en 1963 y en *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*.

Es importante destacar que, en 1963, la identificación implica, primero, reconocer la falta de significante en el Otro para que la falta sea asumida en el sujeto. Y en 1964, es soporte para separar el objeto *a*.

Operación que inferimos en los efectos de mascarada y el amor.

4.4.1 De la identificación histórica en Freud al deseo del hombre es el deseo del Otro en Lacan

En 1958 Lacan³⁸⁴ retomó la identificación histórica que Freud descifró en el sueño del “Salmón ahumado”, y lo nombró como el sueño de “La bella carnicera”. En él demostró el modo en que el deseo informulado se expresa por identificación en la realización del síntoma.

Por la estructuración del deseo en la histeria, sabemos que “el deseo del sujeto se localiza y se encuentra primero en la existencia del deseo del Otro, en cuanto deseo distinto de

³⁸⁴ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, pp. 373-4.

la demanda”³⁸⁵. Si bien esa distinción es una dimensión estructural en el hombre, la histérica nos enseñó que permanece pendiente de esa escisión dado que necesita construirse un deseo más allá de la demanda.

En concreto lo muestra el sueño de “La bella carnicera”, en el que Freud descifró la identificación con la otra a la que, luego, nombró como tercer forma de identificación.

Con miras a atender al modo en que se articula la identificación, nos dirigimos al texto del sueño.

En el punto IV “La desfiguración onírica” en “La interpretación de los sueños”³⁸⁶, podemos leer que la muchacha renunció al deseo de dar una cena alegando que las tiendas estaban cerradas, y solo tendría en su casa un poco de salmón ahumado. Así, asoció esa dimisión a que cada mañana ella deseaba un emparedado de caviar y sabía que si se lo pedía a su marido, el carnicero, se vería colmada, pero pidió que este no se lo dé.

En el sueño dice que “ella no puede dar una comida” y Freud³⁸⁷ descifró que la muchacha necesitó crearse un deseo insatisfecho que fue colmado por el sueño.

Aun así, el elemento destacado es el salmón ahumado, plato predilecto de su amiga, de quien la muchacha tenía celos porque su marido, el carnicero, hablaba muy bien de ella. Por otro lado, su amiga era flaca y a su marido le gustaban las formas redondas.

Asimismo, el día anterior al sueño visitó a su amiga, quien le manifestó el anhelo de ser invitada de nuevo porque se comía bien en esa casa.

Si bien podría precisarse que mediante el sueño ella le deniega el deseo a su amiga, para que no engorde, y así no lo atraiga a su marido, es a “La bella carnicera” a quién no se le cumple el deseo.

Sorprende en el sueño la sustitución del caviar por el salmón ahumado. Como la amiga tenía con respecto al salmón ahumado el mismo comportamiento que “La bella carnicera” con el caviar, en esa sustitución discernimos la identificación. Mediante la identificación se crea un deseo denegado.

En *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, leemos: “Si ella se ha dado en la vida real un deseo no realizado, es como un signo de esta identificación, es decir, en la medida en que se identifica con la otra”³⁸⁸.

Sin embargo, lo importante en este sueño, que introduce la dialéctica del deseo y la demanda, es que el deseo informulado del sujeto encuentra la vía de formulación a través del síntoma o el sueño.

³⁸⁵ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 367.

³⁸⁶ Sigmund Freud: “La interpretación de los sueños (primera parte)”, en *Obras Completas*, 2° ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1900, vol. IV, p. 165.

³⁸⁷ Op. cit., p. 166.

³⁸⁸ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 370.

Lacan, entonces, en 1958 se detiene en la sustitución del salmón ahumado por el caviar para mostrar qué significa, en la sustitución significativa, la identificación.

En la obra citada, retomó y analizó la identificación mediante el ataque histérico entre pacientes de una misma sala de hospital, referencia que Freud introdujo en 1900 en “La Interpretación de los sueños”. En el apartado mencionado, leemos: “El médico que en la misma sala de hospital, junto a otras enfermas, tiene una que padece convulsiones de un tipo determinado, no se asombrará si una buena mañana ve que ese mismo ataque histérico habrá encontrado imitadoras”³⁸⁹.

Freud entonces define la identificación como “(...) *apropiación* sobre la base de la misma reivindicación etiológica; expresa un “igual que” y se refiere a algo común que permanece en lo inconsciente”³⁹⁰.

De ello se desprende que el problema es la identificación con la amiga celosa.

Lacan formula que se trata de “(...)—la articulación del síntoma elemental con una identificación de discurso, con una situación articulada en el discurso —³⁹¹, que significa apropiarse de la misma etiología que otras personas. Dado que la histérica necesita sostener su deseo como insatisfecho y por medio del sueño satisface el anhelo de tener un deseo insatisfecho.

En suma, Lacan se detiene en el sueño y muestra, como lo hemos dicho, que el deseo insatisfecho subyace como una situación fundamental del hombre entre la demanda y el deseo. Ahora bien, lo que ello introduce es que la histérica permanece pendiente de esta escisión. El problema de la escisión entre el deseo y la demanda queda demostrado con “La bella carnicera” que demanda amor y desea caviar, pero no quiere el caviar.

De la singularidad de esa experiencia se ha manifestado que la histeria se define por su dificultad para conservar su lugar de sujeto en la relación con el Otro, por eso necesita crearse un deseo insatisfecho para que su deseo no quede capturado en la palabra del Otro.

Ello enseña que el deseo es el deseo del Otro.

En *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, leemos: “Que el deseo en cuestión sea por su propia naturaleza el deseo del Otro, a esto precisamente es a lo que nos introduce la dialéctica del sueño, porque este deseo de caviar la enferma no quiere que sea satisfecho en la realidad”³⁹².

En la sustitución de caviar por salmón ahumado estaba representada la amiga con quien se identificó. Por eso el deseo del que se valió en el sueño fue el deseo de su amiga, salmón

³⁸⁹ Sigmund Freud: “La interpretación de los sueños (primera parte)”, en *Obras Completas*, 2º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1900, vol. IV, p. 167

³⁹⁰ Op. cit., p. 168.

³⁹¹ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 371.

³⁹² Op. cit., p. 373.

ahumado, lo que al mismo tiempo indica el deseo del Otro como algo que puede ser satisfecho, claro que para el Otro. Dado que había salmón ahumado en el sueño y ello demuestra la intención de dárselo a la amiga. Pero queda obturada la demanda de la amiga, quien quería cenar nuevamente en esa casa.

En fin, esa *spaltung*, en la que persevera el sujeto histérico, ese residuo irreductible que está más allá de la demanda por la intervención del significante, es un elemento estructural en el hombre que demuestra la estructura histérica. Ahora bien, el sujeto histérico no sabe que el deseo no puede ser satisfecho en el plano de la demanda. Por eso necesita pasar por la demanda del Otro y encontrar en el significado del Otro, es decir, el síntoma, la secuela de la demanda. Secuela que es el deseo del sujeto informulado con el que se produce la identificación.

4.4.2 De identificarse a la falta en el Otro a separar el objeto *a*

Nuestro punto de partida para trabajar la identificación histérica es *El Seminario. Libro 9. La Identificación*.

Comenzaremos el desarrollo mencionando el final del seminario, dado que Lacan luego de introducir la tercera forma de identificación, a partir del ocho invertido, menciona que se trata de la identificación formulada por Freud.

Freud retoma la identificación en un tercer caso de formación de síntoma, luego de hallarla entre amigas de un pensionado, en el capítulo VII “La Identificación”. Allí la define de la siguiente manera:

“Uno de los “yo” ha percibido en el otro una importante analogía en un punto (en nuestro caso el mismo apronte afectivo); luego crea una identificación en ese punto, e influida por la situación patógena esta identificación se desplaza al síntoma que el primer “yo” ha producido. La identificación por el síntoma pasa a ser así el indicio de un punto de coincidencia entre los dos «yo», que debe mantenerse reprimido”³⁹³.

A nuestro entender, en ese punto de coincidencia con el que se produce la identificación, Lacan, en *El Seminario. Libro 9. La Identificación*, ubicó el objeto de la castración y formuló: “el deseo del hombre se sitúa en el lugar del Otro y se constituye como

³⁹³ Sigmund Freud: “Psicología de las masas y análisis del yo”, en *Obras Completas*, 2° ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1921, vol. XVIII, p. 101.

ese modo de identificación”³⁹⁴ constitutivo del deseo de la histérica. Es decir, identificación del deseo al deseo.

Partimos del final del seminario para volver al momento en que se introdujo la identificación histérica en 1962.

Lacan introduce la problemática de la identificación bajo la formulación “el deseo del hombre es el deseo del Otro”³⁹⁵. En esa relación hay una imposibilidad estructural para encontrar una medida común entre deseos y por eso, el deseo queda formalizado como una falta, cuyo soporte es el fantasma.

Podemos leerlo en *El Seminario. Libro 9. La Identificación*: “Es justamente eso lo que quiere decir mi introducción del símbolo $\sqrt{-1}$; es algo destinado a sugerirle (...) que el producto de mi deseo por el deseo del Otro (...) no puede dar sino una falta: -1 , la falta del sujeto en ese punto preciso”³⁹⁶.

De ello resulta que el sujeto del deseo deviene de la identificación al deseo del Otro, y mediante la construcción del fantasma constituye el modo de realización del deseo. En el seminario citado, leemos:

(...) el producto de un deseo por el Otro no puede ser más que esa falta, y hay que partir de allí para sostener algo. Lo que quiere decir que no puede haber allí ningún acuerdo, ningún contrato, en el plano del deseo, que aquello de lo que se trata en esta identificación del deseo del hombre al deseo del Otro, es esto que les mostraré en un juego manifiesto haciendo mover ante ustedes las marionetas del fantasma en tanto son el soporte, el único soporte posible de lo que puede constituir en sentido apropiado una realización del deseo³⁹⁷.

Luego de formalizar el deseo y situar que por efecto de la identificación a la falta en el Otro el sujeto asume un modo singular de realizar el deseo, Lacan comienza a investigar la identificación en el fantasma.

Por efecto de la identificación el sujeto construyó una versión imaginaria de lo que es ser el objeto del deseo del Otro y esa lectura del ser fue resultado del hecho de haber sido constituido como objeto de deseo. Al mismo tiempo, fue necesario que la respuesta del Otro haya incorporado en la conciencia la diferencia entre demanda y deseo por la introducción del significante en el sujeto.

En *El Seminario. Libro 9. La Identificación*, leemos:

³⁹⁴ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 9. La Identificación*, s.l., Bs. As., Ediciones Paidós, 1961-1962, p. 361.

³⁹⁵ Op. cit., pp. 213-4.

³⁹⁶ Ib.

³⁹⁷ Ib.

(...) se trata siempre de identificarse en función o en contra de lo que él piensa ser el deseo del Otro. En tanto ese deseo puede ser imaginado, fantaseado, el sujeto va a encontrar las referencias necesarias para definirlo, o él, en tanto objeto del deseo del Otro o en tanto objeto rechazante del ser³⁹⁸.

En la versión imaginaria constituida por efecto de la identificación, el falo es la imagen “nudo”³⁹⁹ por la cual el sujeto imaginizó el objeto *a* que fue para el Otro cuando el significante lo instituyó en el lugar del deseo. Esa imagen que posibilitó la mediación entre el sujeto y su deseo, funciona como representación de la noción de un interior y un exterior.

Lacan⁴⁰⁰ designa esa imagen nudo, es decir, el falo, con la notación ϕ -*minúscula*- dado que funciona como representación de un exterior y un interior, y para formalizar la tercera forma de identificación investiga la topología. Precisamente la introduce con el significante del ocho interior.

En efecto, en *El Seminario. Libro 9. La Identificación* expone:

El campo en el que estoy desde que introduce el significante del ocho interior es el del tercer modo de identificación esa identificación en la que el sujeto se constituye como deseo, y en la que todo discurso precedente nos impedía desconocer que el campo del deseo no es concebible para el hombre sino a partir de la función del Otro: el deseo del hombre se sitúa en el lugar del Otro y se constituye allí precisamente como ese modo de identificación original que Freud nos enseña a separar empíricamente – lo que no quiere decir que su pensamiento sea empírico en ese punto– bajo la forma de lo que nos es dado en nuestra experiencia clínica, especialmente a propósito de esta forma tan manifiesta de constitución del deseo que es la histérica⁴⁰¹.

A propósito de las figuras topológicas, encontramos, en primer lugar, a los círculos de Euler, de los cuales extraemos la noción de diferencia simétrica para representar la repetición del movimiento circular de dos demandas siempre constituida por el vacío del deseo. Luego, encontramos la sustitución por la figura del ocho invertido que simboliza el límite que retorna sobre sí mismo y al objeto *a* del deseo.

³⁹⁸ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 9. La Identificación*, s.l., 1961-1962, p. 259.

³⁹⁹ Op. cit., pp. 277-9.

⁴⁰⁰ Op. cit., p. 365.

⁴⁰¹ Op. cit., p. 361.

En las figuras de Euler hallamos la reunión de dos círculos que permanecen reunidos a partir de la extracción de la zona de intersección. “(...) la reunión menos la intersección”⁴⁰², es denominada diferencia simétrica: dos campos que se definen a partir de la exclusión.

Por tanto esa figura mostró que la línea del círculo interior continúa en la línea del círculo exterior para volver a encontrarse en la intersección que es la exclusión de sí mismo.

A la exclusión la ilustra el movimiento de repetición de la demanda, porque en su identidad y su distinción rodea un círculo interior que simboliza el objeto del deseo, y por eso entre dos demandas no habrá ningún punto de intersección. Es decir, se trata de dos demandas simbolizadas por dos bucles, en el toro, que aunque estén conteniendo el mismo objeto y un bucle pueda pasar por el interior del otro, estarán siempre constituidas por el vacío del deseo. “Las nada”⁴⁰³ que están en el centro del nudo.

Luego “la figura del ocho interior o invertido”⁴⁰⁴ sustituye los círculos mencionados y permite simbolizar un límite “en tanto se retoma a sí mismo, se identifica a sí mismo”⁴⁰⁵ y representa el objeto del deseo constituido por el vacío de la demanda.

A través de ello, se demuestra que la identificación introdujo un interior homogéneo al exterior y por eso el objeto *a* minúscula en el fantasma surge de manera correlativa a la escisión del sujeto. Es decir, de la exclusión determinada por el significante del rasgo unario, el que por un lado instituyó el deseo como soporte del movimiento circular de la repetición de la demanda y, por otro, fue dibujando el objeto del deseo. Objeto que por haber sido tomado en la dimensión libidinal se trasladó a otro registro porque se trata de la transmutación del falo, ϕ minúscula, que es su soporte.

El falo “que no está nunca tan ahí como cuando está ausente”⁴⁰⁶ fue “el punto de giro de la constitución”⁴⁰⁷ del objeto del deseo mediante el cual el sujeto accedió a una posición deseante.

A la función del falo, Lacan la articuló a la operación de corte en la estructura del *cross-cap*, para mostrar la realización del sujeto en la estructuración del fantasma.

La figura del *cross-cap* es una superficie sin bordes constituida por un corte que funda un agujero. Esa superficie sostendrá el lugar del agujero y así estructurada hará funcionar “ese elemento inasible que es el deseo, en tanto tal, dicho de otro modo la falta”⁴⁰⁸. Luego los dos bordes se adhieren y resulta “un punto-agujero”⁴⁰⁹ en el corte donde se afrontan, sin reunirse, un exterior con un interior.

⁴⁰² Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 9. La Identificación*, s.l., 1961-1962, p. 226.

⁴⁰³ Op. cit., p. 315.

⁴⁰⁴ Op. cit., p. 234.

⁴⁰⁵ Op. cit., p. 235.

⁴⁰⁶ Op. cit., p. 280.

⁴⁰⁷ Ib.

⁴⁰⁸ Op. cit., p. 303.

⁴⁰⁹ Op. cit., p. 347.

Por eso la superficie se atraviesa a sí misma siguiendo una cierta línea que se detiene en un punto y da a la forma de doble giro de ese corte su significación privilegiada para enunciar la relación de $\$$ corte de a , que articula la estructura del deseo que es la estructura del fantasma. En ese corte del objeto a “se realiza el sujeto mismo”⁴¹⁰.

Lacan⁴¹¹ introduce de una forma esquemática la estructura del deseo que es la del fantasma: $\$ \diamond a$, y en ella destaca la función imaginaria.

En esa relación del sujeto que deviene corte del objeto, la función imaginaria mantiene una relación privilegiada con uno de los términos del fantasma, a , el objeto del deseo que está ligado por el corte al otro término $\$$. La función de este objeto esta oculta en el fantasma por la estructura libidinal.

La estructura libidinal marcada por la relación narcisista *enmascara* y recubre la relación con el objeto. El narcisismo secundario, la relación con la imagen del cuerpo, en tanto marcada por el rasgo unario, encuentra cierto apoyo que es de error con la imagen constitutiva de la identificación especular que tiene relación indirecta con lo que se oculta detrás de ella.

Así la imagen del a , objeto del deseo, deviene de la relación del sujeto a ese punto estructurante y ambiguo que es el falo Φ .

En *El Seminario. Libro 9. La Identificación* Lacan expone:

Lo que definí la última vez como el punto, el punto Φ en una cierta manera nueva de delimitar el círculo de connotación del objeto, es lo que nos lleva al umbral de tener, antes de separarnos este año, que plantear la función de ese punto Φ ambiguo, se los he dicho, no sólo en la mediación sino en la constitución inherente una a otra, no solo como el reverso aquí valdría del derecho, sino como un reverso, les he dicho, que sería la misma cosa que el derecho, del $\$$ y del punto a en el fantasma, en el reconocimiento de lo que es el objeto del deseo humano, a partir del deseo en el reconocimiento de aquello por lo que en el deseo del sujeto no es ninguna otra cosa sino el corte de este objeto⁴¹².

La función de ese punto ambiguo que es Φ ilustra el momento en que el sujeto se hace objeto, porque deviene de ese corte de a , que no es la imagen especular. Por eso quedará formalizado bajo la frase: “tú devienes lo que tú desconoces”⁴¹³.

Ahora bien, es importante destacar que Lacan, al final del seminario, señaló que el discurso sobre la identificación no habría agotado su campo. Por tal razón, reanuda el trabajo

⁴¹⁰ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 9. La Identificación*, s.l., 1961-1962, p. 320.

⁴¹¹ Op. cit., p. 353.

⁴¹² Op. cit., p. 364.

⁴¹³ Op. cit., p. 365.

sobre la identificación histórica en *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, mediante dos referencias: la tragedia de *Hamlet* y la antes mencionada superficie del *cross-cap*.

En la tragedia del príncipe de Dinamarca, que no será objeto de nuestro desarrollo, solo tomaremos como referencia el modo en que opera la identificación; hay, en primer lugar, pérdida del objeto y como consecuencia, el reconocimiento retroactivo del objeto que está ahí, como objeto de deseo.

Respecto de la figura del *cross-cap*, el objeto *a* que introdujo en el fantasma, es efecto del encuentro con la falta de significante en el Otro, de manera que, si en la figura del *cross-cap* se realiza un corte, se aísla una parte y se lo cierra, incluyendo el corte, queda una banda de *Moebius*. Sin embargo, en el seminario que estamos trabajando, esa parte residual que queda tras el corte es el *a* que no tiene imagen especular. Recordemos, que esa parte residual no especularizable es el $(-\phi)$. No obstante, si se lo ha adjuntado al yo ideal ha quedado *a*- i (*a*), una superficie que se une como la banda de *Moebius*.

Ahora bien, lo más importante que introdujo la novedad topológica, es que el *a* se concibe como causa y por eso está detrás del deseo y es sostén de la libido.

En resumen, por las modificaciones en la teoría, queremos enfatizar que el objeto *a* tendrá que ser extraído, a partir de localizar y reconocer la falta de significante en el Otro.

Entonces será la identificación el soporte para la extracción del objeto *a*, tal como Lacan lo anunció en *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*.

Además es importante aclarar que la traslación del objeto *a* al lugar de causa de deseo implica dejar de considerarlo como el objeto de deseo en el fantasma y por ende el axioma ahora es soporte del deseo.

Luego de haber presentado las reformulaciones teóricas, retomemos la función separadora de la identificación.

Lacan en 1964, causado por los enigmas de la identificación, distingue de la función del rasgo unario de la segunda forma de identificación formulada por Freud, una identificación diferente que produce el proceso de separación en el sujeto e instaura la función del objeto *a*.

Mencionemos esta distinción. En la relación del sujeto con el Otro el rasgo unario, que hemos trabajado, está en el campo del deseo y es el fundamento, núcleo e instrumento del ideal del yo. Por el ideal del yo, el *einzigster Zug* se entrecruza en el campo del *Lust*, del placer de la identificación primaria narcisista, para que el sujeto pueda reflejar en él la complacencia consigo mismo, sentirse amado. Sin embargo, esa operación que produce idealización se verá afectada por otra “función que instaura una identificación de índole muy diferente”⁴¹⁴.

⁴¹⁴ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1964, p. 265.

La identificación funda la función del objeto *a*, del que resulta el proceso de separación y por eso el sujeto deja de estar ligado a la vacilación del ser que habría constituido la alienación.

Advenir sujeto de deseo efecto de la identificación implicó separar del campo del Otro el objeto *a* y en tanto causa de deseo, ahora representa una pérdida.

Lacan en *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, muestra mediante una figura inexistente que llamó la laminilla ligada a la libido esa pérdida que surge del corte del objeto. En definitiva se trata de la libido, esa parte de sí mismo que se perdió al nacer por quedar sujeto al ciclo de la reproducción sexual.

El objeto *a* es un representante de la libido que surge del corte del objeto por el que el sujeto constituyó el fantasma al quedar fijado a un significante. El fantasma es un sostén de la libido y “señuelo del deseo”⁴¹⁵ y el objeto *a* es soporte en la pulsión de la significación del sexo por efecto del significante, el que, al mismo tiempo, con las significaciones del sexo podrá hacer presente la muerte.

En *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, leemos: “A saber que, para el hombre, y precisamente porque conoce los significantes, el sexo y sus significaciones, siempre pueden hacer presente a la muerte”⁴¹⁶.

Por eso la pulsión contornea al objeto *a* y como puro instinto de vida libidinal se enlaza mediante significaciones al inconsciente y presentifica en él la sexualidad, reiteramos por efecto del significante que hace surgir la muerte. De esa manera quedan explicadas y representadas las dos caras de la pulsión: la vida y la muerte.

Dicho de otro modo, por efecto del significante, entonces, que hace surgir la muerte y por ende la distinción con la vida, las pulsiones parciales se articulan mediante significaciones en el inconsciente y ello hace posible que el hombre pueda darle sentido al sexo.

En el seminario citado podemos leer:

De esta conjunción del sujeto en el campo de la pulsión con el sujeto tal como es evocado en el campo del Otro, de ese esfuerzo por alcanzarse uno al otro, depende el que haya un punto de apoyo para la *ganze Sexualstrebung*. Y es el único. Solo allí está representada la relación de los sexos en el inconsciente. En lo que toca al resto, la relación sexual queda expuesta a los azares del campo del Otro⁴¹⁷.

En definitiva, a los efectos del lenguaje y la palabra.

⁴¹⁵ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, 1ª ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1964, p. 193.

⁴¹⁶ Op. cit., p. 265.

⁴¹⁷ Ib.

Finalmente sabemos que la tercera forma de identificación que Lacan retoma de los desarrollos de Freud, es soporte de la separación del objeto *a* del campo del Otro. Operación que implica reconocer la falta en el Otro y ese reconocimiento retorna retroactivamente como falta en el sujeto. Devenir sujeto deseante requiere de una pérdida representada en la libido, la que enlazó mediante significaciones la pulsión al inconsciente por efecto del significante que hizo surgir la muerte. Esas significaciones permitieron al hombre significar el sexo y por ende la identificación es lo que posibilita la situación.

Por efecto de la operación, mencionada, se constituye el sujeto deseante. Siempre y cuando se reconozca como falta, habrá distancia entre el ideal del yo—dimensión en la que el sujeto encuentra el amor—y el deseo.

4.4.3 En la mascarada y el amor, la iridiscencia de la mirada

Recordemos que el reconocimiento por parte del sujeto de la falta de significante en el Otro es efecto de la extracción del objeto *a* cuyo soporte es la identificación. Operación que retorna como falta en el sujeto. Como lo hemos expuesto, de esa operación resulta el sujeto de deseo que surge del corte del objeto *a* y queda fijado a un significante. Es decir, el fantasma soporte del objeto *a* causa de deseo.

A propósitos del objeto *a*, Lacan lo situó en el campo de la transferencia analítica como el operador de la distancia entre el campo narcisista y el lugar donde el sujeto se reconoce como falta. Objeto que vino a tapar la división del sujeto sin poder franquearla, tal como lo demuestra el objeto *a* mirada.

Lacan precisa esta función del objeto *a* específicamente en el campo de la mirada en *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*:

El objeto *a* minúscula no franquea jamás esa hiancia. Los remito a la mirada como al término más característico para captar la función propia del objeto *a*.

Justamente *a* se presenta, en el campo del espejismo de la función narcisista del deseo, como objeto intragable, si me permiten la expresión, que queda atorado en la garganta del significante. En este punto de falta tiene que reconocerse el sujeto⁴¹⁸.

A la función del objeto *a* que a nivel de la mirada demuestra la imposibilidad en franquear la división del sujeto, la encontramos en los efectos de mascarada y el amor.

⁴¹⁸ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, 1ª ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1964, p. 278.

En 1964, hallamos que la mirada⁴¹⁹ puede contener el objeto *a* donde el sujeto viene a caer. Por eso si funciona como objeto *a* simboliza la falta central del fenómeno de la castración y se presenta como un objeto evanescente que deja al sujeto en la ignorancia de lo que está más allá de la apariencia.

La mirada, entonces, es un representante del objeto *a* causa de deseo en el campo de la pulsión escópica, que representa esa hiancia en la esquizia del sujeto a nivel de la dialéctica del ojo y la mirada, porque se separó del ojo como órgano por efecto de la castración.

En este sentido, la relación del sujeto con el órgano tiene que ver con el falo, que “funciona como lo que falta a lo que podría haber de real en el sexo”⁴²⁰. Ahora bien, el objeto *a* es aquello de lo que el sujeto se separó como órgano para constituirse y por eso la mirada vale como símbolo de la falta. Es decir, del falo en tanto hace falta.

Esta separación surge como efecto de la mediación y aislamiento de la pantalla en el sujeto del deseo que posibilitó la distancia respecto del narcisismo e impidió la captura imaginaria, y por ende el sujeto se reconoce como falta.

Por tanto entre el sujeto y la mirada está la máscara. Máscara que el sujeto ha podido aislar porque la mirada está más allá de la pantalla y el ojo funciona como objeto de deseo simbolizando el (-Φ), es decir, a nivel de la falta.

Por eso a nivel del campo escópico hay efectos de señuelo entre la mirada y aquello que se quisiera ver. “El sujeto se presenta como distinto de lo que es, y lo que le dan a ver no es lo que se quiere ver”⁴²¹.

En ese equívoco inferimos en el sujeto la separación del objeto *a* por identificación, y sus efectos de señuelo en la mascarada y el amor a nivel del ojo y la mirada.

Respecto de la mascarada, como lo hemos mencionado, Lacan situó la mancha y la mirada en el campo escópico e investigó los fenómenos miméticos en los desarrollos de R. Callois. Enseguida distingue la mascarada del mimetismo, el camuflaje y la intimidación, porque la mascarada conlleva en sí misma una finalidad sexual.

La finalidad sexual se presentifica, entonces, en los efectos de mascarada y simulación, términos que aquí Lacan utiliza sin distinción.

En *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, leemos:

En el caso del disfraz, está en juego cierta finalidad sexual. La naturaleza nos muestra que este designio sexual se produce mediante toda una suerte de efectos

⁴¹⁹ N de a: La función de la mirada en la máscara y mascarada ha sido desarrollado por la Dra. Dora Gómez: *De máscaras y mascaradas*, s.l.

⁴²⁰ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, 1ª ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1964, p. 109.

⁴²¹ Op. cit., p. 111.

que son esencialmente de simulación, de mascarada. Así se constituye un plano distinto del designio sexual propiamente dicho, que desempeña en él un papel esencial, no debemos decidir apresuradamente que es el plano del engaño. La función del señuelo, en este caso, es algo diferente, ante lo cual conviene suspender nuestro juicio hasta no haber medido bien su incidencia⁴²².

En lo atinente al plano del amor, a la función de la mirada a nivel del objeto *a* la discernimos en los efectos de señuelo mediante el engaño del ojo, no de la mirada.

“Cuando, en el amor, pido una mirada es algo intrínsecamente satisfactorio y que siempre falla porque –*Nunca me miras desde donde yo te veo. A la inversa, lo que miro nunca es lo que quiero ver*”⁴²³.

Encontramos la función del señuelo en la mascarada, aunque en ella no se trate específicamente del engaño, y en el plano del amor, porque funciona la hiancia entre la apariencia y el más allá donde está la mirada. Mirada que, reiteramos, se separó del ojo como órgano en la constitución del sujeto y por eso puede “funcionar como objeto *a*, es decir, a nivel de la falta ($-\phi$)”⁴²⁴.

Como consecuencia de esa esquizia primitiva, el sujeto no quedó atrapado en la captura imaginaria, sino que se orientó en ella porque pudo aislar la máscara. Aislamiento que a nuestro entender es efecto de la separación del objeto *a* por identificación.

Lacan precisa el aislamiento de la pantalla a la que también llama máscara en *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, cuando subraya:

(...) el sujeto del deseo que es la esencia del hombre – a diferencia del animal, no queda enteramente atrapado en esa captura imaginaria. Sabe orientarse en ella. ¿Cómo? En la medida en que aísla la función de la pantalla y juega con ella. El hombre, en efecto, sabe jugar con la máscara como siendo ese más allá del cual está la mirada. En este caso, el lugar de la mediación es la pantalla⁴²⁵.

De la función de la pantalla, además, sabemos por el trabajo del duelo que se hace sobre la pantalla ante la pérdida del objeto. Lacan,⁴²⁶ en *El Seminario. Libro 10. La Angustia*,

⁴²² Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1964, p. 107.

⁴²³ Op. cit., p. 109.

⁴²⁴ Op. cit., p. 111.

⁴²⁵ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1964, p. 114.

⁴²⁶ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1962-1963, p. 131.

investigó la identificación en el proceso del duelo y resignificó el enigma presente en la regresión por identificación con el objeto de amor en los desarrollos de Freud

En este sentido, el objeto *a* es objeto de la identificación y también objeto de amor cuando arranca al amante del estatuto bajo el cual se presenta, es decir, el de amable, *erómenos* -objeto-, para convertirlo en *erastés* -activo-sujeto de la falta-, aquello por lo cual se constituye en el amor.

Así el objeto *a* es lo que le da el instrumento al amor, en la medida en se ama con lo que no se tiene. De ello sabemos por qué el objeto *a* como objeto de amor se encuentra al principio del duelo, dado que el objeto causa de deseo funcionaba detrás de la pantalla que refleja la falta en ser del sujeto.

En *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, leemos:

Por eso este *a* que en el amor ya no se tiene, se lo puede reencontrar por vía regresiva en la identificación, en la identificación con el ser. Por eso Freud califica exactamente con el término regresión el paso del amor a la identificación. Pero, en esta regresión, *a* permanece como lo que es, instrumento. Es *con* lo que sé es que se puede tener o no, por así decir⁴²⁷.

El trabajo de desinvertir pieza por pieza al objeto se realiza “a través de la pantalla de la persona”⁴²⁸ por la cual se está haciendo el duelo y solo podremos estar de duelo por alguien de quien podemos decir “*Yo era su falta*”⁴²⁹.

Por eso en la identificación con el objeto el luto manifiesta que la persona por la que se hace el duelo era, sin saberlo, el soporte de la castración y la pérdida del objeto devuelve al sujeto “a esa posición de castración”⁴³⁰. En este sentido, “lo que damos en el amor es lo que no tenemos”⁴³¹ y cuando eso nos vuelve “hay sin duda regresión y al mismo tiempo revelación de aquello en lo que faltamos a la persona para representar dicha falta”⁴³².

Ser una falta, la falta que dimos en el amor.

Hemos podido situar que la función de la máscara impidió la captura del sujeto en la fascinación imaginaria por la separación del objeto *a* cuyo soporte es la identificación. El objeto *a* es aquello de lo cual el sujeto se separó como órgano para constituirse y el lugar donde se

⁴²⁷ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1962-1963, p. 131.

⁴²⁸ Op. cit., p.157.

⁴²⁹ Op. cit., p.125.

⁴³⁰ Ib.

⁴³¹ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1962-1963, p.155.

⁴³² Ib.

reconoce como falta. Por eso a nivel del campo escópico la mirada funciona como objeto *a*. De ello sabemos por sus efectos de señuelo en la mascarada—que no remite al plano del engaño dado que no hay sexo en el inconsciente y la sexualidad de pende de las significaciones de la pulsión—y señuelo en el amor.

Segunda Parte
Las máscaras en la otra escena

Las máscaras por la pasarela del sueño

5 Las máscaras por la pasarela del sueño⁴³³

5.1 La máscara en el sueño: sus artesanos

En el presente apartado abordaremos la máscara en la formación onírica. Por eso precisaremos mediante el sueño la diferencia entre el deseo reprimido infantil y los deseos del día desarrollados por Freud en “La interpretación de los sueños” y en La 14ª conferencia. “El cumplimiento de deseo”. Esta distinción será reafirmada por la función del resto diurno en la creación del sueño por los procesos primarios, los que nos permitirán situar el otro escenario psíquico donde se produce el sueño.

Lacan, en *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, retomó de la enseñanza de Freud por un lado, la diferencia entre el deseo reprimido y los deseos del día, y por otro lado, los procesos primarios bajo el nombre de la metáfora y metonimia para definir la estructura del sujeto. Estructura mediante la cual el deseo reprimido inconsciente solo se pronunciará enmascarado en el sueño.

Los desarrollos de la metáfora y la metonimia en “La Instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud”, nos permitirán situar la función de la letra en el significante para formular el sueño como un ideograma o *rebús* y además su función de disfraz del pensamiento. Letra que al mismo tiempo indicará la función de la verdad en el sujeto en la búsqueda de lo verdadero.

Luego de este desarrollo retomaremos el análisis de Lacan respecto de dos sueños: El sueño de “agua mansa” creado por una paciente de Freud y un sueño construido por una paciente de Maurice Bouvet.

Para empezar a exponer la presencia de la máscara en el sueño es preciso situar que Lacan⁴³⁴, en 1958, comienza por una distinción entre el motor del sueño y el discurso del inconsciente, con la salvedad de admitir su relación insoslayable. Distinción que halla en “La Interpretación de los sueños” en la enseñanza de Freud.

El discurso del inconsciente se expresa en los significantes y está encarnado en el motor del inconsciente que no se articula gramaticalmente y solo se pronuncia al discurso como deseo de reconocimiento del sujeto.

Al ser el deseo lo que está en el corazón de la práctica analítica y por ende en las formaciones del inconsciente, Lacan se dirige a la tesis de Freud “el sueño expresa un deseo”⁴³⁵

⁴³³ N de a: es pertinente mencionar que la frase pasarela del sueño fue extraída de Emilio Rodríguez: *El Siglo del Psicoanálisis*, Bs. As., Editorial Sudamericana. S. A, 1996, p. 21.

⁴³⁴ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 264.

⁴³⁵ Op. cit., p.278.

interrogando al deseo que el sueño expresa. Por tanto distingue los deseos del día y el deseo inconsciente. Diferencia que, como lo hemos anunciado, subrayó Freud.

A continuación hallamos la tesis mencionada en “La interpretación de los sueños”⁴³⁶ y la 14ª conferencia. “El cumplimiento de deseo”⁴³⁷ y en ella tropezamos con la diferencia entre deseos.

Está, entonces, el deseo inconsciente reprimido de origen infantil y los deseos del día. Los deseos del día son el material para la expresión del deseo reprimido por el trabajo del sueño.

El trabajo que forma al sueño opera con la fuerza del deseo inconsciente y lo realiza mediante los procesos primarios que conocemos bajo el nombre de condensación y desplazamiento. Son ellos los que remodelan el deseo para el cumplimiento del deseo del sueño.

En la 14ª conferencia. “El cumplimiento de deseo”, Freud precisa esta distinción mediante la diferencia entre designio y deseo inconsciente. En efecto, expone:

Un sueño, por tanto, nunca es un designio o una advertencia, pura y simplemente, sino siempre un designio, etc., traducido al modo de expresión arcaico con el auxilio del deseo inconsciente y remodelado para el cumplimiento de estos deseos. Uno de estos caracteres, el cumplimiento del deseo es el constante; los otros pueden variar. (...) ⁴³⁸.

Lo que diferencia a los deseos es que mientras que el deseo inconsciente es constante hay otros deseos cuya satisfacción y ellos pueden variar. Como por ejemplo podría ser un deseo latente del día que el sueño figure cumplido.

En una nota a pie de página, en la obra citada, leemos esta diferencia: “*dieser Wunsche*” –estos deseos– “*dieses Wunsches*” –este deseo–⁴³⁹.

Más aun, esta diferencia se afirma con la aparición del resto diurno, el que podrá decidir el fin para el cual utilizará la fuerza del deseo.

En la conferencia citada, leemos:

Para la relación de los restos diurnos con el deseo inconsciente, me he servido de una comparación que no puedo sino repetir aquí. Para cualquier empresa se requiere de un capitalista que sufrague los gastos, y de un empresario que tenga la idea y sepa llevarla a cabo. En la formación del sueño, el papel de capitalista lo

⁴³⁶ Sigmund Freud: “La interpretación de los sueños (segunda parte)”, en *Obras Completas*, 2º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1900-1901, vol. V, p. 543-51.

⁴³⁷ Sigmund Freud: “14ª conferencia. El cumplimiento de deseo”, en *Obras Completas*, 2º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1915-1916, vol. XV, p. 205.

⁴³⁸ Ib.

⁴³⁹ Ib.

desempeña siempre y sólo el deseo inconsciente: él presta la energía psíquica para la formación del sueño; el empresario es el resto diurno que decide acerca del uso de ese gasto.⁴⁴⁰

La comparación entre el capitalista y el empresario figuran las diferencias entre deseos y confluyen en otorgarle al resto diurno un estatuto inconsciente que se distingue del deseo reprimido inconsciente de origen infantil. En este sentido, Freud expuso:

¿Son los restos diurnos- me preguntan- realmente inconscientes en el mismo sentido que el deseo inconsciente que debe agregárseles para hacerles soñables? Ahí está el punto donde salta la cosa. El deseo del sueño pertenece a otro inconsciente, de origen infantil, provistos de mecanismos particulares⁴⁴¹.

Así con el resto diurno Freud manifiesta la existencia de otro inconsciente cuyo lugar se sitúa entre percepción y conciencia. En esta localidad psíquica diferente a la de la vida de vigilia y lugar donde se produce el sueño, Freud reconoció el hallazgo de Fechner y lo nombró el otro escenario psíquico.

A esa otra escena del sueño que Freud reconoció como un legado de Fechner, la leemos en “La interpretación de los sueños”: “El gran G. T. Fechner expresa en su *Psychophysik*, a propósito de algunas elucidaciones que ahí consagra al sueño, la conjetura de que *el escenario de los sueños es otro que el de la vida de representaciones de la vigilia*”⁴⁴².

Por los maestros artesanos del sueño conocimos que la moción de deseo reprimida inconsciente invistió al resto diurno y formó al sueño en la otra escena. De esa manera creó el sector de pensamientos llamados oníricos latentes de los cuales sabemos por el trabajo de interpretación. Ello surge porque el deseo inconsciente para expresarse invistió a los pensamientos preconscious mediante el trabajo del sueño creando otro deseo que encontró expresión en el sueño. El trabajo del sueño se realizó con la condensación y desplazamiento, y por la desfiguración onírica tradujo ese pensamiento preconscious en otra lengua y creó un texto que el soñante relató cómo contenido manifiesto.

Pues bien, definamos los procesos primarios, maestros artesanos de la creación del sueño.

⁴⁴⁰ Sigmund Freud: “14ª conferencia. El cumplimiento de deseo”, en *Obras Completas*, 2º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1915-1916, vol. XV, p. 207.

⁴⁴¹ Ib.

⁴⁴² Sigmund Freud: “La interpretación de los sueños (segunda parte)”, en *Obras Completas*, 2º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1900-1901, vol. V, p. 529.

La “condensación”⁴⁴³ resulta de: la omisión de ciertos elementos latentes; de un jirón que traspasa al contenido manifiesto y agrupa ciertos elementos latentes. Pero el proceso exclusivo de la condensación reside en ciertos elementos latentes que tienen algo en común y se aúnan en unidad en el contenido manifiesto.

La operación de “desplazamiento”⁴⁴⁴ se produce porque un elemento del contenido latente se expresa por alusión, es decir, un elemento alejado, y además, porque el acento psíquico se traslada de un elemento importante a uno menos importante.

Así, luego del trabajo de los procesos primarios, el resto diurno, entonces, es el encargado de trasponer mediante el miramiento por la figurabilidad los pensamientos en imágenes visuales en el texto del sueño.

Hasta el momento hemos distinguido el motor del sueño, es decir, el deseo reprimido de origen infantil de los otros deseos, los del día, *dieser- Wünsche*, que satisface el sueño. Distinción que realizamos mediante el trabajo del sueño para ir cercando que el deseo que interesa del sueño, tal como lo subrayó Lacan y lo mencionamos al comienzo, permanece ausente de la en la articulación gramatical.

Hallamos aquí una paradoja, porque el deseo está ausente en los significantes aunque se hace escuchar a través de los significantes. ¿Qué significa entonces el deseo de reconocimiento del sujeto en las formaciones del inconsciente que Lacan formuló en 1958?

Ahora retomemos a Lacan, quien en el otro escenario psíquico sitúa el inconsciente como discurso del Otro y para abordar la diferencia del deseo reprimido infantil respecto de los deseos del día expone:

Este deseo inconsciente, en suma, ¿por qué lo reconoció Freud en el sueño? ¿En nombre de qué? ¿Cómo se reconoce? Aparentemente, no hay nada en el sueño que corresponda a cómo se manifiesta un deseo gramaticalmente. No hay ningún texto de sueño, salvo algo que se ha de traducir a una articulación más profunda, pero en el nivel de esta articulación, que esta enmascarada, latente, ¿qué es lo que lo distingue, cómo se destaca lo que articula el sueño? Aparentemente, nada⁴⁴⁵.

En apariencias *nada* distingue en un sueño al deseo reprimido inconsciente. Sin embargo, esa nada requiere de una traducción y es ella la que lo enmascara. Traducción del deseo reprimido inconsciente en el sueño que se realiza por la intervención de la estructura del sujeto. Estructura que expresa al deseo y al mismo tiempo lo enmascara.

⁴⁴³ Sigmund Freud: “11ª conferencia. El trabajo del sueño”, en *Obras Completas*, 2º ed., Bs. As., 1915-1916, Amorrortu editores, p. 156.

⁴⁴⁴ Op. cit., pp. 158-9.

⁴⁴⁵ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 278.

Lacan⁴⁴⁶ en 1958 retomó de Freud la operación de condensación y desplazamiento bajo el nombre de metáfora y metonimia con que fundamentó la intervención de la estructura del sujeto en la traducción enmascarada del deseo.

En *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, leemos:

Esta estructura es sin duda la del sujeto, en la medida en que en ella deben de operar cierto número de instancias, pero sólo la reconocemos a través de lo siguiente, que lo que ocurre en el sueño está sometido a las modas y a las transformaciones del significante, a las estructuras de la metáfora y la metonimia, de la condensación y desplazamiento. Lo que da la ley de la expresión del deseo en el sueño es, ciertamente, la ley del significante⁴⁴⁷.

De todas maneras la metáfora y la metonimia se distinguen de la condensación y el desplazamiento. Puesto que lo que yace bajo la metonimia sobre la cual se apoya la metáfora, es la carencia de ser del deseo.

En “La Instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud”, Lacan⁴⁴⁸ trabajó la estructura del lenguaje designando la función de la letra como soporte material del significante. Por lo que retomó y transformó el algoritmo S / s de Ferdinand de Saussure.

Para el lingüista el algoritmo representa la unidad lingüística del significante sobre el significado y ello muestra la correspondencia biunívoca de la palabra con la cosa en el acto de nombrar.

Lacan borra la soldadura entre palabra y cosa para darle una función significante sujeta a leyes propias. A causa de la subversión del signo, en la articulación de un significante con otro significante destaca la constancia de fonemas acoplados en el sistema sincrónico los que tienen estatuto de letra. Por eso tras el deslizamiento de sentido que produce la cadena de significante, lo importante es que podrá significar otra cosa de lo que la palabra dice, dado que *la palabra es un disfraz en el sujeto*.

En el texto antes citado, leemos:

Lo que descubre esta estructura de la cadena significante es la posibilidad que tengo, justamente en la medida en que su lengua me es común con otros sujetos, es decir en que esa lengua existe, de utilizarla para significar *muy otra cosa* que lo que ella dice. Función más digna de subrayarse en la palabra que la de

⁴⁴⁶ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 278.

⁴⁴⁷ Op. cit., pp. 278-9.

⁴⁴⁸ Jacques Lacan: “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud”, en *Escritos I*, 14°ed., Bs. As., Siglo Veintiuno Editores, 1957, pp. 476-83.

disfrazar el pensamiento (casi siempre indefinible) del sujeto: a saber, la de indicar el lugar de ese sujeto en la búsqueda de lo verdadero⁴⁴⁹.

Por las leyes del significante, el sueño es como un ideograma o *rebús*⁴⁵⁰. Por tratarse de un ideograma tiene esa función de letra en el discurso y por eso las imágenes del sueño adquieren el estatuto de significante.

Por la función de la letra en el significante, entonces, el deseo en el sueño se presenta enmascarado cuando la metonimia lo traduce en la cadena significante y la operación de la metáfora excluye un significante en la sustitución por otro significante. Esa elisión significante hace surgir el sin sentido y la carencia de ser en la relación con el objeto.

Esta estructura del lenguaje posibilita la lectura por parte del sujeto con la consecuente significación que le otorga al sueño. La remisión de la significación se dirige hacia la satisfacción del deseo, pero al mismo tiempo apunta hacia esa carencia a la que sostiene. Por esto a esa función del significante en el lenguaje la llamamos metonimia.

La metonimia “se apoya en esa conexión palabra a palabra”⁴⁵¹ para que el sentido tome allí su lugar y por ese motivo el hombre en la metonimia encuentra el efecto de la verdad sobre el deseo. Dado que la cadena metonímica se relanza de manera continúa ante la irreductible satisfacción parcial del objeto. Ese residuo irreductible que insiste en la repetición y toma consistencia en la cadena significante expresa que el objeto es siempre el objeto metonímico, ya que el objeto del deseo es objeto del deseo del Otro y el deseo es siempre de otra cosa: la falta que presentifica el objeto primordialmente perdido que descubrió Freud.

El deslizamiento de sentido en la metonimia podrá tomar su lugar por la operación de la metáfora. Dicho de otro modo, la metonimia es la estructura fundamental en la que puede producirse algo nuevo que es la metáfora. No hay metáfora sino hubiese metonimia.

La metáfora es la conjunción de dos significantes que requiere de la chispa poética para su creación. Ese relámpago que surge entre dos significantes indica que un significante sustituye en la cadena a otro significante. Así toma el lugar de un significante que permanece oculto, pero presente por su conexión metonímica con el resto de la cadena.

La estructura metafórica es, entonces, la sustitución del significante por otro significante, cuyo efecto es el advenimiento de significación. “Una palabra por otra, tal es la fórmula de la metáfora”⁴⁵². La metáfora se coloca en el punto preciso donde el sentido se produce en el sin sentido. Dicho de otro modo, la función de la metáfora designa la elisión de lo que se elide que es un límite a la palabra y que la palabra misma funda: la falta de significación

⁴⁴⁹ Jacques Lacan: “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud”, en *Escritos* I, 14ªed., Bs. As., Siglo Veintiuno Editores, 1957, p. 485.

⁴⁵⁰ Op. cit., p. 490.

⁴⁵¹ Op. cit., p. 486.

⁴⁵² Op. cit., p. 487.

que remite a la muerte y a la sexualidad. A causa de ello se producen las formaciones del inconsciente.

A propósito de la operación de la metáfora y la metonimia en la creación del sueño, reiteramos, lo importante es el deseo reprimido. Y lo que la formación onírica puso de manifiesto es lo que está inscrito y se articuló enmascarado en búsqueda de reconocimiento. Nos referimos con ello a la experiencia de la dependencia primordial del sujeto con respecto al deseo del Otro.

A ello podemos leerlo En *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*:

Ahí se presenta algo que es absolutamente último en cuanto a la estructuración del deseo del sujeto. Ahora podemos articularlo—es la aventura primordial de lo que ocurrió en torno al deseo infantil, el deseo esencial, que es el deseo del Otro, o el deseo del ser deseado. Lo que se ha inscrito en el sujeto a lo largo de toda esta aventura, queda ahí, permanente, subyacente. Esto es la última palabra de lo que nos interesa en el sueño. Un deseo inconsciente se expresa a través de la máscara de lo que habrá proporcionado ocasionalmente al sueño su material. Nos es significado a través de las condiciones siempre particulares que le impone al deseo la ley del significante⁴⁵³.

Así sabemos que el deseo reprimido inconsciente solo puede pronunciarse a través de una máscara. Máscara que se hace de metáfora y metonimia, las que en el deslizamiento de la cadena significante aluden a la carencia de ser del deseo respecto de la satisfacción parcial con el objeto.

Por la alienación del deseo en el significante, el sujeto en análisis está comprometido en un proceso de reconocimiento. Ahora bien, dado que, de esa necesidad de reconocimiento el sujeto es inconsciente es necesario situarla en una alteridad. La alteridad es el ser el falo del que el sujeto se separó en su advenimiento por la división que instituyó el significante padre.

En este sentido, Lacan en 1958 trasmite los fundamentos para una análisis, tal como lo hemos mencionado en otro capítulo⁴⁵⁴, y enseña que mediante las formaciones del inconsciente el sujeto pase por la experiencia del deseo del Otro y reconozca que lo ha llevado a convertirse en un niño deseado que en ese encuentro ha significado y que la imagen de sí mismo puede reflejarlo.

⁴⁵³ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 279.

⁴⁵⁴ N de a: a propósito de los fundamentos de la praxis analítica con respecto a las formaciones del inconsciente, también lo hemos mencionado en el capítulo: La mascarada en esa mujer: un caso clínico de J. Rivière.

En *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, leemos:

En la relación con su propia imagen, el sujeto se vuelve a encontrar con la duplicidad del deseo materno en su relación con él como niño deseado, que no es sino simbólica. Lo comprueba, lo experimenta en esa relación con la imagen de sí mismo a la que pueden ir superponiéndose tantas cosas⁴⁵⁵.

En suma se trata del pasaje en el análisis por la experiencia de haber sido y dejar de ser el falo, representante del deseo del Otro. En esa división, entonces, encontramos el deseo reprimido infantil que indica el deseo del Otro en búsqueda de reconocimiento enmascarado en el sueño. Al tratarse del deseo del Otro remite a una carencia, a una falta. Falta que introdujo el significante y por el cual el sujeto accedió a las identificaciones significando su sexo.

Finalmente hemos situado la diferencia entre el deseo reprimido infantil que a nuestro entender remite al deseo del Otro y los deseos del día mediante los cuales el deseo reprimido inconsciente se presenta enmascarado en el sueño por las leyes del significante. Es decir, a través de imágenes y significantes en el discurso del Otro y por eso la palabra es un disfraz del pensamiento.

En este sentido el deseo se traduce por la metonimia sobre la que se posa la metáfora la que hace surgir mediante la sustitución significante la elisión del significante que permanece oculto. Estas operaciones producen sentido y sin sentido. En esta dimensión que remite al sin sentido, la función de la letra en la cadena significante señala el lugar del sujeto en la búsqueda de lo verdadero. Verdad que hace surgir la letra porque indica la carencia de ser del deseo con relación al objeto, ya que el deseo es siempre el deseo del Otro y en tanto falta solo puede pronunciarse enmascarado en el sueño.

5.1.1 La blusa es máscara

A propósito de la formación onírica desarrollaremos el análisis de Lacan con respecto a dos sueños de una paciente analizada por Freud a la que nombró como “agua mansa”. En este sentido situaremos las dos dimensiones que articula el significante en la relación del sujeto con el falo: el dilema de tenerlo o serlo.

En esos sueños, el significante señaló el lugar del deseo y ello demostró fundamentalmente que la histérica articuló al discurso del inconsciente el dilema de ser y no ser

⁴⁵⁵ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 266.

el falo, mediante el parecer. De ello surge que se hace máscara y se dirige al Otro para que designe en ella el significante del deseo.

Lacan⁴⁵⁶ en *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, demuestra el modo en que funcionan las relaciones del significante falo con el deseo y deja planteado que el falo no es un objeto. Por tanto se trata del significante representante del deseo.

Para ello, retomó el deseo de la histérica en los sueños de “agua mansa”⁴⁵⁷ de la obra “La interpretación de los sueños” y mostró el modo en que el falo se actualiza en una frase, que Freud no analizó, y esta, en tanto significante, señaló el lugar del deseo. Se trata de la frase “ya no se puede tener”⁴⁵⁸.

Respecto del primer sueño, la singularidad radica en “indicar el lugar del significante falo”⁴⁵⁹ en la relación de la histeria con el deseo.

Lacan retoma del apartado A “Lo reciente y lo indiferente en el sueño” del capítulo V “El material y las fuentes del sueño”⁴⁶⁰, de la obra citada, la siguiente formación onírica:

Una joven inteligente y fina, reservada, hasta un poco “agua mansa”, dice: “Soñé que llegaba demasiado tarde al mercado y no encontraba ya nada ni en la carnicería ni en la verdulería”. He aquí sin duda un sueño inocente, pero un sueño no se presenta de esta forma. Le pido un relato detallado. Es el siguiente: iba al mercado con su cocinera, que llevaba el cesto. El carnicero le decía, tras pedirle ella algo, que ya no se puede conseguir. *Das ist nicht mehr zu haben*. Quería darle otra cosa diciendo: es bueno, pero ella lo rechazaba. Iba a la verdulería. La verdulera quería venderle legumbres de una clase singular, atadas en pequeños paquetes y de color negro. Ella decía: no lo conozco, no me lo llevo⁴⁶¹.

Freud tomó la frase “la carnicería estaba cerrada”⁴⁶² que, en el lenguaje vienés, alude al vestido de los hombres y por ello interpretó que resultó ser la expresión inversa a la que se le

⁴⁵⁶ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, pp.379-82.

⁴⁵⁷ Op. cit., pp. 383-4.

⁴⁵⁸ Op. cit., p. 386.

⁴⁵⁹ Ib.

⁴⁶⁰ Sigmund Freud: “La interpretación de los sueños (primera parte)”, en *Obras Completas*, 2º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1900, vol. IV, pp. 200.

⁴⁶¹ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, pp. 383-4.

⁴⁶² Ib.

habría dicho a un hombre por sus negligencias en el vestir. Por ello “carnicería”⁴⁶³ aludió a “escaparate”⁴⁶⁴ y de ello surgió que leyó el dicho “tu escaparate – carnicería”⁴⁶⁵ está abierta.

Lacan retoma la enseñanza de Freud y pone el acento en escuchar lo que adquiere carácter de discurso. Queremos decir, lo que es dicho y oído en lugar de lo pensado, puesto que se distingue sin dificultad y por eso se trata de un elemento del lenguaje que tiene valor por sí mismo, no tiene significación y proviene de la vida despierta. “Se trata pues de palabras inscritas en el sueño como en una pancarta.”⁴⁶⁶

Por tanto, retomó la frase del carnicero “ya no se pueden conseguir”⁴⁶⁷, *Das ist nicht mehr zu haben*, a la que interpretó en conexión con las asociaciones que fue produciendo la paciente en el análisis con Freud y tradujo como “ya no se puede tener”.

Esa frase, en primer lugar, le recordó la dificultad mencionada por Freud con respecto a la reconstrucción anterior a la amnesia infantil en el caso del “Hombre de los Lobos”. A ello, Lacan lo relacionó con las palabras que Freud dijo a la paciente respecto de que “ya no podían conseguir”⁴⁶⁸ las vivencias infantiles, si no era por medio de transferencias y sueños. A ese dicho la paciente de Freud lo rechazó.

Por ello, Lacan interpretó que la frase del carnicero proviene de lo que habría dicho Freud.

En segundo lugar, relacionó la frase “ya no podían conseguir”⁴⁶⁹ con “no lo conozco, no me lo llevo”⁴⁷⁰, con la que la paciente de Freud respondió a la verdulera.

En tercer lugar, consideró la frase pronunciada de la mujer, durante una discusión con la cocinera: “no sé qué es esto”⁴⁷¹ a la que enseguida añadió “haga usted el favor de conducirse más correctamente”⁴⁷².

Lacan⁴⁷³, entonces, propone dividir en dos la frase arriba mencionada, dado que el resto diurno en el sueño toma la parte del elemento del lenguaje que no tiene significación, “no sé qué es esto”⁴⁷⁴, porque la censura funciona apartando lo que tendría sentido. Por esto, el sueño ha conservado, de las dos frases dichas a la cocinera, aquella desprovista de sentido.

A nuestro entender, en los fonemas *no* de la frase leemos el efecto de la letra en el significante que se deslizó en la cadena metonímica, precisamente donde Freud interpretó la

⁴⁶³ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, pp. 384.

⁴⁶⁴ Ib.

⁴⁶⁵ Ib.

⁴⁶⁶ Ib.

⁴⁶⁷ Op. cit., p. 383.

⁴⁶⁸ Op. cit., p. 385.

⁴⁶⁹ Ib.

⁴⁷⁰ Ib.

⁴⁷¹ Ib.

⁴⁷² Ib.

⁴⁷³ Ib.

⁴⁷⁴ Ib.

operación del mecanismo de desplazamiento que procedió por alusión. Cadena en la que se deslizó la significación sexual que subyace en las legumbres de color negro y simbolizó la frase “la carnicera estaba cerrada”⁴⁷⁵.

En esa cadena metonímica que procede por alusión, hallamos destacado ese elemento que Lacan interpretó que Freud no había analizado. Elemento que tomó su lugar por la creación metafórica a través de la frase “ya no se puede conseguir”⁴⁷⁶, “ya no se puede tener”.

En este sentido, Lacan reconoció la significación sexual que se desliza en la asociación mencionada, ante la cual subrayó que allí no había nada que descubrir y por eso propuso otra dirección con respecto a la interpretación de lo que descifra en el sueño: el elemento que Freud no analizó. En este caso el sueño muestra la relación de la histérica con el deseo y ese deseo se sostiene indicado por el significante falo.

En *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, leemos:

Como ustedes ven, Freud introduce aquí sin dudarlo y sin ambigüedad el significante falo. El único elemento que no pone de relieve en su análisis, pues tenía que dejarnos algo por hacer, es el siguiente, llama mucho la atención. Toda la ambigüedad del comportamiento del sujeto con respecto al falo reside en este dilema, a saber, que este significante, el sujeto puede tenerlo o puede serlo⁴⁷⁷.

El problema que exterioriza el sujeto es la ambigüedad en su comportamiento con respecto al falo que se presenta como un dilema. Dilema que, por un lado, reside en que ese significante el sujeto puede serlo o tenerlo y, por otro lado, muestra que el falo no es el objeto del deseo sino el significante. En tanto significante y objeto que falta, el falo surge representado en la frase: “ya no se puede tener”⁴⁷⁸.

A ello lo leemos en *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*:

¿Por qué aparece el falo en este sueño? Desde esta perspectiva, no creo en absoluto que sea un paso abusivo decir que el falo se actualiza propiamente en el sueño de esta histérica en torno a la frase de Freud -*Das ist nich mehr zu haben*- ya no se puede tener⁴⁷⁹.

⁴⁷⁵ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p.385.

⁴⁷⁶ Ib.

⁴⁷⁷ Op. cit., p. 386.

⁴⁷⁸ Op. cit., p. 385.

⁴⁷⁹ Op. cit., p.384.

El verbo “*tener*”⁴⁸⁰ es empleado de acuerdo al uso lingüístico *tenerlo, tener o no tener*, y en la frase alude al falo. En este sentido, se trata del falo que surge, por un lado, como el objeto que “le falta”⁴⁸¹ al sujeto desde la dimensión biológica y ello se presenta en la frase significativa “es lo que ya no se puede tener”⁴⁸² que lo articula como significante de la falta de objeto. Por otro lado, remite al falo porque es el significante que no tiene el Otro.

En fin, el falo se articula en el lenguaje y se sitúa en el Otro, por eso es el significante del deseo que se articula como deseo del Otro.

El momento de ese empalme—donde el deseo se articula como deseo del Otro— Lacan lo sitúa en el segundo sueño que analiza de la misma enferma, “en algún sentido la contraparte del anterior”⁴⁸³.

Retoma, entonces, en el *Seminario* antes citado, de “La interpretación de los sueños” el apartado A “Lo reciente y lo indiferente en el sueño” del capítulo V “El material y las fuentes del sueño”,⁴⁸⁴ la siguiente formación onírica: “*Su marido pregunta: ‘¿no habría que hacer afinar el piano?’*. Ella: ‘*no vale la pena*’, ‘*Es lohnt nicht*’ - que significa algo así como ‘*No compensa*’. ‘*Primero hay que hacer revestir los macillos*’”⁴⁸⁵.

Si bien el sueño es la repetición de un acontecimiento del día anterior —ya que el marido le hizo esa pregunta y ella dio una respuesta parecida—, lo que interrogó a Freud fue por qué aun siendo una repetición, lo sueña. La clave se descifró en la interpretación de la paciente. Mientras fue asociando el sueño, dijo de ese piano que era una caja maloliente, que daba mal sonido y que su marido lo tenía antes de casarse.

En realidad, en la última frase pronunciada irrumpe el *no*, “una sustitución por lo contrario”⁴⁸⁶, tal como lo aclaró la interpretación en análisis y por eso habría dicho: “su marido *no* lo tenía antes de casarse”⁴⁸⁷.

Pero la solución la dio la frase que dijo el día anterior al sueño, cuando visitó a una amiga. Le habían dicho que se quitara la chaqueta y ella se negó diciendo: “Gracias, *no vale la pena*, ya me voy”⁴⁸⁸.

⁴⁸⁰ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, pp. 386-7.

⁴⁸¹ Op. cit., p. 387.

⁴⁸² Ib.

⁴⁸³ Sigmund Freud: “La interpretación de los sueños (primera parte)”, en *Obras Completas*, 2° ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1900, vol. IV, p. 201.

⁴⁸⁴ Ib.

⁴⁸⁵ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 387.

⁴⁸⁶ Sigmund Freud: “La interpretación de los sueños (primera parte)”, en *Obras Completas*, 2° ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1900, vol. IV, p. 201

⁴⁸⁷ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 387.

⁴⁸⁸ Sigmund Freud: “La interpretación de los sueños (primera parte)”, en *Obras Completas*, 2° ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1900, vol. IV, p. 201.

A ese dicho Freud, en 1900, lo asoció a un acto que la paciente realizó el día anterior, en el momento en que en análisis se llevó de repente la mano a la chaqueta cuando uno de los botones se le abrió. Por ese motivo interpretó que fue como si ella hubiese dicho: “Por favor, no mire usted, *no vale la pena*”⁴⁸⁹. En el acto que acompañó a la frase: “Por favor, no mire usted, no vale la pena”, descifró la sustitución de pecho por caja que se completa con torácica, dado que habría remitido a la época donde la paciente estaba descontenta por sus formas.

Lacan, en 1958, sitúa la otra vertiente de la problemática fálica que remite al pasaje del ser a no ser el falo y aquí sitúa la máscara en la histeria.

A nuestro entender aquí podríamos situar la dimensión de la metáfora sobre la cadena metonímica en la conjunción de dos significantes “no vale la pena”, “no mire usted, no vale la pena” porque ese significante oculto, el falo, sigue presente por su conexión metonímica con el resto de la cadena bajo el *no* que señala la carencia de ser del deseo. En este sentido, la función de la metáfora designa la elisión de lo que se elide y el efecto de esa sustitución fue demostrado en el gesto con la blusa, en ese momento en que la paciente llevó la mano a su blusa donde había un botón desprendido, gesto en el que se hace máscara.

Si retomamos el análisis de Lacan y recordamos que el falo es el significante del deseo y por ende del deseo del Otro, esta formación onírica manifiesta el problema que a un sujeto se le presenta en el primer paso de la dialéctica del deseo, que radica en ser o no ser el falo.

En *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, leemos:

Confiemos decididamente en esta función de significante que le concedemos al falo, y digamos lo siguiente— al igual que no se puede ser y haber sido, tampoco se puede ser y no ser. Si es preciso que lo que no se es sea lo que se es, lo que queda es no ser en el parecer, lo cual es con toda exactitud la posición de la mujer en la histeria. En cuanto mujer, se hace máscara. Se hace máscara precisamente, para detrás de esa máscara ser el falo. Todo el comportamiento de la histérica se pone de manifiesto en el gesto de aquella mano que se lleva al botón— cuyo sentido Freud nos ha acostumbrado a ver hace mucho, mucho tiempo— acompañada de la frase *No vale la pena*. ¿Por qué no vale la pena? Por supuesto, porque la cuestión es que no se mire detrás, porque detrás se trata, desde luego, de que el falo no esté. Pero verdaderamente no vale la pena ir a ver, *Es lohnt nicht*, porque precisamente ahí no se lo va a encontrar⁴⁹⁰.

⁴⁸⁹ Sigmund Freud: “La interpretación de los sueños (primera parte)”, en *Obras Completas*, 2º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1900, vol. IV, p. 201.

⁴⁹⁰ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 388.

En ese hacerse máscara a través del gesto con la blusa encontramos la provocación de la histérica en la transferencia dirigida al Otro para que reconozca en ella el significante del deseo. Por tanto, a través del sueño quedó descifrado que tras el gesto con la blusa se desliza la provocación al analista para constituir el deseo más allá de la apariencia.

En *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, leemos:

Es decir que ella indica el lugar -más allá de la apariencia, de la máscara- de algo que se le presenta al deseo sin, por supuesto, permitirle el acceso, porque es algo que se presenta detrás de un velo, pero, por otra parte, es imposible encontrarlo ahí. No vale la pena que abra mi blusa, porque no encontraría usted el falo, pero si me llevo la mano a la blusa es para que usted designe, detrás de mí blusa, el falo, es decir, el significante del deseo⁴⁹¹.

Sin embargo, la problemática que la máscara expresa es la de dirigirse al Otro para que designe el deseo. Ahora bien, que lo designe para no permitir el acceso al deseo.

Luego, Lacan⁴⁹² trabajó la articulación de la función del significante falo con el discurso del Otro, a través de la tríada necesidad, demanda y deseo. Este trabajo fue contemporáneo al que desarrolló en “La significación del falo”⁴⁹³, salvo que aquí expuso lo que se quiere decir con “deseo”, cuyo propósito radicó en situar el lugar que ocupa el deseo sexual y lo demostró en la posición de la mujer que subyace en la máscara de la histeria.

Con respecto a qué queremos decir con “deseo”, sabemos que el deseo surge porque por efecto del significante la demanda transformó la necesidad y ello produjo una pérdida. Ese residuo que se presenta más allá de la demanda, en la relación del sujeto con el Otro, es el deseo.

Entonces, la dialéctica de la demanda en la relación del sujeto con el Otro determina el modo en que se presenta el deseo, que será siempre una falta. Mientras que la demanda es siempre demanda de amor y por eso invoca siempre al Otro como presente o ausente, dando o no esa presencia. En este sentido la demanda es incondicional y esa incondicionalidad reside en que la pérdida, que produjo la transformación de la necesidad bajo la forma de demanda, afectó al Otro dado que ya no se presenta de la misma manera. Esa pérdida que retorna como deseo hizo que el Otro “pierda su prevalencia”⁴⁹⁴.

⁴⁹¹ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 388.

⁴⁹² Op. cit., pp.389-92.

⁴⁹³ Jacques Lacan: “La significación del falo”, en *Escritos 2*, 2°ed., Bs. As., Siglo Veintiuno Editores, 1958, pp. 657-8.

⁴⁹⁴ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 390.

De cualquier manera, solo a condición de una segunda negación, el deseo reaparecerá como condición absoluta. La condición absoluta del deseo surge de la anulación de la dimensión del Otro que no ha podido y no podrá responder por sí o por no. Por ello Lacan afirma: “Éste es el carácter fundamental del deseo”⁴⁹⁵.

En *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, leemos:

El deseo (...) Es el margen, el resultado de la sustracción, por decirlo así, de la exigencia de la necesidad con respecto a la demanda de amor. Inversamente, el deseo se presenta como lo que, en la demanda de amor, es rebelde a toda reducción a una necesidad, porque en realidad eso no satisface más que así mismo, es decir al deseo como condición absoluta⁴⁹⁶.

Es decir, el deseo en estado puro toma forma de condición absoluta con respecto al Otro. En ese lugar, que remite por una parte a la demanda y por otra parte a la necesidad, es donde el deseo sexual se presenta de un modo problemático en el sujeto.

Respecto del plano de la necesidad, el deseo introduce la sexualidad, la que no corresponde a ninguna necesidad que pueda racionalizarse y por el solo hecho de ser parte de la especie humana es en sí misma problemática.

Por lo que se refiere a la demanda, la sexualidad convertida en deseo, solo puede situarse en el plano del deseo. El deseo sexual con respecto a la demanda se presenta de manera problemática porque el deseo sexual implica al Otro, dado que se formula bajo la forma de una pregunta que no puede articularse verdaderamente a causa de la inexistencia de una palabra para expresarlo. Por eso, solo encontraremos “palabrería”⁴⁹⁷.

En consecuencia, al deseo solo lo expresa un significante diferente a los demás y es el falo, que representa el impulso vital. Ahora bien, al encontrarse capturado en la dialéctica significante lleva la marca de la mortificación por la dimensión simbólica.

En *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, leemos:

Aquí, la mortificación ambigua se presenta en forma de velo, el que vemos reproducirse todos los días en forma de la blusa de la histérica. Esta es la posición fundamental de la mujer con respecto al hombre en lo concerniente al deseo, a saber, que ahí, detrás de la blusa, sobre todo no vayan a ver qué hay, porque por

⁴⁹⁵ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 390

⁴⁹⁶ Op. cit., p. 391.

⁴⁹⁷ Ib.

supuesto no hay nada, no hay nada más que significante. Pero el significante del deseo, precisamente, no es lo mismo que nada⁴⁹⁸.

Por tanto, en la máscara de la histérica retorna, en esa ambigüedad que hallamos en el significante del deseo, el falo, con la salvedad de que con su blusa demanda al Otro que responda por la existencia del significante, pero precisamente para sustraerse del deseo.

Finalmente, el análisis de los sueños de “agua mansa” nos ha permitido volver a situar la función de la metáfora y la metonimia en la creación del sueño, en el que el deseo se presenta enmascarado por la función de la letra en el significante y al mismo tiempo ese significante señala el lugar del deseo.

Específicamente, la conjunción de los dos sueños de “agua mansa” muestra que la problemática del deseo se sitúa en el pasaje del ser al tener el falo, que actualiza la frase significativa “ya no se puede tener”. Deseo que quedó indicado por el significante en el pasaje por el deseo del Otro y retorna en el sujeto en el dilema de ser o no ser. Ese dilema es el que reactualiza la histérica con la “blusa” cuando se dirige al analista sin saberlo para que designe en ella el significante del deseo.

Ese acto de transferencia dirigido al analista para que designe el significante del deseo podemos inferirlo cuando la paciente, al hablar en sesión, se llevó la mano allí donde estaba desprendido el botón de la camisa. Ese acto se “posó” sobre el recuerdo en la casa de su amiga, cuando le pidieron que se sacara la chaqueta, a lo cual respondió: “No gracias, ya me voy, no vale la pena” y quedó anudado a la repetición en transferencia donde el gesto elidió la parte de la frase “no mire usted” y se presentó “no vale la pena”. Dicho de otro modo, la blusa es la metáfora que elide el “no mire usted” y se articuló con “no vale la pena”.

En ese hacerse máscara se exterioriza la problemática del deseo de la histérica con respecto a los hombres. Problemática que demuestra la ambigüedad del falo, porque se dirige al Otro para que designe el significante del deseo pero para rehusarlo. Esa función es la que muestra la prenda de la histérica.

5.1.2 La máscara y su rival

Lacan, en 1958, llamó “síntoma a cualquier cosa que es analizable”. Entonces, en este apartado situaremos la función de la mascarada y máscara en un sueño que se articuló en la puesta en causa de un síntoma obsesivo, que Lacan en *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones*

⁴⁹⁸ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 392.

del Inconsciente, analizó en un caso clínico publicado por Maurice Bouvet. Se trata de una neurosis obsesiva femenina.

En el caso mencionado, retomaremos el texto de Lacan “La significación del falo” y el seminario citado, con los que fundamentaremos el modo en que retorna el significante falo en los fenómenos obsesivos de la paciente y los efectos de significación fálica que articularemos a un sueño construido que se enlazó a la transferencia.

A la significación que de ello se desprende la demostraremos en la mascarada, mediante la que introduciremos que el problema del sujeto no es tener o no tener el falo, sino ser o no ser el falo para el Otro. A ello lo demostraremos por el modo en que la paciente articula el deseo cuando hace de su feminidad una máscara.

La presencia de la mascarada y la máscara en la neurosis obsesiva demuestra el modo en que el significante falo produce efectos de significación fálica y se exterioriza a nivel de la asunción de la imagen fálica. La prevalencia del falo a nivel imaginario, frecuente en sujetos masculinos, fue hallada por Lacan, en 1958, en la neurosis obsesiva de una mujer analizada por M. Bouvet, quien publicó el caso en el artículo “Incidencias terapéuticas de la toma de conciencia de la envidia del pene en la neurosis obsesiva”⁴⁹⁹.

Al enfatizar en la máscara la dimensión imaginaria del falo significante, nos limitaremos a exponer del caso clínico publicado en el artículo mencionado el sueño que relató la paciente durante la cura.

La paciente referida es una mujer de cincuenta años, madre de dos hijos, que ejerce una profesión de paramédica y consulta por una serie de fenómenos obsesivos, entre los cuales relata la imposición de obsesiones religiosas que contradicen sus convicciones.

Lacan⁵⁰⁰ destaca en las obsesiones un elemento subrayado por el analista que atañe a la relación del sujeto con la religión católica: la mujer veía representado a los órganos genitales masculinos en el lugar de la hostia. Aquí, entonces, sitúa el elemento que sustituye al significante falo.

El caso es que esa mujer recibió educación religiosa y, en el cristianismo, Cristo es el verbo encarnado. Por eso, ese rastro -los genitales masculinos- que reaparece en la superficie por el retorno de lo reprimido en Cristo, el verbo encarnado en el credo del cristianismo, sustituye al significante privilegiado: el falo.

La sustitución es efecto de las leyes que rigen el otro escenario psíquico, la metáfora y la metonimia, que por el doble juego de la combinación y sustitución en el significante generan

⁴⁹⁹ Maurice Bouvet: “Incidencias terapéuticas de la toma de conciencia de la envidia del pene en la neurosis obsesiva femenina”, en *Colección DIVA*, N°11, Bs. As., s.l., 1999, pp. 1-11.

⁵⁰⁰ Op. cit., p. 459.

efectos de significado. Ello demuestra que del falo solo encontramos la presencia de la metáfora y por eso inferimos su articulación en el campo del Otro mediante los efectos de significados.

Respecto de la función del falo, en “La significación del falo”, Lacan expone que el falo (...) es el significante destinado a designar en su conjunto los efectos del significado, en cuanto el significante los condiciona por su presencia de significante”⁵⁰¹.

Comprobemos los efectos de significado que genera el falo y para ello retomemos el trabajo que Lacan⁵⁰² realizó sobre la exposición del caso de Maurice Bouvet.

Respecto de la significación que surge de la relación del sujeto con el Otro, hemos dicho que esta mujer recibió de su madre, con un carácter de coacción, la educación religiosa y en el catolicismo -como dijimos- “Cristo es el verbo encarnado”. Este significado, siendo la forma abreviada del *credo* y *verbo encarnado* es la sustitución de ese significante privilegiado en tanto que:

(...) designa el efecto del significante sobre el significado. Lo que se produce, pues, en este síntoma es la sustitución de la relación del sujeto con el Verbo encarnado, o incluso, con la totalidad del Verbo, por un significante privilegiado que sirve para designar el efecto, la marca, la huella, la herida del conjunto del significante, en tanto que descarga su peso sobre el sujeto humano—y en éste, por la instancia del significante, hay cosas que van a significar⁵⁰³.

En suma, el verbo encarnado es el significante que sustituye al falo y la representa en tanto sujeto en el campo del Otro.

En este sentido, Lacan⁵⁰⁴ leyó los efectos que el significante ha de significar cuando Cristo se enlaza a la transferencia a través de un sueño y en el reproche dirigido al analista, relacionado a un objeto que adquiere valor de significación fálica: los zapatos como deseo de posesión del falo.

Por eso extrajo del artículo citado el momento en el que el sujeto relató que soñó que “aplastaba la cabeza de Cristo a patadas”⁵⁰⁵ y añadió que esa cabeza se parecía a la del analista.

La paciente asoció al relato del sueño un pequeño suceso: “*cada mañana, para ir a trabajar, paso por delante de una tienda de pompas fúnebres donde hay cuatro cristos*”

⁵⁰¹ Jacques Lacan: “La significación del falo”, en *Escritos* 2, 2ª ed., Bs. As., Siglo Veintiuno Editores, 1958, p. 657.

⁵⁰² Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1ª ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, pp. 458-9.

⁵⁰³ Ib.

⁵⁰⁴ Ib.

⁵⁰⁵ Ib.

*expuestos. Cuando los miro, tengo la sensación de caminar sobre sus vergas. Experimento placer y angustia*⁵⁰⁶.

Aquí encontramos la identificación de Cristo con el Otro como lugar de la palabra a quien el sujeto aplastaba con sus talones y ello está materializado por el crucifijo. Por eso, Lacan infiere, en la materialización del crucifijo, que puede ser todo él –Bouvet, analista de la paciente– el falo y es el momento en que el significante empieza articularse en el lugar del analista como lugar de la palabra. Es más, la paciente reprochó al analista que por los cuidados de su existencia no puede comprarse zapatos.

Hay en los zapatos y el talón un reconocimiento del valor fálico porque con ellos aplasta la cabeza de Cristo y por eso, en este momento del análisis, reiteramos, los zapatos adquieren significación fálica.

En los efectos de significación fálica radica la diferencia de lectura de Lacan con respecto al caso clínico, que se desprende de sus fundamentos teóricos y por lo cuales propone otra dirección de la cura diferente con respecto a las interpretaciones del analista de la paciente.

M. Bouvet⁵⁰⁷ interpretó que los zapatos, de los que el análisis la privaba, la ayudaban a vencer su sentimiento de inferioridad y le permitían practicar sobre la persona del analista una venganza anti-masculina. El sueño expresaba el deseo de poseer un falo potente, representado en el pie bien calzado, y de ello se desprende que “la simple posesión del órgano le otorgaba poder”⁵⁰⁸. En este sentido, leyó en el deseo de poseer un falo el deseo de ser un hombre y el deseo de castración al analista con el que dirigió la interpretación del análisis de su paciente.

Por eso, Lacan⁵⁰⁹ destaca aquí la importancia de la significación fálica del zapato, ya que la paciente afirma no haber querido nunca ser un hombre y se opone así a la interpretación del analista, dirigida al deseo de poseer un falo como sinónimo del deseo de ser un hombre.

Luego, diferencia el deseo de ser un hombre del deseo de poseer un falo y extrae de esa distinción la relación del sujeto con el falo en el trato con el hombre que lee en la réplica de la analizada.

Atendamos a su manifestación: “Cuando voy bien vestida—entiéndase, *cuando llevo los zapatos bonitos— los hombres me desean, y me digo con una alegría muy real: he aquí a otros que van a quedarse con las ganas. Me alegra imaginarme que puedan sufrir por ello*”⁵¹⁰.

Además es preciso mencionar que había establecido una relación agresiva con su marido.

⁵⁰⁶ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, pp. 458-9.

⁵⁰⁷ Maurice Bouvet: “Incidencias terapéuticas de la toma de conciencia de la envidia del pene en la neurosis obsesiva femenina”, en *Colección DIVA*, N°11, Bs. As., s.l., 1999, p. 4.

⁵⁰⁸ Ib.

⁵⁰⁹ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 459.

⁵¹⁰ Ib.

A partir de esa contradicción que surge de la asociación con los vestidos, Lacan analiza la relación de la mujer con el falo que mediatiza su relación con el hombre, y subraya que ello depende de la relación del sujeto con el deseo de la madre.

La relación del sujeto con el deseo del Otro conduce al obsesivo a ser el objeto del deseo, que aunque le es desconocido, supone deducirlo. Del objeto del deseo de la madre depende para el sujeto el acercamiento a su deseo con un efecto destructivo y al mismo tiempo el acercamiento al deseo lo define el falo, en tanto que es el significante representante del deseo en el sujeto.

En este sentido, Lacan sitúa el problema en la paciente de M. Bouvet en el encuentro con el deseo del Otro y lo relaciona con el *Penisneid*.

El problema en esta mujer no es tener el falo, sino que es saber qué efecto produce en el Otro el deseo. Mejor aún, “saber qué será él mismo, si es o no es aquello que es el deseo del Otro”⁵¹¹. Es decir, si es o no es el falo para el Otro y ello se deslizó en Cristo, el verbo encarnado, el Otro, que produjo la sustitución del significante falo.

A este efecto, lo encontramos articulado por Lacan en el *Neid*⁵¹², del término *Penisneid* de Freud. *Neid* en alemán quiere decir “anhelo, pero también lo que enfurece y subyace en todas las exteriorizaciones de agresividad como de cólera”.

Por tanto, la solución de la castración no está en el tener o no tener, sino en el ser o no ser el falo tanto para el hombre como para la mujer. En la medida en que el sujeto reconozca no ser el falo, podrá normalizar su posición y resolver el callejón sin salida imaginario que engendró la función que la imagen del falo adquirió en el plano significante. Esto le ocurre a la paciente mencionada, cuando articula el sueño a la transferencia y se presentifica en el fantasma de los zapatos, que “trata de la posesión o de la no posesión de los zapatos fálicos”⁵¹³.

En *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, leemos:

Pues bien, (...) el sujeto se pone a fomentar (...) que ella lo tiene. Ella hace hincapié en que quiere tenerlo en forma de esos vestidos, en forma de esos vestidos que van a excitar el deseo de los hombres y gracias a los cuales, tal como lo articula, podrá decepcionarlos en su deseo. Además, esta mujer demuestra en este caso que, al querer presentarse como si lo tuviera, lo que sabe perfectamente que no tiene, toma un valor muy distinto, que yo llame el valor de mascarada. Precisamente, hace de su feminidad una máscara⁵¹⁴.

⁵¹¹Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 460.

⁵¹² Op. cit., p. 461.

⁵¹³ Ib.

⁵¹⁴ Op. cit., p. 462.

A través de la mascarada y máscara podemos situar que el problema de la castración es el encuentro con el deseo del Otro.

Porque el falo opera como el significante del deseo, es porque ella puede presentar su apariencia, es decir, parecer serlo. Dicho de otro modo, quiere tener esos vestidos fálicos para proponerse como objeto de deseo. En este sentido, trata de ser el objeto de un deseo que sabe que puede decepcionar y lo expresa en la respuesta nunca quise “ser un hombre”⁵¹⁵ ante la interpretación del analista usted “desea poseer el falo”⁵¹⁶, equivalente para él a ser hombre.

En la vestimenta, entonces, radica el valor de la mascarada porque recalca que lo quiere tener en la forma de esos vestidos que van a excitar el deseo de los hombres. Ahora bien, para proponerse como objeto del deseo del hombre hará de su feminidad una máscara porque quiere excitarlos para provocarles sufrimiento y decepcionarlos.

Por tanto, el problema no es tener o no el falo que ella presentifica en los zapatos, sino el uso que hace de ese falo para proponerse como objeto de deseo y aquí, reiteramos, el problema de la castración es el encuentro con el deseo del Otro.

La problemática del deseo que traduce la máscara es que quiere ser lo que la madre desea, pero para serlo tiene que destruir el objeto de su deseo porque en la paciente el hombre se presenta como el objeto del deseo de la madre y por eso exterioriza agresividad hacia su marido, a quien lo considera un rival. Por eso, Lacan propone que el objetivo del tratamiento está dirigido hacerle ver a esa mujer que si bien el hombre es el objeto del deseo, no es el falo en sí mismo, “el hombre no es más el falo que la mujer”⁵¹⁷.

En este sentido, la tendencia hostil que revela la máscara se exterioriza hacia el semejante y esa agresividad es efecto de la desintrincación pulsional que se exterioriza en el deseo de muerte de la demanda. Pero, si bien, la demanda se articula a nivel del otro imaginario, no se reduce a una relación dual, sino que está dirigida al Otro y retorna sobre el sujeto mismo, dado que, Lacan precisa: “(...) no puede herir al Otro sin herirse él mismo, de manera que la demanda de muerte es la muerte de la demanda”⁵¹⁸.

Por eso el deseo emerge pero lo proyecta sobre otro imaginario, que es el sujeto mismo, y mediante esa relación agresiva anula el deseo, que es al mismo tiempo el modo en que el sujeto puede sostenerlo. El obsesivo solo puede sostener su deseo más allá de la demanda anulándolo y de esa manera sostiene la existencia del significante en el Otro.

Para finalizar formulamos que los efectos de significación fálica que el significante produce en el encuentro del sujeto con el deseo del Otro se articulan en los efectos de mascarada

⁵¹⁵ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 459.

⁵¹⁶ Ib.

⁵¹⁷ Op. cit., p. 462.

⁵¹⁸ Op. cit., p. 510.

y máscara. Por eso, en el caso clínico de referencia pudimos situar que el problema del sujeto no radica en tener o no tener el falo, lo que quedó demostrado en la mascarada que esta mujer mostró con la vestimenta y los zapatos fálicos. En este sentido quiere tener lo que sabe que no tiene.

Aquí el problema es para qué se propuso como objeto de deseo y a ello lo articuló cuando hizo de su feminidad una máscara. Se propuso como objeto de deseo, pero para anularlo, ya que a los hombres quería decepcionarlos. Esa decepción implicaba al Otro, porque suponía que el hombre era el deseo de la madre. Por eso como esta relación hostil no estaba dirigida al otro imaginario, sino al Otro, el objetivo de tratamiento es mostrar que ella misma es lo que quiere destruir, porque la imagen de prestancia fálica que presenta el semejante ante quien dirige su agresividad es la imagen de lo que ella misma quería ser.

En esa contradicción que expresa la reducción del deseo a la demanda de muerte y retorna como muerte de la demanda en el Otro, sostiene el obsesivo su deseo y da consistencia al Otro. Esa problemática del deseo, reiteramos, se articula en la máscara al querer excitar a los hombres para decepcionarlos.

Máscara: preludio del deseo

6 Máscara: preludio del deseo

En el baile de máscara en el que vivimos,
nos basta el agrado producido por el

disfraz que vestimos, disfraz que en el baile es todo⁵¹⁹.

Fernando Pessoa. *Libro del desasosiego*.

6.1 La máscara del síntoma preserva el deseo

Desarrollaremos la introducción de Lacan⁵²⁰, de 1958, del carácter problemático del deseo que traduce la máscara en el síntoma, precisamente en la histeria. En este recorrido mencionaremos que Lacan sostiene que Freud en los comienzos de la práctica analítica encontró el deseo inconsciente en los sueños y síntomas.

Los sueños y síntomas satisfacen un deseo. Ahora bien, la paradoja del síntoma es que la satisfacción es al revés del sueño. En ese modo singular de satisfacción del deseo en el síntoma, Lacan, en *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, situó las aporías del deseo y por eso su máscara.

Por tanto, abordaremos el síntoma en los desarrollos de Freud correspondiente a los años 1901, 1908 y 1917 para diferenciarlo del sueño. Al síntoma en tanto retorno de lo reprimido, lo situaremos como una formación del inconsciente en la que subrayaremos la satisfacción presente en el sufrimiento.

En la satisfacción en el dolor, Lacan, en 1958, situó el goce y en él presentó el carácter paradójal del deseo que exterioriza la máscara. Por tanto, introduciremos la máscara para situar el carácter problemático del deseo en el síntoma.

Lacan, en 1958, retomó de Freud dos enseñanzas con respecto al síntoma: por un lado, lo definió como una significación que proviene del Otro y por otro lado, extrajo el carácter sobredeterminado del síntoma para situarlo como el significante reprimido en el Otro.

Por ello retomaremos el síntoma definido como un acto de significación, y en la satisfacción del deseo en el síntoma indicaremos el deseo como un subproducto del acto de significación. El deseo como lo que está más allá de la satisfacción se presentó como un enigma por su alienación en la demanda del Otro y ese enigma formulado bajo la forma de una pregunta nos permitirá situar en la máscara la identificación.

Lacan en 1958 se dirige, por un lado, a los fundamentos teóricos del fin de análisis desarrollados por Freud y extrae de ese punto irreductible en la finitud de un análisis interminable un problema a descifrar. Este problema remite a la relación del sujeto con el falo.

⁵¹⁹ Fernando Pessoa: *Libro del desasosiego*, 10º ed., Bs. As., Emecé Editores, 2010, p. 252.

⁵²⁰ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, pp. 327-8.

Por otro lado, precisa que en los comienzos del psicoanálisis lo que Freud halló en las formaciones del inconsciente fue el deseo. En suma, Lacan concluye que tanto en los comienzos como hacia el final de los desarrollos de la teoría psicoanalítica, lo que puso de relieve el descubrimiento freudiano fue el deseo inconsciente.

Para abordar la problemática del deseo comencemos por lo que Freud subrayó en el fin de análisis, porque allí señaló un punto irreductible.

Freud, en 1937, encontró en los términos del análisis un nudo de resistencia irreductible que se exterioriza en la roca base de la castración. Ese resto interminable es el deseo que retorna en la “envidia del pene”⁵²¹ con sus ecuaciones simbólicas en la mujer y el temor a una “actitud pasiva o femenina hacia otro hombre”⁵²² en el varón. Es decir, la amenaza de castración.

Lacan en “La dirección de la cura y los principios de su poder” señala en ese resto irreductible que se exterioriza como resistencia en el sujeto que la resistencia “no es sino deseo de mantener su deseo”⁵²³ y ello le permite al sujeto no quedar capturado en la sugestión.

Como lo anunciamos, Lacan interpretó que los síntomas y sueños en los comienzos de la práctica analítica de Freud pusieron de relieve el deseo y más aún, la satisfacción de ese deseo.

Sin embargo, la satisfacción del deseo en el síntoma es al revés del sueño y ello advierte que atendamos al carácter problemático del deseo. Esta satisfacción al revés del deseo presente en el síntoma indica que el deseo se presenta bajo una máscara. Dicho de otra manera, la máscara manifiesta la apariencia del deseo y en ello radica su carácter problemático.

A ello podemos leerlo en *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*:

Así, parece que el deseo esté ya vinculado con algo que es su apariencia y, digamos la palabra, su máscara. La estrecha relación que mantiene el deseo con lo que lo reviste de forma problemática, requiere que nos detengamos en ello como un problema esencial⁵²⁴.

Para entender el carácter problemático del deseo que puso de relieve su relación con la máscara en el síntoma, investiguemos en algunos desarrollos de Freud su abordaje teórico sobre el síntoma para situar la similitud y la diferencia con el sueño. Ello nos permitirá arribar a ese modo de satisfacción singular del deseo en el síntoma.

⁵²¹ Sigmund Freud: “Análisis terminable e interminable”, en *Obras Completas*, 1º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1937, p. 252.

⁵²² Ib.

⁵²³ Jacques Lacan: “La dirección de la cura y los principios de su poder”, en *Escritos 2*, 2º ed., Bs. As., Siglo Veintiuno Editores, 1958, p. 605.

⁵²⁴ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 328.

Comencemos por 1900 y 1901. El síntoma se construye, al igual que el sueño, con los procesos primarios del aparato psíquico. Por esto, en los desarrollos de Freud⁵²⁵ el deseo disfrazado en ese retoño que es el síntoma accede a la conciencia de manera desfigurada y está sobredeterminado.

El síntoma, entonces, deviene el escenario psíquico que satisface el deseo inconsciente y, al mismo tiempo, al deseo preconscious. Puesto que está sobredeterminado por el determinismo psíquico del deseo inconsciente y la reacción que le opone el deseo preconscious. El deseo preconscious disfraza las dos tendencias y en esa instancia podremos inferir *la máscara* en Freud.

En “La interpretación de los sueños”, leemos:

Lo mismo que en el sueño, no hay barrera alguna para una mayor sobredeterminación. La determinación que no proviene del Icc es, hasta donde yo veo, por regla general un itinerario de pensamiento de reacción frente a un deseo inconsciente, por ejemplo, un autocastigo. Así pues, en términos completamente generales, puedo decir que *un síntoma histérico sólo se engendra donde dos cumplimientos de deseo opuestos, provenientes cada uno de un diverso sistema psíquico, pueden coincidir en una expresión*⁵²⁶.

El síntoma, también, es un “simbolismo mnémico”⁵²⁷ que representa ciertas impresiones de vivencias traumáticas infantiles que adquieren el carácter de fantasías. Fantasías que, en 1917, conforman la “realidad psíquica”⁵²⁸.

Por tanto, el camino de la formación de síntoma surge de la construcción de una serie de fantasías inconscientes cuyo contenido radica en el carácter bisexual infantil. La fantasía inconsciente tiene un vínculo estrecho con la vida sexual de la persona porque coincide con la fantasía que en la infancia fue utilizada para la satisfacción autoerótica. Por eso, el síntoma habla del modo de satisfacción del deseo en el sujeto.

En “Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad”, Freud explica:

El acto masturbatorio (en el sentido más lato: onanista) se componía en esa época de dos fragmentos: la convocación de la fantasía y la operación activa de la autosatisfacción en la cima de ella. Como es sabido, esta composición consiste en

⁵²⁵ Sigmund Freud: “La interpretación de los sueños (segunda parte)”, en *Obras Completas*, 2º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1900-1901, vol. V, p. 561.

⁵²⁶ Ib.

⁵²⁷ Sigmund Freud: “Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad”, en *Obras Completas*, 2º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1908, vol. IX, p. 144.

⁵²⁸ Sigmund Freud: “23ª conferencia. Los caminos de la formación de síntoma”, en *Obras Completas*, 1º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1916-1917, vol. XVI, p.336.

una soldadura. Originariamente la acción era una empresa autoerótica pura destinada a ganar placer de un determinado lugar del cuerpo, que llamamos *erógeno*. Más tarde esa acción se fusionó con una representación–deseo tomada del círculo del amor de objeto y sirvió para realizar de una manera parcial la situación en que aquella fantasía culminaba⁵²⁹.

Esa soldadura que encontramos bajo el nombre de fantasía es la que “une la pulsión con el objeto”⁵³⁰, y más tarde deviene inconsciente.

Las fantasías inconscientes son las que ejercen la atracción de la regresión libidinal hacia donde hubo una fijación cuando la satisfacción pulsional ha sido interceptada por el yo. Ante ese obstáculo, las representaciones inconscientes investidas por la libido quedan sustraídas del yo y sometidas al trabajo del proceso primario. Hasta ese trabajo del proceso primario, el deseo se presenta en la constelación sintomática por el mismo camino que el deseo en la formación del sueño. Porque la transacción entre fantasía inconsciente y preconscious resuelve la contradicción que se le habría presentado al yo.

Ahora bien, mientras que esa transacción en el síntoma continúa en los retoños que exterioriza el sufrimiento, en el sueño solo está dirigida a producir la formación onírica y a preservar el dormir.

Freud expone la diferencia entre síntoma y sueño en la 23ª conferencia: “Los caminos de la formación de síntoma”:

Así, el síntoma se engendra como un retoño del cumplimiento de deseo libidinoso inconsciente, desfigurado de manera múltiple; es una ambigüedad escogida ingeniosamente, provista de dos significados que se contradicen por completo entre sí. Sin embargo, en este último punto ha de reconocerse una diferencia entre la formación del sueño y la formación del síntoma, pues en el caso del primero el propósito preconscious se agota en la preservación del dormir (...) ⁵³¹.

En la formación del sueño el preconscious impidió el acceso a la conciencia de propósitos que puedan perturbar la moción de deseo inconsciente formadora del sueño, y bloqueó la salida a la realidad.

⁵²⁹ Sigmund Freud: “Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad”, en *Obras Completas*, 2º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1908, vol. IX, pp. 142-3.

⁵³⁰ Sigmund Freud: “23ª conferencia. Los caminos de formación de síntoma”, en *Obras Completas*, 1º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1916-1917, vol. XVI, p. 134.

⁵³¹ Sigmund Freud: “Tres ensayos de teoría sexual”, en *Obras Completas*, 1º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1905, vol. VII, p. 328.

En el síntoma el preconscious no logra impedir que el deseo inconsciente encuentre una salida a la realidad. Por eso se continúa en los retoños que repiten un modo de satisfacción sexual infantil desfigurada por la censura que nace del conflicto entre instancias y en esa satisfacción exterioriza el sufrimiento psíquico. Como lo demuestra, por ejemplo, la intervención somática en la histeria.

Hasta aquí, entonces, hemos investigado la teorización del síntoma en los desarrollos de Freud y situamos la diferencia de esa formación del inconsciente con respecto al sueño. Por mostrar el síntoma la satisfacción en el sufrimiento y ser un retoño del deseo que encuentra salida a la realidad, Lacan introduce en esa paradoja la satisfacción al revés que presenta el síntoma. En esa aporía, situamos el carácter problemático del deseo y por eso su máscara en el síntoma.

A continuación exponemos el trabajo de Lacan, de 1958, sobre la satisfacción presente en el sufrimiento del síntoma, para situar la máscara como una mediación entre la tendencia a la vida y la muerte.

En *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, la máscara reviste el carácter paradójico del deseo que se exterioriza como satisfacción en el sufrimiento. Ese modo singular de expresión del deseo inconsciente encontró su salida en el retoño. Ese decir, el síntoma. Por eso la satisfacción del síntoma es al revés del sueño.

Así, el deseo que adviene a la conciencia se presenta de una forma paradójica y afirma la división del sujeto. Ese deseo o “deseo en segundo grado”⁵³² demuestra, por un lado, la satisfacción sexual perversa y polimorfa que Freud halló en el síntoma de los adultos. Por otro lado, la satisfacción en el sufrimiento revela el más allá del principio de placer que Lacan, en 1958, nombró como goce en el sujeto. Allí radica la afinidad del deseo con el dolor de existir.

En *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente* leemos: “la excentricidad del deseo con respecto a la satisfacción (...) nos permite comprender lo que en general es su profunda afinidad con el dolor”.⁵³³

El goce en el sujeto, que manifiesta la compulsión a la repetición, se revela en la resistencia que exterioriza la pulsión de muerte, ese enigmático factor cuantitativo que causa el conflicto anímico porque se encuentra enlazado al deseo.

El deseo, que toma la fuerza de la pulsión, es siempre diferencia entre el placer buscado y la satisfacción obtenida. Diferencia que Freud precisa en el siguiente extracto de “Más allá del principio de placer”:

⁵³² Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 328.

⁵³³ Op. cit., p. 346.

La pulsión reprimida nunca cesa de aspirar a su satisfacción plena, que consistiría en la repetición de una vivencia primaria de satisfacción; todas las formaciones sustitutivas y reactivas, y todas las sublimaciones, son insuficientes para cancelar su tensión acuciante, y la diferencia entre el placer de satisfacción hallado y el pretendido engendra el factor pulsionante, que no admite aferrarse a ninguna de las situaciones establecidas, sino que, en las palabras del poeta, “acicatea, indomeñado, siempre hacia adelante”⁵³⁴.

La diferencia entre el placer buscado y el placer logrado muestra, en esa modalidad particular de satisfacción del deseo en el síntoma, el carácter esquivo del deseo que afirma la imposibilidad de la unidad del yo. Dicho de otro modo, el deseo afirma la división del sujeto.

Por eso, en las formaciones del inconsciente, el deseo no está implicado directamente con un objeto que satisface, sino que se trata de la posición que adopta el sujeto respecto de la satisfacción de un objeto y aparte de esa relación con él.

En la posición del sujeto respecto al objeto y al deseo, encontramos el carácter paradójico del deseo que exterioriza la relación del sujeto con la vida y con la muerte. Por esa paradoja sabemos que el deseo se presenta mediante la máscara que lo reviste. Así, la máscara es una mediación que en sus efectos viene a mostrar las aporías del deseo en las intrincaciones o desintrincaciones de Eros, la vida, y la muerte.

Ahora bien, como la máscara se presenta cerrada y el deseo que subyace en ella es un enigma, solo podrá abrirse a condición de que haya un análisis. En este sentido, la experiencia de la transferencia permitirá averiguar aquellas mediaciones o itinerarios por los cuales el ser hablante alcanza los fines vitales como así también los objetivos de la muerte, efectos del deseo inconsciente.

Respecto del deseo en el síntoma, Lacan⁵³⁵ en *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, retomó de la enseñanza de Freud dos dimensiones en la conceptualización del síntoma. En primer lugar, destacó que Freud nos enseñó que el síntoma es una “significación, un significado”⁵³⁶ que proviene del Otro. En segundo lugar, subrayó que el síntoma está sobredeterminado y situó el significante en la sobredeterminación del síntoma.

El síntoma, entonces, es un significado que proviene del Otro y por ello el significante en el síntoma se articula a un significante que está reprimido que no remite a ninguna significación y lo que está reprimido es el complejo de castración. En este sentido, el

⁵³⁴ Sigmund Freud: “Más allá del principio de placer”, en *Obras Completas*, 1º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1920 -1922, vol. XVIII, p. 42.

⁵³⁵ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 474.

⁵³⁶ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 474.

significante reprimido es el que representa la falta en el Otro, el falo, representante del deseo de la madre. Ese significante carece de significación y por eso cuando el sujeto lo encuentra en el Otro resulta traumático. En definitiva, lo traumático es el encuentro con la castración en el Otro.

Por eso, cuando ese significante reprimido se articula, no completamente, en el complejo de castración, cuando comienza articularse en un síntoma produce efectos de significados. El significado del deseo es distinto del sentido y expresa la existencia de un deseo más allá de la satisfacción del deseo que figura el síntoma. En este sentido, “el deseo es subproducto determinado por un acto de significación⁵³⁷”. Por tanto, aquí Lacan destaca:

(...) la problemática del deseo en cuanto determinado por un acto de significación— es distinta de cualquier sentido que se pueda captar. Consideraciones de esta clase, que muestran la profunda coherencia, coalescencia, del deseo con el síntoma, de la máscara con lo que aparece en la manifestación del deseo, ponen en su sitio muchas preguntas vanas que siempre se plantean a propósito de la histeria⁵³⁸.

El problema en la neurosis, precisamente en la histeria, es la relación con el significante reprimido en el Otro, es decir, la castración, y el modo que encuentra el sujeto de hacer subsistir el deseo y el objeto del deseo, como distinto de la necesidad, es articulándolo a la demanda del Otro.

En *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, leemos: “La relación con el deseo, con su constitución, con su mantenimiento bajo una forma enigmática en el trasfondo con respecto a toda demanda, es el problema del histérico”.⁵³⁹

Por qué el deseo está en el trasfondo de la demanda se presenta como un enigma y este enigma del deseo en la histeria se proyecta bajo la forma de una pregunta.

Así la máscara es preludio del deseo enigmático que se formula como una pregunta, efecto de la identificación histérica con las insignias de otro que padece de la misma falta u opera como pantalla para que allí ella proyecte su pregunta. De ese modo en la neurosis histérica se sostiene el deseo.

En *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente* leemos:

Esta pregunta sobre su deseo le abre al mundo de la histérica, un mundo de identificaciones que la ponen en relación con la máscara, quiero decir con todo lo que puede, de una forma cualquiera, fijar y simbolizar, de acuerdo con cierto tipo,

⁵³⁷ Op. cit., p. 344.

⁵³⁸ Op. cit., p. 345.

⁵³⁹ Op. cit., p. 475.

la pregunta sobre el deseo. Esa pregunta, que la emparenta con los histéricos, que constituyen una llamada a los histéricos en cuanto a tales, la identifica con una especie de máscara general bajo la cual se agitan todas las formas posibles de falta⁵⁴⁰.

Aquí encontramos que la problemática del deseo se relaciona con la identificación que le permite a la histérica formular la pregunta sobre el deseo enmascarado en la demanda. De este modo resiste el deseo. Por eso, la resistencia del deseo es independiente de cualquier objeto y la máscara exterioriza la posición del sujeto con respecto al deseo.

Lacan en 1958, cuando advierte la máscara en las aporías del deseo, nos invita a volver a los comienzos de la experiencia freudiana, dado que entendió que detrás de una máscara Freud había encontrado el deseo inconsciente.

En *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, leemos:

Ahora conviene volver a situarse en el plano de lo que fue la experiencia del propio Freud, en su experiencia humana, este abordaje del deseo inconsciente. Necesitamos representarnos los primeros tiempos en los que Freud se encontró con esta experiencia en su carácter de novedad sorprendente, como algo que requiere, no ya de intuición, sino más bien de adivinación, porque se trataba de aprehender algo detrás de una máscara⁵⁴¹.

Sin embargo, Freud, como lo desarrollaremos en el apartado posterior, en la máscara intentó situar la defensa ante la representación erótica de un objeto de amor disfrazado en la demanda creada por el sujeto. A esa representación, primero le dio estatuto de secreto. Por tanto, Freud ¿situó el deseo inconsciente? ¿O ese momento de su práctica fue preliminar a la formulación del deseo inconsciente reprimido infantil?⁵⁴²

Para finalizar, entonces, hemos situado al síntoma en Freud como el escenario psíquico que exterioriza y resuelve el conflicto entre el deseo inconsciente y el deseo preconscious. Escenario donde la sobredeterminación nos permitió situar en la instancia preconscious la máscara en Freud. El trabajo de la formación de síntoma, igual al del sueño hasta la operación de los procesos primarios, demostró la imposibilidad del preconscious de impedir que el deseo inconsciente se manifieste en el retoño sintomático que expresa la satisfacción en el sufrimiento. Allí Lacan situó el goce y las paradojas del deseo revestido con la máscara.

⁵⁴⁰ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 475.

⁵⁴¹ Op. cit., p. 329.

La máscara advierte que el deseo se presenta de una forma problemática y es una mediación mediante la cual el sujeto alcanza los fines de la vida y de la muerte.

Por eso el deseo en la máscara es un enigma. Dado que esta se presenta de forma cerrada, solo podrá abrirse en la experiencia de la transferencia, donde podrá hablar el síntoma. Síntoma que por ser un mensaje que proviene del Otro, para el sujeto porta una significación que no remite al sentido, sino más bien al reconocimiento de lo que está más allá de la significación, al subproducto, es decir, el deseo que siempre será una falta.

El deseo, reiteramos, es un enigma y la neurosis lo articula como pregunta. Pregunta que la histérica formula mediante la identificación con la máscara en el otro que refleja su falta.

6.2 En los *impasses* de la demanda se anuncia el elemento máscara

Para comenzar a situar la máscara en los desarrollos de Freud y deslindar si en los comienzos de la experiencia analítica nombró al deseo inconsciente, desarrollaremos el análisis de Lacan respecto al historial clínico: “Señorita Elisabeth von R”.

Precisamente, Freud en 1983 nombró la máscara en ese caso paradigmático de histeria, el de Elisabeth von R, y Lacan le otorgó estatuto de noción.

Ante todo, es pertinente destacar que la idea de máscara en Freud es un recuerdo que retorna del poeta Goethe en un momento donde las dificultades se presentaron en la articulación entre la práctica y la teoría. Así mostraremos que la máscara en los primeros tiempos de la experiencia deviene de una especie de adivinación de un secreto.

Luego, en el transcurso del tratamiento de Elisabeth, la máscara será efecto de la operación de defensa y por ello la situaremos ligada a una representación erótica de carácter traumático.

Lacan, en 1958, retomó la experiencia de Freud e introdujo en la ambigüedad de la máscara la problemática del deseo. Expondremos su lectura respecto del análisis que Freud llevó a cabo con la paciente Elisabeth von R, para situar el carácter paradójico del deseo que subyace en la máscara del síntoma histérico. De ese modo desarrollaremos en la máscara de Elisabeth lo que nos aportó el deseo en tanto enigma.

6.2.1 La idea de máscara en Freud y la noción de máscara en Lacan

La idea de Freud en 1883, asociada a que detrás de la máscara hay un secreto, acontece de la dificultad que le presentó, en los comienzos de la práctica analítica, establecer un diagnóstico con respecto al síntoma. El problema para determinar que se trató de un síntoma histérico se presentó con la paciente Elisabeth von R, quien había sido derivada a Freud por un amigo y colega que entendió que se trataba de una histeria.

El colega referido le relató a Freud que Elisabeth von R era una joven inteligente, de veinticuatro años, que desde hacía tiempo sobrellevaba con espíritu alegre las desdichas y penas causadas por la muerte del padre, como así también las enfermedades de la madre y la muerte de una de sus hermanas. Sin embargo, luego de cumplirse dos años de la muerte de su padre, a causa de dolores en las piernas había dejado de caminar.

Finalmente, Freud la diagnosticó como histérica y expresó que sus dolores al caminar tomaron la forma de astasia-abasia. En el pasaje de la nosología médica a la invención y construcción del psicoanálisis, Freud descifró que se trató de una histeria haciendo hablar y escuchando la afección. Nos referimos a lo que luego recibió el nombre de atención flotante y asociación libre.

El caso es que en ese momento para resolver el problema diagnóstico Freud recurrió al poeta y recordó la idea de máscara por dos razones. Por un lado, las imprecisiones con respecto al relato del dolor y el placer que escuchó en el padecimiento de la paciente. Por otro lado, la conjetura del método catártico.

En lo atinente al goce en el sufrimiento, Freud⁵⁴³ siguió el rastro del dolor y escuchó, en primer lugar, imprecisiones en las indicaciones de la enferma acerca de los caracteres de sus dolores. Puesto que Elisabeth atribuyó bastante valor a los dolores, Freud conjeturó que su atención estaba diferida en pensamientos y sensaciones que se entramaron con su dolor.

En segundo lugar, lo determinante fue que Elisabeth se pellizcaba la piel y la musculatura hiperálgica de la pierna. En ese acto su rostro cobraba una expresión más de placer que de dolor. De ese placer en el dolor, Freud infirió que dicha dolencia correspondía a una histeria y llamó a la zona afectada por la estimulación “histerógena”. Porque el gesto en el rostro armonizaba menos con el dolor y más con el contenido de los pensamientos escondidos tras el mismo.

Freud desde los comienzos de su práctica escuchó el goce en el sufrimiento y otro cuerpo que el anatómico, en los relatos de las pacientes histéricas.

Luego, con el propósito de saber si para la enferma era consabido el origen y la ocasión de su padecer, conjeturó que se trataba de una máscara y tras ella había un secreto. Entonces, con la idea de aplicar el método catártico, pensó que demostrando interés y esperanza en la sanación conmoviera a la enferma a revelarlo.

Por la intuición de un secreto, Freud recordó al *Fausto* de Goethe, precisamente la escena entre Fausto y Mefistófeles, quién había percibido su desenmascaramiento por Margarita. Escena de la que surgió la idea: “la máscara presagia un sentido oculto”⁵⁴⁴.

En la escena 16 – “El Jardín de Marta” –, Margarita declara a Fausto su deseo de contemplarlo y anhela que se alejara de Mefistófeles, por tratarse de personaje malvado e incapaz de sentir amor. Fausto advierte el presentimiento de Margarita con respecto al espíritu maligno. Mefistófeles, tras haber escuchado las acusaciones realizadas a su figura, intenta convencer a Fausto de no ceder a los caprichos de su amada, alegando que ella sería capaz de convertirlo en muñeco y hacer de él lo que se le antoje. Desaprobado por Fausto, que lo acusa de monstruo, aborto de fuego y lodo, Mefistófeles declara: “Se conoce que es entendida fisonomista la joven. Al verme dice que se turba; mi máscara no me disfraza lo bastante a sus ojos; se figura que soy un espíritu del otro mundo y aun también me toma por el mismo diablo”⁵⁴⁵.

De la misma manera que la máscara disfrazó a medias a Mefistófeles, el placer en la astasia–abasia desenmascaró a Elisabeth, simbolismo que Freud escuchó.

En “Historiales clínicos. 5. Señorita Elisabeth von R”, Freud subraya:

⁵⁴³ Sigmund Freud: “Historiales clínicos. 5. Señorita Elisabeth von R”, en *Obras Completas*, 1º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1893-1895, vol. II, pp. 152-3.

⁵⁴⁴ Op. cit., p. 154.

⁵⁴⁵ Goethe: *Fausto*, 8º ed. Colección Austral, Madrid, España, Espasa-Calpe, S. A. 1966, p. 123.

En el caso de la señorita Elisabeth, desde el comienzo me pareció verosímil que fuera consciente de las razones de su padecer; que, por tanto, tuviera solo un secreto, y no un cuerpo extraño en la conciencia. Cuando uno la contemplaba, no podía menos que rememorar las palabras del poeta: “La máscara presagia un sentido oculto”⁵⁴⁶.

En este sentido, recordemos que estamos ubicados temporalmente antes de 1900, momento en que Freud no había elaborado “La interpretación de los sueños”. No obstante, lo interesante de la presentación de la máscara es que abre y cierra el acceso a un conflicto oculto. Conflicto que luego será el inconsciente.

Además es pertinente mencionar que, en 1983, el secreto que yace tras la máscara deviene de la noción de trauma⁵⁴⁷. El trauma fue concebido en un primer momento como un “cuerpo extraño”⁵⁴⁸ que se produjo en la conciencia. Esta noción sufrió modificaciones en los mismos desarrollos que dieron lugar a la publicación de “Estudios sobre la histeria” y por eso, Freud sustituyó la idea de trauma como “cuerpo extraño” por el recuerdo del acontecimiento traumático que ocasionó el síntoma. Como lo expondremos más adelante, luego el secreto será sustituido por una representación erótica de carácter traumático sobre la que operó la defensa y produjo el fenómeno histérico.

Luego de la aclaración mencionada, retomemos el caso. A partir de la conjetura de la máscara y con el propósito de dilucidar el determinismo psíquico del síntoma histérico, Freud invitó a la paciente a hablar y asociar los recuerdos.

La primera emergencia del dolor de Elisabeth queda asociada a la entrega devota al cuidado de su padre enfermo. En “Historiales clínicos. 5. Señorita Elisabeth von R”, leemos:

El padre había ocultado una afección cardíaca crónica, o él mismo no lo había advertido; cierto día lo trajeron a la casa inconsciente tras un primer ataque de edema pulmonar. A ello siguió el cuidado del enfermo durante un año y medio, en el cual Elisabeth se aseguró el primer lugar junto al lecho. Dormía en la

⁵⁴⁶ Sigmund Freud: “Historiales clínicos. 5. Señorita Elisabeth von R”, en *Obras Completas*, 1° ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1893-1895, vol. II, p. 154.

⁵⁴⁷ N de a: Es pertinente mencionar que en la obra citada, con el hallazgo de la resistencia proporcional a la intensidad de la defensa, la noción de trauma ira reformulándose. Dado que Freud halló, ya en la “Epicrisis” de Elisabeth, varios momentos traumáticos. Luego, con la aplicación del método catártico al material psíquico patógeno, en lugar de presentarse un único recuerdo traumático, y como a su núcleo, una única representación patógena, el síntoma mostrará una serie de traumas parciales y encadenamientos de ilaciones patógenas de pensamientos. Sigmund Freud: “Sobre Psicoterapia” en *Obras completas*, 1° ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1893-5, vol. II, p. 293.

⁵⁴⁸ Sigmund Freud: “Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos: comunicación preliminar (Breuer y Freud)”, en *Obras Completas*, 1° ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1893-1895, vol. II, p. 32.

habitación de su padre, se despertaba de noche a su llamado, lo asistía durante el día y se forzaba por parecer alegre, en tanto que él soportaba con amable resignación su irremediable estado. Sin duda, el comienzo de su afección se entró con este período de cuidado del enfermo, pues ella pudo recordar que durante los últimos seis meses de ese cuidado debió guardar cama por un día y medio a causa de aquellos dolores en la pierna derecha. Pero se aseguraba que estos le pasaron pronto y no excitaban su preocupación ni su atención. Y de hecho, fue solo dos años después de la muerte de su padre cuando se sintió enferma y no pudo caminar más a causa de sus dolores⁵⁴⁹.

A partir de esa primera asociación con el recuerdo, Freud, interrogado por la causa y determinación de la histeria, conjeturó que Elisabeth había realizado una asociación entre sus emociones dolorosas y los dolores corporales. De ello resultó que la paciente empleó en su vida mnémica “la sensación corporal como símbolo de la anímica”⁵⁵⁰.

Así, la máscara comenzará a abrirse y a demostrar que el dolor provenía de los infortunios en el amor.

La prosecución del análisis, luego, tropezó con una vivencia que adquirió el estatuto de secreto. Secreto que había originado⁵⁵¹ el conflicto y abierto el camino a la causa de la histeria.

Hallamos en el recuerdo el fracaso de una esperanza de amor que Elisabeth mantuvo en silencio, con un joven a quien había esperado para casarse, pero se distanció de él por la enfermedad del padre.

A ese recuerdo podemos leerlo en “Historiales clínicos. 5. Señorita Elisabeth von R”:

A instancias {*Drängen*} de los suyos y de su propio padre, había consentido ese día en apartarse del lecho del enfermo para asistir a una reunión social en la cual tenía motivos para encontrarlo. Después quiso volver temprano a casa, pero la constriñeron a quedarse, y ella cedió al prometerle él acompañarla. Nunca había sentido tanta calidez {*warm*} hacia él cómo durante su acompañamiento; pero cuando después, en ese arrobamiento, cuando entró en la casa, se encontró con que el estado de su padre había empeorado y se hizo los más acerbos reproches

⁵⁴⁹ Sigmund Freud: “Historiales clínicos. 5. Señorita Elisabeth von R”, en *Obras Completas*, 1º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1893-1895, p.156.

⁵⁵⁰ Op. cit., p. 159.

⁵⁵¹ N de a: a propósito del recuerdo que ocasionó el conflicto se verá reformulado por Freud, tal como lo expondremos más adelante.

por consagrar tanto tiempo a su gusto personal. Esa fue la última vez que abandonó a su padre enfermo durante toda una tarde (...)⁵⁵².

Este recuerdo abre el camino para buscar la causa de los dolores histéricos, dado que, “surge un caso de inconciliabilidad”⁵⁵³ entre la beatitud permitida y el estado de miseria en el que Elisabeth encontró a su padre. De ello resultó un conflicto y ella reprimió “la representación erótica {esforzada al desalojo} de la asociación”⁵⁵⁴, y se defendió reanimando el afecto mediante la conversión en dolor. “Era, pues, el mecanismo de una *conversión con el fin de la defensa*”⁵⁵⁵ que luego será llamada inconsciente.

Freud en 1893, en la máscara advirtió un conflicto que produjo un secreto y luego halló el motivo para una primera conversión en la paciente: los reproches por el abandono de su padre enfermo y la representación erótica. Lacan, en 1958, introdujo en el conflicto la alienación del deseo en la demanda y por eso en la máscara discernió el enigma del deseo. Por tanto, en el dolor del síntoma introdujo el carácter problemático del deseo.

En *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, leemos: “El síntoma se presenta bajo una máscara, se presenta bajo una forma paradójica”⁵⁵⁶. En este sentido, produce una torsión en la localización del síntoma histérico, porque sitúa tras la máscara, reiteramos, el carácter problemático del deseo. Es más, ubica la posición del sujeto con respecto a la demanda que enmascara al deseo.

Sabemos por Lacan⁵⁵⁷ que permanecer al servicio de cuidar a un enfermo y asumir el “papel de enfermera”⁵⁵⁸ muestra los vínculos de afecto “que atan al sujeto a quien lo cuida”⁵⁵⁹. Por eso, Elisabeth se encuentra en posición de satisfacer la demanda del Otro. Condición que se revela como una zona histerógena.

Por lo que se refiere a la relación entre el deseo y la demanda, sabemos que si bien el deseo es irreductible, y no articulable, está articulado por la presencia del significante. A causa de ese enlace el deseo ingresa a través de la demanda, sin que sea del todo articulable, porque para que el deseo primario o inconsciente se manifieste necesita instalarse en la otra escena, es decir, en el discurso del Otro y por eso es que está obligado a la mediación de la palabra.

Porque el deseo se constituye por mediación de la palabra, en el análisis se presenta alienado en la demanda.

⁵⁵² Sigmund Freud: “Historiales clínicos. 5. Señorita Elisabeth von R”, en *Obras Completas*, 1º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1893-1895, p. 161.

⁵⁵³ Ib.

⁵⁵⁴ Op. cit., p. 162.

⁵⁵⁵ Ib.

⁵⁵⁶ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 332.

⁵⁵⁷ Op. cit., p. 333.

⁵⁵⁸ Ib.

⁵⁵⁹ Ib.

Para mostrar la alienación del deseo en la demanda, retomemos el historial que estamos trabajando. Durante el transcurso de la sesión, Elisabeth relató que tras la muerte de su padre se había creado un ardiente deseo o designio de sustituir a su padre y de devolver la dicha perdida a su familia, en particular a la madre.

Por el síntoma que Freud hizo hablar en transferencia, sabemos que el deseo se articuló a la demanda. El deseo no del todo articulable se articuló a otro deseo, deseo en “segundo grado” como lo llamó Lacan, los “deseos del día” que halló Freud. En este sentido, leemos el designio de Elisabeth de restituir la pérdida de la dicha por la muerte del padre.

En ese designio en Elisabeth situamos la creación de la demanda que tradujo al deseo.

Ahora bien, como el deseo esta enmascarado en la demanda y es un enigma, solo bajo la forma de demanda ingresa para ser escuchado en la experiencia analítica.

En este sentido, Lacan legó una enseñanza respecto de la práctica analítica. El deseo se enmascara en la demanda y por eso es imprescindible subrayar la ambigüedad del deseo, porque el sujeto se constituye en el encuentro con la palabra del Otro, o sea, por la demanda del Otro. Por eso, los efectos de la intervención analítica irán en dirección de producir esa distinción entre demanda y deseo. La diferencia se producirá, siempre y cuando sepamos que más allá de lo que el sujeto demanda está lo que el Otro desea, velado al sujeto pero inmanente a la situación. Porque el deseo del sujeto se encuentra primero como deseo del Otro y distinto a la demanda.

Como consecuencia, en la relación entre el deseo y la demanda se encuentra la paradoja del deseo, porque el deseo se presenta enmascarado. Por esto, el síntoma es una máscara que viene a centrar el problema del deseo inconsciente.

De ese modo, Lacan en *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente* va cercando el vínculo entre el deseo inconsciente que siempre se presenta como un enigma y “el síntoma con el que se reviste, es decir, la máscara”⁵⁶⁰.

En este sentido, el síntoma en tanto inconsciente habla, se articula y va en el sentido de reconocimiento de un deseo, que tiende a abrirse paso, pero solo se manifiesta mediante la creación de la máscara que es algo cerrado. El reconocimiento del deseo no se refiere a nada ni a nadie porque se trata de un deseo reprimido, rechazado y excluido. Por tanto, (...) “el deseo es deseo de aquella falta que, en el Otro, designa otro deseo”⁵⁶¹.

Hasta donde hemos trabajado, Freud tras la máscara discernió un secreto y en ella situó el motivo para una primera conversión efecto del conflicto. Lacan en la máscara situó el enigma del deseo.

6.2.2 Elemento máscara y simbolismo mnémico

⁵⁶⁰ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 334.

⁵⁶¹ Op. cit., p. 337.

Con respecto a la máscara en la experiencia analítica, como lo hemos mencionado, el deseo se articuló alienado en la demanda a través del dolor de Elisabeth y fue presentado por Lacan como un enigma.

A continuación retomemos el historial que estamos trabajando y recordemos que en la medida en que Freud hizo hablar al síntoma descifró el motivo de la primera conversión.

Con el descubrimiento del motivo para la primera conversión, se inicia un segundo período en el tratamiento de Elisabeth, quien sorprende a Freud con una comunicación. La paciente relató que sabría que los dolores partían del muslo derecho porque allí descansaba la pierna del padre enfermo.

El dolor del síntoma en el relato, entonces, fue la brújula entre el secreto y la confesión ya que el dolor comenzó a “intervenir en la conversación”⁵⁶².

Freud⁵⁶³ a ese rastro lo fue comparando, durante el progreso del análisis, con el tono y la intensidad de la modulación de la palabra por la que Elisabeth expresaba el dolor de su síntoma.

Mientras que el dolor en la pierna derecha emergió asociado al recuerdo de su padre y al joven de quien parecía enamorada, el dolor en la pierna izquierda, como lo iremos viendo, surgió vinculado al interés de Elisabeth por sus cuñados y sus hermanas.

Elisabeth detestaba al marido de su hermana mayor, hombre talentoso y trabajador, por descuidar todo miramiento por la anciana señora, su madre, y perturbar su deseo de reconstruir la dicha familiar perdida por la muerte de su padre. Por eso, asumió una lucha contra ese cuñado al que le reprochó la mudanza junto a su mujer –hermana de Elisabeth– a una lejana ciudad de Austria y acrecentó la soledad de su madre.

En cambio, el matrimonio de su otra hermana fue más promisorio porque ese hombre, cordial y educado, la reconcilió con la institución del matrimonio. Así, denotó su interés por el marido de esa hermana.

Recién mencionamos con qué se asoció el dolor en las piernas de Elisabeth. Ahora pasemos a mostrar cómo se produjo esa asociación y cuál es el sentido del síntoma.

La preocupación de Freud⁵⁶⁴ por la causa del padecimiento hizo que Elisabeth se pudiera despojar del secreto, ahora, inconsciente. Al dolor Elisabeth lo fue enlazando a escenas que estaban relacionadas con estar de pie, andar y yacer. Escenas que volvieron doloroso el caminar.

Por una parte, Elisabeth recordó inmediatamente y resaltó la caminata junto a un grupo de personas y el marido de la hermana, quien, según Elisabeth, marchó por el amor de ella. En esa ocasión pensó en poseer a un hombre que se le pareciese. Luego, asoció los dolores a su

⁵⁶² Sigmund Freud: “Historiales clínicos. 5. Señorita Elisabeth von R”, en *Obras Completas*, 1° ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1893-1895. vol. II, p. 163.

⁵⁶³ Op. cit., pp. 163-8.

⁵⁶⁴ Op. cit., p. 169.

soledad y la dicha conyugal de la hermana enferma, porque la conducta que su cuñado le mostró reflejó su dolor.

Del mismo modo, la dolencia de la caminata se anudó a una escena en la que había estado sentada en una meditación matinal y de regreso los dolores se instalaron de manera definitiva. Mientras estuvo sentada en un banco de piedra en una pequeña colina pensó en su soledad, el destino de su familia y el deseo de llegar a ser tan feliz como su hermana. Así, soñó de nuevo con una dicha de amor como la deparada a su hermana y con un hombre que supiera cautivar su corazón como ese cuñado.

También, se averiguó que los dolores al caminar y al estar de pie se calmaban al yacer. Pero yacer devino dolor cuando recordó que durante el viaje de regreso de Gastein, por el agravamiento de su hermana, la abatieron fuertes dolores mientras yacía extendida en el vagón del ferrocarril.

Incluso asoció el dolor al estar de pie con dos escenas. Por un lado, al momento en que estuvo de pie junto a la puerta cuando trajeron a casa al padre que había sufrido un ataque al corazón. Por otro lado, al estar de pie frente al lecho de su hermana muerta.

Aquí encontramos series de escenas donde Elisabeth expresó que se había sentido dolida y por las cuales el síntoma presenta su significado. Una serie de episodios manifiesta la queja de sentirse dolida por su soledad y otra serie expresa los infortunios con respecto al intento de establecer una vida familiar nueva que se plasman en la abasia.

Llegamos, por ello, al sentido del síntoma. La astasia-abasia fue la expresión somática de su falta de autonomía. La sensación de desvalimiento e impotencia para cambiar en algo las circunstancias cobró expresión en los giros lingüísticos ‘*no avanzar un paso*’, ‘*no tener apoyo*’, que se deslizan en el no poder caminar más y “constituyeron los puentes para ese nuevo acto de conversión”⁵⁶⁵. Dicho de otro modo, el fracaso de su omnipotencia para cambiar las cosas tomó la forma de astasia-abasia.

En “Historiales clínicos. 5. Señorita Elisabeth von R”, Freud expone: “(...) me vi llevado a suponer que ella directamente buscaba expresión *simbólica* para sus pensamientos de tinte dolido, y lo había hallado en el refuerzo de su padecer”⁵⁶⁶.

Ahora, agregamos que por medio de la participación del dolor en sesión Freud descifró el sentido del síntoma, simbolismo mnémico a través del cual Elisabeth expresó su padecimiento.

A todo esto, la participación del dolor mediante el enlace transferencial dio lugar a otro suceso. De pronto sobrevino una vivencia que inició el tercer período. Elisabeth solicitó suspender la sesión porque escuchó una voz en la habitación contigua y entendió que era la de

⁵⁶⁵ Sigmund Freud: “Historiales clínicos. 5. Señorita Elisabeth von R”, en *Obras Completas*, 1° ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1893-1895. vol. II, p.188.

⁵⁶⁶ Op. cit., p. 167.

su cuñado. En ese momento surgieron los dolores. A partir de interpretar una relación causal entre la supuesta voz del cuñado y el dolor, Freud afirmó: “ahí vi confirmada mi sospecha”⁵⁶⁷.

Al final, la paciente recordó la llegada frente al lecho de su hermana muerta y el momento mismo de un pensamiento “que pasó como un rayo refulgente en medio de la oscuridad: “ahora él está de nuevo libre, y yo puedo convertirme en su esposa””⁵⁶⁸.

Freud⁵⁶⁹ concluyó que aquí yacía el verdadero conflicto. En el mismo, la defensa frente a esa representación inconciliable se produce por la conversión de la excitación a lo corporal.

De ello surge que en la histeria la representación inconciliable tuvo que ser admitida una vez y por eso accedió al comercio de pensamiento que provocó el conflicto, para luego ser excluida.

En suma, Elisabeth desplazó su atención en la afección del padre enfermo para olvidar el sentimiento de amor por el cuñado. Esa representación erótica sobre la que opera la defensa yacía detrás de la máscara y adquiere estatuto de trauma.

En “Historiales clínicos. 5. Señorita Elisabeth von R”, leemos:

En el proceso a través del cual reelaboramos estas reminiscencias se volvió claro para Elisabeth que el sentimiento de ternura hacia su cuñado era de larga data, quizás dormitaba en ella desde que se conocieron y durante mucho tiempo se había escondido tras la máscara de una mera afección hacia un pariente, bien comprensible en ella dado su alto sentido de familia⁵⁷⁰.

La máscara tras la cual yace un secreto, en las primeras experiencias de Freud, se presentó ligada a un objeto de amor enmascarado en la afección del padre. Lo que en un primer momento se concibió como un secreto en el transcurso del análisis dio lugar a la formulación de una representación erótica, ahora llamada “inconsciente”. La representación erótica sustituyó el secreto, fue escindida de la conciencia por la operación de la defensa y adquirió el carácter de trauma sexual.

En este sentido, en el transcurso del tratamiento con Elisabeth, Freud modifica la idea del motivo de la conversión y contemporáneamente reformula la noción de trauma. Ahora el conflicto surge entre la representación erótica inconciliable dirigida a su cuñado y sus representaciones morales. Conflicto que convirtió en traumático el círculo de representaciones sobre los deberes hacia su padre, que entró en conflicto con su ansiar erótico y desencadenó los dolores histéricos de la primera conversión.

⁵⁶⁷ Sigmund Freud: “Historiales clínicos. 5. Señorita Elisabeth von R”, en *Obras Completas*, 1º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1893-1895. vol. II, p. 169.

⁵⁶⁸ Op. cit., p.171.

⁵⁶⁹ Ib.

⁵⁷⁰ Op. cit., p. 172.

En el Historial citado, leemos:

Los dolores —el producto de la conversión— no se generaron mientras la enferma vivenciaba las impresiones del en el primer periodo, sino con efecto retardado {nachtraglich}, vale decir, en el segundo período, cuando la enferma reprodujo esas impresiones en sus pensamientos. La conversión no había seguido a las impresiones frescas sino al recuerdo de ellas⁵⁷¹.

Así la subrogación del dolor en las piernas por el dolor anímico pasó a ser en la enferma “el símbolo mnémico de sus excitaciones psíquicas dolientes”⁵⁷² configurando el determinismo del síntoma.

Freud⁵⁷³, en “Sobre psicoterapia”, agrega que en la sobredeterminación cooperan varios factores que desembocan en el núcleo patógeno o el gran trauma por un nexo lógico que se corresponde con líneas ramificadas y convergentes. Las ramificaciones tienen puntos nodales que desembocan en dos o más hilos y de ahí vuelven a devanarse unidos. Así, en el núcleo desembocan varios hilos de trayectoria separada o que muestran estrechas conexiones laterales.

En el simbolismo mnémico que se presentó bajo la forma de astasia-abasia, subyace la representación inconsciente que fue escindida de la conciencia por su carácter de trauma sexual.

A nuestro entender, entonces, se trata de la máscara del trauma sexual.

Lacan en 1958, cuando introduce la noción de máscara, sitúa en el simbolismo mnémico el elemento máscara del síntoma. Como lo hemos mencionado⁵⁷⁴ en otro apartado, el síntoma es un significante que se articula al significante que está reprimido en el Otro, es decir, la castración, y es desde el lugar del Otro donde el síntoma recibe su significación.

Además, el síntoma encierra una paradoja. Por eso Lacan en *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente* subrayó que: “El síntoma se presenta bajo una máscara, se presenta bajo una forma paradójica”. Ahora retomemos el dolor de Elisabeth y todos los sujetos a quienes ella en el dolor implicó.

El dolor de Elisabeth, como lo hemos mencionado, se refiere por un lado a la relación con su padre y el joven a quien esperaba para casarse, y por otro lado, a sus hermanas y cuñados. ¿Por qué entonces un síntoma implica esas relaciones?

En este sentido, Lacan, al igual que Freud, reconoce en la entrega de Elisabeth al cuidado del padre enfermo la sumisión a la demanda como una de las condiciones en que se

⁵⁷¹ Sigmund Freud: “Historiales clínicos. 5. Señorita Elisabeth von R”, en *Obras Completas*, 1° ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1893-1895. vol. II, p. 182.

⁵⁷² Op. cit., p. 187.

⁵⁷³ Sigmund Freud: “Sobre psicoterapia”, en *Obras Completas*, 1° ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1893-1895. vol. II, p. 295.

⁵⁷⁴ N de a: respecto de la conceptualización de síntoma remitimos al lector al apartado: La máscara del síntoma preserva el deseo.

revela la zona histerógena. De ello surge la posición del sujeto con respecto a la demanda. Posición de tener que satisfacer la demanda en el Otro.

Sin embargo, Lacan, en 1958, introduce una modificación con respecto a Freud. Porque en el trasfondo de esta demanda, en la posición del sujeto de lo que se trata “es del interés que se toma el sujeto en una situación de deseo”⁵⁷⁵. Es decir, hay una situación de deseo y el sujeto se implica en esa situación de deseo. Esto, entonces, “es lo que está representado por un síntoma”⁵⁷⁶ y causó la noción de máscara.

Lacan, en 1958, formula que lo que está representado por el síntoma es lo que origina la noción de máscara. En el síntoma descifra la posición del sujeto deseante que articula la máscara y configura su estatuto de noción. Entonces, define la noción de máscara y destaca el elemento máscara del síntoma:

En *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, podemos leer:

La noción de máscara significa que el deseo se presenta bajo una forma ambigua que precisamente no nos permite orientar al sujeto con respecto a tal o cual objeto de la situación. Es un interés que se toma el sujeto por la situación misma, es decir, por la relación al deseo. Esto es lo que se expresa a través del síntoma que aparece y es lo que llamo el elemento máscara del síntoma⁵⁷⁷.

En Elisabeth, el dolor en el muslo derecho es el deseo hacia su padre y desde el padre el deseo hacia el joven a quien esperaba para casarse. Mientras que el dolor en el muslo izquierdo es el deseo hacia sus dos cuñados y desde ellos el deseo de sus hermanas.

Por esta doble mediación por la que se presenta el deseo, es decir, el interés que se toma el sujeto en una situación de deseo, Lacan expresa que “en el síntoma el deseo es idéntico a la manifestación somática y eso es lo que significa conversión. Si ella es su anverso, él es su reverso”⁵⁷⁸.

En esta situación de deseo también se articula la identificación.

A través de esta doble mediación del deseo, la histérica encuentra en el deseo del Otro su punto de apoyo. Crea, entonces, un deseo más allá de la demanda, un deseo que es el deseo del Otro. Se trata de un deseo que ella atribuye al Otro y aquí podemos leer, como lo anunciamos, el deseo hacia el padre y el joven a quien esperaba para casarse.

⁵⁷⁵ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 333.

⁵⁷⁶ Op. cit., p. 334.

⁵⁷⁷ Ib.

⁵⁷⁸ Ib.

Por tanto, el deseo de la histérica no es deseo de un objeto, sino “deseo de un deseo”⁵⁷⁹. Es decir, es esfuerzo por mantenerse deseante frente a ese punto donde ella convoca a su deseo, el punto donde se encuentra el deseo del Otro. Por eso, al mismo tiempo encuentra el punto de apoyo de su deseo en la identificación con otro imaginario. El dolor en el muslo izquierdo de Elisabeth es el dese hacia sus dos cuñados y desde ellos el deseo hacia sus hermanas.

En este sentido, el interés de Elisabeth es por el deseo de sus cuñados desde el punto de vista de las hermanas y a la inversa. Con ellos se produce la identificación imaginaria porque son objetos elegidos que se convierten para ella en su propio yo.

Por eso el deseo en la histeria se presenta como un punto enigmático. En este sentido, Lacan señala un error en Freud que remite al momento en que interpreta que ella está enamorada del marido de su hermana. De acuerdo a la interpretación de Lacan de 1958, Freud implicó demasiado rápido a Elisabeth en una situación de deseo, comunicándole que deseaba al marido de su hermana.

Así pues, Lacan a través de la máscara bajo la cual se presenta el deseo extrae una enseñanza con respecto a la práctica analítica.

En *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, podemos leer: “Este doble carácter del deseo inconsciente, que al identificarlo con su máscara, lo convierte en algo distinto de cualquier cosa dirigida hacia un objeto, no debemos olvidarlo nunca”⁵⁸⁰.

Por eso, si bien la noción de máscara significa el interés que se toma el sujeto en una situación de deseo, ello no quiere decir que se pueda saber de qué forma el sujeto toma esa situación.

Por tanto el deseo inconsciente es un enigma y el síntoma que lo reviste, su máscara.

Para concluir, formulamos que la idea de máscara en Freud proviene del recuerdo del poeta e indicó en primer lugar que se trató de un saber oculto que adquirió el estatuto de secreto. Luego, con las reformulaciones teóricas que Freud fue realizando mientras investigaba y curaba, la máscara devino máscara de una representación erótica. En este sentido, el trauma dejó de considerarse como un cuerpo extraño en la conciencia para transformarse en una representación erótica que adquiere estatuto de trauma.

Finalmente, Freud situó en la máscara el interés de Elisabeth en cuidar a su padre enfermo. En este punto coinciden Freud, 1983, y Lacan, 1958, dado que la máscara indica la posición de Elisabeth con respecto a satisfacer la demanda del Otro. Pero aquí se produce al mismo tiempo una distinción, ya que Lacan en la máscara indica el carácter problemático del deseo inconsciente. Dicho de otro modo, lo paradójal de la máscara radica en la ambigüedad

⁵⁷⁹ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 415.

⁵⁸⁰ Op. cit., p. 335.

con que se presenta el deseo en las formaciones del inconsciente. Deseo que siempre es un enigma.

Por eso reiteramos Freud, en los comienzos de la práctica analítica, tras la máscara situó la representación erótica reprimida que adquirió estatuto de trauma. Lacan en la máscara situó el deseo alienado en la demanda, por lo que el deseo en el síntoma se presenta bajo una máscara, es decir, de una forma cerrada.

Al ser el síntoma un significante que se anuda al significante reprimido en el Otro, entendemos que en el simbolismo mnémico donde Freud sitúa la sobredeterminación del síntoma, Lacan sitúa el significante reprimido en el Otro. Por eso el elemento máscara del síntoma es un significante que indica la posición del sujeto deseante, es decir, el interés que se toma el sujeto en una situación de deseo, en la que se articula la identificación.

Esa posición que subyace en el elemento máscara del síntoma vincula el deseo inconsciente y el síntoma. En ese lazo radica la ambigüedad del deseo y se fundamenta la noción de máscara.

Ahora bien, dado que bajo la máscara subyacen las paradojas del deseo, la máscara del síntoma solo podrá abrirse mediante la transferencia analítica. Transferencia que permitirá leer en el elemento máscara del síntoma la posición del sujeto deseante que, a su vez, sostiene mediante la identificación.

A modo de conclusión

En este recorrido hemos precisado que la noción de mascarada mantiene una relación insoslayable con respecto a la noción de máscara. Sabemos que ambas dimensiones se entrecruzan, y por eso, en los inicios de la introducción de la noción de máscara podemos situar este cruce en las formaciones del inconsciente. Sin embargo, el trabajo de investigación nos otorgó la posibilidad de distinguir el uso de la noción de mascarada con relación al falo en la posición sexual y el uso de la noción de máscara con relación al deseo, en tanto es el objeto *a* quien lo causa.

La dimensión de máscara en el objeto instituida por la dialéctica del *Fort-da* es efecto del complejo de castración inconsciente en el Otro y por eso, ese objeto es un símbolo que muestra el modo en que el niño distingue al Otro. Por tanto, la dimensión de máscara es un reconocimiento del Otro.

La alternancia presencia y ausencia introdujo del lado del *infans* la primera simbolización del Otro a través de los objetos de la demanda pulsional. El deseo, aunque se distingue de la demanda, retorna del lado del niño en el objeto símbolo de la presencia del Otro y por eso simboliza la transmisión del amor que representa la demanda. La respuesta alternante de la demanda produce placer en el *infans* y el placer risa.

La risa, entonces, es una *dimensión de máscara* y surge antes que el niño incorpore la palabra. La risa es lo primero que el pequeño reconoce del código familiar y el primer modo de comunicación con la presencia de quien lo cuida o lo alimenta.

También, la risa es una respuesta del niño a los juegos de la madre y “está vinculada con la agudeza, el más allá de lo inmediato, más allá de la demanda”⁵⁸¹. Por eso, si bien el pequeño se satisface al satisfacer el deseo, lo relevante es que las risas van dirigidas al más allá del significante de la presencia, “al sujeto que está ahí detrás”⁵⁸².

Queremos decir, entonces, que la *dimensión de máscara* en tanto figurada en la *risa* deviene del placer que simboliza lo que está detrás de la presencia del objeto de la demanda pulsional vinculado al deseo y por lo tanto al sujeto a advenir.

La risa, entonces, es el primer signo de presencia en ausencia del falo y por eso, es dimensión de máscara en la relación del sujeto con el deseo del Otro.

Si la dimensión de máscara indica el deseo del Otro, con la enseñanza de Lacan en 1962 podemos retomar el deseo indicado por la función del objeto *a* que es su causa y la castración a nivel de la *separación*. La castración figurada en el $(-\phi)$ que funciona detrás de los distintos

⁵⁸¹ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 340.

⁵⁸² *Ib.*

objetos *a* causa de deseo en el Otro produce efectos de deseo en el sujeto. Deseo de separación que figura la dimensión lúdica cuando el niño se desteta y el primer tiempo de cesión del objeto en el advenimiento del sujeto.

En este sentido, el *juego es una dimensión de la máscara* que indica en el Otro la función de la hiancia y por ello la existencia del velo.

Entre los signos y los atributos, entre el signo y el significante, encontramos en la risa “la raíz de la identificación”⁵⁸³ a nivel de la incorporación. Puesto que en la relación del sujeto con el Otro opera la hiancia podemos situar que el objeto de la demanda oral está relacionado con el objeto *a* voz que señala el vacío en el Otro.

Entonces, los primeros indicios de la dimensión lúdica en la risa y la sorpresa del sujeto se transforman en condiciones para que se produzca la incorporación del padre muerto de la primera identificación. La *dimensión de máscara*, entonces, impide la captura del sujeto en la fascinación de la imagen especular. Imagen con la que el niño se comunica mediante la risa.

Aquí la función del operador del Nombre del Padre hace de la risa función de señuelo. *Señuelo* que también podría considerarse *dimensión de máscara* en los momentos de contemplación que produce el objeto *a* cuando funciona a nivel de la mirada, porque opera como causa de deseo en el Otro. En ese momento mirada y mancha están identificadas e ilustran al sujeto anonadado en la encarnación del (-φ) de la castración, pero como funciona la *pantalla* el sujeto no está ahí porque opera la función pulsátil de la mirada.

La función de la *pantalla* también llamada *máscara* indica que la voz del padre introduce lo real a través de la mancha como no- yo, no reconocido aun por el sujeto, y señala la esquizia primitiva del ojo y la mirada.

En suma, la función del Nombre del Padre señala en un mismo movimiento, por un lado, la función del falo velado y por otro lado, el deseo de la madre. Operación paterna que ordena la inversión y transformación de la demanda.

A continuación podemos situar la función de la *máscara en el ingreso al Edipo*, ya que, con el ingreso a la fase fálica el deseo de la madre se presenta no adulterado por la demanda y el encuentro con la castración en el Otro introduce al sujeto al complejo de Edipo.

En el tránsito edípico el padre real como portador de la ley y del símbolo fálico opera para que la demanda de amor materna sea rehusada y posibilita en el sujeto la constitución de la *máscara*. La máscara se constituye en el sujeto cuando, por la operación paterna, la castración eleva el falo a su estatuto de significante y aquí situamos el sentido del uso freudiano del término *aufhebung* o doble negación.

⁵⁸³ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 340.

En 1958, el falo elevado a la condición de significante posibilitó que el sujeto se reconozca *uno* en la diversidad de máscaras, y al mismo tiempo, quedó dividido entre lo que es deseo y lo que es máscara. Luego en 1961 cuando el trazo unario devino soporte de la segunda identificación, la identificación al trazo unario fue lo que causó que el sujeto se reconozca *uno* en la diversidad de máscaras, y al mismo tiempo la identificación dividió al sujeto.

En efecto, podemos establecer un *lazo entre máscara y rasgo unario* de la segunda identificación.

La operación del Nombre del padre sobre el deseo de la madre posibilita en el sujeto, en su advenimiento, la extracción del trazo unario mediante la identificación al objeto del deseo del Otro, cuyo representante es el falo. El trazo unario, entonces, distingue en el sujeto la parte fálica de aquella parte que no lo es y se inscribe mediante la función de la negación como *yo no soy el Otro—no uno* que relanza el reconocimiento de uno *-yo soy yo-uno*. Es decir, se trata del pasaje del ser al tener, que por la identificación instala al sujeto en una posición inconsciente mediante la que se puede identificar al ideal de su sexo. Así pues, el trazo unario funda la falta en ser en el sujeto.

Por eso, de la ley del padre depende el porvenir del encuentro con la castración en la madre y es lo que posibilita la inscripción del objeto de la privación. Ahora bien, cuando se produce un déficit simbólico en la metáfora paterna, la fobia nos enseña que es necesaria la institución de la *pantalla* en la estructuración del sujeto.

Conocimos la función de la máscara a partir de la intervención de Freud, en la dirección del plan de tratamiento del pequeño Hans, cuando hace intervenir la función del padre simbólico. En el mencionado tratamiento, los efectos clínicos de la función de la *pantalla* fueron hallados por Lacan cuando Juanito con el significante *Bragas*, junto a otras fantasías, construyó *la pantalla*. *Pantalla* que también nombró como *velo*. Por eso subrayó: “Este elemento es precisamente aquel que como dije es el único que necesitamos introducir en la dialéctica del mostrar y no ver, de suscitar lo que no está, como algo que esta, pero escondido-este elemento es el propio velo⁵⁸⁴”.

Para instituir, entonces, el velo de lo que falta la intervención del significante es un resorte simbólico fundamental en la construcción de la pantalla. *Pantalla* que se instituye por la función sincrónica y diacrónica del significante, el que por entrar en cadena con otros significantes produce efectos de significación. Significación que encontramos en la construcción de fantasías, las que, tienen efectos de verdad ficcional en el advenimiento del sujeto y van tensando la pantalla para situar detrás de ella la pregunta por el objeto que falta.

Podemos, ahora, formular que *la risa, el juego, y la fantasía son dimensiones de la máscara*.

⁵⁸⁴ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 4. La Relación de Objeto*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1956-1957, p. 350.

Freud en Hans discierne la máscara en los efectos de la represión por la exteriorización de los diques anímicos. Lacan en la máscara situó un elemento estructural en el sujeto infantil para tramitar la privación en el Otro, ya que Hans sintió asco ante las *Bragas* de la madre y pudo diferenciar momentos con respecto a ellas. Las *Bragas* le dieron asco cuando la madre no las lleva puesta, mientras que cuando visten el cuerpo de la madre no le dieron asco, porque allí sostienen el engaño del falo.

En este sentido, subrayamos la operación del significante en la construcción del velo y el asco que el pequeño sintió por las *Bragas*, porque pudo situar la pregunta por lo que falta detrás de la pantalla, y por eso Hans no es un feticlista.

En este sentido, la función del significante en la construcción del velo fue fundamental en el tratamiento de Hans, porque permitió, aunque, con una salida atípica la simbolización del complejo de Edipo. Operación simbólica que requirió de la ayuda de la fantasía del fontanero en reemplazo de la imposibilidad del padre real para enfrentar a la terrible madre.

Por tanto, es del padre del que depende la castración del hijo y la inscripción de la metáfora paterna. Operación posible, siempre y cuando, el padre haya podido asumir la castración.

Porque nosotros lo hemos dicho, esta metáfora es la máscara de la metonimia. Detrás de esta metáfora del padre, como poseedor tranquilo del goce, se esconde la metonimia de la castración. Miren de cerca, y verán que la castración del hijo no es aquí más que la continuación y el equivalente de la castración del padre. Con todos los mitos detrás del mito freudiano primitivo del padre y el mito primitivo del padre lo indica bastante: cronos castra a júpiter, júpiter castra a cronos antes de llegar a la naturaleza celeste. La metonimia de la que se trata sostiene al último término en esto: es que no hay más que un solo falo en juego, y es justamente, el que en la estructura neurótica se trata de impedir que se vea⁵⁸⁵.

Subrayamos, entonces, que la *metáfora* deviene *máscara* en la *metonimia* del deseo. En este sentido, si la fobia con el significante caballo viene a suplir un déficit simbólico de la metáfora paterna podemos arribar, entonces, a la *máscara en el síntoma*. A nuestro entender el significante caballo es la máscara de la metonimia.

La mascarada es la respuesta frente a un dilema irresoluble: la privación. En el encuentro del sujeto con el deseo del Otro es estructurante el reconocimiento de la falta en lo real. Falta en lo real que introdujo lo simbólico como privación, en tanto que es el significante el

⁵⁸⁵ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 6. El Deseo y Su Interpretación*, s.l., 1959, Clase del 24 de junio de 1959.

que hizo surgir un objeto como falta en lo real. La *mascarada*, entonces, posibilitó abordar ese dilema estructural en la sexualidad.

Sabemos por Freud que actividad–pasividad no representan la diferencia sexuada, ya que refieren a las metas pulsionales. Por tanto, actividad-pasividad dan cuenta de sus efectos en el campo del amor, en el amar– activo– y ser amado–pasivo–que retorna en el amarse a través de otro, sin agotar las relaciones de lo masculino con lo femenino.

No hay respecto de la sexualidad una representación total de la misma. La sexualidad tiene eso de indescifrable y por ello, la oposición entre lo masculino y lo femenino no termina nunca de realizarse. Ante la falta en el campo del Otro de una representación para designar la oposición de lo femenino y lo masculino, el ser hablante resuelve ese dilema en el psiquismo con la *mascarada*. Dilema que deviene de la institución de la privación en el Otro por el significante que al mismo tiempo designa la falta de un significante.

En este sentido, en la enseñanza de Lacan, en 1964, hemos hallado que:

Si llevamos las cosas a los extremos hasta podría decirse que el ideal viril y el ideal femenino están figurados en el psiquismo por algo distinto de la oposición actividad-pasividad de la que hablaba antes. Pertenecen en verdad a lo designado por un término que no introduce yo, un término que una psicoanalista inglesa endilgo a la actitud sexual femenina-la *mascarada*.⁵⁸⁶

Por lo mencionado, en el párrafo citado, inferimos que Lacan introduce el término *mascarada* en 1958 a partir de la lectura del caso clínico de Joan Riviere. La *mascarada*, entonces, es una noción que nombra la relación del sujeto con el falo en el advenimiento de una posición sexuada y depende de la tramitación del encuentro con la privación en el Otro que instituyó el significante.

Desde la pregunta Freudiana que desea una mujer a la feminidad como máscara en los desarrollos de J. Rivière⁵⁸⁷, quien expresa que no podría decir cuál es la verdadera feminidad y la *mascarada* en la enseñanza de Lacan como respuesta a la privación, en la feminidad sigue presente el enigma que introdujo Freud.

A continuación podremos establecer un lazo entre la mascarada y la relación falo - castración.

Así, del encuentro del sujeto con la castración primordial y la extracción del objeto *a* del campo del Otro, hallamos los efectos *en las mascaradas y en las máscaras*. Encontramos en

⁵⁸⁶ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1964, p. 201.

⁵⁸⁷ Joan Rivière: “La femineidad como máscara”, en *LA FEMENEIDAD COMO MASCARA* AA.VV, 1° ed., Bs. As., ed. Tusquets., 1979.

este recorrido de investigación, *maskarada de lo femenino; maskarada de lo masculino; efectos de imposturas y efectos defensivos de la maskarada, máscaras en los burdeles*.

La maskarada de lo femenino se singulariza por la confluencia en un mismo objeto del amor y el deseo, donde ella será el falo, no siéndolo. En la *maskarada de lo masculino* el hombre no será el falo, sin tenerlo. Esa posición, entonces, implica la operación de la castración primordial y por ende la negativización del falo y se refleja en una mujer que adviene para el hombre a título de objeto de amor y deseo. Por qué el objeto causa de deseo está directamente implicado con el Otro materno, en ellos habrá siempre hay algún grado de impostura mediante la que el hombre se defiende de la angustia a no poder.

Cuando el sujeto hace de su castración la garantía de lo que le falta al Otro, encontramos, por el lado de los hombres la búsqueda del falo de los demás hombres en la *máscara de la prostituta tras la cual yace el objeto*. O bien, la tendencia a estar pendiente de su tumescencia por temor a la angustia a no poder y esos efectos de *imposturas* puede transformarse en radicales. En los dos últimos casos mencionados, la problemática del sujeto con el falo revela que es necesario resituar la castración primordial.

Por el lado de la mujer, a nuestro entender, la *maskarada* es la única salida ante el encuentro con la privación en el Otro. En esta vía de sexuación, encontramos en la mujer que la maskarada no siempre coincide con lo femenino.

En este sentido, la interpretación de Lacan desde sus fundamentos teóricos sobre el caso clínico analizado por J. Riviére, nos permitió situar en los efectos de maskarada una vía de acceso fallido en el advenimiento de la feminidad. La maskarada, entonces, puso de manifiesto la dificultad en la inscripción de la privación y por ende de la castración.

Ese problema quedó demostrado en los efectos de maskarada en la paciente de J. Riviére, y se manifestó, por un lado, en la irrupción de angustia procesada como temor al castigo y la venganza por parte de algunos hombres, representantes de figuras paternas. Por otro lado, en la inhibición temporaria de su sexualidad. Los fenómenos clínicos, mencionados, revelaron la defensa ante la castración en el Otro y el goce de su potencia fálica.

El temor al castigo y la venganza es un modo de procesamiento de la angustia que, en términos freudianos, es angustia ante la pérdida de amor del súper yo. Amor al padre de la infancia que se trasladó a la escena social.

Lacan situó en la maskarada que la angustia es ante el deseo del Otro, precisamente en el momento en que el sujeto no reconoce su propia máscara en el espejo del Otro. Es decir, que la sensación de angustia es un momento donde el sujeto advierte la presencia del encuentro con el deseo del Otro y es señal del momento anterior a la sesión del objeto *a* causa de deseo. Por eso, al mismo tiempo interroga al sujeto deseante.

Lacan, vinculó la angustia ante el deseo del Otro con el objeto *a* mirada que remite a la pregunta: ¿qué objeto soy para el Otro?, y al reconocimiento de la falta en el Otro y por tanto de la castración.

Con la mascarada, entonces, esa mujer se defiende de la angustia ante el deseo del Otro y ella no retrocede ante su castración, sino que hace de su castración la garantía de lo que le falta al Otro y de ese modo hace existir el falo en la dimensión imaginaria. Dicho de otro modo, repositiviza el $(-\phi)$ que indica que la inscripción de la privación en el Otro no termina de realizarse. Ello, como lo mencionamos, también retorna en la inhibición temporaria de su sexualidad.

En este sentido pudimos conjeturar, con los desarrollos freudianos, que en la paciente mencionada, la frigidez era una defensa frente a la hostilidad dirigida hacia los objetos parentales que luego transfiere al marido. Hostilidad que proviene de la niña por el desengaño frente al amor que le había dirigido a la “madre fálica”⁵⁸⁸.

Con Lacan pudimos situar que la hostilidad provenía del goce del uso de su potencia fálica y era efecto de la dependencia a la demanda del Otro, en tanto lugar de constitución del objeto de *a* causa de deseo. En esa dependencia la mujer encontraba su goce con el consecuente retroceso ante el deseo y cuando lo traslada a la vía de realización genital retorna en la inhibición temporaria de sexualidad.

En el goce del uso de su potencia fálica, entonces, la mujer reivindica el falo en el plano imaginario y es un “modo de superar el *Penisneid* sin análisis” haciendo de sus atributos femeninos los signos de omnipotencia fálica.

Por Lacan sabemos que en ese camino la mujer debe retener en parte su goce y por eso transmitió que dejarla en ese lugar es relanzarla a la reivindicación fálica. Es necesario, entonces, la operación de la castración simbólica en transferencia. Esta enseñanza clínica de Lacan, reafirmada con la reformulación de la castración posibilita superar el tope del fin de análisis, la roca base de la castración que hallamos en la enseñanza de Freud e ir más allá de la angustia de castración.

En este sentido, la reformulación en los fundamentos de la praxis en la enseñanza de Lacan producirá otras consecuencias clínicas, porque ahora la castración es interpretable. La castración, entonces, es su interpretación en análisis y está dirigida a situar la falta en el campo del Otro que retorna como falta en el sujeto.

Con la castración podemos relacionar los efectos de *señuelo en la risa y lo cómico* en la relación entre los sexos. Sabemos por la enseñanza de Freud y Lacan que la castración es condición de la asunción de la sexualidad. Ello requiere de la renuncia parcial al falo para que el

⁵⁸⁸Sigmund Freud: “33ª conferencia. La feminidad”, en *Obras Completas*, 1º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1932-1936, vol. XXII, p. 117.

sujeto pueda entrar en el intercambio. Sin embargo, esa renuncia al ser es lo que cada partener busca en el objeto causa de deseo. Esa búsqueda del falo se dirige a alcanzar el ideal de mujer para “enmascararlo” y “para protegerlo” en el ideal viril.

Sin embargo, esa búsqueda del sujeto en acercarse al ideal de lo que significó como hombre o mujer encuentra su límite en el deseo.

El deseo, entonces, que funciona con la castración es la condición de la relación entre los sexos y simboliza la función del $(-\phi)$ a nivel del objeto a en el plano genital. El $(-\phi)$ es un “médium universal en la conjunción sexual”⁵⁸⁹, porque si bien cada uno de los partener desea en el otro el falo solo podrá encontrarlo negativizado, es decir como falta.

Subrayamos aquí la enseñanza de Lacan cuando expone que “el soporte del deseo no está hecho para la unión sexual”, porque no especifica al sujeto como hombre o como mujer, “sino como lo uno y lo otro”⁵⁹⁰.

En el plano del deseo, entonces, se trata de reencontrar esa parte a la que el sujeto renuncia en la asunción de una posición sexual. Por eso el falo, que el sujeto busca en el otro en el acto sexual, al funcionar como $(-\phi)$ desdibuja la diferencia de los sexos porque cada ser hablante es objeto causa de deseo.

Así el falo negativizado es el soporte de la falta en el Otro, que nunca se alcanza, pero interviene en el encuentro entre un hombre y una mujer. Encontramos aquí que la función de la castración se presentifica en la caída del falo y por eso en la detumescencia el falo funciona a nivel de la privación. En este sentido, la castración presentifica la función del objeto a en el momento que la ilusión del deseo, sostenida por los seres hablantes, se dirige al resto de lo real que queda de la relación del sujeto con el Otro, pero que ningún falo sustituirá.

Por eso en la tendencia a la satisfacción en la copulación irrumpe la pulsión de muerte entre el deseo y la demanda, pero como la satisfacción es un falso final, esa equivocación sostiene la función del sujeto deseante en la relación entre los sexos. Ese falso final enlaza lo real pulsional con la vida por el amor. El amor, entonces, que suple la falta de falo podrá generar el efecto cómico en ese límite a la satisfacción que impone el acto de copulación. Así el *amor* y *lo cómico* funcionan como velo de la angustia de castración.

Ahora podemos mencionar una relación entre el amor, la mascarada y la tercera forma de identificación.

Hemos situado en la enseñanza de Lacan, en el año 1964, que la tercera forma de identificación es soporte de la separación del objeto a en la relación del sujeto con el deseo del

⁵⁸⁹ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1962-1963, p. 292.

⁵⁹⁰ Ib.

Otro. Estos efectos implican el reconocimiento de lo real pulsional en el Otro que retorna como falta en el sujeto. Esa falta que refleja detrás de la pantalla el objeto *a* causa de deseo.

A nuestro entender, entonces, podemos situar *en la mascarada* los efectos de separación de la tercera forma de identificación a nivel de la esquizia del ojo y la mirada en el campo escópico que impidió la captura en la fascinación imaginaria.

El aislamiento de la máscara y los efectos de señuelo entre la mirada y lo que se da a ver, nos permiten inferir la operación de la identificación, porque ahí la mirada opera como objeto *a* causa de deseo. *Equivoco* presente en los efectos *de mascarada* donde lo que está en juego es un fin sexual. Satisfacción y falla de la mirada en el plano del amor que convierte al sujeto en *erastés*, sujeto de la falta.

Por eso, la pérdida del objeto que funcionaba detrás de la pantalla a través de la que se lleva a cabo el proceso de duelo, nos enseña que el sujeto velaba una falta y en el momento de la pérdida esa falta retorna en el sujeto.

Llegamos a *las máscaras del deseo*. Es lo que Lacan en 1958 afirmó desde que introdujo la noción de máscara: “el deseo es inseparable de la máscara”⁵⁹¹.

La máscara, entonces, es el modo en que se presenta el deseo en la práctica analítica. Sabemos por Lacan, en 1958, y por Freud, en 1900 y 1901, que hay diferencias entre el deseo reprimido infantil y el discurso del inconsciente. Es decir, el motor del sueño y los *wünshe*.

Por Freud conocimos que el deseo reprimido infantil es el que presta la energía psíquica a otro deseo, deseo del día o resto diurno para crear el sueño en el otro escenario psíquico localizado entre percepción y conciencia. En esa localidad psíquica el deseo reprimido infantil presta la fuerza al resto diurno preconscious para que los procesos primarios formen el sueño.

A nuestro entender, entonces, el resto diurno es una *máscara* a la energía psíquica del deseo inconsciente formador del sueño.

Por la enseñanza de Freud retomada por Lacan, supimos que aunque el deseo inconsciente no sea totalmente articulable, se articula en el otro escenario psíquico *freudiano*. En esa escena del sueño, Lacan situó el inconsciente formulado como discurso del Otro que traduce el deseo mediante la máscara por la operación de la metáfora y la metonimia, aunque, el deseo no se articule gramaticalmente.

También, hallamos que el sueño es un *rebús* que por la función de la *letra* en el significante *enmascara el deseo reprimido* que se desliza debajo de la cadena metonímica sobre la que se va a posar la metáfora. Por eso la letra en la cadena significante indica que la *palabra*

⁵⁹¹ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 344.

es un disfraz en el pensamiento y al mismo tiempo, señala en el sujeto la búsqueda de lo verdadero.

La verdad surge porque la operación de la metáfora sobre la metonimia hace surgir la carencia de ser del deseo con respecto a la satisfacción parcial del objeto. Dado que la verdad remite a la falta de significación con respecto a la muerte y a la sexualidad y esa falta de significación causa, por la operación de la metáfora sobre la metonimia, las formaciones del inconsciente.

El deseo inconsciente, fundamento de la práctica analítica, es la clave del análisis de las formaciones del inconsciente. Por eso Lacan, cuando elevó *la máscara al estatuto de noción*, llamo “síntoma, en su sentido más general, tanto al síntoma mórbido como al sueño o a cualquier cosa que sea analizable”.⁵⁹²

Por lo que se refiere los efectos de la máscara en los sueños, encontramos el retorno del significante falo elidido por la operación de la metáfora en la cadena metonímica en los sueños de la paciente de Freud que llamo “agua mansa” y en un sueño de una paciente analizada por M. Bouvet.

En los sueños de “agua mansa” quedó demostrado que la ambigüedad del falo reside en el dilema del sujeto con respecto a ser o tener el falo. Ambigüedad que radica en la ausencia del falo y al mismo tiempo la presencia que señala un significante. Es decir, esa ambigüedad surge de la mortificación del falo por el significante.

En este sentido, los sueños de *agua mansa* mostraron la relación de la histérica con el deseo indicado por la función significativa del falo que se actualiza en la frase “ya no se puede tener”. Del primer sueño, Lacan retomó el verbo “*tener*” empleado de acuerdo al uso lingüístico *tenerlo, tener o no tener*, e interpretó que en la frase aludió al falo.

Se trata del falo como el objeto que falta desde la dimensión biológica al sujeto y se presenta en la frase “ya no se puede tener” que lo articula como significante de la falta. Por otro lado, remite al falo porque es el significante que le falta al Otro. Así, el deseo se articuló como deseo del Otro mediante otro sueño. Este segundo sueño indico el pasaje del dilema de ser o no ser el falo en el gesto de la paciente que acompaño a la frase: “*Gracias, no vale la pena, ya me voy*”.

Ello era una repetición en transferencia de lo que había sucedido en casa de su amiga: le habían dicho que se sacara la chaqueta y ella respondió: “*Gracias, no vale la pena, ya me voy*”. En ese momento del relato la paciente llevó la mano al botón que se abrió de su camisa. En esa acción Freud interpretó que es como si ella hubiese dicho: “Por favor, no mire usted, no vale la pena” y Lacan situó en “Por favor no mire usted” el significante que quedó elidido debajo del

⁵⁹² Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 332.

“gesto” con el que se llevó “la mano al botón de la blusa” y se anudó a la frase significativa “no vale la pena”.

En ese momento, Lacan interpretó que la paciente se hace máscara para detrás de esa máscara ser el falo y al mismo tiempo la frase “No vale la pena” indica que detrás de la blusa al falo no lo va a encontrar. En ese hacerse máscara la histérica indica el modo en que se articuló el deseo porque está dirigido al analista para que indique el lugar del deseo. Ahora bien, que indique el deseo pero al mismo tiempo para rehusarlo. Ello quedó indicado en el “gesto con la blusa” que significó “no mire usted no vale la pena”.

En ese momento, Lacan usó indistintamente el término *máscara* y *maskarada*.

En la histeria el falo aparece en su forma simbólica simbolizando el deseo del Otro. En cambio, en la neurosis obsesiva el falo se presenta en su forma imaginaria y el obsesivo crea un deseo más allá de la demanda anulándolo y sosteniéndolo como imposible. Aquí radica el carácter paradójico del deseo que se presenta bajo una *máscara*.

La mascarada que toma la forma de zapatos fálicos en la creación del sueño que Lacan interpreta del caso clínico expuesto por M. Bouvet, indica que la paciente quiere tener el falo porque sabe que no lo es. Lo quiere en las formas de los vestidos para proponerse como objeto y excitar a los hombres. Ahora bien, inmediatamente la paciente en transferencia asoció que quería excitarlos para dejarlos con las ganas y que sufran por ello. Por tanto, con esos vestidos se propone como objeto de deseo para anularlo al querer excitar a los hombres para decepcionarlo.

Así, hace de su feminidad *una máscara* articulando de una forma paradójica el deseo porque para ser el objeto de un deseo, de un deseo que la madre desea, destruye el objeto del deseo. De ello surge que proyecta esa destrucción hacia el objeto del deseo que se le presenta como un rival porque supone que el hombre es el objeto del deseo de la madre. La hostilidad proyectada hacia la imagen del hombre es la imagen de lo que ella quiere ser y en el deseo de destruir el objeto del deseo anula el significativo falo en el Otro.

La relación del obsesivo con la imagen del otro consiste muy precisamente en el falo significativo, en tanto que siempre se ve amenazado de destrucción por estar atrapado en una denegación de volver a encontrárselo en la relación con el Otro. En todo obsesivo, hombre o mujer, ven ustedes manifestarse siempre en algún momento de su historia el papel esencial de la identificación con el otro, un semejante, un compañero, un hermano apenas mayor, un coetáneo, que en todos los casos, para él tiene el prestigio de ser más viril, de poseer la potencia. El falo aparece aquí en su forma, no simbólica, sino imaginaria. Digamos que el sujeto se

complementa con una imagen más fuerte que el mismo, una imagen de potencia⁵⁹³.

En este sentido, en la cita de Lacan podemos constatar en el obsesivo que la existencia del falo aparece en el plano imaginario cuando la imagen del otro le retorna con un valor de potencia fálica en la que el sujeto se sostiene y al mismo tiempo amenaza su propia imagen. Ahí se presenta la hostilidad porque esa amenaza es el modo en que se presenta la posibilidad de el reconocimiento de no ser el falo y por ello de la falta de un significante en el Otro.

Con respecto a la problemática del deseo en la máscara del síntoma histérico, sabemos que el deseo, que toma la fuerza de la pulsión, es siempre diferencia entre el placer buscado y la satisfacción obtenida. Deseo articulado en el síntoma cuyo carácter paradójico reside en la satisfacción presente en el sufrimiento.

Lacan reveló enseguida que bajo la máscara se articula el carácter problemático del deseo y el deseo es un enigma. Un enigma solo podrá abrirse en la experiencia de la transferencia analítica, ya que solo el análisis permitirá descifrar las mediaciones por las cuales el ser hablante alcanza los fines vitales y los objetivos de la muerte.

La *máscara*, entonces, es una mediación que articula las aporías del deseo en las intrincaciones y desintrincaciones pulsionales.

Cuando Lacan retomó la enseñanza de Freud con respecto a la histérica, señaló que en el síntoma ella implica a otros personajes y en ello descifró que se trata del interés que se toma la histérica por una situación de deseo de deseo. Ello se produce por la incertidumbre que tiene con respecto a su deseo y la conduce a dar rodeos.

Ese rodeo la histérica lo realiza con el yo (*moi*) que fija en la imagen del otro con la que se identifica. Por eso, sitúa las dificultades a nivel del ideal del yo, “de la máscara de la identificación”⁵⁹⁴ para sostener el deseo más allá de la demanda como deseo de deseo insatisfecho. En este sentido, la histérica sostiene el deseo como insatisfecho y se diferencia del obsesivo que sostiene su deseo como imposible.

Por Lacan sabemos que esa problemática del deseo es lo que representa el síntoma y es lo que causó la noción de máscara y simboliza *el elemento máscara del síntoma*. *Elemento máscara en la noción de máscara*, bajo la cual subyace la identificación que indica una posición deseante en el sujeto.

Podemos situar el *elemento máscara del síntoma* en el *simbolismo mnémico* representado en la astasia abasia de Elisabeth. En esa máscara Freud situó la defensa frente a la

⁵⁹³ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958, p. 498.

⁵⁹⁴ Op. cit., p. 497.

representación erótica hacia su cuñado que enmascaró con la atención dirigida a su padre enfermo.

Lacan descifró en el dolor de Elisabeth que se hace *elemento máscara* el modo en que el deseo se articula alienado en la demanda. Por eso el elemento máscara del síntoma viene a mostrar el carácter paradójico del deseo y reiteramos, el interés que el sujeto se toma en una situación de deseo de deseo. En el caso *Elisabeth*, el dolor del muslo derecho es el deseo de su padre y desde allí el deseo hacia el joven a quien esperaba para casarse. Y el dolor del muslo izquierdo es el deseo de sus dos cuñados y desde allí el deseo de sus dos hermanas.

Para finalizar, Lacan, entonces, introduce la noción de máscara y sitúa el elemento máscara del síntoma en 1958. En ese momento de su enseñanza retoma por un lado el “Historial clínico. 5. Señorita Elisabeth von R” y formula que la máscara reviste al deseo y por ello nos remite a los comienzos de Freud. En ese mismo historial Freud menciona el término máscara para situar finalmente la defensa frente a la representación de amor hacia su cuñado y esa representación adquirió estatuto de trauma sexual.

Luego, Lacan sitúa la máscara en el grafo del deseo al lado de la fórmula del fantasma: $\$ \diamond a$ y en 1960 la noción de máscara es un aporte del psicoanálisis al término persona. En la máscara hay ambigüedad y ella surge de su constitución por el trazo unario que funda la falta en ser.

Después, Lacan en *El Seminario. Libro 9. La Identificación* localiza la máscara entre i (a) y a , en el esquema óptico que pudimos reformular a partir de las modificaciones en su enseñanza en *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, y situamos entre i (a) y $a'(a)$ la máscara que uno se constituye para el Otro.

Con posterioridad a estos desarrollos teóricos de su enseñanza sobre la noción de máscara encontramos que Lacan, en *El Seminario. Libro 14. La Lógica del Fantasma*, nombra el fantasma como máscara de lo real. En el seminario citado, Lacan expresa:

(...) el deseo, en el centro de este aparato, de este marco que llamamos realidad, es también, hablando con propiedad, lo que * cubre *, como lo he articulado desde siempre, lo que importa distinguir de la realidad humana, y que es, hablando con propiedad, lo real, que nunca es más entrevisto... entrevisto cuando la máscara vacila— que es la del fantasma— a saber, lo mismo que lo que captó Spinoza, cuando dijo que “el deseo, es la esencia del hombre”⁵⁹⁵.

⁵⁹⁵ Jacques Lacan: *El Seminario. Libro 14. La Lógica del Fantasma*, s.l., 1966-1967, p. 17.

Finalmente, Lacan introdujo la noción de máscara y en su enseñanza la fue acercando alrededor del deseo y el fantasma. Y será recién en el seminario citado que nombra al fantasma como máscara de lo real. Nombrar al fantasma como máscara de lo real es una apertura hacia nuevos desarrollos y por lo tanto, el motivo de otra investigación

Bibliografía

- Assoun, Paul-Laurent: *Lecciones psicoanalíticas sobre la angustia*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Nueva Visión, 2003.
- Assoun, Paul-Laurent: *Lecciones psicoanalíticas sobre masculino y femenino*, 1° ed., Bs. As., Ediciones Nueva Visión, 2006.
- Amigo, Silvia: *Paradojas clínicas de la vida y de la muerte. Ensayos sobre el concepto de "originario" en psicoanálisis*, 1° ed., Rosario, Homo Sapiens Ediciones, 2003.
- Bouvet, Maurice: "Incidencias terapéuticas de la toma de conciencia de la envidia del pene en la neurosis obsesiva femenina", en *Colección DIVA*, N°11, Bs. As., s.l., 1999, pp. 1-11.
- Descartes, René: *Discurso del Método. Meditaciones Metafísicas*, 1° ed., Bs. As., Gradifco SRL, 2007.
- Freud, Sigmund: "Estudios sobre la histeria" (J. Breuer y S. Freud), en *Obras Completas*, 2° ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1893-1895, vol. II.
- Freud, Sigmund: "La interpretación de los sueños" (primera parte), en *Obras Completas*, 1° ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1900, vol. IV.
- Freud, Sigmund: "La interpretación de los sueños" (segunda parte), en *Obras Completas*, 1° ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1900-1901, vol. V.
- Freud, Sigmund: "Tres ensayos de teoría sexual", en *Obras Completas*, 1° ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1901-1905, vol. VII.
- Freud, Sigmund: "EL chiste y su relación con lo inconsciente", en *Obras Completas* 2° ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1905, vol. VIII.
- Freud, Sigmund: "Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad", en *Obras Completas*, 2° ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1906-1908, vol. IX.
- Freud, Sigmund: "Análisis de la fobia de un niño de cinco años (el pequeño Hans)" en *Obras Completas*, 2° ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1909, vol. X.
- Freud, Sigmund: "A propósito de un caso de neurosis obsesiva (el "Hombre de las Ratat")", en *Obras Completas*, 1° ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1909, vol. X.
- Freud, Sigmund: "Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre (Contribuciones a la psicología del amor I)", en *Obras Completas*, 1° ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1910, vol. XI.
- Freud, Sigmund: "Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa (Contribuciones a la psicología del amor II)", en *Obras Completas*, 1° ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1912, vol. XI.
- Freud, Sigmund: "El tabú de la virginidad (Contribuciones a la psicología del amor, III)", en *Obras Completas*, 1° ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1917-1918, vol. XI.

- Freud, Sigmund: “Tótem y tabú”, en *Obras Completas*, 2º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1913-1914, vol. XIII.
- Freud, Sigmund: “11ª conferencia. El trabajo del sueño” (Partes I y II), en *Obras Completas*, 2º ed., Bs. As., 1915-1916, Amorrortu editores, vol. XV.
- Freud, Sigmund: “14ª conferencia. El cumplimiento de deseo” (Partes I y II), en *Obras Completas*, 2º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1915-1916, vol. XV.
- Freud, Sigmund: “23ª conferencia. Los caminos de la formación de síntoma”(Parte III)”, en *Obras Completas*, 1º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1916-1917, vol. XVI.
- Freud, Sigmund. “Más allá del principio del placer. Psicología de las masas y análisis del yo y otras”, en *Obras Completas*, 2ºed, Bs. As., Amorrortu editores, 1920-1922, vol. XVIII.
- Freud, Sigmund: “El yo y el ello”, en *Obras Completas*, 2º ed., Bs. As., Amorrortu editores, vol. XIX.
- Freud, Sigmund: “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos”, en *Obras Completas*, 1º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1925, vol. XIX.
- Freud, Sigmund: “Inhibición, síntoma y angustia”, en *Obras Completas*, 1º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1925-1926, vol. XX.
- Freud, Sigmund: “Sobre la sexualidad femenina”, en *Obras Completas*, 2º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1931, vol. XXI.
- Freud, Sigmund: “33ª conferencia. La feminidad”, en *Obras Completas*, 2º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1932-1936, vol. XXII.
- Freud, Sigmund: “Análisis terminable e interminable”, en *Obras Completas*, 2º ed., Bs. As., Amorrortu editores, 1937, vol. XXIII.
- Giordano, Alberto: “Lo ensayístico en la crítica académica”, en *La escritura y los críticos*. UNMdP, 2001.
- Goethe: Fausto, 8º ed. Colección Austral, Madrid, España, Espasa-Calpe, S. A. 1966.
- Gómez, Dora: “De máscaras y mascaradas”. s.l.
- Lacan, Jacques: “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud”, en *Escritos 1*, 1ºed., Bs. As., Siglo Veintiuno Editores, 1957.
- Lacan, Jacques: *EL Seminario. Libro 4. La Relación de Objeto*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1956-1957.
- Lacan, Jacques: *EL Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1957-1958.
- Lacan, Jacques: “La significación del falo”, en *Escritos 2*, 2ºed., Bs. As., Siglo Veintiuno Editores, 1958.
- Lacan, Jacques: “La dirección de la cura y los principios de su poder”, en *Escritos 2*, 2ºed., Bs. As., Siglo Veintiuno Editores, 1958.
- Lacan, Jacques: *EL Seminario. Libro 6. El Deseo y Su Interpretación*. s.l., 1959.

- Lacan, Jacques: “Ideas directivas para un congreso sobre la sexualidad femenina”, en *Escritos 2*, 2ºed., Bs. As., Siglo Veintiuno Editores, 1960.
- Lacan, Jacques: “Observación sobre el informe de Daniel Lagache: “Psicoanálisis y estructura de la personalidad”, en *Escritos 2*, 2ºed., Bs. As., Siglo Veintiuno Editores, 1961.
- Lacan, Jacques: *EL Seminario. Libro 8. La Transferencia*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1960-1961.
- Lacan, Jacques: *El Seminario. Libro 9. La Identificación*, s.l., 1961-1962.
- Lacan, Jacques: *EL Seminario. Libro10. La Angustia*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 1962-1963.
- Lacan, Jacques: *El Seminario. Libro11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, 1ºed. Bs. As., Editorial Paidós, 1964.
- Lacan, Jacques: *El Seminario. Libro 14. La Lógica del Fantasma*, s.l. 1966-1967.
- Lagache, Daniel: “El Psicoanálisis y la estructura de la personalidad”. Traducción: Juan Bauzá y Mª José Muñoz, La Psychanalyse. <http://es.scribd.com/.../El-Psicoanalisis-y-La-Estructura-de-La-Personalidad>. Consultado 05-03-2014.
- Miller, Jacques-Alain: *La angustia lacaniana*, 1 ed., Bs. As, Editorial Paidós, 2007.
- Kuri, Carlos: *La Identificación. Lo originario y lo primario: una diferencia clínica*. Colección Maestría en Psicoanálisis, 1 ed., Rosario, Homo Sapiens Ediciones, 2010.
- Rabinovich, Diana: *Lectura De “La Significación Del Falo”*, Bs. As., Ediciones Manantial SRL, 2009.
- Riviére, Joan: “La femineidad como máscara”, en *La FEMINEIDAD COMO MASCARA* AA.VV, 1º ed., Bs As, Tusquets Editores, 1979
- Ritvo, Juan: *El laberinto de la feminidad y el acto analítico*, 1ed., Rosario, Homo Sapiens Ediciones, 2009.
- Rodrigué, Emilio: *El Siglo del Psicoanálisis*, Bs. As., Editorial Sudamericana. S. A, 1996. Vol. I
- Safouan, Moustapha: *Lacaniana: los seminarios de Jacques Lacan 1953–1963*, 1º ed., Bs. As., Ediciones Paidós, 2003.
- Paola, Daniel: “La máscara etílica”, en *Imago Agenda* N ° 126, Bs. As., Editorial Letra Viva, 2008, p. 30.
- Pirandello, Luigi: *Seis Personajes en busca de autor*, 4º ed., Bs As, Editorial Losada, 1979.